ES EL MARIDO PERFECTO.
PERO TÚ NO ERES SU ÚNICA ESPOSA.

BIGAMIA



«DECIR QUE ME SORPRENDIÓ ES QUEDARSE CORTA...»
– ROBIN LOVES READING

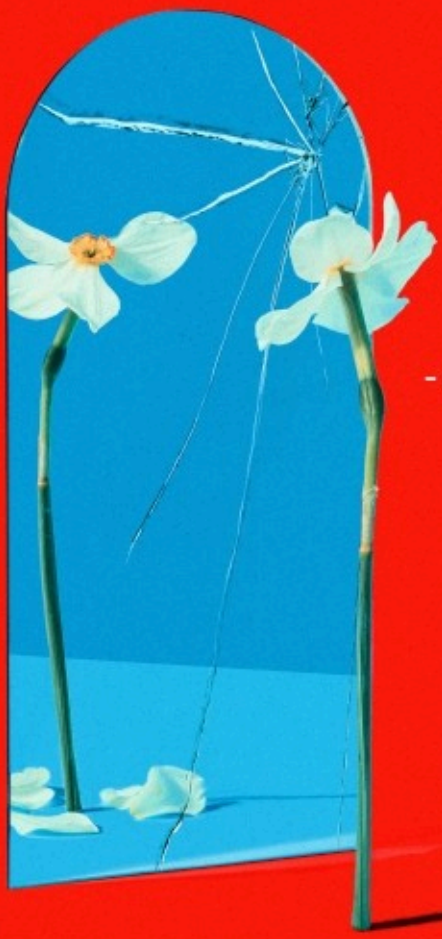
«EL FINAL ME DEJÓ SIN PALABRAS. ¡BRILLANTE!»
– CARLA KOVACH

RONA HALSALL

JENTAS

ES EL MARIDO PERFECTO.
PERO TÚ NO ERES SU ÚNICA ESPOSA.

BIGAMIA



«DECIR QUE ME SORPRENDIÓ ES QUEDARSE CORTA...»
– ROBIN LOVES READING

«EL FINAL ME DEJÓ SIN PALABRAS. ¡BRILLANTE!»
– CARLA KOVACH

RONA HALSALL

JENTAS

BIGAMIA

Bigamia
Título original: The Bigamist
© 2023 Rona Halsall. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción, Enrique Barrasa @ Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1410-9

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2023 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

Para mi encantador marido, David, al que le han tocado todas las cartas difíciles y sigue sonriendo. Descansa en paz, mi amor.

PRÓLOGO

Emma estaba sentada en la sala de espera de la clínica de obstetricia, con una mano apoyada sobre su barriguita de ocho meses y la otra pasando las páginas de una revista de hogar. Buscaba ideas de interiorismo para la nueva casa que su marido, Sam, que era arquitecto, estaba construyendo para ellos.

Construir tu propia casa no era fácil ni barato. Sobre todo, cuando tenía una idea muy clara de lo que quería. Tenía que haber cuatro dormitorios, por supuesto, para acomodar a la familia que ella imaginaba, siendo este niño el primero de tres. Después de todo, solo tenía treinta y cuatro años, por lo que había tiempo de sobra para dar a luz a tres hijos antes de los cuarenta y dos. En su mente, esa era su edad máxima para tener hijos. Había descubierto que era bueno tener una fecha límite para todo, de lo contrario las cosas no solían suceder. Necesitaba un estudio para pintar y un despacho para su trabajo como ayudante personal virtual. Sam también quería un despacho, ya que tenía la intención de dirigir su estudio de arquitectura desde casa, y no había manera de que pudieran compartirlo, ya que sus conceptos de lo que constituía el orden eran muy distintos.

La acidez le roía el estómago y se sentó más erguida, pensando que eso ayudaría a aliviar el malestar, pero no fue así. Soltó un resoplido de frustración. Nadie la había advertido de que el embarazo sería tan incómodo y durante tantos meses. Leyó página tras página sin que nada le llamara la atención, pero tampoco estaba de humor. Era difícil pensar en esas cosas con su primer bebé a

punto de llegar en las próximas semanas y la realidad del parto acechando.

Se acomodó un mechón de pelo liso color miel detrás de la oreja, confiando en que sus rizos volvieran cuando llegara el bebé. Odiaba su aspecto de embarazada, desaliñada, hinchada y cansada, con la cara redonda y los pómulos camuflados por una capa de grasa. Pasó más páginas, haciendo que su mente volviera a centrarse en las casas.

Una foto que había en la parte superior de la página le hizo dar un respingo y su corazón se aceleró de repente. Parpadeó, sin creer lo que estaba viendo. Miró la foto más de cerca. «No, no puede ser, es imposible».

La fotografía mostraba una habitación moderna, blanca y minimalista, con un impresionante sofá de color azul pavo real, sobre el que colgaba un llamativo cuadro abstracto en rojo y dorado, con dos figuras efímeras entrelazadas en torno a un corazón. Estaba segura de que era un cuadro que le pertenecía *a ella*. Era una obra única. No había ninguna copia. Hasta donde ella sabía, el cuadro estaba cuidadosamente envuelto y guardado, junto con otras obras de arte y la mayoría de sus posesiones, en un almacén de Manchester. Era la ciudad donde vivía antes de trasladarse al norte, a Appleby, en Cumbria. «¿Qué está haciendo mi cuadro en la pared de un desconocido?».

Sabía que la enfermera la llamaría por su nombre para que entrara a ver al especialista en cualquier momento; la mujer que iba delante de ella llevaba ya mucho tiempo dentro. No iba a tener tiempo para mirar bien el artículo. No iba a tener tiempo para averiguar qué estaba pasando.

Echó un vistazo a la sala de espera de forma furtiva. Había otras dos mujeres. Una tenía unos auriculares puestos y los ojos cerrados mientras escuchaba algo en su teléfono. La otra intentaba

entretener a un niño pequeño con una caja de bloques de construcción. Rápidamente, Emma arrancó la página de la revista y la metió en el bolso para analizarla cuando tuviera más tiempo y estuviera un poco más calmada. El corazón le latía con fuerza, la impresión de ver la foto sin duda le había subido la tensión a niveles nada saludables para una mujer embarazada.

Estaba segura de que era su cuadro, aunque últimamente se había equivocado en muchas cosas porque su cerebro ya estaba de baja por maternidad. Estaba a punto de sacar la página del bolso para echarle otro vistazo cuando oyó que la llamaban por su nombre. Eso tendría que esperar.

Media hora más tarde, entró su coche, que estaba en el aparcamiento y se apretó contra el volante. Abrió el bolso y sacó el reportaje. Había estado pensando en ello durante toda la consulta y apenas había oído una palabra de lo que le había dicho el médico.

No había duda de que era su cuadro. «¿Cómo ha llegado hasta allí?».

La foto encabezaba un artículo sobre una casa premiada en Northumberland. Otras imágenes, esparcidas entre la prosa, mostraban un edificio moderno, con vistas al mar, fabricado en su totalidad en madera y cristal y absolutamente maravilloso. Era el lugar perfecto para albergar grandes obras de arte: todas las paredes eran blancas; los techos, altos; los suelos, de madera; y los muebles, cuidadosamente elegidos, se reducían al mínimo. No sobraba nada. Ojeó las palabras, sin leerlas en realidad, hasta que encontró algo que hizo que abriera los ojos de par en par. El nombre de su marido. Sintió que su corazón se detenía por un segundo al encontrar una conexión que no había previsto. Él había diseñado la casa.

Comprobó la fecha del artículo y descubrió que era de tres meses antes. No le había mencionado nada, lo cual era extraño, ya que

aparecer en una revista como esa era algo de lo que sentirse muy orgulloso. Era justo lo que necesitaba para promocionar su estudio y conseguir proyectos más prestigiosos.

Su pecho ardía con ira. Aunque solo hubiera prestado el cuadro al dueño para la sesión fotográfica, no era quien para hacerlo. No tenía derecho a tocar ninguno de sus cuadros, y menos ese.

Marcó su número, preparada para una conversación difícil.

—Hola —dijo una voz de mujer.

Emma frunció el ceño, desconcertada, pero sabía que no se había equivocado. Sam debía estar ocupado y su clienta había contestado al teléfono, cosa que no tendría que haber hecho. Su enfado subió de tono y su voz se volvió estridente, impaciente.

—Hola, soy Emma, la mujer de Sam. ¿Podría hablar con él, por favor?

Silencio durante un tiempo.

—¿De qué estás hablando? *Yo* soy su mujer.

El tono de su voz le dijo a Emma que no se trataba de una broma, y se quedó boquiabierta al comprender el significado de sus palabras. No, debía haber oído mal. «¿Su mujer?».

—¿Hola? —espetó la otra mujer—. Hola, ¿sigues ahí? Sam me habló de ti —siseó—. Dijo que un bicho raro lo estaba acosando. Déjalo en paz o llamaré a la policía. ¿Me oyes?

La línea se quedó en silencio y Emma se agarró al volante mientras su mundo se descontrolaba.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CATORCE MESES ANTES

Emma se quedó en la puerta, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, preguntándose si tendría el valor suficiente para entrar y unirse al grupo de duelo. No sabía si estaba preparada. Imaginaba un círculo de sillas y a todas las personas poniéndose de pie, una por una, para luego decir sus nombres y contar sus historias, en un ambiente sombrío. Por suerte, no era así en absoluto.

La sala era un recinto alegre, con las paredes pintadas de amarillo. Frente a la puerta había un tablón de anuncios lleno de dibujos infantiles, que parecían pintados por niños en edad preescolar. Al lado, otro tablón de anuncios con un *collage* de folletos de colores que promocionaban una serie de servicios de apoyo locales. Las sillas se agrupaban de dos en dos, de tres en tres y de cuatro en cuatro alrededor de mesas bajas. Había una gran mesa pegada a la pared, repleta de aperitivos y bebidas. Sonaba música suave de fondo. Algunas personas estaban jugando a las cartas, un par de ancianas hacían punto, otras estaban de pie, charlando como si se conocieran desde hacía años, y tal vez fuera así.

No había tanta gente como había imaginado. Un rápido recuento arrojó un total de doce personas, incluida ella, si decidía entrar en lugar de dar media vuelta y volver corriendo a casa. Ese era su instinto, pero sabía que necesitaba entrar si quería salir del atolladero en el que se había metido en los últimos meses.

La semana anterior, se había asustado a sí misma. Recordó, con

cierto estremecimiento, cómo se había despertado con la madre de todos los dolores de cabeza y había salido de la cama tambaleándose para ir al baño, con la boca tan seca que tenía la lengua pegada al paladar. Sorbió agua del grifo y se sentó en el borde de la bañera, con los ojos entrecerrados por la luz, preguntándose cuánto habría bebido esta vez. Se frotó las sienes con los dedos y cerró los ojos, luego los abrió con la esperanza de poder ver bien.

Fue entonces cuando se fijó en los analgésicos que había alineados en el tocador junto al lavabo. Había cinco cajas. Todas de paracetamol. Los blísteres estaban fuera de las cajas, apilados encima de forma ordenada. Ciento sesenta pastillas, esperando a ser tomadas y una botella de ginebra vacía junto a ellas. No había duda de cuál había sido su plan. Con manos temblorosas, revisó la papelera, aliviada al no encontrar pruebas de que se hubiera tomado una gran dosis de analgésicos. Había leído que, si tomabas una sobredosis de paracetamol, incluso de forma involuntaria, podías acabar con daños irreversibles en los órganos internos.

Fue un punto de inflexión, un reconocimiento de que necesitaba ayuda. El médico le había sugerido el grupo de duelo, ya que no se fiaba de darle medicación. Así que ahí estaba, de pie en la puerta, sin poder entrar en la sala.

Otro hombre se comportaba como ella, aparentemente inseguro de lo que debía hacer. Estaba apoyado en la pared, junto a la mesa de la comida, con las manos también metidas en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Una mujer menuda, de pelo corto y gris con mechas moradas y cara redonda y jovial, se acercó desde la cocina con un plato de *samosas* en la mano. Vio a Emma en la puerta y le hizo señas para que entrara.

—¡Hola! Soy Debs. Yo dirijo el grupo. Tú debes ser Emma. Hablamos por teléfono, ¿no? ¿O me he equivocado?

Emma tragó saliva y se obligó a avanzar, esforzándose por esbozar una sonrisa.

—No, tienes razón. Soy Emma.

—Me alegro mucho de verte. —Debs extendió la mano y le dio un suave masaje en el hombro—. Sé que es un poco desalentador venir a un grupo como este, sobre todo dadas las circunstancias, pero todos están en el mismo barco. Todos han perdido a un ser querido. —Esbozó una sonrisa tranquilizadora—. La primera reunión siempre es la más dura, pero con el tiempo se te hará más fácil. Son un grupo muy agradable.

Emma siguió a Debs cuando fue a poner las *samosas* en la mesa mientras lanzaba miradas nerviosas a los demás asistentes.

—Empezamos de manera informal mientras lo organizo todo —continuó Debs, limpiándose las manos en un paño de cocina, que llevaba colgado del hombro—. Luego presento a los nuevos a todo el mundo. Tenemos una oradora fantástica, Faith Barclay, que fue la que creó el grupo. Es maravillosa, un gran apoyo para todos. Bueno, pues da una pequeña charla de diez minutos y después dirige el debate, nos lleve este a donde nos lleve, en función de lo que la gente quiera compartir. Suele dejar que todo fluya solo, de forma agradable e informal, lo que ayude a la gente a sobrellevar el proceso de duelo. —Observó la mesa llena de cosas y asintió satisfecha.

Emma consiguió encontrar la voz, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera huir sin parecer maleducada.

—¿Qué pasa después del debate con Faith?

—Comemos algo mientras charlamos. —Debs puso una mano en el brazo de Emma—. Pero no te sientas obligada a quedarte hasta el final. Vete cuando quieras si no te sientes a gusto. De verdad, entiendo que es duro, y nadie te va a juzgar. Todos hemos pasado por ello. —Le dio una palmada en el brazo—. Llegar hasta aquí es un

gran paso en la dirección correcta, así que deberías estar orgullosa de ti misma.

Emma se sonrojó, ya que no se sentía nada orgullosa, pero sabía que Debs tenía razón. Era un comienzo.

—¿Me das tu abrigo? —Debs señaló una fila de ganchos junto a la puerta—. Te lo puedo colgar ahí si quieres.

Emma se quitó el abrigo y Debs se marchó. Tiró de los puños de su camisa, sintiéndose incómoda, como si fuese la chica nueva del colegio. Pero era un grupo pequeño, y había recibido algunas sonrisas de simpatía cuando se había atrevido a cruzar la sala. Le sorprendió ver allí a tanta gente joven; había imaginado que la mayoría de los afligidos serían ancianos, pero quizá ellos lo llevaban mejor. Tal vez fuera a las generaciones más jóvenes a las que le resultaba más difícil asumir el duelo y necesitaban más apoyo. Otra cosa que le sorprendió fue que había el mismo número de hombres que de mujeres.

Encontró una silla vacía en una mesa desocupada y esperó allí sentada, con las manos metidas entre las rodillas, aliviada cuando Debs dijo que iban a empezar unos minutos después. Ahora que la atención se centraba en la oradora, se sentía menos visible y empezó a relajarse.

Faith Barclay era alta para ser mujer, por lo menos medía un metro ochenta. Tenía el pelo dorado, que le caía por la espalda, grandes ojos azules en un rostro pálido y ovalado, y no llevaba maquillaje. Llamaba mucho la atención, con sus pómulos altos y su piel clara, y Emma no pudo evitar preguntarse si sería escandinava. Las patas de gallo en las comisuras de sus ojos sugerían que podía ser mayor de lo que parecía a primera vista, y al fijarse bien, Emma pudo ver que su pelo rubio tenía mechas blancas.

Su voz, cuando empezó a hablar, era baja y suave; las palabras se extendían sobre Emma como una manta reconfortante. Sollozó

mientras escuchaba y se secó los ojos con un puñado de pañuelos de papel que había cogido de la caja que había sobre la mesa. No era la única. Los demás también estaban emocionados y, de alguna manera, por una vez, se sentía bien. No, estaba mejor que bien. Ese permiso para unirse en un reconocimiento comunitario del dolor de una pérdida era un alivio. Sentada, con lágrimas corriendo por el rostro, escuchó algunas de las historias que compartieron los demás y asimiló las respuestas de Faith y su consejo de abrazar las emociones en lugar de luchar contra ellas. Aceptar la tristeza como parte del proceso. No duraría para siempre y la superarían. Emma se aferró a sus palabras, afligida por todos los planes que nunca se harían realidad, por las personas a las que nunca volvería a ver, por una vida que nunca volvería a ser la misma.

Se sentó a solas una vez terminado el debate, ensimismada en sus pensamientos, mientras todos empezaban a dirigirse hacia la mesa de la comida. Sus dedos rasgaron los pañuelos arrugados en sus manos mientras su mente vagaba por las ruinas de su vida.

—¿Cómo estás? —La voz de Faith hizo que levantara la vista—. ¿Puedo sentarme contigo un momento?

Emma se secó la cara mojada de lágrimas y se aclaró la garganta.

—Sí, sí, por supuesto.

Faith se hundió en una silla a su lado.

—Debs me ha dicho que es la primera vez que vienes a la reunión y quería saber si puedo ayudarte en algo.

Emma parpadeó. Necesitaba tanta ayuda que no le parecía bien cargar a otra persona con sus problemas. Esbozó una sonrisa fugaz.

—Tu charla ha sido genial. —Miró a Faith, vio la preocupación en sus ojos—. Si te soy sincera… —suspiró, se miró las manos y se le quebró la voz al hablar—, lo estoy pasando muy mal.

—Ya me lo imaginaba. —Faith se inclinó hacia ella—. ¿Quieres hablarme de ello?

Emma jugueteaba con los pañuelos, no estaba segura de poder hacerlo.

—«Un problema compartido es un problema reducido a la mitad», como le gustaba decir a mi madre. Creo que es verdad. Siempre te sientes mejor después de expresar los sentimientos, ¿no crees? Y, cuando hemos sufrido un duelo, a veces nos cuesta encontrar a alguien a quien explicárselo. Especialmente si es nuestra pareja la que ha fallecido. —Faith esbozó una sonrisa alentadora—. Pero me gustaría ayudarte, de verdad. Así que, cuando estés preparada, deja que esas palabras fluyan.

Emma se quedó callada, sin saber por dónde empezar, ya que era consciente de que, en cuanto empezara a hablar, se atragantaría y haría el ridículo. Miró a Faith y algo en su expresión le dijo que no importaba.

Había querido hablar, había querido compartir su historia cuando había tenido la oportunidad antes, para consolidarse como parte del grupo. Pero no se había atrevido a hacerlo. Hablar en público nunca había sido su fuerte y compartir algo tan emotivo…, bueno, no iba a ocurrir delante de aquellos desconocidos. Pero allí, sola con Faith, se sentía más cómoda.

—Mi madre falleció por un cáncer de mama —soltó, sorprendiéndose a sí misma de que ese fuera el punto de partida—. Acaba de hacer tres años. Entonces, me quedé sola. Era madre soltera, no veía a su familia desde los diecinueve años y mi padre no se quedó con nosotras mucho tiempo. Después tuve un aborto. Y mi marido tuvo un terrible accidente. Y hace solo dos meses, a mi suegra, que era la mejor persona que he conocido nunca, le dio un infarto cuando se enteró de lo de Zach, así que también se ha ido. —Tomó una gran bocanada de aire, cogió otro pañuelo de la caja y se secó los ojos—. Nunca me había sentido tan sola. Y… —su voz vaciló— no lo estoy llevando muy bien.

—Siento mucho todo lo que te ha pasado —murmuró Faith—. Es demasiado con lo que lidiar.

Emma asintió. Era mucho. Demasiado para ella sola.

—No creo que pueda hablar de ello. Aquí no. Todavía no.

Faith asintió.

—Lo entiendo, paso a paso. Como he dicho antes, no puedes esperar procesar la pérdida de un ser querido en cuestión de días, ni siquiera de semanas. Es algo que se acepta con el tiempo. Pero ocurrirá. Confía en mí. Las cosas mejorarán.

Emma tragó saliva, incapaz de imaginar cómo podrían mejorar las cosas cuando todos sus sueños se habían hecho añicos.

Faith le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Deja que te traiga algo de comer. —Se levantó y Emma se secó los ojos, esperando que nadie se hubiera dado cuenta de que lloraba, mientras observaba cómo Faith llenaba dos platos con aperitivos variados antes de volver.

—Aquí tienes. Las cosas siempre mejoran cuando has comido algo, y Debs es una cocinera maravillosa.

Emma cogió el plato y empezaron a hablar de Manchester, de dónde vivía Emma y de su trabajo. La conversación fue avanzando por su vida y descubrieron que a las dos les gustaba la misma música y que habían estado en Glastonbury a la vez, unos años antes.

Hacía mucho tiempo que Emma no congeniaba tan bien con alguien. De hecho, la última vez que le había ocurrido había sido cuando conoció a su marido. Se encontró riendo y relajada de verdad por primera vez en meses, sintiéndose mucho mejor ahora que se había distraído del tiovivo de oscuros pensamientos que habitualmente giraban en su cabeza.

¿Cuánto hacía que no tenía una conversación en condiciones con alguien? La pena la había convertido en una reclusa, avergonzada de

sus emociones desbordantes y de su tendencia a romper a llorar sin motivo aparente. Había pasado demasiado tiempo sola en casa, y charlar con Faith había sido un placer. Como encontrar una nueva amiga. Un pequeño rayo de alegría en su existencia, por lo demás sombría. Le había recordado que no era solo una persona que luchaba contra el dolor. También era artista, ayudante personal, empresaria, alguien con intereses y habilidades y todo un repertorio de anécdotas divertidas. Al final, ir allí había sido una buena idea.

—Ha sido un placer hablar contigo —dijo Faith, haciéndose eco de los pensamientos de Emma—. Y la buena noticia es que esta noche ha sido la primera charla de una serie de seis, así que esperamos repetir esto la semana que viene. —Volvió a sentarse y observó la sala—. No tienes que comprometerte a venir a todas, puedes elegir las que quieras. Puedes coger un folleto con toda la información a la salida. Espero que vuelvas la semana que viene.

Emma sonrió, y le sentó bien. Fue una sonrisa genuina, no forzada, por una vez.

—Claro que vendré. Tienes que contarme lo que pasó en el Festival de Reading, estoy en ascuas.

Faith se rio.

—Oh, valdrá la pena venir solo por el remate final de ese pequeño drama. Siento que esta noche no tengamos tiempo para hablar de nada más, pero parece que Debs está recogiendo. —Se acercó y acarició la rodilla de Emma de nuevo, más seria ahora. Sus miradas se cruzaron—. Puedes hacerlo. Sé que puedes. —Y, por primera vez, Emma pensó que tal vez podría.

El hombre que había visto apoyado en la pared cuando había entrado se acercó y, para su sorpresa, se sentó al lado de Faith. Durante toda la noche había permanecido en una actitud firmemente solitaria, sin mezclarse con nadie, y Emma había reconocido la tristeza que había en sus ojos.

—Espero que no te importe. —Sonrió a Emma con timidez—. Voy a acercar a Faith a su casa y parece que ya se está marchando todo el mundo.

Emma había estado tan absorta en su conversación con Faith que no se había dado cuenta de que la sala se estaba quedando vacía; solo quedaban un par de mujeres hablando concentradas en otra mesa.

—Dios mío, hemos perdido la noción del tiempo. —Faith sonrió al hombre—. Emma, este es mi hermano pequeño, Sam. También es la primera vez que viene a una de estas reuniones. —Puso los ojos en blanco—. Me ha costado varias semanas convencerlo para que viniera. —Los ojos de Emma se encontraron con los de Sam y ella sintió una sacudida que la recorrió, el calor subiendo a sus mejillas. «¿El hermano de Faith?». A primera vista parecía bastante diferente a su hermana, pero, si te fijabas bien, podías ver que la forma de la cara era la misma, con los pómulos altos y la nariz recta. Ella apartó la mirada, preocupada porque él pensara que lo estaba mirando. Faith se puso de pie—. Voy a despedirme de Debs, no tardo nada.

—¿Vives aquí? —preguntó Sam cuando se quedaron solos, evitando un silencio incómodo—. Puedo llevarte a casa si quieres.

Hablaba en voz baja. El pelo, que llevaba peinado hacia atrás, le caía en ondas oscuras hasta el cuello, y sus ojos marrones tenían reflejos dorados en el iris. Todo su comportamiento era amable, incluida la sonrisa que le dedicó, con una leve mueca de sus labios. Era como si estuviera a medio gas, y Emma sabía que era culpa del dolor. Ella sentía lo mismo, su exuberancia natural casi se había extinguido.

—Oh, yo… Bueno, no quiero molestar. No está muy lejos andando.

Él se rio.

—¿No has oído la lluvia? Te vas a empapar. De verdad, no me importa.

No había caído ni una gota de camino al centro cívico, pero en ese momento oía la lluvia golpeando el tejado. Volvió a mirarlo, con un rubor cada vez más intenso, que hacía que le ardieran las mejillas.

—Te lo agradezco mucho.

Empezaron a charlar sobre la velada mientras esperaban a que Faith regresase, conversando de una forma cada vez más animada. Era tan fácil hablar con Sam como con su hermana, pero él tenía un peculiar sentido del humor que la hacía reír a carcajadas. Era claramente un observador de la gente, y compararon sus impresiones sobre sus compañeros de reunión, exponiendo Sam sus teorías sobre quiénes eran y a qué se dedicaban. Se lo había inventado todo, pero a Emma ese tipo de juegos le encantaban.

—Siento haber tardado tanto —dijo Faith cuando por fin reapareció, un poco nerviosa, colgándose el bolso del hombro—. Debs quería fijar algunas fechas para el resto del año y hemos tenido que hacer malabarismos para encajarlo todo.

Sam se levantó y ofreció una mano a Emma para ayudarla a ponerse de pie. Ella la cogió, disfrutando del calor de su piel, la firmeza de su agarre y la forma en que su mano envolvía la suya. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Parecía el comienzo de algo.

CAPÍTULO 2

Las reuniones del grupo de duelo se convirtieron en lo más destacado de la semana de Emma. Era algo que esperaba con ansiedad, que deseaba que llegara. Cada semana, Faith les pedía que identificaran un objetivo para los días siguientes, algo tangible a lo que pudieran aferrarse como señal de progreso. Eso era para Emma algo en lo que centrarse, una distracción para dejar de regodearse en su tristeza.

Faith y ella se habían hecho amigas íntimas, un beneficio inesperado que encantaba a Emma. Había echado de menos la compañía femenina, pero su antiguo grupo de amigas no sabía cómo hablarle, y ella no era capaz de enfrentarse a la pena que sentían por ella. Una nueva amistad era justo lo que necesitaba.

Habían coincidido en el pasillo de las verduras del supermercado y las dos se habían quejado de lo mucho que odiaban hacer la compra.

—¿Te apetece un café? —había preguntado Faith mientras hacían cola en la caja—. Yo invito. Necesito un chute de cafeína para aguantar el resto del día.

—Me encantaría —dijo Emma, y lo decía en serio. La conversación fluyó de forma natural y, antes de que se diera cuenta, ya había pasado una hora. Intercambiaron sus números de teléfono y quedaron para repetir la experiencia pronto. Llegó a casa llena de una energía renovada y con una sonrisa en la cara, se puso a hacer algunas tareas domésticas que tenía pendientes desde hacía tiempo. Incluso comenzó a tararear sin darse cuenta.

Un par de días después, Faith le envió un mensaje con un enlace a un concierto al que quería ir, y le preguntó si le apetecía acompañarla. Resultó ser una noche muy divertida y Emma llegó a casa casi sin voz después de cantar al son del grupo de música durante casi dos horas. Durmió toda la noche del tirón, por primera vez desde que vivía sola. Resultó que Faith era exactamente la medicina que necesitaba para darse cuenta de que la vida aún tenía mucho que ofrecerle después de todo.

Tras seis semanas acudiendo al grupo, Sam también se había convertido en su amigo, y siempre iba a su encuentro cuando acababa el debate. Él parecía que prefería estar solo durante la primera parte de las reuniones y ella lo entendía, pues a ella le pasaba lo mismo, ya que así podía dar rienda suelta a sus emociones sin sentirse avergonzada. No hablaban del dolor ni de a quién habían perdido, se centraban en cualquier otra cosa. Hablar con él era muy divertido, ya que sus conversaciones inesperadas siempre la hacían reír porque tenía un sentido del humor muy particular.

—Parece que Sam y tú habéis hecho buenas migas —dijo Faith tras la última reunión, con una sonrisa conspiradora, claramente a la caza de información.

Emma no podía mirarla a los ojos y el rubor calentaba sus mejillas.

—Tenemos mucho en común, ya que ambos somos artistas. —Levantó la vista y Faith se rio.

—Me alegro mucho de que os hayáis hecho amigos. Está claro que os hace bien a los dos. Y mira lo lejos que has llegado. Has vuelto al trabajo. Has empezado a pintar otra vez. Y también te has sentido lo bastante fuerte como para compartir algunas cosas con el grupo. Es un progreso maravilloso. —Miró a su hermano, que estaba examinando la mesa de la comida—. También he visto un gran cambio en Sam. Se ha metido de lleno en un proyecto nuevo y se

vuelve a entusiasmar con las cosas como el friki de la arquitectura que es.

Emma captó la mirada de Faith, agradecida por la oportunidad de formular la pregunta que había estado rondando su mente.

—Lo único es que… no sé a quién llora. Nunca habla en las reuniones del grupo y no siento que pueda preguntárselo directamente.

Faith puso mala cara.

—Bueno, es él quien debe decírtelo, no yo. Creo que vas a tener que esperar hasta que esté listo. Pero lo que sí que te puedo decir es que es un hombre distinto desde que te ha conocido. —Puso un brazo alrededor de Emma y le dio un abrazo—. Me alegro por los dos. Mi consejo es que os dejéis llevar y que disfrutéis el uno del otro.

Emma se sintió frustrada por no obtener una respuesta directa, pero, leyendo entre líneas, intuyó que Sam se encontraba en una situación similar a la suya. Sin embargo, seguiría el consejo de Faith y esperaría. Después de todo, ¿quién lo iba a conocer mejor que su propia hermana?

A la semana siguiente, Sam la invitó a una excursión de un día al Distrito de los Lagos, donde tenía que ir a ver un terreno cerca de Windermere para un posible trabajo. La dejó en el pueblo para que diera una vuelta mientras él iba a visitar a los clientes y quedó con ella en uno de los *pubs* para comer.

Emma entró y salió de las tiendecitas, y luego encontró un café junto al lago, donde se sentó a disfrutar del ambiente. Con los ojos fijos en el paisaje, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajada, respirando el aire fresco y limpio. «Es mucho más agradable vivir en un lugar como este que en una ciudad», pensó. Vivir en el campo sería un contraste total con su vida

anterior, un nuevo comienzo definitivo y justo lo que necesitaba si quería superar el trauma.

Sam estaba rebosante de entusiasmo cuando se reunió con ella en el *pub* que habían elegido para comer.

—Estoy deseando empezar con este trabajo —dijo él cuando llevó las bebidas a la mesa junto con un par de menús—. Se trata de un proyecto bastante ambicioso dado el estado del lugar y el presupuesto, así que habrá que ver cómo se desarrolla todo. A veces, la gente tarda años en poner todo en orden para que podamos empezar. —Nunca lo había visto tan animado y le encantaba lo apasionado que parecía con su trabajo—. Considero parte de mi trabajo darles algo a lo que aspirar y un presupuesto al que ceñirse, luego depende de ellos cuándo podemos empezar.

Emma cogió su *gin-tonic* y bebió un sorbo, mirando por el ventanal hacia las colinas vecinas.

—Sería precioso vivir aquí, ¿verdad? —Las cascadas se precipitaban por las laderas hasta un valle ligeramente arbolado que había en el fondo. Un muro de piedra gris dividía en dos la ladera y había ovejas vagando en lo alto de los pastos de verano, como puntos pálidos en la distancia. «¡Qué paz y qué tranquilidad!», pensó, imaginándose ya en un pequeño estudio de piedra al fondo del jardín de una casita encalada. Siempre había tenido una imaginación muy viva, pero esa imagen era tan tridimensional y real que casi podía creer que existía de verdad.

El semblante de Sam cambió en un instante, la alegría cayó de su rostro. Bajó la vista hacia su bebida y acercó el posavasos al borde de la mesa. Hubo una pausa incómoda antes de que hablara.

—Solía vivir no muy lejos de aquí, en Coniston. Es un pueblo bastante tranquilo, pero las carreteras se llenan de visitantes en verano. La verdad es que es un poco infierno. Se tarda una

eternidad en llegar a cualquier sitio. —Cogió su cerveza, bebió un buen trago y se lamió la espuma del labio superior.

Emma dio otro sorbo a su bebida, procesando esa nueva información, y se preguntó cuál sería la mejor manera de seguir indagando. Lo miró de forma interrogante.

—No sabía que eras de por aquí.

Sam negó con la cabeza.

—No, no me crie aquí, pero la familia de mi mujer vive en Coniston desde hace varias generaciones.

«Su mujer». Ya estaba llegando a algún sitio.

—Entonces… —preguntó tímidamente—, ¿es tu mujer la que ha fallecido?

Miró su cerveza como si la respuesta estuviera allí y dudara si decírselo o no. Bebió otro trago grande y ella se sintió culpable por haberle hecho una pregunta tan directa.

Le puso una mano en el brazo, sabiendo que se había equivocado.

—Lo siento. Por favor, no tienes que responder si te resulta… demasiado difícil.

Hasta ese momento, la suya había sido una amistad en la que habían navegado con cuidado, como dos polos magnéticos que intentan no sentirse atraídos el uno por el otro. ¿No habían insistido los dos en que no había nada romántico entre ellos? Pero, cuando él le cogió la mano, algo que nunca había hecho antes, estaba claro que había una atracción que ninguno de los dos podía negar.

Sus dedos eran cálidos y reconfortantes, el contacto físico era un placer que no se había dado cuenta de que echaba de menos. Empezó a hablar, con los ojos fijos en la mesa y la mano libre jugueteando con un posavasos que sobraba, dándole vueltas y vueltas sobre la mesa.

—Conocí a Alice cuando conseguí unas prácticas en el estudio de arquitectura donde trabajaba con su tío. Era una empresa familiar

con muchos años de historia y una excelente reputación local. Hacían todos los diseños ecológicos que me interesaban y congeniamos enseguida.

Emma sintió una punzada de celos en la nuca y bebió un sorbo de su ginebra mientras se forzaba a alejar la inoportuna emoción. La pobre mujer estaba muerta, no tenía motivos para sentir celos. Era ella la que estaba allí, cogida de la mano de ese hombre tan espectacular.

—En fin, resumiendo, empezamos a salir juntos y, al cabo de un tiempo, nos casamos. Nos mudamos a una casa de campo en Coniston, cerca de la granja de su familia.

—Suena idílico —murmuró Emma, deseando lo mismo para ella. Se horrorizó al ver cómo sus pensamientos se habían adelantado varias etapas y retrocedió. Él no había terminado la historia y ella necesitaba escuchar. Dio otro sorbo a su bebida.

Sam suspiró y dejó el posavasos en la mesa, con la mano temblándole ligeramente.

—Todo era maravilloso, hasta que ocurrió el incendio.

Emma se atragantó, ya que no se esperaba una afirmación tan contundente y chocante. Empezó a toser cuando su bebida se fue por el camino equivocado. Él no pareció darse cuenta, ensimismado en sus recuerdos, y apretó un poco más su mano.

—Por desgracia, Alice… —tragó saliva— murió. Nuestra cabaña estaba alejada del pueblo, y cuando alguien vio el incendio, ya era demasiado tarde. —Se mordió el labio, sin mirarla—. Yo estaba trabajando fuera en ese momento, y ahora… bueno, no puedo volver a Coniston. —Sacudió la cabeza y parpadeó varias veces—. Demasiados recuerdos.

Ella apretó su mano y lo miró con simpatía.

—Siento mucho lo de tu mujer. No ha estado bien que te preguntara por quién estabas de luto y te pido disculpas si sientes

que te he puesto en un compromiso. No era mi intención. —Suspiró —. ¿Sabes?, tengo mucha curiosidad por la gente. Supongo que viene de ser retratista. Tienes que sumergirte en la esencia de lo que es una persona para sacar lo mejor de su imagen. —Ella volvió a apretarle la mano, pensando que sin duda podría acostumbrarse a esa nueva intimidad que había entre ellos—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. Me estoy acostumbrando a hablar de ello. —Sus ojos se encontraron con los de ella y Emma sintió una profunda conexión que no existía antes. Como si se hubiera levantado una barrera con su revelación. Una vulnerabilidad al descubierto. Tuvo que luchar contra el impulso de inclinarse hacia delante y besarlo—. Si te soy sincero, quería decírtelo, pero no sabía cómo. —Sus dedos se entrelazaron con los de ella y Emma confió en que él estuviera sintiendo los mismos impulsos eléctricos que aceleraban su corazón —. Hablar de ello ayuda bastante. Lo he aprendido en el grupo de duelo. Y sé que no hablo delante de todos, pero sí que lo he hecho con algunas de las personas que asisten. Me siento más cómodo hablando de tú a tú.

Ella asintió, ya que lo entendía perfectamente. Al principio, le ocurría lo mismo.

Se impuso un agradable silencio entre ellos, que seguían con las manos entrelazadas y el pulgar de él rozando con suavidad el dorso de la mano de Emma. ¿Estaba esperando a que ella le contara su historia? Tragó saliva, consciente de que no había compartido todo con el grupo; solo retazos sobre su progreso, cómo se las estaba arreglando para retomar las riendas de su vida, pero nunca la causa de su dolor.

Respiró hondo.

—Mi marido también tuvo un accidente. —Su mente se llenó con la voz del supervisor de Zach cuando ella había contestado a su llamada: «El andamio se ha derrumbado». Con imágenes terribles

de postes metálicos y tablones de madera cayendo. Estaban trabajando en un bloque de pisos de diez plantas, sustituyendo el revestimiento. Se estremeció, sintiendo una oleada de emoción—. Pero no hablemos del pasado —dijo ella con rapidez, arrastrando las imágenes hasta el fondo de su mente, donde quería que se quedaran para siempre. No tenía intención de pasar por esa traumática experiencia en presencia de Sam—. Podemos dejarlo para compartirlo con el grupo.

Intentó ordenar sus pensamientos. Se alegraba de que Sam se hubiera sincerado, pero había algo que la inquietaba en la forma en que se lo había contado, con mucha crudeza, sin adornos emocionales. Ella no podría haber hablado con tanta calma sobre lo que le había ocurrido a Zach. Pero se recordó a sí misma las palabras de Faith: que cada persona experimentaba y expresaba el dolor de forma diferente. Era mejor no juzgar.

CAPÍTULO 3

Estaban tumbados en la cama, abrazados, algo que últimamente ocurría con bastante frecuencia. Fue una de esas conversaciones que empiezan con una pregunta fantasiosa.

—Si pudieras hacerte una casa nueva, ¿cómo te gustaría que fuera? —le preguntó Sam—. El dinero no sería problema. Donde quieras.

Ella se rio y se giró hacia él.

—He estado pensando en comprar una casa. Tras el accidente de mi marido, la empresa reconoció su responsabilidad y me pagaron una indemnización.

Él enarcó una ceja, antes de cogerle la mano y besarle los nudillos.

—Vaya, señora, parece que es usted la clienta perfecta. Entonces, dígame… ¿cómo sería la casa de sus sueños?

Ella se acurrucó más cerca y sonrió para sí misma. Le gustaban ese tipo de juegos.

—No puedo quitarme de la cabeza el Distrito de los Lagos. Había mucha paz y el aire era tan fresco… Y todo ese espacio. Me encantaría vivir fuera de la ciudad. —Abrió los ojos y, cuando lo miró, vio que su sonrisa se había desvanecido. Recordó que su mujer había muerto en un incendio en el Distrito de los Lagos y maldijo su insensibilidad—. Pero entiendo que tú no querrías vivir allí por… ya sabes.

Sam guardó silencio durante un rato. «Joder, qué bocazas soy». ¿Por qué había tenido que meter la pata hasta el fondo? Ahora prácticamente vivían juntos, sus vidas se entrelazaban más cada

semana, y era más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. Su vida había vuelto a florecer y se había convertido en algo precioso. La semana anterior le habían encargado un retrato de un matrimonio por su aniversario, y el trabajo de ayudante personal virtual había despegado ahora que estaba presente en las redes sociales y había dado a conocer su nombre.

—Si lo que buscas son laderas, árboles y mucho espacio —dijo él finalmente—, hay muchos lugares llenos de encanto en Cumbria, aparte del Distrito de los Lagos. Y mucho más baratos.

—Tienes razón —dijo ella, sintiendo una oleada de alivio, dispuesta a aceptar cualquier sugerencia. Al fin y al cabo, solo era un juego—. Entonces, vamos a situar la ubicación en algún lugar cerca del Distrito de los Lagos, ¿vale? —Entró en la imagen que veía en su mente, tan clara que casi podía tocarla—. A ver… Me gustaría que tuviera cuatro dormitorios, porque voy a tener tres hijos.

Lo miró para ver cómo respondía a esa parte del plan. Era demasiado pronto para hablar de hijos, pero no había podido resistirse a tantear el terreno. Si no quería tener hijos, tendría que romper con él, por muy atractivo que fuera Sam. Desde que había cumplido los treinta, estaba desesperada por tener una familia y, tras la angustia de su aborto espontáneo y el paso del tiempo, ser madre se había convertido en una especie de obsesión. Había creído que su sueño había muerto tras el accidente de Zach, pero ahora sus esperanzas habían renacido.

—¿Solo tres? —reflexionó él, con un brillo en los ojos.

—Supongo que podrían compartir habitación —aventuró Emma—, así que cuatro o cinco no es descabellado.

Entonces él se echó a reír y le besó la punta de la nariz.

—¿Y qué más necesitaría esa casa de ensueño?

Cuando terminaron, Emma había creado una pequeña granja, con un grupo de niños que jugaban al aire libre, ayudaban a sacar el

estiércol de los dos ponis y las cabras pigmeas, desenterraban patatas del extenso huerto y recogían los huevos que habían puesto las gallinas. Lo bueno de esa fantasía era que disfrutaría mucho viviendo en ella, y ahora que la había creado, podría visitarla en su mente siempre que sintiera la necesidad.

Tres semanas después, Sam irrumpió en la puerta de su piso con un rollo de papel bajo el brazo.

—He tenido un día tan bueno que no te lo vas a creer. —Despejó la pequeña mesa del comedor y desenrolló el papel, revelando varios bocetos de una vivienda. Le sonrió—. Aquí tienes, la casa de tus sueños.

Ella estaba asombrada, no podía creer la perfección con la que había conseguido plasmar su fantasía en varias hojas de papel. Esa era exactamente la casa en la que quería vivir con su familia imaginaria. Encantada no era suficiente para explicar cómo se sentía. Sin embargo, lo que más le gustaba era que él la hubiera escuchado con tanta atención. Los pensamientos que tenía en su cabeza se habían convertido en los pensamientos *de él*, que los había convertido en algo tangible y real. ¿Cuántas personas estaban tan conectadas? Parecía cosa de magia. Pero era amor, ¿no? La poderosa atracción hacia alguien, a un nivel que no comprendías, incluso antes de conocerlo bien del todo.

—Vaya, ahora todo parece posible —dijo, estudiando detenidamente sus diseños, y sugirió pequeños retoques aquí y allá —. Supongo que todavía no habrás puesto precio a todo esto, ¿verdad?

Su brazo rodeaba la cintura de Emma, manteniéndola cerca de él, y ella supo en ese momento, con una certeza que nunca había sentido con respecto a ninguna otra cosa en su vida, que quería esa casa para compartirla con Sam.

—Bueno, obviamente está el pequeño problema de encontrar una

parcela adecuada. Pero, en cuanto a los costes de construcción, imagino que rondarán los quinientos mil. —Se encogió de hombros —. Si decides que quieres seguir adelante, lo calcularé al milímetro, pero esa es una cifra aproximada.

Él la miró y ella bajó la vista hacia los dibujos, haciendo cálculos mentales. De momento estaba de alquiler, pero, ahora que había llegado la indemnización, ¿no sería una buena inversión en lugar de tirar el dinero pagando una renta?

—¿Y cuánto costaría una parcela?

Él se echó a reír.

—¿Cuánto mide un trozo de cuerda? La ubicación marca una diferencia abismal en cuanto al precio, pero, si te gusta Cumbria, podríamos buscar por los alrededores, a ver qué encontramos. No lo sé. ¿Un cuarto de millón, tal vez?

«Encontramos». Hablaba en plural, como si estuvieran juntos en eso. El proyecto de los dos. Su excitación iba en aumento. Todos sus sueños rotos se estaban recomponiendo. Se le había presentado una segunda oportunidad y la iba a coger con las dos manos.

—Hagámoslo —dijo, con una sonrisa tan amplia que le dolían las mejillas, con la alegría burbujeando en su interior—. Si puedes encontrar una parcela adecuada, me apunto.

Más tarde, tumbados en la cama, con Sam profundamente dormido y ella mirando el techo con los ojos abiertos de par en par, empezaron a asaltarle las dudas. Era muchísimo dinero y todo iba demasiado rápido. ¿Era eso lo que de verdad le molestaba o era otra cosa?

CAPÍTULO 4

Desde el momento en que Emma había aceptado seguir adelante con la idea de la casa nueva, Sam había estado pululando alrededor como un conejito con esteroides. Parecía más ligero, más feliz, más considerado. Si al principio había tenido reservas, ahora estaba segura de que era el hombre con el que quería construir una vida. Su entusiasmo era contagioso; su risa, infecciosa; sus ideas, absorbentes.

Todo el tiempo libre lo dedicaba a su proyecto, retocando el diseño, investigando sistemas de calefacción e iluminación, techos y ventanas para que fuera una vivienda neutra en carbono. Su dedicación a su futuro era intachable. Ella no estaba tan fascinada por todos los detalles, pero de repente se sentía comprometida con un proyecto que no había sabido que quería hasta que él le había presentado los planos. Construir la casa de los sueños de *los dos*.

Resultaba difícil mantener el impulso de su proyecto cuando él trabajaba mucho fuera, pero ella tenía que aceptarlo. Tenía que visitar muchas obras, y muchos proyectos parecían no ir más allá de presentar solicitudes de permiso de obras. Aparecía el domingo por la noche cada quince días, con la regularidad de un reloj, y volvía a marcharse el jueves por la mañana, para viajar por todo el Reino Unido. Ni siquiera tenía casa propia, ya que no sabía dónde quería instalarse desde que había muerto su mujer. Cuando no viajaba, se quedaba en casa de Faith. Ella le había preguntado si trabajaba los fines de semana, pero él le había dicho que era el único momento en que algunos de sus clientes estaban en casa y tenían tiempo para

discutir las cosas como era debido. Funcionaba y parecía que no iba a cambiar el patrón.

Sam se mudó a su piso la semana después de enseñarle los diseños de la casa. Él había demostrado un compromiso con su futuro sin siquiera tener que decir nada y ella se dio cuenta de cuánto había echado de menos formar parte de una pareja. Acurrucarse en el sofá, charlar mientras preparaban juntos la comida, el calor de otro cuerpo en su cama, sus manos en su piel, su aliento en su pelo.

Diez semanas después de mudarse, irrumpió por la puerta un domingo por la noche, con los ojos brillantes y una gran sonrisa en la cara. Emma había estado esperando a que llegara a casa, emocionada y nerviosa por contarle las novedades, sin saber cuál sería su respuesta.

—Nunca adivinarías lo que he encontrado —dijo Sam, dejando las maletas en el suelo. Luego rebuscó en su maletín y sacó un par de hojas de papel. Se las tendió y ella las cogió, curiosa por saber por qué estaba tan emocionado.

Su corazón dio un vuelco cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando.

—¿Una parcela? ¿Has encontrado una parcela para la casa? —Volvió a observar el papel—. ¿Dónde está?

—En las afueras de Appleby, que era la capital del condado de Westmorland hasta que se integró en el condado de Cumbria. Es un sitio precioso con edificios de arenisca roja, un río que discurre por el centro e incluso tiene un castillo. Allí se celebra todos los años una feria del caballo. ¿No has oído hablar de ella?

Emma sacudió la cabeza, pero ya estaba pensando que le gustaba la descripción del lugar.

—Es un pueblecito maravilloso. Imagino que los niveles de delincuencia son prácticamente nulos. Lo que no se puede decir de

Manchester, ¿verdad? —Sam sacó el portátil de la bolsa, lo dejó sobre la mesa del comedor y abrió una pestaña—. Mira, aquí hay algunas imágenes de drones que he encontrado antes.

Emma las observó, sobrevolando el paisaje como un pájaro en el cielo, y vio la plaza del mercado, la hermosa y antigua iglesia en un extremo y el río que la rodeaba en semicírculo. La calle principal que subía por la colina; las tiendas que daban paso a bonitas casitas que llegaban hasta las puertas del castillo, en la cima. Sobrevolaron el antiguo castillo, con sus murallas almenadas protegiendo un torreón normando cuadrado en un extremo y la mansión frente a él al otro lado de una gran extensión de césped.

—Esa parte del castillo es un hotel —dijo Sam, señalando la mansión—. Y hacen bodas allí. He estado dentro. Es precioso y la comida es increíble.

Emma aguzó el oído. ¿Estaba Sam insinuando algo? Estudió su rostro, pero él estaba absorto mirando las imágenes, que ahora mostraban el exterior del pueblo, con colinas ondulantes abriéndose a ambos lados.

—Un momento —dijo Sam con voz excitada y retrocedió la grabación unos segundos—. Mira, aquí es donde está la parcela. —Ella miró la pantalla—. Como puedes ver, ahora mismo es una granja abandonada. No se puede salvar, así que creo que no habrá problema en demolerla y empezar de nuevo. Y, como ya hay una casa, no creo que el permiso de obras sea ningún problema.

Sam le enseñó dónde iría la casa y repasó sus diseños, mostrándole las vistas con las que se despertaría cada mañana, haciendo que todo cobrara vida en su mente. Emma podía ver a los niños jugando en la casa del árbol del jardín, podía oír el pequeño arroyo burbujeando sobre las piedras y el viento en los árboles, y podía oler la lavanda y las hierbas que plantaría junto a la puerta de la cocina. Ya podía ver su luminoso estudio en el jardín.

Sam sonrió.

—¿Qué te parece si vamos el próximo fin de semana? He reservado una habitación en el castillo. Así podrás verlo por ti misma. —Por su voz, no había duda de que estaba emocionado; no cabía en sí de gozo—. De verdad, creo que este es el sitio perfecto. Nos hemos roto los cuernos buscando, ¿no? Hemos mirado por todo el condado, durante semanas, y esta propiedad acaba de salir al mercado y es perfecta. Absolutamente perfecta. —Sus ojos se encontraron con los de Emma—. No vas a tener una oportunidad mejor. Parcelas como esta valen su peso en oro. —Cogió sus manos y se las apretó con fuerza—. Puedo crear el hogar perfecto para ti.

—¿Para mí? —preguntó ella, deseando que él entendiera lo que quería saber—. No quiero que sea solo para mí.

Él se rio.

—Para ti y para tu familia. A eso me refería. Será todo lo que has soñado. Te lo prometo.

Emma lo miró, deseando que dijera algo más, sin saber qué estaba pensando, aparte de su evidente entusiasmo por el proyecto. En el fondo, estaba decepcionada. ¿Pensaba Sam que era un proyecto más o un futuro hogar para compartirlo juntos? ¿Ella era su cliente o su pareja? Eso era lo que no sabía captar. Decidió que había llegado el momento de contarle sus novedades. Así sabría a qué atenerse en lugar de dudar.

—Tengo algo que decirte —dijo, con los nervios retorciéndose en su estómago—. Mejor vamos a sentarnos. —Ella lo condujo al sofá, se hundió en los cojines y tiró de él hacia abajo, a su lado—. Puede que esto sea una sorpresa, pero… —Lo miró, notando la incertidumbre en sus ojos, y le dedicó una sonrisa, porque una noticia así era una alegría. Una auténtica alegría y no podía controlarse—. Vamos a tener un bebé.

La noticia salió de su boca como una declaración triunfal, porque

así era como se sentía. Lo único que anhelaba en la vida iba a ocurrir de verdad y no podía ocultar su alegría, por muy nerviosa que estuviera por su reacción.

La expresión de Sam pasó de la curiosidad a la confusión. Parecía estar en *shock*. Su mandíbula se desencajó, su boca formó una «o» silenciosa, y por un momento Emma se preguntó si había visto un destello de miedo o de pánico en sus ojos.

—Dios mío —dijo Sam finalmente, desconcertado—. Pero creí que habías dicho que estabas tomando la píldora.

No fue la reacción que Emma esperaba; tensó la mandíbula y dijo con voz aguda:

—*Estoy* tomando la píldora. Pero acuérdate de que tuve un virus estomacal, y a veces puedes quedarte embarazada después de algo así. —Se encogió de hombros—. Solo es una conjetura. No sé cómo ha sucedido. Pero estoy embarazada de nuestro bebé.

—Un bebé. Vaya.

No parecía demasiado entusiasmado. Se dio cuenta de que debería haber esperado un momento mejor al observar la cara de Sam pasando por varias emociones diferentes. Se le formó un nudo de miedo en el vientre mientras estudiaba su sonrisa congelada.

Sam cerró los ojos y se pellizcó la nariz. Un momento después, una lágrima rodó por su mejilla.

—Nuestro bebé —susurró, con la voz cargada de emoción—. Voy a ser padre. Joder. No me lo puedo creer. —Sacudió la cabeza, y de repente estaba riendo y llorando al mismo tiempo, con una enorme sonrisa en la cara—. ¡Voy a ser papá! —gritó, golpeando el aire con el puño.

Emma dejó escapar un suspiro de alivio, encantada ahora con su reacción, y permitió que su propia alegría bullera dentro de ella. Todo iba a salir bien. Mejor que bien: Sam parecía estar tan encantado como ella.

La atrajo hacia sí, la besó y la abrazó con fuerza, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Admito que estoy un poco en *shock*, pensaba que construiríamos una casa y luego formaríamos una familia, pero, oye, ¿acaso importa? —Entonces él volvió a reírse y ella a llorar, y Emma pudo decir sinceramente que nunca había sido más feliz en toda su vida.

Con un último beso, dejó de abrazarla y la agarró de las manos. No había duda del amor que emanaban sus ojos.

—De verdad, Emma, es una noticia estupenda. Me muero de ganas de contárselo a Faith. Dios mío, no sabes lo emocionado que estoy. —Se levantó de un salto y empezó a bailar por la habitación, arrastrándola con él, hasta que ella no pudo moverse de la risa.

Todo su cuerpo se debilitó de alivio; su respuesta había sido mucho mejor de lo que se había atrevido a imaginar. En su mente, pensaba que él podría marcharse y que no volvería a verlo. Pero ahora le estaba dando todas las señales correctas. Sin aliento, se dejó caer en el sofá. Sam le acercó un reposapiés para que pusiera los pies en alto mientras él encendía el hervidor y buscaba galletas en el armario.

La cuidó toda la noche: preparó la cena, pasó la aspiradora y puso una lavadora. No era lo que esperaba de él. Se había resignado al hecho de que seguiría cuidando de sí misma la mayor parte del tiempo, pero estaba claro que eso no era lo que Sam quería.

Al día siguiente, le llevó el desayuno a la cama, algo que nadie había hecho antes. Para ella era un símbolo de amor, de cariño, de querer cuidar a su pareja y a su bebé. «Su pareja». La etiqueta le produjo un escalofrío de placer.

Momentos después, su mente la llevó de vuelta a Zach y su accidente, apagando su feliz estado de ánimo. «La vida continúa», se dijo a sí misma, molesta por esa inoportuna intromisión, y tenía todo el derecho del mundo a vivirla. A disfrutarla. A deleitarse con la

nueva aventura que se desarrollaba ante ella. Un futuro con Sam y sus hijos a su lado en la casa que iba a construir para todos. Nunca había deseado algo con tanta fuerza.

—He mandado un *email* en tu nombre a la casa de subastas y he abierto una cuenta —dijo Sam mientras cogía su taza de café, y luego se acomodó a su lado en la cama—. Faltan dos semanas para la subasta, así que podemos hacer la visita el fin de semana que viene, luego tenemos tiempo para hacer números y asegurarnos de que no se sale del presupuesto. —Se giró hacia ella, con los ojos brillantes, y Emma pensó que nunca lo había visto tan feliz. Sam estaba tan ilusionado como ella por su futuro juntos, y eso hizo que su corazón saltara de alegría—. Cuanto más lo pienso, más creo que deberíamos hacerlo. Es una ubicación fantástica, una gran inversión pase lo que pase, y tendrás la casa que quieres.

Una vocecita en su cabeza le preguntó si era la forma correcta de gastar una buena parte de la indemnización. Era mucho dinero, nunca se habría imaginado que llegaría a tener tanto. La verdad es que disponer de una suma tan grande la asustaba. Siempre había sido un poco impulsiva, nunca se le había dado bien ahorrar, y se había prometido a sí misma que no haría ninguna estupidez. Ella sacaría partido al dinero, lo haría durar. Intentó hacer algunos cálculos mentales, preguntándose si necesitaba guardar más para el futuro, para asegurarse de que todas sus necesidades estaban cubiertas. Porque, una vez que el dinero desapareciera, no lo recuperaría.

Pero entonces… Se corrigió a sí misma. Las casas se podían vender. Era una inversión. No estaba gastando el dinero, lo estaba invirtiendo en una propiedad que haría crecer el activo. Sonrió para sus adentros y se acurrucó más cerca de Sam, cuyas palabras estaban echando raíces en su mente. «Una gran inversión».

Al día siguiente se reunió con Faith para comer, después de haber

dado un rodeo para entrar en una tiendecita que vendía la ropa de bebé más adorable. No pudo resistirse a comprar un par de trajes y los sacó de la bolsa para enseñárselos a Faith mientras esperaban a que llegara la comida.

—¿A que son preciosos? —dijo, levantando uno—. Estoy deseando enseñárselo a Sam.

Faith bajó lentamente la copa, con los abiertos de par en par en una expresión de total asombro al comprender de lo que hablaba Emma.

—¿Un bebé? —jadeó—. ¿Vas a tener un bebé con Sam?

Emma sintió que el rubor le subía por el cuello, quemándole las mejillas. Faith era la primera persona con la que había hablado de ello y se había imaginado que estaría tan contenta como Sam con la noticia. Ahora se sentía desorientada, confusa.

—Pensé… Bueno, supuse que ya te lo habría dicho.

La expresión de Faith se transformó en una sonrisa llena de entusiasmo.

—No, no lo ha hecho. Pero Emma, es una noticia increíble.

Faith hablaba entre bocado y bocado mientras hacía un montón de preguntas sobre fecha de parto, nombres y cómo se las arreglarían en el piso.

—¿Te ha hablado de la parcela que ha encontrado? —Emma no pensaba seguir en el piso cuando naciera el bebé, pero parecía que Faith no conocía sus planes.

Faith asintió.

—Sí, sí, me lo ha contado. ¡Qué emocionante! —Cortó un trozo de filete y se lo metió en la boca, frunciendo el ceño mientras masticaba—. Sin embargo, no parece un buen momento, ¿no? Estas cosas tardan bastante en resolverse. —Se inclinó hacia Emma—. No crees que es demasiado pronto, ¿verdad? —En cuanto habló, pareció que se arrepentía y agitó una mano, como si tratara de alejar su

comentario como una mosca molesta—. Lo siento, he dicho una estupidez. Pero solo os conocéis desde hace dos días y él es mi hermanito y, bueno, no sé… Lo siento, ignórame. Me estoy comportando como una imbécil. —Levantó la copa, más nerviosa de lo que Emma la había visto nunca, y esbozó una sonrisa mientras alzaba el brazo—. Felicidades.

Emma sonrió, sin que nada pudiera atenuar su alegría. No le importaba lo que pensaran los demás. Mientras ella y Sam estuvieran contentos con el bebé, no importaba nada más.

—Sé que te costará un poco acostumbrarte, pero vas a ser tía.

Faith pareció derretirse y una sonrisa se dibujó en sus labios mientras devoraba el resto de la comida. Solo hizo una pausa para preguntar sobre las preferencias del parto, cómo se encontraba Emma y si necesitaba ayuda.

—¿Sabes, Emma? —Se rio mientras se despedían en la calle—. Estás llena de sorpresas.

Emma se rio con ella, con un aleteo de inquietud en el pecho, mientras se preguntaba exactamente cuáles habían sido las otras sorpresas.

Más tarde, cuando volvía a casa, no podía quitarse de la cabeza la conversación con Faith. ¿*Era* demasiado pronto? Esa pregunta se la había hecho a sí misma, pero lo cierto era que ella no había elegido quedarse embarazada, así que no se trataba de decidir si era el momento adecuado para tener un bebé. Se trataba de enfrentarse a la realidad y decidir, como pareja, que estaban contentos de seguir adelante juntos para criar a su hijo.

El malestar había vuelto. «*¿Por qué Sam no le había dado la noticia a su hermana? Me dijo que estaba impaciente por contárselo, y obviamente había hablado con ella, porque Faith sabía lo de la parcela, así que ¿por qué no aprovechó para contarle también lo del bebé?*».

CAPÍTULO 5

Durante las últimas semanas, la vida de Emma había sido un torbellino de actividad y se sentía como si viviera en un permanente subidón de adrenalina. Se había enamorado de Appleby tras su visita y había conseguido la parcela en una subasta por un poco más del presupuesto que había fijado. Ahora su mente estaba ocupada con planes.

Era lunes por la noche y Sam acababa de llegar del trabajo y le había llevado un gran ramo de flores.

—Para ti, mi amor. —La besó y luego la abrazó con fuerza, dejando escapar un gran suspiro—. Me encantan las noches en las que puedo volver contigo —murmuró, con su aliento haciéndole cosquillas en la oreja mientras hablaba. Ella se estremeció de placer —. Y… escucha esto… puede que haya encontrado un sitio de alquiler en Appleby mientras dura la construcción.

Su cuerpo se tensó. No había pensado en mudarse allí antes de que la casa estuviera lista, pero la idea floreció en su mente hasta convertirse en algo hermoso. Era la solución perfecta. Resolvería muchos de los problemas que la habían acuciado desde que descubrió que estaba embarazada. No quería criar a un bebé en Manchester, donde el aire estaba cargado de humos de gasóleo y recuerdos de Zach. Quería espacio, aire fresco y Sam a su lado. Se dio cuenta de que estaba más que preparada para seguir adelante, tanto física como mentalmente.

—¡Oh, Dios mío! ¿De verdad? —Se separó de su abrazo, con la excitación bullendo en su interior.

Él asintió con la cabeza.

—Mira. —Sacó el teléfono del bolsillo, buscó algo en la pantalla y se lo pasó—. Es una casa de vacaciones, pero nos la alquilarán en invierno. Es el momento perfecto. —Sonrió—. Y, si estamos dispuestos a pagar un extra durante unos meses, podemos estar un año entero. Eso nos dará tiempo de sobra para terminar la construcción.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio la casa de arenisca roja, perfecta con sus rosas trepadoras, rodeada de árboles.

—Ya he llamado al propietario. Es nuestra si la queremos. Pero tendremos que pagar una señal. —Entonces se sintió incómodo, sus ojos se apartaron de los de ella—. La cosa es que… estoy un poco mal de dinero en este momento. —Hizo una mueca—. ¿Podrías pagarla tú?

Los ojos de Emma se entrecerraron. No habían hablado de finanzas conjuntas, pero ella entendía que era algo que debían abordar enseguida. ¿Quizá en ese momento? Básicamente era su huésped durante cuatro noches a la semana, luego se iba a trabajar en sus otros proyectos y se quedaba donde podía, a veces con sus clientes. Un estilo de vida nómada, había dicho, que le había venido bien como viudo. No se encontraba preparado para asentarse, ya que no tenía claro dónde quería vivir. Así que viajaba, quedándose con Faith entre proyecto y proyecto. De vez en cuando pagaba la compra o invitaba a Emma a comer fuera, pero eso era todo con lo que contribuía económicamente.

Ella lo miró a los ojos y él frunció el ceño.

—¿Qué? No voy a disponer de dinero hasta que me paguen el proyecto Milnrow. Creo que te lo he mencionado. —Lo había hecho. Varias veces. Hasta el punto de que se había vuelto un poco molesto y la tarjeta de crédito de Emma había estado más ocupada que de costumbre, pagándolo todo. Sam le dedicó una sonrisa de disculpa

—. Aunque tengo una buena noticia. Hoy he firmado el proyecto, así que no tardará en llegar el dinero.

Ella, con una punzada de inquietud en el pecho, siguió callada.

Sam ladeó la cabeza y la miró de forma interrogativa.

—No te importa hacer frente a este pago, ¿verdad? Más adelante estaré en condiciones de devolverte mi parte. Si eso es lo que vamos a hacer.

Ella asintió, aliviada de que él hubiera mencionado compartir los gastos.

—Vale. Pero, si vamos a ser socios, lo justo es que nos repartamos los gastos de manutención.

Él no contestó, se dirigió a la cocina y Emma lo siguió, observándolo mientras él examinaba el contenido de la nevera, sin duda preguntándose qué iba a preparar para cenar. Casi siempre hacía él la comida porque era mucho mejor cocinero que ella, la verdad. Y a él le gustaba cocinar, cosa que ella no.

Sacó carne, verduras y queso para hacer pasta, y los puso sobre la encimera. Cogió la pasta y la bandeja antes de hablar, con la voz llena de una calma forzada.

—Me sorprende oírte decir eso, porque, como ya sabes, cuando eres autónomo, el dinero llega de forma espaciada. —Emma sabía que estaba enfadado con ella. Veía la vena de su frente, que solo aparecía si estaba alterado por algo. Empezó a picar una cebolla con movimientos hábiles y experimentados, y terminó el trabajo en cuestión de segundos—. Es bastante difícil mantener un flujo de dinero constante. —Levantó la mirada, con la mandíbula desencajada—. A veces tenemos que ayudarnos mutuamente, ¿no crees? Tiene que haber un poco de toma y daca. Tú te tomarás un tiempo libre cuando nazca el bebé, ¿no? Y, cuando eso ocurra, todo el peso de la casa recaerá sobre mis hombros.

Ella se encogió al darse cuenta de que lo que había dicho no había

estado bien. Había sonado bastante pedante. Él tenía una visión más amplia de las cosas: para él era una asociación a largo plazo, y ella solo veía otro gasto más después del *shock* de invertir un montón de dinero en la parcela y reservar una cantidad aún mayor para la construcción.

—Lo siento —dijo ella, colocándose detrás de él, y le rodeó la cintura con los brazos mientras él seguía cortando las verduras, sin querer ver el enfado que había en sus ojos—. Por supuesto que pagaré la señal.

Sintió que el cuerpo de Sam se relajaba un poco y supo que la había perdonado, reprendiéndose a sí misma por haber sido un poco desagradable con él por el tema del dinero. Pensaba cuidar de ellos, y ya les había encontrado un lugar donde vivir. Su primera casa juntos. ¡Qué emoción! No debía subestimar ni dar por sentado todo el esfuerzo que estaba haciendo por ellos. Se dijo a sí misma que tenía que centrarse más y dejar de preocuparse por los pequeños detalles, porque, a fin de cuentas, la señal para el alquiler de la vivienda no le iba a costar un ojo de la cara.

Mientras él cocinaba, ella se dedicó a estudiar los detalles de la casa, preguntándose cómo sería vivir en el pueblo al que iban a llamar hogar. Cuanto más lo miraba, más fácil le resultaba imaginarse allí. De hecho, cuanto antes se trasladaran, mejor. Un nuevo comienzo, en un nuevo lugar, era justo lo que necesitaba para dejar atrás el pasado y centrarse en su futuro.

Debió quedarse dormida, porque la despertó el ruido del detector de humos, que la hizo levantarse del sofá con el corazón acelerado, aturdida y confusa por el sonido repentino. En la cocina había varias nubes de humo y, antes de que pudiera moverse, Sam entró corriendo, con el cuerpo mojado y una toalla alrededor de la cintura.

Cogió los guantes de cocina, sacó un objeto ardiendo del horno, lo tiró al fregadero y abrió el grifo. Olía fatal, como a plástico quemado,

y había una espesa capa de humo repugnante flotando en el aire. Encendió el extractor y Emma se apresuró a abrir las ventanas, tosiendo cuando el humo acre le llegó a la garganta.

Se giró hacia ella, con el ceño profundamente fruncido.

—¿Qué demonios hacía tu cartera en el horno?

Parecía conmocionado. Pero no tanto como se sentía ella.

—Encendí el horno para gratinar la pasta, luego fui a darme una ducha rápida y a cambiarme, sin imaginarme que habría algo más ahí dentro. —Emitió un gruñido de frustración—. Debía estar encajada en la parte de atrás, donde no podía verla.

¿Qué *hacía* su cartera en el horno? El corazón le latía tan fuerte que sentía que se le iba a salir del pecho y estaba tan mareada que tuvo que sentarse.

—Imagina que hubieras estado sola en casa —continuó—. Podría haber ardido todo el piso.

Tenía razón, podría haber ocurrido una desgracia. E incluso podría haber muerto si las llamas se hubieran extendido. Se salía del salón por la cocina, y si hubiera tardado en reaccionar, habría quedado atrapada.

Sam se acercó, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Oye, estás temblando. Tranquila, cariño. No ha pasado nada. Aunque tus tarjetas bancarias se habrán derretido, así que tendrás que pedir unas nuevas. —La atrajo hacia sí, le acarició el pelo y le besó la frente—. No creo que nos podamos comer la pasta, y no creo que se pueda usar el horno hasta que limpiemos el plástico derretido. —Suspiró—. Voy a pedir comida, ya lo solucionaremos mañana.

Ella se aferró a él, asustada. No era la primera vez que hacía una estupidez desde que se había quedado embarazada. ¿Habían sido las hormonas? No recordaba estar así en su primer embarazo, pero

había leído que cada vez era diferente. A lo mejor se debía a que ahora su vida era más complicada, tenía muchas cosas en la cabeza, y eso provocaba que se distrajera y que hiciera cosas sin darse cuenta.

Había perdido las llaves y las había encontrado en la mesilla de noche. Nunca las dejaba allí y solo había mirado en ese lugar por desesperación. Cuando las encontró, ya era demasiado tarde para que pudiera llegar a tiempo a la cita de la primera ecografía, así que tuvo que cambiarla. Por suerte, todo iba bien, así que no había importado. Otro día encontraron un montón de papeles de Sam en la basura después de haber puesto el piso patas arriba buscándolos. Al día siguiente era la recogida de basura y la bolsa estaba atada y lista para sacarla. Casi había tirado por tierra varias semanas de trabajo y Sam podía haber perdido mucho dinero.

Aquellos incidentes habían sido frustrantes, pero últimamente había hecho cosas peligrosas. Como retirar el cable del calentador de inmersión del armario de las toallas de su carcasa. No recordaba haberlo hecho, pero debió sacarlo cuando fue a buscar una toalla. Lo había cogido sin darse cuenta de que estaba ahí. La descarga eléctrica la había hecho caer al suelo, y había tardado unos minutos en recuperar el aliento. Por suerte, al día siguiente tenía una revisión y le aseguraron que su bebé no había sufrido ningún daño, pero tenía una quemadura muy fea en la mano y se había sentido conmocionada el resto del día.

Y ahora esto. Meter cosas inflamables en el horno era un nuevo nivel de peligro. Entendía que pudiera pasar, ya que se sentía exhausta. Probablemente se había distraído, pensando que estaba metiendo otra cosa en el horno.

Terminaron de comer. Sam recogió y después se sentó a su lado en el sofá y le cogió la mano. Se quedó callado un momento, abriendo

y cerrando la boca como si quisiera decir algo, pero estuviera pensando cómo expresarlo.

—Mira, cariño… No te lo tomes a mal, pero ¿te importa si le digo a Faith que te vigile cuando yo esté fuera? Estoy preocupado por ti.

Ella suspiró.

—No es mala idea. Yo también me estoy empezando a preocupar. ¿Qué le está pasando a mi cerebro?

Él le apretó la mano.

—Parece que la cosa va a peor, ¿verdad? ¿Estás segura de que es solo el embarazo? A lo mejor sería buena idea pedir cita con el médico de cabecera a ver qué dice. —Parecía muy preocupado y ella se preguntó si no habría sido un poco indiferente respecto a su salud mental—. Seguro que no es nada, pero ¿y si lo es?, ¿y si está pasando algo que no sabemos?

Emma tragó saliva, desconcertada.

—He hablado con la matrona, y no cree que haya ningún problema. —Había una nota defensiva en su voz, incómoda con la sugerencia de que pudiera haber algo malo—. Al parecer, es común ser un poco olvidadiza. Estoy bien, de verdad. No hay nada de qué preocuparse.

Sam no parecía convencido, pero lo dejó estar. La mente de Emma, sin embargo, masticaba sus comentarios como un perro con un hueso. ¿Creía que se estaba volviendo loca? ¿Eso le haría recapacitar sobre su relación? Sin embargo, lo que más le preocupaba era que, de repente, se hubiera convertido en un peligro para sí misma.

CAPÍTULO 6

Dos semanas después del incidente de la cartera en el horno, se mudaron a Appleby. Había sido idea de Emma seguir adelante, pensando que era el hecho de estar en Manchester, con toda la carga mental de su pasado, lo que hacía que su cerebro se revolviera. Ya no se sentía segura en el piso y había decidido que un nuevo comienzo, un cambio hacia su vida futura, sería bueno para ambos. Pensó que a lo mejor su cerebro no se sentiría tan desordenado en un lugar nuevo. Podría olvidarse del papeleo y de los correos electrónicos y mensajes que necesitaban respuesta. Dejaría todo en suspenso mientras se concentraba en que su bebé creciera y en mantenerse sana.

A Sam le había encantado la idea, y el hecho de que ella no hubiera ido a ver la casa de campo no importaba. Era algo temporal y era capaz de vivir en cualquier parte durante un período corto de tiempo. En cualquier caso, parecía un sitio encantador y estaba impaciente por salir de la ciudad y respirar el aire fresco del campo.

Como la casa estaba amueblada, no necesitaban llevarse muchas cosas, y ella se había quedado con el piso un mes más, por si acaso todo se torcía y necesitaban volver. Así también tendría más tiempo para ordenar sus posesiones. Mientras Sam trabajaba, ella iría a Manchester a pasar el día para trasladar poco a poco todo lo que quería conservar al trastero donde guardaba las obras de arte de Zach y otros objetos que no soportaba mirar.

—Te echaré una mano —había dicho Faith, cuando se había pasado una noche a cenar mientras Sam estaba fuera.

—¿De verdad? —Emma lanzó un suspiro de alivio—. Sería estupendo. Tengo la energía un poco limitada en este momento y quién sabe lo que acabaría tirando sin la supervisión de un adulto.

Se habían reído. Faith se lo había tomado a broma, pero Emma sabía que también había una gran parte de verdad en lo que había dicho.

La casa estaba abierta cuando llegaron. Formaba parte de la granja que había detrás de la casa, cuyos terrenos rodeaban la propiedad. Al parecer, en su día había servido para alojar a trabajadores agrícolas, pero ahora es una fuente de ingresos extra como alquiler vacacional. Emma salió del coche y dio una vuelta completa, asimilándolo todo, encantada de que tuvieran su propio camino privado hasta la propiedad. Después de vivir en una ciudad, era maravilloso tener tanto espacio para ellos y ningún vecino que pudiera molestarlos.

Era un hermoso día primaveral, aunque todavía había un ligero frío en el aire. El cielo era azul brillante, los árboles estaban en plena floración y el canto de los pájaros era música para sus oídos. La casa era aún más bonita en la vida real que en las fotos; estaba hecha de bloques de arenisca roja con una ventana de guillotina a cada lado de un porche central en la planta baja y un par de ventanas iguales en el piso de arriba. Como el típico dibujo de una casa hecho por un niño. En su día había parterres de flores en la fachada, pero se sustituyeron por pavimento de bloques, por lo que había aparcamiento para dos coches. Había un rosal trepador en la fachada de la casa y un arbusto de lavanda a cada lado de la puerta.

Había un fuego encendido en la estufa de leña del salón y el lugar resultaba cálido y acogedor. Sus ojos recorrieron la única habitación que constituía la planta baja de la propiedad. Una cocina a la izquierda, con una barra de desayuno que la separaba del salón, una pequeña mesa y dos sillas pegadas a la pared del fondo, y luego un

sofá mullido y un sillón reclinable. Arriba había dos dormitorios y un cuarto de baño. La casa era pequeña, pero perfectamente adecuada para los dos. Quizá estarían un poco apretados cuando llegara el bebé, pero todavía no pensaba en eso. Se paseó por las habitaciones mientras Sam empezaba a sacar el equipaje del coche, encantada por la decoración y la limpieza. Era muy Laura Ashley, todo verde salvia y gris con toques de naranja quemado en el mobiliario. Iba a ser un primer hogar precioso para ellos.

Sin embargo, el nudo de ansiedad que tenía en el pecho se negaba a aflojarse.

Tras tomar la decisión de mudarse, le preocupaba cada vez más estar tomando decisiones muy importantes sin haberlas meditado mucho. ¿Tenía sentido construir una casa nueva en ese momento, con un bebé en camino? Podía ser la gota que colmaría el vaso, poner presión en su relación, y eso era lo último que ella quería.

Había una voz en su cabeza que le decía que sería prudente dar un paso atrás y frenar las cosas, y aunque le encantaba la emoción de esa nueva aventura con Sam, el hecho de que iban a tener un bebé juntos y de que estaban enamorados con locura, su instinto le decía que estaba poniendo demasiada carga sobre sus espaldas. Sobre todo cuando su cerebro ya estaba claramente sobrecargado. Parecía ser un peligro para sí misma ¿y no era eso una bandera roja, una señal de que necesitaba hacer menos, no más?

Estuvieron ocupados toda la mañana desembalando y haciendo la compra, y luego la casera se pasó por allí para asegurarse de que todo iba bien. Era una mujer de mediana edad, amable y de modales sencillos, vestida con unos vaqueros salpicados de barro y un jersey de punto hecho a mano que había pasado por mejores momentos y parecía ensamblado con retales.

Les llevó un guiso y una tarta de manzana.

—Para ahorrarte la molestia de cocinar, querida —dijo, dirigiendo a

Emma una mirada cómplice mientras sus ojos bajaban hasta su vientre y volvían a subir. Emma se sonrojó, dándose cuenta de que Sam debía haberle dicho que estaba embarazada, desorientada por la idea de que lo supiera—. Espero que haya hecho él todo el trabajo duro. —La casera guiñó un ojo a Sam, que cogió la comida y la puso en la encimera que había detrás de él—. Me llamo Hilda, por cierto. Si necesitáis cualquier cosa, no tengáis miedo de pedirla. Estamos justo al lado. —Se rio—. Bueno, técnicamente, estamos a la vuelta de la esquina y a cuatrocientos metros calle arriba, pero ya me entendéis. —Los guio por toda la casa para enseñarles cómo funcionaba todo y luego se fue, dando largas zancadas por el camino, como si tuviera prisa por ir a alguna parte o cosas que hacer.

—¿No es genial? —dijo Sam, poniendo la bandeja en el microondas —. Ha llegado justo a tiempo. Será mejor que nos lo comamos ahora. —Se giró y captó su expresión, tardando unos segundos en comprender lo que la inquietaba—. No te ha molestado que le dijera que estabas embarazada, ¿verdad?

Solo Faith y Sam sabían lo del bebé, y Emma se sentía incómoda difundiendo la noticia más ampliamente.

—Creo que no quiero que se entere todo el mundo, por lo menos hasta dentro de unas semanas, que es cuando… —podía sentir las emociones creciendo, amenazando con derramarse y su voz vacilante— es menos probable que tengas un aborto espontáneo. Si no… —Tragó saliva, incapaz de continuar con lo que estaba a punto de decir. No se había dado cuenta de que aún se sentía tan vulnerable, pensaba que había dejado atrás su aborto espontáneo—. Es difícil explicar a la gente que ya no estás embarazada mientras lloras por la pequeña alma que has perdido. No puedo volver a pasar por ello.

Se le escapó un sollozo y se cubrió la cara con las manos,

avergonzada de estar derrumbándose delante de Sam. Normalmente controlaba todo, tenía mucha práctica en alejar las cosas a los rincones oscuros de su mente, donde quería que se quedaran. Tras el accidente de Zach, la gente había destacado su resistencia, su fortaleza. Pero no sabían lo que le pasaba por dentro, no podían ver la angustia que la carcomía. Faith le había dicho que ese era el motivo por el que había entrado en crisis, por tragárselo todo. Se había prometido a sí misma que sería diferente con Sam. Sin embargo, eso no hacía que le resultara más fácil compartir sus sentimientos.

Sintió que le rodeaba los hombros con el brazo, que tiraba de ella hacia él y le secaba las lágrimas con suavidad.

—Lo siento mucho. No sabía que habías tenido un aborto. He sido un imbécil por no preguntarte si te importaba. Solo nos ha ayudado a conseguir que nos alquilen esta casa durante un año en lugar de seis meses, ya ves. —Estaba parloteando, tratando de justificar su error—. Intentaba ponértelo fácil a ti y al bebé. Si no, habríamos tenido que mudarnos, y eso habría sido megaestresante.

Ella se apartó. Los hombres no entendían esas cosas porque no eran ellos los que hacían crecer una nueva vida en su interior. No era real para ellos hasta que aparecía un bebé de verdad al cabo de nueve meses. Un aborto espontáneo no era el fin del mundo porque podías volver a intentarlo, hacer uno nuevo. No entendían lo que se sentía al perder a un bebé que crecía en tu interior, al perder a tu hijo. No era algo que quisiera explicar o discutir, porque le parecía inútil. Era como intentar explicar cálculo a una clase de niños de once años. Se enjugó los ojos y respiró hondo varias veces; sus emociones exacerbadas la hacían valiente, capaz de decir lo que había estado pensando todo el día.

—Sam… yo… no creo que pueda hacer esto.

—¿Qué quieres decir? —Sonaba confuso, parecía horrorizado.

—La casa. Construir una casa. —Se apartó de él y se sentó en un taburete de la barra de desayuno, pues no tenía ninguna confianza ya en que sus piernas la mantuvieran erguida. La repentina oleada de emociones la había dejado mareada y con el corazón acelerado.

—Pero… —Sam se apoyó en la encimera, estupefacto—. Ha sido un día muy largo, cariño. Sé que estás cansada y probablemente hambrienta. ¿Por qué no comemos algo y luego hablamos? A lo mejor puedo tranquilizarte.

—No me trates con condescendencia —espetó ella.

Él levantó las manos.

—No lo hago. De verdad, no es mi intención, pero sé cómo eres cuando necesitas comer. Te pones muy nerviosa.

—No estoy nerviosa —gruñó, pronunciando despacio cada palabra. El olor del guiso hacía que su estómago borboteara de anticipación.

El microondas sonó, y él sacó la bandeja, removió la comida y la volvió a meter unos minutos más. El olor a carne deliciosa llenaba el ambiente. Sentía un anhelo por la comida que nunca había sentido antes de estar embarazada, y se preguntó si él tenía razón.

—De acuerdo —murmuró. Pero las palabras no quisieron esperar y salieron de todos modos—. La cosa es que… no creo que pueda lidiar con el estrés de una construcción nueva. He visto la serie de televisión esa, ya sabes, *Grand Designs*, y nunca sale bien. Siempre gastan mucho más de lo que presupuestan, y me da mala espina. —Echó un vistazo a la cocina. ¿Por qué no nos quedamos aquí de alquiler hasta que encontremos una casa que nos guste? ¿No sería más fácil?

Después de haber expresado sus preocupaciones, se dio cuenta de que la habían estado atormentando durante semanas y las había dejado de lado, sin querer reconocer sus recelos, queriendo seguir adelante con todo el sueño de una construcción nueva. Sam la

miraba, con la boca torcida y la cara convertida en una máscara de concentración. No había duda de que estaba escuchando.

El microondas sonó y él sirvió la comida, la acercó a la barra de desayuno y se sentó en un taburete junto a ella.

Esperó hasta que ella casi había terminado de comer antes de hablar.

—Sé que parece desalentador construir una casa nueva. Pero es mi trabajo. Es lo que se me da bien. Llevo haciéndolo toda mi vida laboral y ya he cometido todos los errores posibles. —Su mano se deslizó alrededor de su cintura y sus dedos jugaron con el dobladillo de su camiseta—. Diseño las cosas de forma que sea menos problemático construirlas. Mis estimaciones de costes incluyen imprevistos. —Su mano subió por su espalda y empezó a acariciarla lentamente, dibujando círculos pequeños. A Emma le resultó agradable, relajante, y disfrutó de las sensaciones mientras terminaba de comer—. Soy bueno gestionando presupuestos y no quiero que te preocupes por nada de eso.

Ella dejó los cubiertos y se giró hacia él.

—Es mucho dinero y… puede que no nos guste vivir en Appleby. —Ahora que había empezado a expresar sus preocupaciones, todas las cuestiones que había descartado en las últimas semanas estaban haciendo cola para salir de su boca. Estaba bien soñar con esas cosas, pero la realidad aún no le resultaba cómoda. Viniendo de una ciudad, pensaba que disfrutaría de la falta de tráfico y de gente. Pero, con Sam trabajando fuera la mitad de la semana en sus proyectos, ella iba a pasar mucho tiempo sola. Nunca se le había dado bien hacer amigos, algo que parecía mucho más difícil de adulta, y ya se sentía un poco sola cuando él no estaba. Faith estaba a su lado en Manchester, pero allí no tendría su compañía y era una pérdida que no había considerado hasta ese momento.

—Pero no tiene por qué ser algo permanente. Si no te gusta vivir

aquí, podemos vender y marcharnos. —Emma vio que él se estaba tomando en serio sus preocupaciones y se sintió mejor. Tenía razón, y se recordó a sí misma que ese proyecto era también una inversión. Una forma de hacer crecer el dinero—. Sinceramente, creo que va a ser la mejor casa que he hecho en mi vida. No costará casi nada mantenerla y con los paneles solares y el molino de viento del jardín, además de la bomba de calor, incluso podrías ganar dinero con la electricidad generada. —Le sonrió—. Es un diseño innovador. Podría ser el comienzo de muchos proyectos más. Podría ser la plasmación de mis ideas. Así no tendrás que preocuparte de trabajar. Podrás concentrarte en cuidar de nuestra familia.

Sam estaba presentando un buen argumento y ella empezó a vacilar.

—Te prometo que no encontrarás otra casa en la que sea tan fácil vivir. Sé que da miedo, pero tienes que confiar en mí. —Su voz era calmada, tranquilizadora y su mano estaba haciendo maravillas con los nudos de su espalda—. Necesito que me des la oportunidad de hacer esto por ti. Quiero construir esta casa porque te quiero. Quiero construirla para nuestra familia.

Ella suspiró. «Nuestra familia». No se trataba solo de ella. Aun así, se sentía intranquila.

—No sé. Creo que necesito consultarlo con la almohada.

Él dejó de masajearla, frunció el ceño y dijo con voz vacilante:

—No estarás… dudando de nosotros, ¿verdad?

Quizá tardó demasiado en contestar, porque él se levantó y empezó a recoger los platos, de espaldas a ella, mientras llenaba el fregadero. Por la rigidez de su postura y la brusquedad de sus movimientos, se dio cuenta de que le había molestado lo que había dicho, así que se bajó del taburete, se puso a su lado y le rodeó la cintura con el brazo mientras él fregaba la bandeja.

—Te quiero, Sam. Te quiero. Pero todo está sucediendo muy rápido.

Es que parece que… hay demasiadas cosas en marcha. Creo que por eso sigo haciendo estupideces. Mi mente está sobrecargada.

Sam dejó de fregar y sus ojos se encontraron con los de ella.

—Está ocurriendo rápido porque es lo correcto. Es lo que hay que hacer. ¿No puedes sentirlo? —Se dio la vuelta y la besó, con un beso profundo y prolongado con el que le decía que hablaba en serio—. Quiero desesperadamente hacer esto por nosotros. Te quiero tanto que me he dado cuenta de lo mucho que deseo que formemos una familia. —Cogió su mano con la suya aún húmeda y enjabonada, se arrodilló y la miró. Su corazón dio un vuelco—. Emma, mi amor, ¿quieres casarte conmigo?

CAPÍTULO 7

Emma rompió a llorar. La pedida de mano significaba otra complicación más, pero era la demostración definitiva de su compromiso con ella. No podía hablar, atragantada por los sollozos mientras su mente le decía que no estaba bien. No en ese momento, no tan pronto después de lo de Zach. Pero entonces pensó en su hijo y en todo lo que Sam podía ofrecerle, en la vida que podrían tener juntos. Lo quería, no podía imaginarse la vida sin él, y se dio cuenta de que no tenía que tomar ninguna decisión.

—Sí —dijo, y él le agarró la mano con más fuerza, con los ojos fijos en los suyos y una enorme sonrisa en la cara.

A la mañana siguiente, Emma se despertó temprano, con la mente llena de preparativos para la boda y de todo lo que iba a tener que hacer. La euforia de la noche anterior se había transformado en ansiedad.

—Hagámoslo —le dijo Sam, cuando se puso de lado y vio que ella ya estaba despierta—. Casarnos, quiero decir. Cuanto antes, mejor. Estoy deseando que te conviertas en la señora Barclay. Emma Barclay suena muy bien…

Ella sonrió y le dio un beso encantada, pensando que aquel hombre le leía la mente y percibía su malestar antes de que ella tuviera la oportunidad de expresar sus preocupaciones. No quería ser madre soltera, necesitaba un compromiso por parte de él y el sueño de tener una familia numerosa seguía ardiendo con fuerza en su corazón.

—¿Quién necesita una boda grande? —murmuró ella, acurrucándose más contra él, con su mano acariciándole la espalda. Ya había pasado por ello una vez y no se veía capaz de volver a ser el centro de atención.

—Yo prefiero algo rápido y tranquilo, sin duda —dijo él—. La verdad es que mi primera boda fue insoportable. Alice invitó a todo el pueblo. Y ella venía de una gran familia, así que había parientes por un tubo. —Se estremeció—. Tú y yo. Eso es todo lo que necesitamos, y un par de testigos. Se trata de que nos comprometamos el uno con el otro, ¿no?

Le encantaba que estuviera tan concentrado en ellos dos, y se sentía muy querida. No llevaban mucho tiempo juntos y muchos hombres habrían huido a toda prisa de un embarazo imprevisto en esa fase de la relación. Se había preparado mentalmente para ello y sabía que habría sido un camino difícil para ella como madre soltera, ya que se había criado en un hogar monoparental. Sin embargo, lo habría hecho sin pensárselo dos veces, porque ser madre era lo único en lo que pensaba desde hacía años. De hecho, desde que había muerto su madre, la idea de tener su propio hijo la había obsesionado hasta el punto de comprar ropa de bebé para un niño que no tenía. También tenía seis nombres pensados, tres para niño y tres para niña.

Su primer embarazo, que acabó en aborto, había sido un duro golpe, y luego el accidente de Zach había parecido poner la maternidad fuera de su alcance. ¿No enseñaba eso que nunca debes perder la esperanza, porque en la vida nunca sabes lo que te espera a la vuelta de la esquina? Buenas o malas, las sorpresas seguían llegando. Volvió a besar a Sam, pensando que él era la mejor sorpresa, y todas sus preocupaciones se desvanecieron cuando su brazo la rodeó con fuerza y él le devolvió el beso. Sí, definitivamente podría disfrutar de la idea de toda una vida con ese hombre. Todos

los puntos débiles de ella eran los puntos fuertes de él, ¿y eso no significaba que eran el tándem perfecto? Menudo equipo iban a formar.

Sam se puso al teléfono en cuanto terminaron de desayunar y, de alguna manera, se las arregló para conseguir una cita que había quedado libre por una cancelación en el registro civil, a solo cuatro semanas vista. El tiempo pasó volando mientras vaciaba el piso de Manchester y se instalaba definitivamente en la casa de campo de Appleby. La mayoría de sus cosas fueron a parar al trastero, junto con algunos muebles pequeños que le habían llegado a través de su familia. El tocador de su madre, un cómodo sillón que había pertenecido a su abuela y un reloj de pie que, al parecer, llevaba en la familia tres generaciones.

Hacía tiempo que tenía el trastero, ya que había tenido que vaciar el estudio de Zach y no quería tirar nada. Sus lienzos estaban cubiertos con sábanas esperando a que ella decidiera qué hacer con ellos. En algún momento tendría que tomar alguna decisión, pero podía esperar hasta que naciera el bebé, cuando todo se hubiera calmado. Según su experiencia, las cosas cambiaban muy deprisa; ¿quién podía predecir lo que pasaría en un año? Puede que para entonces pensase de otra manera sobre todo y tuviera que tomar decisiones diferentes. Casi todo su material artístico también fue a parar al trastero, ya que la casa era demasiado pequeña para albergar más bultos. Sobre todo cuando la habitación de invitados tenía que ser la oficina de Sam, además de la habitación del bebé. No quería contaminarla con el olor de las pinturas al óleo y los disolventes, así que se limitó a coger cuadernos de dibujo, lápices y acuarelas. Eso bastaría de momento.

Estaba descubriendo que Sam era demasiado organizado. Demasiado perfeccionista. Ella siempre se había considerado una persona bastante organizada, pero a su lado parecía un desastre. Y

cada día iba a peor. Por suerte, él estaba dispuesto a encargarse de gran parte del papeleo doméstico, lo cual era muy de agradecer, dado su cansancio extremo.

También se había ocupado de hacer todos los cambios de dirección y de titular. Cuando se casó con Zach, se había puesto en plan feminista y había conservado su apellido. Así la conocían en el mundo del arte. Había tardado bastante tiempo en labrarse una reputación y tener seguidores, y no quería arriesgarse a perder comisiones confundiendo a posibles clientes con un cambio de nombre. En ese momento, sin embargo, un nuevo nombre le permitiría romper completamente con el pasado y tener un nuevo papel en el futuro.

—Quiero que disfrutes de tu embarazo —le dijo cuando ella se disculpó por no poder seguirle el ritmo—. Estás creando a un nuevo ser humano. Es un infierno para tu cuerpo. Tú concéntrate en eso y yo me concentraré en todo lo demás, incluida la organización de la boda. —Fue como música para sus oídos—. Faith me ha dicho que hará de testigo, así que solo necesitamos uno más, y dijo que buscaría a alguien.

El día de la boda, él se vistió con su mejor traje de color marengo y ella se puso un vestido blanco vaporoso que había comprado por Internet; se lo habían arreglado para adaptarlo a su barriga. Era *vintage* y tenía un diseño precioso, con pequeños botones de perlas en la parte delantera del corpiño. En los pies llevaba unas Dr. Martens brillantes. No solo eran sumamente cómodas, sino que también eran una declaración de intenciones sobre su personalidad. Seguía siendo una artista feminista con los pies en la tierra. Además, se le habían hinchado los pies y no le cabían los zapatos normales. Recordó cómo se había doblegado a las convenciones en su primera boda y lo incómoda que se había sentido con su vestido caro y sus

tacones altos. No, estaba en un momento de su vida en el que iba a ser ella misma, sin complejos.

Faith estaba muy elegante con un traje de color azul aciano entallado y el pelo recogido en un moño, que debía haberle costado varias horas de trabajo a su peluquero. A Emma le gustó que se lo hubiera tomado tan en serio. Le había pedido a una desconocida de la calle que fuera la otra testigo. Una señora mayor que se pasó toda la ceremonia con los ojos llorosos. Dio la sensación de algo temerario, romántico y absolutamente correcto.

Se saltaron la luna de miel y pasaron la noche en la *suite* nupcial del castillo de Appleby. Sam le prometió que la llevaría a un lugar especial cuando naciera el bebé, la casa estuviera terminada y se regularizara su situación económica. Así podrían relajarse y disfrutar en familia en algún lugar cálido y lejano.

Al día siguiente de la boda, en cuanto estuvieron en casa, se puso a organizar un viaje para ver a un cliente.

—No quiero dejarte sola —dijo con un suspiro—, pero tenemos que conseguir algo de dinero si no vas a trabajar.

Emma no estaba al tanto del estado de sus finanzas. Durante las últimas semanas, Sam se había ocupado del dinero mientras ella esperaba a que llegaran sus tarjetas bancarias nuevas. La mudanza había complicado las cosas, porque había tenido que esperar a tener un documento oficial que verificara su nueva dirección.

—Deja que te cuide como es debido —le había dicho él, cogiéndole la mano mientras se acomodaba en el sofá, donde ella estaba sentada con las piernas en alto sobre un reposapiés—. Me encargaré de hacer todos los trabajos que no te gustan, porque se me dan bien los asuntos económicos. Si lo piensas bien, una gran parte de mi trabajo consiste en gestionar dinero. Puedo ocuparme de nuestros gastos cotidianos y del dinero para la construcción. —Se rio. Siempre he sido muy prudente. Incluso de niño, yo era el que

tenía una cuenta de ahorros, el que guardaba el dinero en vez de gastarlo.

Ella soltó una risita.

—Yo era la niña que siempre pedía prestado a los demás. —El dinero nunca se le había pegado como a otras personas. Siempre había algo que necesitaba, una nueva aspiración, la siguiente meta hacia la que dirigirse. De algún modo, lo que tenía en el banco nunca era suficiente y tenía la mala costumbre de gastar demasiado si se sentía estresada.

—Pues ya está. —Le apretó la mano—. Mira, tenemos que jugar con nuestros puntos fuertes. Deja que me encargue de las finanzas.

A Emma le cambió la cara cuando se dio cuenta de que había un gran escollo.

—Pero no puedo cambiar mi cuenta corriente. Es un sistema un poco raro por la indemnización que recibí y las medidas de seguridad que puse.

—Si es tu dinero, puedes disponer de él, ¿no? —Se giró hacia ella —. ¿Qué te parece si abrimos una cuenta conjunta solo para la construcción y transfieres allí tu presupuesto? Así puedo seguir avanzando con todo, pero sin pasarme de la cantidad acordada. Y de esa forma tú no tendrás que preocuparte por nada. —Sonrió—. Después de todo, ahora estamos casados, así que lo mío es tuyo y viceversa. —Se encogió de hombros—. Creo que es bastante normal que una pareja casada tenga cuentas conjuntas, ¿no? Crearemos otra también para las facturas del día a día. ¿Te parece buena idea?

Ella se mordió el labio. Era una cantidad demasiado grande de dinero como para entregarla así de golpe, y no quería hacerlo. Vale, Sam no tenía dinero para invertir, pero estaba poniendo su tiempo, lo que supondría una buena suma si ella hubiera tenido que contratar a un profesional. Lo entendía, pero no era lo mismo. Sin embargo, si se negaba, iba aparecer que no confiaba en él.

—Mañana llamaré a mi gestor de cuentas, a ver qué puedo hacer —dijo, aparcando la idea por el momento hasta que se le ocurriera algo mejor.

—Esa es mi chica. Así ganaremos tiempo, te lo garantizo. —Le dio una palmadita en la mano y se levantó, estirándose—. He quedado para hablar por Zoom con Faith. Una sesión informal. Piensa que la boda podría ser un desencadenante para mí, así que… —Tragó saliva, se dio la vuelta y se aclaró la garganta—. Le preguntaré si se puede quedar unos días, ¿de acuerdo? Así no estarás sola.

Cogió su portátil y ella sintió una familiar punzada de celos. Iba a hablar de la pérdida de su difunta esposa durante una hora. Sabía que tamizar sus emociones persistentes e intentar dejar atrás el trauma era bueno para él. Pero no podía fingir que le gustaba. Levantó la vista hacia él y forzó una sonrisa fugaz.

—Subiré al despacho, así no te molesto mientras ves tu serie. —Señaló al televisor, donde empezaba *EastEnders*.

Ella asintió y trató de concentrarse en la trama, pero su mente seguía divagando, haciéndole una pregunta: «¿Por qué va a hablar con Faith por Zoom si está alojada en el hotel del pueblo?». Entonces se le ocurrió otra pregunta más inquietante: «¿De verdad está llamando a Faith?».

CAPÍTULO 8

Después de la boda, con Sam de vuelta a la rutina de pasar la mitad de la semana en casa y la otra mitad fuera, Emma se sentía un poco desanimada. De hecho, si no hubiera llevado el anillo de oro en el dedo, le habría resultado difícil creer que el matrimonio se había celebrado.

Había dejado de trabajar cuando se habían mudado a Appleby para tener tiempo de instalarse y prepararse para la llegada del bebé, pero no tener nada que hacer había empezado a perder la gracia. Decidió aprovechar la oportunidad para explorar los alrededores con su cuaderno de bocetos y su cámara, capturando escenas que más tarde podría utilizar para sus cuadros. Estaba experimentando con acuarelas y disfrutando de su vuelta al arte. Era una forma relajante de pasar el tiempo disfrutando del final del verano.

En su tercera salida de la semana, deambuló por la casa, confiando en que Sam no volviera demasiado tarde esa noche. Cansada tras su paseo vespertino, se acomodó en el sofá para echarse una siesta.

El zumbido del detector de humos la despertó sobresaltada, y parpadeó furiosamente, con el corazón acelerado, mientras su cerebro intentaba averiguar qué estaba ocurriendo. Le pareció que estaba viviendo un *déjà vu*, recordándole el incidente del piso. Olía a quemado y, cuando se levantó del sofá, vio que bajaban volutas de humo por las escaleras. Sin pararse a pensar si era buena idea, subió las escaleras para investigar.

El olor le llegó en cuanto abrió la puerta del dormitorio; la funda del edredón humeaba y había llamas pequeñas dirigiéndose hacia

las almohadas. Se había dejado las tenacillas enchufadas encima de la cama. ¿Cómo demonios lo había hecho? Normalmente, se sentaba en el tocador para rizarse el pelo y utilizaba el enchufe de la pared. Pero las tenacillas estaban enchufadas al lado de la cama, lo cual era extraño, porque habría jurado que las había desenchufado y guardado al fondo del armario. De hecho, estaba segura de que eso era lo que había hecho. Hacía poco que había empezado a rizarse el pelo; las tenacillas se las había regalado Sam para animarla porque se quejaba de que el embarazo le alisaba el pelo, y siempre las volvía a meter en la caja cuando terminaba de usarlas.

Pero no había tiempo para pensar en ello. Si no se daba prisa, ardería toda la cama. Agarró el cable de alimentación y arrastró las tenacillas fuera de la cama; las desenchufó y corrió al cuarto de baño a mojar una toalla. Golpeó las llamas hasta que estuvo segura de haberlas apagado, resoplando y jadeando como si hubiera estado haciendo ejercicio cardiovascular. El edredón estaba estropeado, pero era la menor de sus preocupaciones.

Se hundió en la cama, horrorizada. Todo el dormitorio se habría incendiado en minutos. Si hubiera tardado más tiempo en llegar, se habría encontrado toda la habitación en llamas. Su cuerpo temblaba mientras su mente recorría todos los escenarios posibles. ¿Qué pensaría Sam cuando se enterara? Él ya creía que estaba perdiendo la cabeza y no quería reforzar esa idea. No podía enterarse.

El sonido de un coche en la entrada hizo que levantara la vista y se le encogió el corazón. Sam estaba en casa. Pero a lo mejor todavía tenía tiempo suficiente para ocultar los daños.

Con rapidez, retiró el edredón de la cama y lo guardó en un rincón, junto a su mesilla. Había un edredón de repuesto en el estante superior del armario —lo había visto cuando se mudaron—, pero estaba demasiado alto para que ella pudiera alcanzarlo y, por mucho que lo intentaba, no conseguía cogerlo.

—¡Emma! —la llamó Sam. Sus pies subían por las escaleras—. Emma, ¿qué es ese olor?

Ella estaba de pie en el estante inferior del armario, haciendo un último esfuerzo desesperado por alcanzar el edredón, cuando él entró en la habitación. La miró con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? ¿Qué ocurre? —Arrugó la nariz—. ¿Por qué hay tanto humo aquí?

Sus hombros se desplomaron y se bajó, derrotada. Ya no había forma de eludir la verdad. Iba a tener que contárselo.

—Dios mío, Emma. Es la tercera vez que casi incendias nuestra casa —dijo él cuando ella terminó de hablar—. Hace un par de semanas, prendiste las cortinas con una vela, ¿no?

¿Cómo se había olvidado de eso? Probablemente la vergüenza había hecho que lo olvidara. Pero tenía razón. *Era* la tercera vez, y cada vez que ocurría, no recordaba haber hecho lo que había iniciado el incendio. No recordaba haber metido la cartera en el horno, haber encendido la vela ni haber enchufado las tenacillas.

—Yo me ocupo —dijo él, yendo hacia la ventana, y la abrió de un tirón antes de volver para darle un beso y un abrazo. Se hundió en él, aliviada de que, en vez de enfadado, estuviera preocupado por su bienestar—. Vete abajo y pon los pies en alto. —Se apartó de ella y estudió su rostro—. Estás muy pálida, cariño. —Ella se quedó quieta y él la condujo hacia la puerta—. Venga, yo me encargo de todo. Además, no es bueno ni para ti ni para el bebé respirar todo este humo. —Ella bajó las escaleras mientras le daba vueltas a la convicción de que estaba perdiendo la cabeza.

Pero una voz en su interior insistía en que la historia era diferente y que debía escucharla. Le decía que tal vez, solo tal vez, ella no había hecho ninguna de esas cosas.

En el piso de abajo no había humo, la puerta principal seguía abierta y Emma la dejó así para que entrara el aire. Empezó a temblar

mientras llenaba el hervidor, lo encendía y se apoyaba en la encimera mientras esperaba a que hirviera. Sus ojos se fijaron en la quemadura que había en las cortinas del salón.

De los tres sucesos, el incidente de la vela era el que le resultaba más difícil de explicar. Sam le regalaba constantemente velas perfumadas porque decía que la iban a ayudar a relajarse. A ella no le gustaban mucho porque hacían que le lloraran los ojos y que le goteara la nariz, pero no podía decírselo. Él las compraba por amor, y ella apreciaba el gesto, no quería herir sus sentimientos. La cuestión era que nunca habría encendido la vela que quemó las cortinas. Volvió a estremecerse, sin querer pensar lo impensable.

El hervidor empezó a pitar y preparó una infusión de menta para ella y un café para Sam. Mientras iba al sofá con su taza en la mano, sus ojos se desviaron de nuevo hacia la cortina dañada.

Era un rompecabezas que le costaba resolver porque ella era la única que se encontraba en la casa en ese momento. Recordó la noche en que había sucedido todo. Sam estaba fuera y ella se encontraba en el baño. Por suerte, bajó las escaleras antes de que se hubiera producido ningún daño importante. Sin embargo, si no hubiera bajado cuando lo hizo, la historia podría haber sido muy diferente, porque resultó que no había pilas en ninguno de los detectores de humo.

Sam había ido corriendo a ver a Hilda, indignado por su descuido, pero ella juró y perjuró que había puesto pilas nuevas antes de que se mudaran como parte de sus comprobaciones de seguridad. De todos modos, el problema se había rectificado y, gracias a Dios, ya había pilas nuevas en los detectores de humo, porque si no Emma no se habría despertado aquel día.

La idea le produjo otro escalofrío y bebió un sorbo de té para entrar en calor. ¿Era posible que hubiera provocado los incendios y

que no se acordara? Seguía siendo una posibilidad, pero su mente la devolvió a la alternativa de que hubiera sido otra persona.

Pensó en el incidente de la cartera en el piso. Sam estaba fuera, como de costumbre. El electricista había ido a arreglar el cable del calentador de inmersión. Había estado entrando y saliendo, como hacen siempre los técnicos, para buscar herramientas y piezas, y había dejado abierta la puerta principal para facilitar el paso con cosas. Ella había estado ordenando su ropa en el dormitorio, haciendo un poco de limpieza mientras escuchaba un audiolibro, así que no había estado pendiente. Al estar la puerta abierta, podría haber entrado cualquiera.

Supuso que habría gente que pensaría que había pasado página muy rápido con lo de Zach. Él tenía un grupo de amigos muy cercanos. Emma no había mantenido el contacto con ellos porque le resultaba demasiado difícil. Era la única posibilidad que se le ocurría, pero ninguno de ellos sabía dónde vivía. Y no podía imaginar que ninguno de ellos quisiera hacerle daño.

Sacudió la cabeza, diciéndose a sí misma que estaba siendo bastante melodramática. No había nadie más cuando ocurrieron los dos últimos incidentes, así que tenía que haber sido ella. «Pero ¿cerré la puerta cuando salí?».

Se había relajado en cuanto a la seguridad desde que se habían mudado, ya que vivían en medio de la nada y, de todos modos, no había nada que robar. Recién llegados, se había olvidado de coger la llave un par de veces y había tenido que ir hasta la granja para pedirle a Hilda que le abriera la puerta. Desde entonces, Hilda le había sugerido que no cerrara con llave. Y no cerraba la puerta, aunque estuviera sola en casa durante el día; solo lo hacía por la noche. Ahora, sin embargo, sabía que debía tener cuidado, estar más alerta, porque había habido otro incendio y el siguiente podía ser mortal.

Se llevó la taza al pecho, sintiendo frío de repente. Un fuerte golpe la hizo saltar. La puerta principal se había cerrado de golpe. Gritó, el té se derramó por toda su camiseta y se puso de pie de un salto mientras apartaba el material caliente de su piel.

Sam bajó corriendo las escaleras.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Se quedó mirando la puerta, dudando si lo estaba.

CAPÍTULO 9

Emma se despertó con el murmullo ondulante de voces procedentes del piso de abajo. Estaba de seis meses y medio y se suponía que era el mejor momento del embarazo, cuando se resplandecía. Por desgracia, el embarazo no iba así de bien. El bebé presionaba sus órganos internos de tal manera que tenía ganas de hacer pis todo el tiempo, por lo que el sueño era errático. También padecía ciática, que le producía dolores punzantes en la parte posterior de la pierna izquierda. Había ejercicios que mejoraban la dolencia, pero la barriga le estorbaba, así que le resultaba casi imposible encontrar alivio. Estar tumbada ayudaba, pero estaba frustrada, cansada y de mal humor. Nada iba como debía.

Por suerte, no había prendido fuego a nada más últimamente y, aparte de una desagradable descarga eléctrica mientras estaba cambiando la bombilla del baño, no le había ocurrido nada desagradable. Hilda se había disculpado y no entendía por qué había que cambiar la bombilla, ya que las había puesto nuevas en todas las habitaciones justo antes de que se fueran a vivir allí. Por lo que les había dicho, se había soltado algún cable, probablemente por culpa de algún roedor que había en el desván. Tendían a entrar durante el invierno, lo cual no era un gran consuelo, porque ahora cuando Emma se acostaba por la noche escuchaba el ruido de patas correteando por encima de su cabeza.

Empezaba a preguntarse si sus sospechas de que alguien intentaba hacerle daño habían sido erróneas. Sin embargo, había estado más atenta, asegurándose de que la puerta estuviera cerrada con llave

todo el tiempo, incluso cuando estaba en casa, y parecía que eso había funcionado.

Mientras escuchaba las voces, incapaz de distinguir las palabras, se preguntaba cómo iba a iniciar la conversación con Sam sobre los avances en su casa nueva. O la falta de ellos, que era el principal problema. Muchas veces, en las últimas semanas, había deseado no haber comprado la parcela, ya que así podría estar viviendo felizmente en una casa ya construida. En lugar de eso, había apuntado demasiado alto y se había dejado llevar por el deseo de tener el hogar perfecto. ¿Por qué había sido tan estúpida?

Por supuesto, al principio, esperaba en secreto que todo acabara antes de los doce meses previstos por Sam. Quería creer que la casa ya estaría lista cuando estuviera a punto de dar a luz y que podrían mudarse allí con su recién nacido. El comienzo perfecto de la vida familiar. Qué ingenua había sido. Fue antes de ver todos los programas de construcción de casas, antes de saber nada sobre el proceso. Ahora, en lugar de vivir en su nueva casa, estarían hacinados en esa casa de campo tan pequeña, con sus arañas y demás fauna no bienvenida, durante muchos meses.

Odiaba las arañas, pero las casas de campo estaban llenas de ellas. Y de babosas que subían por las tuberías de desagüe, dejando sus rastros por toda la encimera de la cocina. También odiaba las babosas. Obviamente, había hablado con Hilda al respecto, pero ella se había encogido de hombros y le había dicho que no podía hacer nada. Ese tipo de cosas eran normales allí. A Sam tampoco parecía molestarle, pero Emma se despertaba envuelta en un sudor frío con imágenes de la cara de su bebé cubierta por un ejército de arácnidos que tejían sus telarañas, obstruyendo las vías respiratorias del niño; o de viscosos intrusos que se retorcían en sus oídos o en su boca abierta. En realidad, ya no quería vivir allí. Quería su nueva y reluciente casa con triple acristalamiento, puertas que cerraban

bien, sistema de seguridad de última generación y tuberías a prueba de babosas.

Suspiró y se incorporó, sentándose en el borde de la cama. La habitación daba vueltas. Otro delicioso efecto secundario del embarazo cada vez que se incorporaba después de haber estado sentada o tumbada. Se estaba replanteando seriamente el número de descendientes que quería tener si ese iba a ser el proceso.

Oyó el leve repiqueteo de unos pasos, alguien que subía corriendo las escaleras, y Faith apareció en la puerta del dormitorio, con una caja envuelta en papel de regalo.

—Vaya, estás despierta. Sam dijo que te habías acostado.

Emma resopló.

—Es lo único que hago últimamente. Este bebé está en una posición muy incómoda y tengo un montón de dolores. —Sonrió a su cuñada, sin querer desanimarla con sus quejas—. Me alegro de verte. Pensé que estabas trabajando en el sur esta semana.

Faith se acercó, se sentó a su lado y le dio un abrazo.

—Se ha pospuesto, así que se me ha ocurrido venir a veros. —Le pasó la caja—. Un pequeño regalo por el embarazo.

Emma sentía bastante curiosidad. Faith era una amiga muy considerada y nunca se presentaba con las manos vacías. Y, además, siempre acertaba con el regalo. Rasgó el papel y descubrió un estimulador muscular TENS para aliviar el dolor.

—Oh, eres un ángel —jadeó Emma, mientras abría la caja y sacaba la máquina—. La matrona mencionó uno de estos. Dijo que debería probarlo, pero siempre me olvido de pedirlo. Si te digo la verdad, mi cerebro está funcionando como si no tuviera pilas.

Faith sonrió con simpatía.

—Espero que Sam te esté cuidando.

Emma se rio.

—Pobre Sam. Siempre tiene que salir a buscar cosas que he

olvidado cuando voy a comprar. Y yo sigo… —Se detuvo para no admitir que parecía seguir intentando quemar la casa o electrocutarse. No necesitaba que Faith pensara también que estaba perdiendo la cabeza. Lo notaba en las miraditas de reojo que Sam le dirigía, en la forma en que la seguía controlando, llamándola más a menudo para asegurarse de que estaba bien, organizando que Faith se quedara a dormir, como si fuera la niñera de Emma.

Faith le frotó la espalda.

—¿Dónde te duele? ¿Lo probamos?

Unos minutos más tarde lo tenían todo preparado. Emma estaba encaramada en el borde de la cama, con Faith sentada a su lado para poder mover las almohadillas si no estaban en el lugar adecuado. Cerró los ojos cuando sintió que la máquina cobraba vida, enviando un cálido resplandor a los tensos músculos de la parte baja de su espalda.

—Oh… oh, eso es una maravilla.

—Cuando estaba embarazada, estas cosas no eran tan accesibles —dijo Faith, mientras sus manos masajeaban suavemente el cuello de Emma—. Recuerdo que fue una bendición cuando empezó el parto. Tuve un parto en casa y la matrona me trajo uno. —Atrajo a Emma hacia sí para darle un rápido abrazo—. Me alegro de que te esté ayudando.

Era la primera vez que mencionaba que tenía un hijo, y eso hizo que Emma se preguntara si había ocurrido algo trágico, porque Sam tampoco había mencionado a ningún sobrino ni sobrina. Se giró y abrió la boca para preguntar, pero luego se lo pensó mejor, ya que decidió que era injusto poner a Faith en un aprieto. Esperaba que, a medida que se desarrollara su amistad, Faith se abriera un poco más sobre su vida. Dado el tiempo que pasaba ayudando a otras personas a superar el duelo, ese enfoque y ese impulso tenían que

salir de algún sitio. Y parecía probable que procediera del dolor de su propia pérdida.

Emma gimió cuando el bebé se retorció, presionando un nervio.

—No pensé que el embarazo sería tan… incómodo. —Hizo un gesto de dolor—. Últimamente me encuentro algo deprimida. Y luego está la casa… —Suspiró con frustración—. No me hagas hablar de la casa.

—Sam dijo que había habido algunos retrasos imprevistos en la construcción.

Emma puso los ojos en blanco.

—Es un gran retraso imprevisto. Y no puedo creer cuánto dinero ha costado llegar prácticamente a ninguna parte. —Levantó las manos en señal de frustración—. Dice que la parcela ya está despejada, pero nada más.

—El otro día me contó los problemas que había tenido —dijo Faith, mientras ajustaba las almohadillas que Emma tenía en la espalda—. Parece que el Departamento de Urbanismo se ha puesto un poco puntilloso y los cimientos van a necesitar más trabajo del esperado. Pero ha encargado muchos materiales, así que tiene que pagarlos. —Le dio una palmadita a Emma en el hombro—. Está haciendo lo que puede, preciosa. Estas cosas llevan tiempo y vas a tener que ser paciente.

—Pero se va corriendo a trabajar con otros clientes y le dije que nosotros debíamos tener prioridad. —Emma se golpeó el pecho con un dedo—. Su mujer y su hijo. Debería hacer esperar a sus clientes, no a nosotros.

—Pero tiene que ganar algo de dinero, ¿no? —dijo Faith pacientemente, frotando el cuello de Emma en círculos lentos y suaves mientras la máquina TENS empezaba a aliviar el dolor—. Está haciendo verdaderos malabarismos para compaginarlo todo.

Emma no tenía respuesta. Ella no trabajaba, así que entendía lo

que decía Faith sobre aportar dinero, pero seguro que él podía esforzarse un poco más en impulsar el maldito proyecto.

—Bueno… —dijo Faith para indicar que iba a cambiar de tema—, tengo noticias para ti. Buenas noticias, espero. —Se puso de pie y se sentó frente a Emma, con los ojos brillantes y una amplia sonrisa en el rostro—. Me mudo aquí por un tiempo. He pensado que podría seguiros al campo y descansar un poco de la ciudad. Ya sabes, para cambiar de aires. Y eso significa que podré veros más a los dos.

—¿Qué? —chilló Emma—. ¡Es una noticia maravillosa! —Todas sus quejas sobre la casa fueron barridas por la alegría de que Faith iba a estar más cerca. No solo era su cuñada, también se había convertido en su mejor amiga. Un pensamiento fugaz parpadeó en su mente, una sugerencia de que su bajo estado de ánimo podría tener más que ver con el aislamiento que con la falta de progresos en la casa. ¿Había estado desviando las cosas hacia su marido, echándole la culpa de todo? La voz de Faith la sacó de sus pensamientos.

—Como tu madre no está, pensé que te vendría bien algo de ayuda con el bebé, sobre todo si Sam tiene que trabajar fuera. —Faith le sonrió—. He organizado las cosas para poder asesorar a través de Zoom, y Debs dijo que se encargaría del grupo de duelo de Manchester, aunque ya dirige la mitad de las sesiones de todos modos. Y he reducido el número de eventos con ponentes invitados. —Se rio, ilusionada con la mudanza—. No puedo creer que vaya a hacer esto.

—Vaya, qué calladito te lo tenías. ¿Por qué no me habías dicho nada? —Si Emma hubiera sabido esa noticia unas semanas antes, no habría estado tan obsesionada con la casa.

—Bueno, no quería que te hicieras ilusiones por si no encontraba ningún sitio para alquilar. —Faith le dio un puñetazo juguetón en el hombro—. Y quería que fuera una sorpresa. Sé que te encantan las sorpresas.

Emma echó los brazos al cuello de Faith, abrazándola con fuerza.

—No sabes lo feliz que estoy por esto. Dios mío, es una noticia estupenda. ¿Se lo has dicho a Sam?

—Sí, le dije que estaba buscando casa hace unas semanas. —Faith se rio—. La verdad es que decidí hacerlo cuando os casasteis. Vosotros dos sois la única familia que tengo. Me he mudado hoy.

—¿Hoy? —chilló Emma—. Eso es… fantástico.

Sí, era fantástico, pero también era molesto que ninguno de los dos hubiera pensado que ella debía saber lo que estaban planeando, tratándola como a una niña que no podía lidiar con las malas noticias si no salían las cosas como debían.

Se dijo a sí misma que se estaba comportando como una gruñona y desterró su enfado mientras abrazaba la alegría de tener una amiga cerca.

—¿Y dónde vives?

—En Penrith, en un piso con unas vistas preciosas al campo. Decidí no mudarme a una casa de campo como vosotros. Aunque me encanta venir aquí, me gustan las comodidades: un supermercado decente, algunas cafeterías y un *pub* en la puerta. —Emma pensó que sonaba como el paraíso; el sueño de la casa de campo se había empañado un poco por las arañas, las babosas y los roedores—. Pero solo está a veinte minutos de aquí —continuó Faith—. No me cuesta nada pasarme cuando me necesites. Ya sabes… si te sientes mal o sola. Y, si quieres salir un rato, ven a verme y vamos al pueblo a tomar un café o a comer.

Emma sonrió, deseando ya que llegara el momento de divertirse juntas.

—¿Sabes? Esto es lo que me faltaba. En Manchester tenía gente con la que podía salir. Aquí, aún no he conocido a nadie con quien haya congeniado.

—Seguro que hay algún grupo de preparación al parto al que

podrías unirte. Así conocerías a otras mamás.

Emma puso mala cara.

—Probé una clase durante unas semanas, pero no quería ir sola. Es el jueves, y Sam siempre está fuera. —Suspiró y Faith le frotó el hombro—. Todas las demás están allí con su pareja. Me sentí un poco… incómoda.

—Si quieres, puedo ir contigo. Me encantaría. Así podré conocer yo también a gente. Es la mejor manera de hacer amistades, cuando se tiene un interés común, algo por lo que todos pasáis juntos. No serás la única mamá que lleve a una amiga.

Emma sintió que sus hombros se relajaban. Perfecto. Una amiga de verdad en la puerta para ayudar cuando Sam no estaba. Quizá las cosas no estaban tan mal después de todo.

Faith se giró hacia ella, ahora seria.

—En realidad, quería hablar contigo. —Dudó, parecía insegura—. No te lo tomes a mal. Pero con los incendios y las descargas eléctricas, bueno… me he estado preocupando un poco. Parece que hay un patrón y siempre ocurre cuando Sam no está. —Su mirada buscó el rostro de Emma—. Me preguntaba… ¿No estarás un poco deprimida? A lo mejor quieres que Sam te preste un poco más de atención. ¿Ese es el motivo por el que ha ocurrido todo? ¿O es otra cosa? No estás teniendo alucinaciones, ¿verdad? Sé que la psicosis es rara en el embarazo, pero eso no significa que no pueda ocurrir.

Emma se quedó sin aliento. «¿Deprimida?». No, no estaba deprimida. Harta tal vez, pero eso era todo. Dejó caer los ojos al suelo, resentida por la insinuación de que se estaba haciendo esas cosas a sí misma. Pero fue la mención de la psicosis lo que se le quedó grabado en la cabeza. Sonaba bastante grave. Tenía que haber una explicación diferente.

—Sam me ha estado hablando de ello —continuó Faith murmurando en voz baja; seguramente para que él no la pudiera oír

—. Después de lo que le sucedió a Alice, perderte en un incendio es su peor pesadilla y quiero tranquilizarlo, que deje de preocuparse por eso. —Acarició la pierna de Emma—. Por suerte, he conseguido convencerlo de que no muestras ningún signo de psicopatía ni piromanía y de que no corre ningún peligro viviendo contigo.

Emma levantó la cabeza. ¿Estaba de broma? No era fácil saberlo.

Entonces Faith se rio y supo que era eso.

Muchas verdades dichas en broma.

Sintió que se le iba la sangre de la cara.

—¿Es eso lo que piensa? ¿Que soy una pirómana? ¿Una…, una psicópata?

Faith negó con la cabeza.

—No, claro que no. Lo siento, ha sido una broma de muy mal gusto. No debes tomarte las cosas que digo tan al pie de la letra. —Le dedicó a Emma una sonrisa tranquilizadora—. Pero vosotros dos tenéis que hablar sobre lo que ha ocurrido y por qué ha podido pasar. Bueno, eso es lo que me dijo, que iba a hablar contigo. No tiene sentido que se desahogue conmigo. —Frunció el ceño—. Pero yo sabía que no lo haría. Al parecer, le resulta demasiado difícil. Después de lo de Alicia. Va a fingir que todo es perfecto. La mentalidad de esconder la cabeza en la arena.

—No me ha dicho ni una palabra —murmuró Emma, con la mente acelerada. ¿Había estado quejándose de ella? ¿Era eso lo que pensaba en realidad?

Decidió que se lo preguntaría esa misma noche, cuando se fuera Faith. De lo contrario, empezaría a dudar de todo. Y no quería ser la que había venido «después de lo de Alice», como si fuera una segundona. De alguna manera, eso dolía más que el hecho de que Sam pensara que era una psicópata que buscaba llamar la atención.

No dijo nada hasta que estuvo metida en la cama, apoyada sobre la almohada, mientras él se lavaba los dientes.

—¿Crees que soy una pirómana o una psicópata? —le preguntó cuando salió del baño. Sam abrió los ojos de par en par y se quedó con la boca abierta mientras se metía en la cama, a su lado. Ella lo observó y se dio cuenta de que intentaba evitar el tema, ya que empezó a poner la alarma en su teléfono mientras ella esperaba una respuesta—. No niegues que lo dijiste, me lo ha dicho Faith.

¿Estaba afectado porque ella se lo había preguntado o porque eso era lo que pensaba y le horrorizaba que Faith le hubiera contado a Emma algo que él le había dicho en confianza? Sam se pasó una mano por el pelo, con los ojos puestos en el techo.

—¿Qué se le ha pasado a Faith por la cabeza para decirte eso?

—Estaba preocupada por mi bienestar y quería saber si estoy deprimida. Sabe que hay algo de lo que no hemos hablado y que tenemos que sacarlo a la luz. No me has dicho ni una palabra, ¿verdad? ¿Y cómo crees que me hace sentir eso? —No esperó a que él respondiera—. Me hace pensar que es justo lo que crees, que no es seguro estar cerca de mí.

Entonces él la miró.

—Oh, vamos. No está fuera de lugar que hable con mi hermana. Es mejor que comparta mis preocupaciones con ella, dejar que me calme, que hacerte pasar un mal rato por algo que no tiene sentido.

Ella lo miró fijamente.

—Yo soy tu mujer —espetó—. Si hay algún problema en nuestra relación, conmigo, ¿no crees que deberías contármelo a mí primero?

Él parpadeó, se miró las manos y dio vueltas a su alianza. El silencio se podía cortar con un cuchillo y le erizaba el vello de la nuca.

—Admito que he estado bastante preocupado —dijo finalmente—. Todos estos pequeños incendios… Parecía que había un patrón y que empeoraba a medida que avanzaba tu embarazo. Pensé… —Suspiró —. Pensé que las dos cosas podrían estar conectadas.

Emma sintió que le rechinaban los dientes y aflojó la mandíbula.

—¿Y ahora sigues pensando lo mismo?

La nuez subía y bajaba en su cuello. La respuesta silenciosa era afirmativa y la sintió como una daga en el corazón.

—No, claro que no —espetó él—. Todo ha ido bien estas últimas semanas. Quizá fue un desajuste de hormonas y ahora ya has superado esa etapa. Y debería haberte prestado más atención, lo sé. —Le cogió la mano—. Te quiero, cariño. Con todo mi corazón. No iba a dejarte. Por favor, no…

Ella no se atrevió a responder. Herida más allá de las palabras, sacudió la mano para soltarse de la suya, se giró sobre un costado y apagó la luz de la mesilla. Siempre había tenido por norma no dormirse después de una discusión, pero lo que había ocurrido la había dejado boquiabierta.

Él creía que prendía fuego a las cosas para llamar su atención, lo cual era, como mínimo, insultante. «¿Qué está sucediendo?». Se abrazó con más fuerza al edredón, convencida más que nunca de que todos los pequeños accidentes y casi accidentes formaban una imagen muy siniestra.

Alguien quería hacerle daño. Y ese alguien podría estar tumbado a su lado.

¿O se estaba dejando llevar otra vez por su imaginación?

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 10

AHORA

Cuando terminó la llamada, Emma se sentó en el coche como si le hubieran dado un puñetazo, con la respiración entrecortada y el pecho tenso, mientras repetía la conversación en su cabeza una y otra vez. «Soy su mujer», había dicho la voz. Era la mujer de Sam. Y pensaba que Emma era una acosadora. ¿Podría tratarse de algún tipo de malentendido? Pero, por mucho que deseara que las cosas fueran diferentes, era imposible que hubiera malinterpretado las palabras de la mujer.

Había aludido a conversaciones anteriores con Sam, posibles sospechas de que Emma era una acosadora. Sonaba como si creyera de verdad que ella era la mujer de Sam y que Emma estaba delirando.

Se agarró la cabeza con las manos, incapaz de pensar más allá del hecho de que la habían engañado. De una forma descomunal, inimaginable.

Incapaz de moverse, pensó en el pasado. Las últimas seis semanas habían sido terribles, ya que sabía que Sam creía que estaba desequilibrada y que todos los percances ocurridos eran signos de un problema de salud mental grave o de un trastorno de la personalidad. También había admitido que Faith se había mudado más cerca a petición suya, para asegurarse de que Emma y el bebé estuvieran a salvo mientras él estaba fuera trabajando. Se le había

caído el alma a los pies cuando le había dicho eso, avergonzada y dolida de que ambos pensaran lo mismo.

No había nada que pudiera hacer para probar sus sospechas de que alguien más podría haber estado involucrado, e incluso a sus propios oídos esa teoría sonaba un poco descabellada. Su idea de que pudiera ser Sam no cuadraba, porque él siempre estaba fuera cuando ocurrían las cosas, al igual que Faith, así que no sospechaba de ellos. Y ella no era el tipo de persona que tenía enemigos, así que era un poco ridículo siquiera considerarlo.

En realidad, si las hormonas estaban afectando a su memoria, lo más probable es que no recordara haber hecho las cosas que provocaron los incendios, aunque las hubiera hecho. No podía obviarse el hecho de que era una persona bastante despistada, pero no pensaba que estuviera completamente alejada de la realidad. También había que tener en cuenta el comentario de Faith sobre la psicosis del embarazo. Sí, lo había buscado en Google, como era lógico. Y lo que había leído había desencadenado toda una nueva oleada de preocupaciones. Estaba dando vueltas en círculos sin llegar a ninguna conclusión definitiva.

Por el bien de la armonía conyugal, al final había tenido que dejarlo pasar, agradecida por que su embarazo estuviera llegando a su fin y esperanzada de que todas las tonterías se acabaran cuando naciera el bebé. Sam había sido muy cariñoso y atento, y Faith había llenado el vacío cuando él no estaba.

Pero ahora tenía que enfrentarse a esa bomba. Sam tenía otra mujer. Se tiró del pelo, tratando de comprender cómo no se había dado cuenta, frustrada por no haber detectado las pistas antes de casarse con él.

«¿Lo sabía Faith?». Unos dedos helados bajaron por su columna vertebral y la inquietud le oprimió la nuca. «Sam y ella están muy unidos, ¿cómo podría no saberlo?». A Emma le dolía la cabeza, tenía

la mente hecha un millón de pedazos y le costaba incluso pensar, por lo que le resultaba imposible decidir lo que debía hacer a continuación.

Pasó un rato antes de que pusiera el coche en movimiento, con los ojos fijos a través del parabrisas en el aparcamiento del hospital, la gente yendo y viniendo como si todo fuera normal, como si nada hubiera cambiado.

La otra mujer de Sam. ¿Sería su primera mujer, Alice? Tal vez no estaba muerta después de todo. Tal vez le había soltado a Emma toda una sarta de mentiras.

Su mano encontró su teléfono y buscó en Google el nombre de su mujer, Alice Barclay. Encontró varios artículos periodísticos sobre el trágico incendio que se había cobrado su vida hacía casi dos años. Su casa de campo se erguía sola en las afueras del pueblo y no resultaba visible desde la carretera principal. Cuando se detectó el incendio, toda la casa estaba en llamas. Encontraron los restos de Alice al día siguiente, una vez que el fuego se hubo enfriado lo suficiente como para poder registrar la propiedad. Al parecer, era aficionada a las velas perfumadas, solía tener una en todas las habitaciones. Así había comenzado el incendio.

Su corazón tartamudeó mientras su cerebro establecía una conexión. Velas perfumadas. Como las que Sam le seguía regalando. «*¿Por qué querría tenerlas en casa después de que provocaran la muerte de su mujer?*». Y, además, una vela había estado a punto de provocar un incendio en su casa actual. Era una gran coincidencia, ¿no?

Nerviosa, Emma se sentó, ensimismada, mientras su mente daba vueltas, presentándole teorías alternativas. «*¿Y si el cuerpo que encontraron no era el de su mujer? ¿Era eso posible? Si solo habían encontrado unos restos…*». Buscó más información en su teléfono.

Encontró una necrológica en el periódico local. «*Enterraron a alguien, pero ¿era realmente Alice?».*

Se preguntó si sería difícil fingir tu propia muerte. «Pero —se dijo a sí misma— hubo una muerte real, con un cuerpo real. Así que, si su mujer sigue viva, entonces hay otra persona muerta». Ese pensamiento la hizo estremecerse, su mente se sumergió en un pozo negro de imágenes siniestras que hicieron que su corazón latiera con fuerza. «*¿Sam mató a alguien e hizo que pareciera que la muerta era su mujer?».*

Se sintió débil, con náuseas. «Estás haciendo el ridículo», se regañó a sí misma. Era fantasiosa a más no poder.

Pero su mente no se detenía. «*¿Y si mató a su primera mujer, haciendo que pareciera un accidente? Y, si ese era el caso, ¿quién era la mujer al otro lado del teléfono que decía ser la esposa de Sam?».*

Y, más concretamente, ¿dónde dejaba eso a Emma?

CAPÍTULO 11

Sentía cómo le tiraban los músculos de los hombros mientras se acurrucaba sobre sí misma, casi desplomada sobre el volante, deseando que el tiempo se detuviera. Deseando volver al lugar donde no tenía esas sospechas, donde Sam era suyo y solo suyo y estaba deseando formar una familia juntos.

Cuanto más tiempo pasaba sentada, más se reafirmaban sus pensamientos. Solo había una forma de resolverlo. Respiró hondo y volvió a llamarlo.

—Hola, cariño —contestó él tras el primer tono—. ¿Va todo bien?

No esperaba que respondiera tan rápido, no estaba preparada. Se aclaró la garganta, diciéndose a sí misma que debía ser valiente y coger el toro por los cuernos. Lo más importante era saber la verdad, ¿no? Por muy devastador que pudiera ser.

—¿Dónde estás? —preguntó Emma, ganando algo de tiempo.

Él se rio.

—Esa memoria tuya está empeorando, ¿verdad? Te lo dije anoche: estoy en Dumfries, mirando la parcela para el cliente nuevo.

—¿Con quién estás? —Sonó como una acusación, y se encogió de hombros, pensando que necesitaba ser más sutil si quería pillarlo desprevenido.

Hubo un momento de silencio, y su voz fue más cautelosa cuando contestó:

—Molly y Jack. Mis clientes. ¿Con quién más podría estar?

—Dímelo tú —espetó ella, incapaz de contenerse.

—Yo… acabo de hacerlo. ¿De qué va todo esto? —Su voz contenía

una nota de preocupación—. ¿Seguro que estás bien? ¿Le pido a Faith que vaya a verte?

—Estoy perfectamente —espetó, y luego se paró los pies a sí misma, consciente de que parecía una desquiciada. No la escucharía si pensaba que estaba histérica. Tomó aire despacio para tranquilizarse. «Ve al grano». Se obligó a ir más despacio y a pronunciar cada palabra con cuidado—. Te he llamado hace unos minutos y ha contestado una mujer. Me ha dicho… —Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que forzar la voz—. Me ha dicho que era tu *mujer*.

Solo se oía un silencio sepulcral, ni siquiera el sonido de su respiración, y ella se preguntó si habría colgado.

—Sam, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. —Su suspiro siseó en su oído—. Siento mucho lo que ha pasado. Molly tiene… Llamémoslo un sentido del humor único. No para de liarla con mi teléfono, enviando mensajes a la gente y contestando a mis llamadas. —Resopló con frustración—. Me temo que no tiene ninguna conciencia de los límites.

—¿Se supone que me debo creer eso? —Su voz crepitaba de rabia.

—Cariño, ¿por qué iba a mentirte? Es autista y tiene problemas con las normas sociales. Por eso su padre, Jack, le está construyendo una cabaña en el jardín. Así ella tendrá su independencia, pero él podrá vigilarla.

El cerebro de Emma recalibró su narrativa interior a la luz de la nueva información. Todo sonaba bastante factible. Se acordó vagamente de que Sam le había hablado de una clienta con necesidades especiales y de que a él le entusiasmaba ahondar en formas de mejorar su vida a través de la arquitectura y el diseño de interiores.

Se sonrojó, sintiéndose imbécil por lanzar semejante acusación contra su marido. Pero también sintió una enorme oleada de alivio.

Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en el volante. Toda la adrenalina, todos esos terribles pensamientos la habían dejado exhausta.

—¿Quieres que vuelva ahora mismo? Lo haré si me necesitas, pero estoy desesperado por dejar bien atado el pliego de condiciones y conseguir que firmen el siguiente tramo de gastos. Así cobraré mi parte y dispondremos de bastante dinero. —Sonaba cansado—. Ya casi lo tenemos. Solo tardaré unas horas más. Estaré de vuelta para el té.

Tenía razón, necesitaban asegurar el dinero. El otro día le había comentado que ninguno de los proyectos en los que estaba trabajando avanzaba lo bastante rápido y que empezaba a escasear el dinero. Emma sabía que estaba preocupado. Ahora se sentía mal por haberlo interrumpido, lanzándole terribles acusaciones.

—No, no, sigue trabajando. Pero, por favor, ¿puedes alejar tu teléfono de esa mujer? Me ha dejado en *shock* y quién sabe cómo podría afectar eso al bebé.

—Lo siento mucho, cariño, de verdad. Espero que estés descansando.

Descansar. Era lo que le había dicho la ginecóloga que hiciera. Como sospechaba, su tensión estaba por las nubes cuando se la habían tomado en la clínica. La habían mandado a casa con instrucciones de que pusiera los pies en alto y una cita con la matrona para asegurarse de que no ocurría nada raro. Le habían mencionado la preeclampsia y le habían dicho que tuviera cuidado con la retención de líquidos y que llamara si estaba preocupada. Lo último que necesitaba era un susto como ese.

—Estoy de camino a casa. Bueno, te dejo seguir.

—Vale. Volveré a casa esta noche, ¿vale? Estaré allí sobre las seis.

No era habitual que se ofreciera a ir a casa cuando estaba con clientes. Evidentemente, la conversación le había afectado más de lo

que parecía. Se despidieron, y ella se puso en marcha, nerviosa e inquieta. Al menos ese día no tenía que ir a ningún otro sitio y podía tomárselo con calma.

Mientras conducía, su mente empezó a procesar la conversación con Sam. No pudo evitar pensar que, si tenía una segunda mujer, estaba repartiendo su tiempo de forma agradable y equitativa entre las dos. Eso la devolvió a los escenarios de mujeres muertas y cuerpos quemados, así que encendió la radio para distraerse y cantó al ritmo de la música. Por suerte, funcionó, y se detuvo delante de la casa con un estado de ánimo más positivo.

Salió del coche y entró. Dejó el bolso en la barra de desayuno, se preparó una taza de manzanilla y la llevó al salón, donde se dejó caer en el sillón reclinable, el único asiento de la casa que le resultaba algo cómodo. Respiró tranquila, se sacudió todos los malos pensamientos de la cabeza y se concentró en el bebé. Al fin y al cabo, lo único que importaba era el bienestar de su hijo. Todo lo demás era cosa de su mente, que le estaba jugando una mala pasada, haciendo volar su imaginación. Tal vez debería pedir cita con el médico de cabecera, o hablar con la matrona sobre la psicosis del embarazo.

Sintió una sacudida cuando el bebé dio una patada, meneando la taza de té que tenía en la mano. Sonrió para sus adentros, tranquila de que todo fuera bien; luego se acarició la barriga y fue recompensada con otra patada.

—Vas a ser perfecto —dijo, deseando que su bebé tuviera la piel de Sam, que se bronceaba con mucha facilidad, y su pelo negro ondulado. Los ojos muy marrones, como castañas, con destellos dorados. Una nariz recta y elegante.

No había preguntado cuál era el sexo del bebé, quería que fuera una sorpresa. Era emocionante no saber a quién ibas a dar la bienvenida al mundo: a una niña o a un niño. Obviamente, sería

más fácil saberlo, sobre todo para elegir los colores, pero ella había comprado la ropita en tonos neutros. De momento, solo la talla más pequeña. Le encantaba mirar ropa de bebé, todos esos preciosos conjuntitos, y se levantó para sacar el móvil del bolso y echar un vistazo mientras se tomaba el té.

La página de la revista salió volando y fue a parar a la encimera; ella la recogió, recordando sus preocupaciones anteriores. El motivo por el que había llamado a Sam la primera vez.

Su cuadro en la pared de otra persona. Y no tenía ni idea de por qué estaba allí.

CAPÍTULO 12

Emma frunció el ceño, alisando la página sobre la barra de desayuno mientras la analizaba en profundidad. En el segundo párrafo encontró la respuesta a una de sus preguntas. La casa pertenecía a Marcey Dubois, una modelo jubilada que ahora dirigía su propia empresa de ropa infantil chic. No tenía hijos, pero adoraba a sus sobrinas y sobrinos, que eran cinco. Al parecer, así había sido como había empezado en el negocio: confeccionándoles ropa.

El artículo estaba dividido en dos —debía haberse dejado una página en la revista—, así que no había más información, pero Google podría rellenar los huecos. Se acomodó en el sillón reclinable y pasó una hora entera hojeando artículos sobre Marcey Dubois, que tenía un pasado bastante pintoresco. Estancias en rehabilitación por adicción a los opiáceos. Depresión. Intentos de suicidio. Eso había ocurrido cuando tenía veinte años, y lo achacaba a la presión del trabajo. Una vez retirada —no voluntariamente, sino porque su imagen estaba demasiado deteriorada para seguir ejerciendo de modelo—, su vida dio un giro a mejor. Encontró el amor, y gracias a eso pudo catapultar su negocio a la fama. Su enamorado era un actor famoso. Él la dejó, pero no hay mal que por bien no venga, porque gracias a eso ella conoció a su alma gemela y desde entonces las cosas le habían ido maravillosamente bien.

Por lo que parecía, Sam había diseñado la casa y le había dado el cuadro de Emma a esa mujer, Marcey. Pero ¿por qué? En primer lugar, ¿por qué se lo había dado? Y, en segundo lugar, ¿por qué no le había preguntado a Emma si le parecía bien?

Volvió a mirar la fotografía de su cuadro colgado en la pared. Podía responder a la primera pregunta: ¿por qué se lo había dado a su clienta? Quedaba espectacular en ese entorno y Sam tenía buen ojo para esas cosas. La estética le importaba mucho. En cuanto a por qué lo había cogido sin preguntar, bueno, esa sería una pregunta que tendría que responder cuando llegara a casa. Sería mucho más fácil si tenía las pruebas a mano en lugar de pillarlo desprevenido llamándolo por teléfono y, de todos modos, le ponía nerviosa volver a llamarlo cuando estaba con su cliente. Podía esperar.

Volver a ver el cuadro le trajo muchos recuerdos, y se recostó en el sillón, cerrando los ojos mientras recordaba por qué el cuadro era tan importante y por qué tenía que recuperarlo.

Cuatro años antes, Emma estaba sentada en la National Gallery de Londres, contemplando un autorretrato de Rembrandt. Sus ojos recorrían el cuadro de arriba abajo, estudiando la composición y maravillándose de las texturas creadas por el artista. Por supuesto, nunca esperó que su propio trabajo fuera de esa calidad, pero, con cada encargo que terminaba, se esforzaba por mejorar su técnica. De eso se trataba ese viaje de estudio desde su casa de Manchester: un día entero para curiosear por las galerías y averiguar qué necesitaba hacer mejor.

De todos los maravillosos retratos que había allí, ese era uno de sus favoritos, aunque no sabía por qué. ¿Era la expresión facial, la sensación de movimiento? Dar la impresión de que había vida brotando del cuadro era extremadamente difícil de conseguir cuando pintabas a alguien. Era lo que esperaba conseguir, pero no siempre le salía como ella quería. Siempre había margen de mejora.

Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que un hombre se había sentado a su lado hasta que habló.

—Era un auténtico maestro, ¿verdad?

Ella se levantó de un salto, sobresaltada, con la mano pegada al

pecho.

—Lo siento mucho —dijo él, con una sonrisa en sus ojos azul aciano—. Pensé que me habías visto sentarme. —Hablaba con un suave acento escocés, de Edimburgo, supuso. Llevaba el pelo rojo fuego corto por los lados y largo y ondulado por arriba. Tenía el rostro pálido y su nariz estaba salpicada de pecas. Sin embargo, lo más llamativo de él era su magnífica barba—. Por favor, continúa con lo que estás haciendo, no quiero molestar.

Ella esbozó una sonrisa vacilante, sin saber si volver a sentarse o marcharse.

—Estoy esperando a mamá. —El hombre sonrió, mostrando una dentadura perfecta—. Está mirando los cuadros de Botticelli, pero no es lo mío. A mí me va más Picasso.

Intrigada, volvió a sentarse y se metió un rizo suelto en el pañuelo que llevaba atado con un lazo en la parte superior de la cabeza. El pelo le caía en espirales hasta la mandíbula y tenía voluntad propia; al menos, el pañuelo se lo mantenía alejado de la cara.

—¿Qué es lo que te gusta de Picasso? —preguntó Emma con auténtica curiosidad.

—Rompió las reglas. Interpretaba lo que veía de una forma única. Su obra es… muy atrevida, ¿no crees?

Ella se lo pensó un momento.

—Creo que «atrevida» la define a la perfección, pero yo prefiero el realismo.

La conversación los tuvo clavados en el sitio durante casi una hora, hasta que una señora bajita y delgada, con el pelo rosa de punta, se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¡Zach, por fin! Llevo una eternidad dando vueltas por aquí intentando encontrarte.

Parecía un poco avergonzado y puso su mano sobre la de ella.

—Lo siento, mamá. Estábamos ensimismados hablando.

La mujer miró a Emma; sus ojos eran del mismo azul que los de su hijo. Le dedicó una sonrisa radiante y le tendió una mano, que Emma estrechó, notando el apretón firme y seco de sus dedos. Decidió que era una persona con los pies en la tierra.

—Soy Maggie —dijo—. Y no quiero interrumpiros, pero me muero por una taza de té y algo para comer. —Miró a su alrededor—. ¿Hay alguna cafetería en este lugar? No recuerdo haber visto ninguna.

Emma se presentó, luego sonrió y se levantó mientras pensaba que a ella también le apetecía mucho una taza de té. Consultó su reloj. Aún quedaba mucho tiempo antes de que tuviera que coger el tren para volver a casa.

—Hay una cafetería muy agradable abajo. Puedo indicaros dónde está si queréis.

La verdad era que se resistía a marcharse. Había conectado con Zach como hacía años que no lo hacía con ningún hombre, y era un sentimiento estupendo. Resultó que era un colega artista y, aunque pintaban en estilos completamente diferentes, había sido maravilloso discutir de arte con alguien que sabía de lo que hablaba. Los dos se habían licenciado en Bellas Artes —él, en Londres y ella, en Manchester—, y ambos se quedaron en las ciudades donde habían estudiado, reacios a abandonar sus respectivas comunidades artísticas.

—¿Nos acompañas? —dijo Maggie cuando llegaron a la cafetería. Miró a su hijo—. Creo que a Zach le parece bien, ¿verdad? —Había un brillo en sus ojos y Emma se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. ¿Se había sonrojado? Era difícil distinguirlo con la barba cubriéndole media cara, pero sus orejas brillaban.

—Me encantaría, gracias —respondió ella, segura de que Zach estaba sintiendo la misma conexión y sensación de entusiasmo agitándose en su interior que ella. Tenía treinta años, pero se sentía como una adolescente, sentada a su lado bajo la mirada de su

madre. Además, Maggie era muy graciosa y les hizo reír con sus observaciones sobre sus cuadros favoritos.

El tiempo pasó volando, y cuando Emma se fijó en que la cafetería se estaba vaciando, miró el reloj y se dio cuenta de que tenía que irse si quería coger el tren.

—Te acompaño a la estación de metro —dijo Zach, levantándose de un salto—. No te importa esperar aquí, ¿verdad, mamá?

Maggie se rio y les hizo una señal para que se fueran.

En la estación de metro, se despidió de ella con un abrazo e intercambiaron sus números, prometiendo seguir en contacto. De camino a casa, Emma sintió que flotaba en el aire, llena de esperanza por haber encontrado por fin al hombre adecuado, al padre de sus hijos. Por supuesto, era demasiado pronto, ni siquiera tenían una relación, pero ya podía verlos: dos niñas y un niño, todos con su precioso pelo rojo. Estaba pensando en nombres de niña cuando el tren entró en la estación de Manchester Piccadilly.

Los niños eran muy importantes para Emma. No había pensado en ellos hasta el año anterior, cuando una mezcla de su reloj biológico y la muerte de su madre por un cáncer de mama le hizo darse cuenta de que era la única adulta de su familia, sin nadie que cuidara de ella y sin nadie con quien conectar. Eso le hizo pensar. Mirara donde mirara, de repente veía bebés. Parejas felices arrullando a sus pequeños, mamás besando a sus retoños de mejillas regordetas, que disfrutaban de los mimos. Quería ser madre con todas sus fuerzas.

Sin embargo, no iba a tener un hijo con cualquiera. Tenía que ser con su alma gemela. Muchas de sus amigas habían acabado criando a sus hijos ellas solas, y eso era un trabajo muy duro. No se creía capaz de hacerlo a la vez que trabajaba. Así que había comenzado la búsqueda de su pareja perfecta.

Como proyecto, había sido todo un reto. Había un montón de

idiotas que estaban muy buenos, pero que no tenían ningún interés en nada aparte del fútbol y la Xbox. Decidió cambiar de criterio y apostar por los intereses compartidos, pero le salieron un montón de inadaptados y tampoco pudo con ellos. Había perdido la esperanza. Pero conoció a Zach y la emoción era indescriptible. Se emocionó aún más cuando él le envió un mensaje esa noche y pasaron un par de horas en FaceTime; la conversación fue como el buen vino, con cuerpo y envolvente.

Cuando se fue a la cama, sabía que lo había encontrado. *Era el elegido.* Iba a ir a Manchester el fin de semana siguiente y ella iba a enseñarle sus galerías favoritas. Nunca había estado tan emocionada por nada en su vida.

Diez meses después, se fue a vivir con ella a Manchester, porque allí el alquiler era mucho más barato que en Londres. Ambos tenían trabajos normales, ya que sus ingresos artísticos eran demasiado esporádicos como para que pudieran ganarse la vida con ellos. Él trabajaba para constructoras y ella como ayudante personal virtual, sobre todo gestionando redes sociales.

Disfrutaba trabajando por cuenta propia, guiando y asesorando a sus clientes sobre su presencia en las redes sociales, creando bellas imágenes para que se promocionaran a sí mismos y a sus negocios. Era una forma divertida de ganarse la vida, y el horario flexible encajaba perfectamente con tener familia. Lo había pensado todo y tenía los medios para ganarse la vida; lo único que le faltaba era su alma gemela. Ahora que la había encontrado, todo estaba listo para el proyecto de tener un bebé.

Por desgracia, la naturaleza decidió ponérselo difícil y su primer embarazo acabó en aborto. Emma estaba destrozada. Pero Zach era un ángel caído del cielo. La abrazaba, la consolaba y la tranquilizaba; siempre estaba allí cuando ella lo necesitaba. Y le pintó un cuadro impresionista de ellos dos unidos por su amor. Era rojo y dorado y

todos los tonos intermedios: una representación de la calidez, el amor y la unión.

Eso era lo que el cuadro significaba para ella. Nunca debería adornar la pared de otra persona. Era una carta de amor para ella. Para ellos. Y, en ese momento, se suponía que estaba en el trastero.

—Mi amor por ti no tiene límites —le había dicho cuando le entregó el cuadro—. No depende de que tengamos hijos. Solo te necesito a ti.

Lo que debía recordar siempre era lo afortunada que era por tener a ese apasionado hombre celta con un corazón enorme y un alma tan generosa. En aquel momento, mientras contemplaba el cuadro, había pensado que el arte era un medio muy poderoso. La forma en que Zach había conseguido transmitir el amor eterno con muy pocas pinceladas y un uso audaz del color era genial. Su talento estaba a la vista de todos, su estilo era único. No era extraño que hubiera empezado a hacerse conocido.

Sus palabras eran justo lo que necesitaba oír en aquel momento, pues se había convencido a sí misma de que nunca volvería a quedarse embarazada, y ser madre era lo único en lo que realmente podía pensar.

El cuadro ocupaba un lugar de honor en la pared de su dormitorio, y ella juró atesorar siempre el regalo que él le había hecho, esa muestra de su amor eterno, pasara lo que pasara.

Después, el accidente lo había cambiado todo, haciendo que el cuadro fuera aún más importante para ella. Y no quería que otras personas lo vieran. De ninguna manera podía permitir que siguiera colgado en la pared de otra persona. Tenía que mantenerlo a salvo con el resto del trabajo de Zach. Su legado. Su amor.

CAPÍTULO 13

Eran casi las siete cuando Sam entró en el salón con dos cajas de *pizza*. El aroma a tomate, queso y albahaca llenó la habitación, y Emma se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. El tiempo se le había pasado volando mientras pensaba en el cuadro, en el pasado y en cómo había llegado hasta donde estaba en ese momento. La vida nunca era sencilla, siempre planteaba preguntas.

Sam le entregó una caja.

—Pollo y verduras mediterráneas para ti. ¿Te parece bien?

Ella asintió, cogió la caja y la abrió, con la boca llena de saliva. Con suerte, no se sentiría tan enfadada con él cuando hubiera comido algo, pero de momento estaba tan furiosa que no podía hablar.

Sam sacó una cerveza de la nevera, sirvió un vaso de agua con gas para ella y llevó las bebidas al salón. Como de costumbre, él había elegido una *pizza* festín de carne, y todo el aceite que nadaba en la superficie hizo que a Emma se le revolviera el estómago. Apartó la mirada y se concentró en su comida.

—Estás muy callada —dijo él, una vez devorada la mitad de su *pizza*—. ¿Va todo bien? Venga, cuéntame cómo te ha ido en la clínica.

Emma lo miró, tratando de calibrar si la comida había mejorado su humor. La respuesta fue un «no» rotundo. Todavía estaba furiosa.

Le entregó la página que había arrancado de la revista.

—Mientras esperaba en la clínica, vi esto en una revista que estaba leyendo.

Él frunció el ceño, la cogió y empezó a leer mientras comía.

—Ah, Marcey Dubois. Gracias a su casa, me dieron un premio. ¿Te lo conté?

Ella asintió.

—Sí, me lo contaste. Pero quiero saber por qué mi cuadro está en su pared. —Él se quedó con la mirada perdida—. La primera foto, al principio del artículo. —Se inclinó y golpeó la página con un dedo—. Ese es mi cuadro.

Él dejó de masticar, aparentemente congelado en el tiempo.

—Lo cogiste sin preguntar, ¿verdad?

Sam hizo un gesto de dolor, no podía mirarla.

—Yo… Bueno, sí, supongo que sí, pero no pensé que te importaría. Estaba guardado en tu trastero, sin ver la luz del día, y era perfecto para la casa. Y Marcey estuvo encantada de pagar un precio bastante aceptable por él.

Emma jadeó, pensó que iba a explotar y dijo con voz aguda:

—¿Se lo *vendiste*? No me lo puedo creer. No es tuyo. —¿Quién iba por ahí vendiendo las cosas de otra persona? Estaba tan fuera de lugar que le costaba creer que lo hubiera hecho—. Zach me lo regaló cuando… Bueno, antes de declararse. Ese cuadro no tiene precio para mí; no significa nada para la mujer a la que se lo has vendido. Para ella, es solo un adorno. —Un arcoíris de emociones pasó por su mente. La última fue miedo. Miedo a que el cuadro se escapara de su cuidado. Se le quebró la voz—. ¿Cómo has podido hacerlo? Tienes que recuperarlo.

Sam parecía confuso.

—Yo pensé que era uno de los tuyos. Uno que habías pintado y ya no querías. Me imaginé que por eso estaba en el trastero y no en tu pared. A ver, me di cuenta de que era de un estilo diferente al de tus cuadros actuales, pero pensé que lo habías hecho en la carrera o algo así. —La miró, bastante cabizbajo—. Créeme, pensé que estaba haciendo lo correcto. Solo quería conseguir algo de dinero para la

nueva casa. Sabes que todo ha subido de precio y que el presupuesto se va a quedar un poco corto. Todo dinero extra ayuda.

Se miraron fijamente. Ella podía entender su lógica. El estilo pictórico de Zach era muy diferente al suyo, y ella ni siquiera recordaba si le había dicho que Zach era artista. No era raro suponer que era un cuadro antiguo que ya no quería. Pero no se trataba de eso.

—Quiero que me devuelva mi cuadro. —No le importaba que hubieran conseguido dinero para la obra—. No tenías derecho a cogerlo y mucho menos, a venderlo.

Él hizo una mueca de preocupación.

—No estoy seguro de que eso vaya a ser posible. Es una persona bastante difícil. —Entonces su rostro se iluminó con una sonrisa—. ¿Qué te parece esta idea…? ¿Y si te saco una copia?

—No quiero una maldita copia —le espetó ella—. Quiero que me devuelvas mi cuadro y no quiero que toques nada más del trastero. Son mis cosas y yo decido lo que hago con ellas, ¿entendido? En primer lugar, no tenías derecho a entrar ahí. De hecho, ¿por qué lo hiciste?

—¿Por qué hice qué?

—¿Por qué entraste en mi trastero?

En ese momento parecía frustrado.

—¿No es obvio? Necesitaba que la casa de Marcey tuviera buen aspecto para la sesión de fotos y había visto el cuadro cuando estábamos vaciando el piso. Era perfecto, justo lo que había estado buscando.

—Espera un momento. ¿Has cogido algún otro cuadro de allí?

Ahora parecía totalmente incómodo.

—Maldita sea, Sam. —Emma cerró la caja de *pizza*, ya sin hambre —. ¿Cuántos has cogido?

Él agachó la cabeza.

—Tres. He cogido tres. Los otros dos están en el piso de arriba. —Habló en voz baja, como disculpándose—. También eran perfectos.

—Oh, Sam. —Ella lo miró fijamente. Estaba enfadada, decepcionada y frustrada, todo al mismo tiempo. Pero parecía tan arrepentido que ella supo que entendía que había hecho mal—. Si los recuperas todos, puede que sea capaz de perdonarte.

Se levantó de golpe y se dirigió hacia las escaleras. Le resultaba imposible estar en la misma habitación que él mientras se sintiera así. Se dirigió al dormitorio, donde se encerró antes de desplomarse en la cama; los hombros se le movían mientras sollozaba.

Un golpecito en la puerta. Sam intentando abrir el picaporte.

—Lo siento, cariño. Debería habértelo pedido, sé que debería haberlo hecho, pero no quería que dijeras que no. Llevábamos semanas buscando obras de arte y no habíamos encontrado nada. A Marcey le encantó en cuanto le envié una foto. Por favor, déjame entrar. Por favor, ¿podemos hablar de ello?

El picaporte volvió a sonar, pero no estaba segura de estar lo bastante calmada como para mantener una conversación sensata sobre algo tan emotivo.

—Por favor, Emma. Déjame entrar. Mañana tengo que volver a Dumfries para hacer algunos ajustes en las especificaciones y ver si por fin consigo que den el visto bueno al diseño. No quiero irme contigo enfadada.

Ella se limpió las lágrimas de la cara. Ella tampoco quería que se marchara estando así las cosas, sobre todo si iba a estar sola con tiempo para que el mal rollo supurara y creciera. Suspiró, se puso de pie y abrió la puerta apenas una rendija, lo suficiente para poder verlo, pero sin que él entrara.

Su cara era la viva imagen de una disculpa. Se acercó a la puerta.

—Oh, cielo. Deja que lo arregle. Te prometo que lo hice con la

mejor de las intenciones. Pensé que te estaba ayudando a tener la casa de tus sueños.

Emma lo miró a los ojos y sintió la familiar atracción, el innegable amor que aquel hombre despertaba en ella. Estaba claro que su comportamiento había estado totalmente fuera de lugar, pero sabía que debía darle la oportunidad de arreglar las cosas ahora que ella le había expresado sus sentimientos. Tragó saliva, abrió un poco más la puerta y permitió que le diera un abrazo. No fue fácil debido al tamaño de su barriga. Habían hecho las paces más o menos, pero no le había perdonado su crimen.

Él le pasó un plato con el resto de la *pizza*.

—Te la he calentado. —Aventuró una sonrisa—. No puedo permitir que pases hambre, mi amor.

Ella dudó, luego cogió el plato. Era su deber alimentar al bebé, aunque le habría gustado rechazar la comida.

Cuando se marchó, ella devoró la *pizza*, sentada en la cama mientras miraba por la ventana. Necesitaba hablar con alguien sobre el incidente del cuadro, sobre cómo debía afrontarlo. Por encima de todo, necesitaba hablar de su rabia, que le quemaba en el pecho, porque ese tipo de emoción no era saludable para su bebé. «Mejor fuera que dentro», como le gustaba decir a su madre cuando se enfadaba por algo, y luego pasaba página. Ella era una experta en eso, pero Emma no.

—Emma, ¿cómo estás? —dijo Faith, con una sonrisa en la voz, cuando respondió a la llamada de Emma.

—Acabo de tener una discusión enorme con Sam, y se va otra vez y me siento mal por ello, pero estoy muy enfadada con él. ¿Te importa si lo hablo contigo?

—Oh, querida, siento oír eso. Pero dispara, preciosa. Desahógate y seguro que te sentirás mejor.

Emma explicó lo que había ocurrido.

—¿Estoy siendo poco razonable? A ver, puedo entender que lo viera como una oportunidad de conseguir algo de dinero extra, y Dios sabe que lo necesitamos con lo que está costando la obra. Pero esa no es la cuestión, ¿verdad? Es mi cuadro y tiene un enorme valor sentimental para mí, debería habérmelo consultado.

—Absolutamente. No te flageles. Sam está equivocado, pero ha dicho que va a enmendarlo, así que al menos tienes que darle una oportunidad. ¿Por qué no intentas olvidarte del tema hasta que vuelva a casa? Así le habrás dado dos días para que haga algo. Creo que es un enfoque bastante razonable.

—Pero ¿y si no hace nada?

Faith negó con la cabeza.

—¿Qué te he dicho de preocuparse por cosas que no han sucedido y que quizá nunca sucedan?

Emma suspiró.

—Tienes razón. Paso a paso. Haré eso. Bueno, gracias por la charla. Me ha ayudado mucho.

—Vete a meditar o lo que sea. Tranquilízate. De todas maneras, tampoco es el fin del mundo. Recuerda que sus acciones han sido fruto del amor.

—Pero ha cruzado una línea al vender algo mío.

—Puede que sí, pero pensaba que habías dicho que ibas a vender los cuadros del trastero. Recuerdo que lo dijiste cuando te estuve ayudando con la mudanza.

Emma frunció el ceño, confusa.

—Es curioso. No recuerdo haber dicho eso.

Faith se rio.

—Pues sí. Está claro que ha sido un malentendido. Deja que lo arregle y seguro que las cosas vuelven a la normalidad.

Emma respiró hondo.

—De acuerdo.

—Bueno, ¿y cómo está el bebé? No queda mucho ya, ¿verdad?

—Tres semanas y cinco días.

—¿Estás bien ahí arriba tú sola? En teoría, podrías ponerte de parto en cualquier momento. Mañana tengo que trabajar, pero puedo pasarme por la tarde si quieres.

Ahora que Faith lo había mencionado, Emma se dio cuenta de que probablemente no era buena idea estar sola en su casa de campo, a tres kilómetros de la ciudad, estando embarazada de nueve meses.

—Tengo el resto de la semana libre. Voy a trabajar en la actualización de mi curso de duelo para mayores, así que puedo hacerlo en cualquier sitio. ¿Quieres compañía?

Emma sonrió. Era increíble cómo Faith siempre sabía lo que necesitaba.

—Eso sería fantástico. Gracias.

—Vale, me tendrás allí mañana por la tarde. Llevaré algo de comer, así no tendrás que molestarte en cocinar.

—Genial, nos vemos mañana.

—Y si me necesitas a cualquier hora, de día o de noche, llámame, ¿de acuerdo?

—Gracias, Faith. Eres un ángel.

Se despidieron y Emma se acomodó en la cama, sintiéndose mucho mejor después de hablar del tema. Toda la ira se había desvanecido. Faith era como una gran caja de resonancia, siempre calmada y comedida, testigo de las dos versiones de la historia. Si Emma había dicho que iba a vender unos cuadros, Sam no sabría que se refería a sus propios cuadros y no a los de Zach.

Fue al piso de abajo, donde Sam estaba viendo una película, y se acurrucó junto a él en el sofá, deseando que se acabara la hostilidad entre ellos. Aun así, no podía quitarse varias preguntas de la cabeza. «*¿La venta del cuadro fue un error sin maldad, como ha sugerido Faith, o había algo más? ¿Y la mujer del teléfono era su clienta,*

como me aseguró Sam?». Había muchas cosas que no sabía, nada tenía sentido al cien por cien y empezaba a preguntarse hasta qué punto conocía a su marido.

CAPÍTULO 14

Tardó mucho en dormirse, ya que sus pensamientos daban vueltas en su cabeza, haciendo demasiado ruido para que pudiera descansar. Al final, sin embargo, se quedó profundamente dormida, y cuando se despertó a la mañana siguiente, Sam ya se había ido. En su mesilla había una taza de infusión de menta tibia, su regalo de despedida.

Su estómago gruñó y bajó las escaleras para preparar algo de comer. Se sentó en la barra de desayuno y se puso a comer un bol de granola, con todo el día por delante. Al menos Faith iba a ir esa noche y estaba deseando que llegara.

Suponía que Faith era una especie de figura materna para ella, ya que era quince años mayor, y sin duda mucho más sabia que Emma, capaz de hacerla entrar en razón cuando se ponía nerviosa por algo. Una influencia encantadora y calmante. Eso era Faith para ella. Una balsa de aceite en aguas turbulentas. La personalidad ideal para su trabajo como asesora de duelo.

También iba a ser su acompañante en el parto, lo cual era un pensamiento bastante reconfortante, ya que Sam era un poco aprensivo. Emma no creía que él fuera capaz de aguantar todo el proceso, pero Faith sería su pilar.

Por primera vez durante su embarazo, se sintió vulnerable estando sola. Estaba todo demasiado tranquilo y su mente estaba atascada en una sucesión de imágenes terribles de incendios, y esposas ocultas, y Sam vendiendo cosas que eran de ella. Su pierna se movía

arriba y abajo mientras comía; la ansiedad la hacía sentirse agitada e insegura.

Eran solo las ocho de la mañana y la idea de estar sola todo el día dando vueltas por la casa, con sus estúpidos pensamientos fantasiosos, no le resultaba nada atractiva. Necesitaba salir y hacer algo. *Pero ¿qué?*

Había dejado la página de la revista en la barra de desayuno y, en cuanto sus ojos se posaron en su cuadro, supo lo que iba a hacer. Iba a ir a hablar con Marcey Dubois, para corroborar la historia de Sam y asegurarse de que se habían tomado medidas para devolverle su cuadro. Si había dicho la verdad sobre eso, entonces ella sabría que decía la verdad sobre todo lo demás.

Con un propósito en mente, comprobó la ubicación de la propiedad, que estaba escondida en la costa de Northumberland. A continuación, organizó su ruta, que parecía sencilla una vez llegara a la A66. Calculó que tardaría dos horas como máximo y podía parar tantas veces como quisiera. No tenía prisa; podía disfrutar del paisaje y parar a tomar algo por el camino. Lo convertiría en una aventura divertida.

Era emocionante salir de casa después de haber estado encerrada allí los dos últimos meses, y ella tenía la sartén por el mango moralmente en esa situación, así que se sentía en perfecto derecho de hacer el viaje. También tenía curiosidad por ver la casa en la vida real, porque sabía que su propia edificación se basaba en algunas de las ideas de ese diseño. En resumen, se trataba de un viaje de investigación que merecía mucho la pena. Además, así podría coger su cuadro y así al menos se resolvería una de sus preocupaciones.

***

Era la primera vez que iba a Northumberland, y se deleitó con la naturaleza salvaje del paisaje de hermosos páramos con maravillosas

vistas de la costa. Se había tomado el viaje con calma, deteniéndose incluso en un pueblecito para estirar las piernas y dar una vuelta. Era casi mediodía cuando su GPS le indicó que se desviara de la carretera principal.

Estaba en lo alto de una colina, admirando la ondulante campiña que tenía delante, con granjas desperdigadas por aquí y por allá. Giró a la izquierda por un camino de un solo carril, que discurría entre dos muros de piedra seca, con campos a ambos lados. Unos cientos de metros más adelante, junto a una mata de arbustos espinosos, el camino se bifurcaba y, a la derecha, vio un gran trozo de arenisca con el nombre de una casa tallado en él: *The Hollows.* Era allí a donde se dirigía, aunque no veía la casa por ninguna parte. El terreno se adentraba en un valle oculto, y supuso que debía estar al fondo.

Siguió conduciendo con precaución por un camino lleno de baches. Serpenteaba a través de una pequeña parcela de bosque achaparrado con árboles doblados contra el viento dominante, formando un túnel oscuro. No era muy acogedor y la superficie del camino estaba destrozada en algunos lugares y sobresalían algunas piedras grandes.

Recorrió con cuidado el camino lleno de baches conduciendo con marchas cortas, preguntándose si, después de todo, había sido una buena idea. Por desgracia, una vez que se había comprometido a ello, no podía dar media vuelta a menos que quisiera dar marcha atrás hasta donde la pista se dividía, y tenía que admitir que sus habilidades de conducción probablemente no estaban a la altura. Decidió que era mejor seguir adelante y esperar que mejorara la cosa, como así fue, una vez que la pendiente se redujo.

Había menos árboles, pero seguían ocultando la casa hasta que dobló la última esquina y pudo ver un tejado. Había una zona de aparcamiento cuadrada y luego el camino bajaba por una pendiente

pronunciada hasta el lateral de la casa. Decidió aparcar y bajar andando, ya que tenía calambres en los pies de tanto conducir.

Soplaba una brisa fresca procedente del mar, que era visible en la «V» que formaban los laterales del valle. Delante de la casa había un amplio césped y jardines de gravilla con arriates, salpicados de zonas para sentarse. Había un pequeño arroyo burbujeando, retorciéndose y serpenteando entre los arriates. «Es un lugar mágico», pensó mientras avanzaba por el camino, emocionada por ver cómo sería la fachada del edificio.

Dobló la esquina y se detuvo un momento para recuperar el aliento. Una punzada en el costado hizo que se estremeciera. La casa no fue una sorpresa, porque la había visto en el artículo de la revista, pero tenía mucho mejor aspecto en las tres dimensiones de la vida real. Era difícil decir qué hacía que el lugar fuera tan atractivo, pero decidió que probablemente tenía algo que ver con las proporciones. La fachada acristalada reflejaba el paisaje circundante, por lo que no destacaba, sino que se integraba. Y la forma en que se acurrucaba contra la ladera, que la protegía de los elementos, aunque no impedía disfrutar de las magníficas vistas, era una genialidad.

Sus ojos recorrieron la fachada de la casa, asimilándolo todo, hasta que vio algo que hizo que le diera un vuelco el corazón. Se acercó, sin poder creer lo que estaba viendo. Junto a la casa había un garaje doble, y aparcado fuera estaba el coche de su marido. Sam no estaba en Dumfries con sus clientes, Molly y Jack. Estaba allí, en Northumberland, con Marcey Dubois. Le había mentido.

CAPÍTULO 15

Emma se dio la vuelta y se apresuró a subir la cuesta hasta su coche, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera alejarse de aquel lugar antes de que la vieran. Le dolía el pecho y se sentía bastante mal por el *shock* de descubrir que su marido le había mentido. Y no le había contado una mentirijilla sin importancia, sino una enorme porque al parecer, vivía una doble vida.

Volvió a sentarse en el asiento del conductor, se las arregló para dar la vuelta y subió por el camino mucho más rápido de lo que había bajado, sin importarle los baches y el ruido intermitente del metal sobre la roca. Oía sus propios jadeos y temía estar al borde de un ataque de pánico. Ya había tenido uno antes, cuando recibió la noticia del accidente de Zach, pero se había dado un susto de muerte y no quería pasar por lo mismo otra vez.

Llegó a la carretera principal y recordó que había pasado por un pueblo un kilómetro y medio antes, donde podría parar a ordenar sus pensamientos. Las náuseas se hicieron más intensas y supo que no eran causadas por el *shock*; era su cuerpo diciéndole que necesitaba comer.

Se llevó la mano a la barriga y el lento estiramiento de un pie diminuto que se arqueaba sobre su vientre le dio la seguridad que necesitaba. El estrés no era bueno para su bebé y, por el bien de su hijo, necesitaba calmarse. Levantó el pie del acelerador y respiró hondo en un esfuerzo por estabilizar su ritmo cardíaco, pero no parecía funcionar.

Le llamó la atención un edificio que apareció a su derecha y se

desvió hacia el aparcamiento de un *pub* rural que tenía una zona de césped a un lado, con hileras de bancos de pícnic junto a un gran invernadero. Un cartel en el que se anunciaban comidas se balanceaba con el viento otoñal que soplaba desde el mar. Con eso bastaría.

El aparcamiento rodeaba el edificio y decidió aparcar al fondo, por si Sam pasaba y veía su coche. Era una posibilidad remota, pero no podía enfrentarse a él, no hasta que hubiera procesado lo que había visto y pensado qué hacer al respecto.

Aparcó delante de un muro bajo que separaba el aparcamiento del patio situado en la parte trasera del *pub*, que tenía más bancos de pícnic. Su matrícula quedaría oculta a la vista, así que se apresuró a entrar.

El *pub* consistía en una serie de mesas con bancos en la parte trasera y mesas más largas cerca de la parte delantera del edificio que podían juntarse para grupos más grandes. La cabeza le latía con fuerza y se decidió por el invernadero, donde ya había una mesa con gente que, por el sonido de sus estridentes carcajadas, parecía que se lo estaban pasando en grande. Eligió una mesa al fondo, donde la iluminación era tenue y los asientos blandos.

El local estaba tranquilo, y no tardó en aparecer un camarero, que le entregó un menú y le dijo las especialidades del día. Eligió lo primero de la lista, ya que no le preocupaba nada lo que fuera a comer, solo importaba que llegara rápido. Luego pidió una bolsa de patatas fritas para mantenerse en pie mientras esperaba a que llegara la comida; de lo contrario, sabía que las náuseas ganarían y acabaría de rodillas en el baño. Las alegrías del embarazo. Pero, a fin de cuentas, ya casi estaba allí, ya estaba casi en la línea de meta. Y, si ese bebé era el único hijo que iba a tener, toda la angustia por saber si estaba haciendo lo correcto tras el accidente de Zach habría merecido la pena.

Engulló sus patatas fritas y bebió un sorbo de *ginger-ale* mientras repasaba en su cabeza todo lo que le había ocurrido. Se dio cuenta de que era posible que Sam hubiera ido a recoger su cuadro. Sabía muy bien que a ella le había molestado que se lo vendiera a una clienta cualquiera solo porque iba a quedar muy bien en su pared. Se lo pensó un momento. ¿De verdad haría él algo así? ¿Sacrificar el fin de semana que debía pasar con sus clientes para asegurar su próximo trabajo? No estaba segura de que lo hiciera.

«Estás siendo muy inocente. Es una estupidez romántica que se te ha metido en la cabeza. Él pediría que le enviaran el cuadro. Eso es lo que haría. No es necesario recogerlo en persona». El parloteo se hizo más fuerte en su mente, estallando en un gruñido furioso. «¡La mujer dijo que era su maldita esposa!». Esa era la clave en la que tenía que centrarse. Debía olvidarse del cuadro. La mujer con acceso al teléfono de Sam había dicho claramente que era su esposa. De eso no tenía la menor duda.

Y eso hizo que se preguntara quién había contestado al teléfono. Según la información de que disponía, podría tratarse de cualquiera de estas tres personas: su primera esposa, que en realidad no estaba muerta; Molly, su supuesta clienta en Dumfries; o la mujer que vivía aquí, Marcey Dubois. Pensó en su investigación y en lo que sabía sobre la mujer del artículo. La habían dejado plantada y luego había encontrado a su alma gemela. «¿Sam es su alma gemela?».

No, era imposible. No podía permitirse creer eso, porque si lo hacía, entonces toda su vida juntos, todo en lo que había volcado su corazón y su alma era una mentira, y Sam estaba trabajando con un objetivo completamente diferente.

Llegó la comida y su atención se centró en engullirla lo más rápido que pudo para intentar aliviar el mareo y seguir su camino cuanto antes. Justo cuando estaba terminando de limpiar los últimos restos

de salsa con las patatas fritas que le quedaban, oyó una voz familiar. Su cerebro se congeló. Su corazón se aceleró. Era Sam.

Con cuidado, dejó los cubiertos en la mesa y respiró hondo para intentar calmarse. Necesitaba oír lo que decía y ver con quién hablaba. ¿Podría echar un vistazo sin que la vieran?

La mesa estaba colocada en ángulo recto con la barra, por lo que confiaba en quedar oculta a la vista. Se arrastró por el banco y se asomó por el borde; vio a Sam en la barra con la mujer rubia del artículo. Marcey. Era despampanante al estilo de Marilyn Monroe y llevaba el pelo teñido, no había duda. Pero parecía pálida y frágil sin el maquillaje que llevaba en las fotos, y sus ojos eran enormes. Iba vestida de manera informal, con vaqueros y un jersey mostaza de gran tamaño, que se le había resbalado de un hombro y dejaba ver un chaleco blanco debajo. Estaba claro que era una de esas personas a las que les quedaba bien cualquier cosa que se pusieran. Notó que la mano de Sam se apoyaba en la parte baja de su espalda. De forma protectora. Posesiva.

—¿Qué quieres beber, cariño? —preguntó.

«¿Cariño?». Se le cortó la respiración y echó la cabeza hacia atrás, con el corazón a mil por hora. Unos instantes después, se arriesgó a echar otro vistazo y vio que se alejaban de la barra y se dirigían a una mesa del invernadero. Desde donde estaba sentada, aún podía verlos, pero no creía que ellos pudieran verla a ella en la penumbra de su rincón. Se sentaron uno junto al otro en un banco junto a la ventana. La mano de Marcey se apoyó en el muslo de Sam. El calor de la ira recorrió el cuerpo de Emma. No se trataba de una relación profesional, sino de algo mucho más íntimo.

No quería ver más. Horrorizada, cogió su bolso, se arrastró hasta el final del banco y corrió hacia la salida del fondo de la sala para volver a su coche a toda prisa. Se hizo dueña de su pánico, lo detuvo y se obligó a usar el cerebro. ¿Podría haber otra explicación?

¿Se estaba tomando la mujer demasiadas confianzas con él? En los artículos se hablaba de problemas de salud mental, así que quizá no era buena con los límites, se pasaba de la raya y…

«Te estás agarrando a un clavo ardiendo —le dijo la voz de su cabeza—. Piensa en lo que has visto. Piensa en las pruebas».

Se cubrió la cara con las manos, no quería admitir la verdad. Sam se había mostrado posesivo con ella. La había llamado «cariño». No había excusa posible ni otra conclusión que sacar. El matrimonio de Emma no era la unión perfecta que pensaba. Sam le había regalado el cuadro a esa otra mujer, su lenguaje corporal decía que se preocupaba por ella y había una intimidad entre ellos que no se podía negar. Y también había una última prueba irrefutable, la llamada telefónica.

No había otra explicación, su marido ya estaba casado con otra.

CAPÍTULO 16

Emma cerró los ojos mientras estaba sentada en el coche, buscando pistas que deberían haberle dicho que las cosas no eran como deberían ser. La bigamia ocurría, lo sabía muy bien; en Google había visto que la policía investigaba unos noventa casos al año. También sabía que el ochenta y dos por ciento de los casos contra bígamos quedaban impunes. La pena máxima era de siete años de prisión, pero se procesaba a muy pocas personas y muchos casos pasaban desapercibidos. Un delito de bajo riesgo si no había otra alternativa para conseguir lo que querías. Pero ¿qué quería Sam?

Por alguna razón, nunca había imaginado que le sucedería a ella, pero ahora que lo pensaba, la forma en que Sam dividía su semana en dos partes perfectamente ordenadas debería haber sido una pista. El hecho de que se negara a alejarse de su patrón de trabajo, incluso ahora que estaba a punto de dar a luz, debería haber sido otra luz roja. Una ardiente decepción se instaló en su pecho, un abatimiento que le pesaba hasta el punto de que sentía sus miembros plomizos e inútiles. Podía oír el rechinar de sus propios dientes. Se había alejado de todo lo que conocía para estar con Sam, se había arriesgado y se había comprometido con él al cien por cien. Su vida no debía ser así.

Sonó un «ping» en su teléfono. Acababa de llegar un mensaje. Se tensó y miró la pantalla. No era Sam. Pero era algo a lo que tendría que responder en algún momento. Quería ignorar esa parte de su vida durante un tiempo más, fingir que no existía mientras tenía a su

bebé y se recuperaba. Entonces podría pensar en cómo iba a enfrentarse a ello.

Solo se puede ignorar a las personas durante un tiempo antes de que empiecen a armar jaleo, a preguntarse a dónde has ido, a llamar a los amigos para preguntarles si te han visto. Sobre todo, si les debes dinero.

Había contestado a mensajes anteriores para quitárselo de encima, y de momento había funcionado, pero había sido tonta y había dado un plazo, y si las cosas iban a funcionar como ella quería, tenía que cumplirlo.

Pero su respuesta tendría que esperar. Tenía que hacer frente a una emergencia imprevista. Una que requería toda su atención. Solo podía pensar en el hecho de que todo apuntaba a que su marido tenía otra esposa. Una que ya estaba allí cuando ella y Sam se habían casado.

Su maravillosa realidad se había roto en pedacitos y no sabía cómo volver a recomponerla. Su mano acarició su barriga y su hijo respondió con un movimiento. Sin embargo, mientras el bebé estuviera sano, todo iría bien. ¿No era eso lo más importante? Por eso se había casado con Sam, por su sueño de formar una familia perfecta.

Emitió un aullido estrangulado y apoyó la cabeza en el volante, con un sollozo atascado en la garganta. Por el amor de Dios, ¿por qué Sam necesitaba dos esposas? Su bebé se retorció, lo que dio pie a una nueva teoría. Quizá se había casado con ella porque quería ser padre. Tal vez Marcey no podía tener hijos.

Su mente se agitó, buscando explicaciones, intentando encontrar otra interpretación que se le hubiera pasado por alto. «¿A quién pretendes engañar?», se burló, incorporándose, y arrastró el cinturón de seguridad sobre el vientre, tratando de engancharlo en su soporte. Era evidente lo que estaba pasando y tenía que

enfrentarse a ello, no buscar excusas. Eso no la iba a llevar a ninguna parte. Cogió un clínex, se limpió la nariz y se secó los ojos. Se sonó por última vez y sacudió la cabeza como si tratara de poner en orden sus pensamientos. Llorar no iba a ayudarla.

La desolación se transformó en una furia que la envolvió. Apretando los dientes, metió la marcha atrás. Los neumáticos giraron mientras salía del aparcamiento y cogía la carretera que la llevaría de vuelta a Appleby.

Con la mente atrapada en sus furiosos pensamientos, pisó con más fuerza el acelerador; los campos pasaban a toda velocidad, cada vez más rápido, mientras sus pensamientos se centraban solo en Sam y Marcey.

Volvería a casa y registraría la habitación de invitados, que Sam había habilitado como despacho, a ver si encontraba algo que confirmara sus temores de que era un bígamo. Entonces tendría una conversación muy difícil con él y lo echaría a patadas. Sí, eso era exactamente lo que iba a hacer.

Se había dejado llevar por sueños románticos de futuro y su corazón se había impuesto a su cerebro. Pues, a partir de ese momento, su cerebro iba a estar al mando. Analizaría todo lo que dijera Sam, no iba a dar nada por supuesto. El corazón le latía con fuerza, las palmas de las manos resbalaban sobre el volante y el pie pisaba aún más fuerte el acelerador. Cuanto antes llegara a casa, mejor.

Su mente viajó a través de su relación, recopilando pruebas que demostraran que Sam no tenía buenas intenciones, que la estaba utilizando de alguna manera. Porque esa era la única razón por la que se había molestado en casarse con ella cuando ya tenía esposa. Una esposa que vivía en la mejor de sus creaciones arquitectónicas, la que había ganado un premio. Una mujer guapísima, con talento y

a la que no le faltaba dinero. Golpeó el volante con el puño y sintió un extraño zumbido en los oídos.

¿Cómo se había atrevido a hacerle eso? «¿Cómo se ha atrevido?». Cuando le había dado todo su amor, había confiado plenamente en él para que la cuidara.

Golpeó el volante una y otra vez, hasta que estuvo más concentrada en golpear el volante que en dirigir el coche. El sonido de un claxon hizo que volviera a prestar atención a la carretera y al enorme camión articulado que se dirigía hacia ella.

No se había dado cuenta de que se había desviado hacia el lado equivocado, no había estado nada pendiente en los últimos kilómetros. Gritó y giró el volante hacia la izquierda, atravesando la carretera con los ojos desorbitados al darse cuenta de que no podría recuperar el control.

La dirección parecía tener mente propia, su velocidad era demasiado rápida para corregir su posición y el muro de piedra que bordeaba la carretera estaba justo delante de ella.

El parabrisas se hizo añicos, el airbag se infló y la golpeó en la cara.

Entonces todo se inclinó y su cabeza se golpeó contra la puerta.

La negrura.

CAPÍTULO 17

Emma volvió en sí al oír gritos, el estruendo de unos motores y un chillido agudo que pareció atravesarle el cerebro. No podía mover la cabeza ni el cuerpo, ya que estaba atascada de lado. La cara de un bombero apareció delante de ella, visible a través del espacio donde antes estaba el parabrisas.

—Hola, cielo. Saldrás enseguida, quédate quieta. Va a haber un poco de ruido durante unos minutos mientras te sacamos de ahí, ¿vale?

El hombre se levantó y gritó:

—Ha vuelto en sí. —Después, empezó el bullicio; varios bomberos con unas tenazas enormes se pusieron a abrir el coche como si fuera una lata de sardinas.

Se quedó quieta, como le habían dicho, mientras sus manos palpaban frenéticamente su barriga en busca de movimiento. Pero no sentía nada.

—Por favor, que estés bien —susurró—. Por favor, por favor, no me dejes. —Cerró los ojos, repitiendo su oración una y otra vez. Qué estúpida había sido. Qué imprudente.

Pero era culpa de Sam. Él había sido el causante. Si no hubiera estado tan nerviosa por haberlo encontrado con aquella mujer, habría tenido más cuidado, no se habría distraído y habría visto aquel camión que se acercaba a ella. Tenía muchos dolores. Le dolía cada pedacito de su cuerpo, y mover el cuello le producía una punzada de dolor en la columna vertebral. Pero no podía pensar en

el daño que se había hecho a sí misma. Solo podía pensar en el daño que podría haber hecho a su bebé.

«¿Se ha movido?». Puso las manos en la barriga, pero seguía sin sentir nada. Las lágrimas le corrían por las mejillas hasta llegarle a la boca. Se había mordido el labio en el impacto, notaba el sabor de la sangre.

El ruido de las tenazas cortando el techo del coche era tan fuerte que apenas podía soportarlo; una cuadrilla de bomberos tiró de él para soltarlo y Emma sintió el viento frío en su pelo. Un par de hombres se acercaron y se agazaparon junto a la ventana, evaluando la situación sin decir ni una palabra, calculando qué más tenían que hacer para sacarla.

—¿Estás embarazada, cielo? —le preguntó uno de ellos.

Ella intentó hablar, pero se dio cuenta de que no podía y tuvo que asentir en su lugar, gimiendo mientras el dolor la punzaba. Empezó a marearse, todo daba vueltas y había puntos negros llenando poco a poco su visión hasta que no hubo nada más que negrura de nuevo.

Cuando volvió en sí, a su alrededor había luces brillantes y máquinas que pitaban, una bolsa de suero salino que se balanceaba de un lado a otro en un soporte y la cabeza sujeta para que no se le moviera. Un sanitario le sonrió.

—Vaya, has vuelto con nosotros —dijo con un acento cantarín. Era oriundo de Geordie—. Has sufrido un pequeño accidente de coche. Vamos de camino al hospital, cielo. —Ajustó la bolsa de suero, comprobando que fluía bien—. ¿Puedes decirme tu nombre?

Intentó hablar, pero una vez más se dio cuenta de que no podía, tenía la lengua hinchada y dolorida y la boca demasiado seca. Él le acercó un vaso de agua.

—¿Puedes beber un sorbo?

Él inclinó lentamente el vaso y ella dejó que el líquido le goteara en la boca, sintiendo que se le aflojaba la lengua.

—Emma Barclay —graznó—. Mi bebé… —Un sollozo le impidió hablar mientras temía lo peor—. Mi bebé.

Él le dio una palmadita en el hombro.

—Tu bebé está bien, cariño, no te preocupes. Te haremos un chequeo completo cuando lleguemos al hospital.

—¿A dónde me lleváis? —No tenía ni idea de la geografía local, solo había buscado la ruta hacia la casa de Marcey.

—Vamos al Hospital Especializado en Urgencias de Cramlington. —Consultó su reloj—. No está muy lejos. Creo que llegaremos en diez minutos. Intenta relajarte lo máximo posible.

«¿Cramlington?». Nunca había oído hablar de ese lugar, no tenía ni idea de dónde estaba. Todo estaba fuera de su control, y eso le produjo un pico de ansiedad. Necesitaba volver a casa. Necesitaba averiguar lo que Sam le había estado ocultando.

El corazón le latía con fuerza en el pecho, y cada movimiento de la ambulancia le producía un malestar nuevo. La llevaba de vuelta a Zach y su horrible accidente y a cómo había acabado todo. ¿Ese iba a ser también su destino? Tragó saliva, intentó mover los dedos de manos y pies y se alegró al comprobar que podía sentirlos todos. Le resultaba incómodo estar atada a una tabla para la espalda, pero sabía que era por precaución. No significaba que se hubiera dañado la columna vertebral.

—¿Voy…, voy a estar bien? —Su voz sonaba ronca y entrecortada, las vibraciones de sus cuerdas vocales le producían punzadas de dolor en el cuello—. ¿Está rota?

El sanitario le dio un suave apretón en el hombro.

—Creo que estarás bien. Pero necesitas que el médico te examine a conciencia.

Emma tragó saliva y se concentró en permanecer quieta, preocupada por la posibilidad de que el movimiento agravara las heridas que pudiera haber sufrido. Se maldijo por no haber prestado

más atención, por estar consumida por la rabia ante la infidelidad de su marido.

Pensar en él le subía la tensión y el calor le recorría el cuerpo. «No es bueno para el bebé, cálmate». No había nada que hacer, salvo esperar, intentar relajarse, averiguar qué daño se había hecho a sí misma y, después, seguir adelante.

Cuatro horas más tarde, la habían examinado, le habían hecho radiografías y le habían dicho que todo estaba más o menos bien. Solo tenía un latigazo cervical y algunos hematomas faciales. También se había magullado el hombro al volcar el coche y salir despedida contra la puerta, pero no era nada grave y no tardaría en curarse.

Podría haber sido mucho peor, y la mejor noticia era que su bebé no había sufrido ningún daño, ya que la ecografía mostraba un latido sano. Además, se había enterado de que esperaba un niño. La sorpresa se había arruinado, pero había sido un pequeño precio a pagar por tener la certeza de que estaba sano.

El problema llegó cuando le dijeron que podía irse a casa. Porque, aunque hubiera estado en condiciones de conducir, no tenía coche. Se le encogió el corazón. «¿Cómo iba a volver a Appleby?». Podía coger un tren, pero tardaría tres horas y un tenía que hacer un transbordo en Carlisle, y no estaba dispuesta a soportar ese calvario. Se imaginó traqueteando en los duros asientos, teniendo que encajar su barriga detrás de una mesa. Sabía que no podía someterse a ese infierno a menos que fuera realmente necesario.

No quería llamar a Sam, porque le preguntaría qué estaba haciendo en Northumberland, y aún no estaba preparada para enfrentarse a él. Él no volvería a casa hasta dentro de un par de días, y ella estaba dispuesta a seguir fingiendo hasta entonces, confiando en que cuando él llegara se sentiría un poco más preparada para la lucha. Iba a ser una pelea épica.

Al final, la única persona a la que podía llamar era Faith. Lo cual suponía una preocupación nueva. «¿Puedo confiar en ella?». Lo más probable era que Faith supiera que Sam ya estaba casado. Estaban muy unidos y a Emma no le cabía en la cabeza que *no lo supiera.* Aun así, parecía su única opción para volver a casa, y podía maquillar un poco la verdad.

Faith contestó al segundo tono.

—¡Emma! ¿Cómo te encuentras? Estaba pensando en ti. ¿A qué hora quieres que me pase?

Emma fue al grano porque el persistente dolor en el cuello le hizo perder la paciencia.

—Faith, he tenido un accidente y me preguntaba si podrías venir a buscarme.

—¡Oh, no! ¿Dónde estás? —Había una nota de pánico en la voz de Faith, algo que Emma nunca le había oído antes—. ¿Estás bien? ¿Está bien el bebé? Dios mío, ¿qué ha pasado?

Emma suspiró y se frotó la frente, no tenía fuerzas para responder a un aluvión de preguntas.

—Te lo contaré todo cuando llegues. Siento mucho tener que pedirte que hagas esto, pero Sam está trabajando en… Dumfries. —Esa era su versión oficial, por lo que Emma se ceñiría a ella de momento hasta que tuviera la oportunidad de contar toda la historia —. Estoy en Northumberland; he venido a pasar el día y he tenido un accidente. El coche está destrozado.

—¡Maldita sea! ¿Qué…? —Faith se calló. Emma la oyó respirar hondo y su voz sonó más calmada cuando volvió a hablar—. De acuerdo. Dime dónde estás. Voy ahora mismo.

Emma respiró aliviada, le dio la información del hospital y se lo agradeció profusamente antes de colgar. Al menos podría volver a casa, y aunque no confiaba del todo en Faith, era su única opción. «No tengo por qué decirle toda la verdad».

Faith tardaría unas horas en llegar al hospital y, mientras tanto, tenía que hacer todo lo posible por descansar y decidir cuál iba a ser su siguiente paso. Se apoyó en la almohada; llevaba un collarín en el cuello. Estaba claro que no iba a tener mucha movilidad durante un tiempo, pero eso no impidió que su cerebro siguiera trabajando.

Su teléfono emitió un pitido. Otro mensaje. Lo abrió.

> ¿Dónde estás? ¿Va todo bien? He pensado que ya estarías de vuelta en el Reino Unido.

Se quedó pensativa durante unos minutos, y en su cerebro se dispararon toda una serie de posibilidades nuevas. Quizá acababa de abrirse otra puerta.

CAPÍTULO 18

Faith tardó más de tres horas en llegar. Como Emma llevaba un montón de tiempo sentada sola en una incómoda silla en una pequeña sala de reuniones, durante la última hora, su mente le había estado dando vueltas al mismo viejo círculo, volviendo a la conclusión inevitable: dinero. Por eso Sam se había casado con ella. Al recordar el tiempo que habían pasado juntos y los momentos en los que habían tomado decisiones críticas, se dio cuenta de que el dinero era la fuerza motriz.

No debería haberle dicho que tenía fondos suficientes para financiar una construcción nueva. Había sido una fanfarronada estúpida e innecesaria. Y, aunque le daba vergüenza reconocerlo, se lo había dicho para impresionarlo. Y, además, le había dado todo lo que necesitaba para arrastrarla a esa fantasía narrativa, a esa visión romántica que solo él podía ayudarla a hacer realidad. Él había comprendido lo que ella anhelaba y le había prometido todo eso y más.

Era un estafador de libro. Y ella había sido tan estúpida como para enamorarse de él y de sus mentiras. Una vez en casa, sabía exactamente lo que debía buscar. El extracto bancario de la cuenta de la casa nueva. Llevaba un par de meses sin mirarlo, ya que había permitido que Sam se ocupara de todas las finanzas, y él siempre se había mostrado dispuesto a asumir esa responsabilidad. Maldijo su estupidez. Maldijo la confianza que había depositado en él.

—Ahí estás —dijo Faith, mientras corría hacia ella con un aspecto inusualmente nervioso, la cara sonrosada y mechones de pelo

escapando de la trenza que le bajaba por la espalda—. Me han mandado de un lado a otro. Nadie sabía dónde te encontrabas. Sabían que estabas en el hospital, pero no estaban seguros de dónde. Por suerte, al final alguien me dijo que te habrían metido en una sala de reuniones. Sinceramente, ¿qué le está pasando a la sanidad pública? Deberías estar en la cama —refunfuñó—. Mira tu pobre cara. Y tu cuello. —Su expresión era compasiva—. Debe dolerte mucho.

Emma le dedicó un amago de sonrisa de bienvenida, nunca se había sentido tan aliviada de ver a alguien en su vida.

—Hubo una emergencia y necesitaban mi cama. Me han pedido mil disculpas.

—Es espantoso. —El rostro normalmente sereno de Faith mostraba su ceño fruncido—. Me dan ganas de presentar una reclamación.

Emma agitó una mano y se puso de pie.

—No, no, por favor… No lo hagas. —Hizo una mueca de dolor, el collarín le sujetaba el cuello tan recto y erguido que parecía que su cabeza no seguía pegada a su cuerpo—. Vámonos. No soporto estar aquí ni un minuto más. —Ya llevaba media vida en ese hospital. Se dirigió hacia la salida, y Faith se apresuró a seguirla, ofreciéndole su brazo para que se apoyara.

El aparcamiento estaba bastante lejos y Emma deseó haber pedido una silla de ruedas, ya que cada paso le sacudía el cuello y le producía punzadas de dolor por todo el cuerpo.

—Estás muy callada —dijo Faith, mientras la acomodaba en el asiento delantero de su enorme todoterreno, recién estrenado, que aún olía a nuevo. Jugueteó con las palancas para ajustar la altura y el espacio para las piernas, e inclinó un poco el asiento hacia atrás para que estuviera en el ángulo correcto. Por fin, se dio por satisfecha, y Emma intentó relajarse, pero el dolor en el cuello era bastante intenso.

—Supongo que no tendrás un paracetamol, ¿verdad? —preguntó, esperanzada. Gran parte de su cuerpo palpitaba al compás de los latidos de su corazón y no estaba segura de qué parte le dolía más —. Me ofrecieron analgésicos y dije que no por el bebé, pero la verdad es que no creo que sea capaz de soportar el dolor.

—Oh, cielo, por supuesto que tengo un paracetamol. Pobrecita. Un par te harán más bien que mal. —Faith abrió la guantera y sacó una bolsa con autocierre—. Suministros de emergencia —dijo, mientras la abría y cogía una caja. Sacó dos pastillas del blíster y se las dio a Emma—. Aquí tienes agua. —Desenroscó la tapa y le pasó la botella —. He cogido provisiones para el viaje. Por alguna razón, viajar me da mucha sed. —Miró cómo Emma se metía las pastillas en la boca y se las tragaba con unos sorbos de agua—. Pero ¿te han dicho que estás bien? ¿Y… el bebé?

—Un latigazo y contusiones. Nada demasiado grave. Y el bebé está bien.

—Pero el latigazo cervical puede causar problemas permanentes si no tienes cuidado. Tendrás que ir a ver a tu médico de cabecera para que te remita a un fisioterapeuta.

Sus palabras resonaron en la cabeza de Emma, que cerró los ojos, agradecida por estar en una posición en la que no sentía tanto dolor. Oyó cómo se cerraba la puerta del copiloto, y luego Faith se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor. Se fueron de camino a casa. Aunque el tiempo que iba a seguir llamando hogar a esa casa de campo era otra cuestión. Pero ¿a dónde iba a ir a esas alturas del embarazo? Estaba en contacto con las matronas locales y no le apetecía empezar de cero en un sitio nuevo.

Además de todo eso, le gustaba Appleby como lugar para vivir. La cuestión, entonces, era qué debía hacer con Sam. ¿Cómo podía compartir una casa con él cuando tenía otra mujer, cuando la había traicionado de una forma tan profunda? Sintió que los ojos se le

humedecían de nuevo y volvió la cabeza hacia la puerta, no quería que Faith la viera llorar. «Él no sabe que lo sabes», se recordó a sí misma, y esa era su mayor baza en ese momento. *Ella* era la que podía elegir; *ella* tenía el control de la situación.

La voz de Faith irrumpió en sus pensamientos.

—¿Vas a decirme por qué has venido tan lejos? —Sonaba un poco enfadada, había cierta severidad en sus palabras—. Con un embarazo tan avanzado, no deberías hacer cosas así. Irte sin decirle a nadie dónde estás es una temeridad. Y permanecer varias horas sola en el coche. ¿Y si te hubieras puesto parto y hubieras necesitado ayuda? A ver, de camino aquí casi no tenía cobertura —rezongó—. Lo siento, no quiero echarte la bronca, pero me preocupo por ti y tienes que pensar en tu bebé.

Emma se mordió el labio, recordándose a sí misma que Faith no podía considerarse digna de confianza. No quería que Sam se enterara de que ella sabía lo que había estado tramando hasta que hubiera tenido la oportunidad de investigar su situación financiera y supiera a qué atenerse. «El conocimiento es poder».

—Quería ver la casa por la que le dieron un premio, porque ha utilizado ese diseño como base para la nuestra.

—Ay, Emma. —Faith emitió un resoplido de frustración—. Yo podría haberte enseñado un clip en YouTube que grabaron para los premios. No hacía falta que vinieras hasta aquí.

—Sí, bueno, al final no la vi, así que ha sido una completa pérdida de tiempo. Y mira lo que me he hecho a mí misma. Y a mi coche. Siento mucho haber tenido que arrastrarte hasta aquí. Es verdad que ha sido una estupidez, pero me da claustrofobia quedarme todo el día en casa. Necesitaba algo en lo que concentrarme.

—Ha sido una auténtica imprudencia. Podrías haber resultado gravemente herida. O algo peor.

—Lo sé. Lo sé. Sam va a ponerse furioso. Siempre dice que

conduzco demasiado rápido.

Faith extendió una mano y le acarició la rodilla.

—No te preocupes. Yo estaré contigo. Me aseguraré de que sepa que es culpa suya que hayas ido a Northumberland. Porque esa es la verdad. Si él no hubiera vuelto al trabajo, tú no estarías aquí.

Emma esbozó una débil sonrisa, tranquila de que Faith hubiera aceptado su versión de los hechos, esperando que Sam también lo hiciera.

Cuando llegaron a la casa, eran casi las once de la noche. Los músculos de Emma se habían agarrotado y apenas podía andar. Faith la guio escaleras arriba y le preparó un baño caliente, en el que espolvoreó unos cristales aromáticos que le había llevado de regalo. Era tan atenta que a veces se comportaba con ella como una madre sobreprotectora. «Pero todos necesitamos madres, aunque no sean las nuestras», pensó Emma mientras se sumergía en el agua humeante con aroma a lavanda.

Su mente flotó, sus músculos se relajaron y se dejó adormecer, contenta de poder quitarse el collarín mientras estaba en el agua. Le habían dicho que lo llevara siempre durante los dos días siguientes, que se lo pusiera en cuanto se levantara; después, podría usarlo cuando sintiera el cuello cansado y dolorido. Y tenía que ir a ver a su médico de cabecera para que la derivara a un fisioterapeuta que la ayudara con los ejercicios de rehabilitación. Cuando llegara el bebé, debería estar como mínimo en vías de recuperación, pero le habían advertido de que ese tipo de lesión podía tardar meses en curarse, dependiendo de los daños que hubiera en los ligamentos y en los músculos. Otra complicación con la que tenía que lidiar.

Cuando el agua empezó a enfriarse, salió de la bañera. Ya le costaba bastante estando en plena forma, pero con el hombro rígido y dolorido en el lugar en el que se había golpeado contra la puerta del coche, todo el proceso resultó un poco más difícil. Cuando se

secó y se puso el pijama, estaba agotada. Menos mal que Faith estaba allí para ayudar.

Salió del cuarto de baño y se asomó al piso de abajo para decir que se iba a la cama. No hubo respuesta. Entonces recordó que Faith le había dicho que tenía que volver a casa para coger algunas cosas, ya que se iba a quedar a pasar la noche. Iba a dormir en el sofá-cama del salón. Parecía que Emma estaría sola en casa durante un rato.

Su cerebro se puso en marcha. No era momento de irse a la cama cuando tenía la oportunidad de registrar el despacho de Sam sin tener que dar explicaciones. No podía desperdiciar la ocasión. Cruzó el rellano arrastrando los pies hasta el dormitorio de invitados, una habitación en la que rara vez entraba porque era el lugar de trabajo de Sam y a él no le gustaba que lo molestaran cuando estaba ocupado.

El escritorio, grande y ordenado, estaba pegado a la pared del fondo y tenía vistas al bosque que rodeaba la casa. Había una impresora en una esquina, un iMac en la otra, y había dejado espacio en medio para desplegar los dibujos. Sam también tenía un gran tablero de dibujo a la izquierda, donde esbozaba las ideas iniciales antes de recurrir a la tecnología para darles vida y hacer todas las mediciones y cualquier otra cosa que hiciera un arquitecto. A la derecha había un archivador de cuatro cajones, con una bandeja encima. La cuna plegable yacía desarmada en el suelo, junto con una caja que contenía una cajonera sin montar, esperando a que Sam las ensamblara. Las bolsas con la ropa de bebé que había comprado se apiñaban en un rincón, fuera de lugar en una habitación que seguía siendo un despacho. ¿Parecería alguna vez una habitación de bebé?

Se sentó delante del ordenador, lo encendió y tecleó la contraseña. Parpadeó. No funcionó. Pensó que se había equivocado al teclear y

la volvió a poner, pero siguió sin haber suerte. Lanzó un gruñido frustrado y golpeó el escritorio con el puño. La había cambiado. ¿Eso no sugería que estaba pasando algo sospechoso?

Después de casarse, habían abierto una cuenta conjunta para la obra, y lo primero que se le había ocurrido había sido comprobar cuánto dinero había allí. Pero se dio cuenta de que eso no iba a ser posible porque todo estaba *online*. La última vez que había mirado, se había conectado él y se lo había enseñado, pero se tiró de los pelos al darse cuenta de que no tenía ni idea de cuál era el número de cuenta ni ninguno de los datos de acceso.

Enfadada consigo misma por haber sido tan descuidada con una suma tan grande de dinero, empezó a sacar los cajones del escritorio, buscando cualquier cosa que pudiera decirle lo que estaba pasando. No tardó en darse cuenta de que no había nada de interés.

Agradeció haber resistido la insistencia de Sam para que transfiriera todo el importe de la obra desde el principio, decidiendo en su lugar pasar pequeñas cantidades a medida que las iba necesitando. De momento, había metido cuarenta y cinco mil, que era mucho dinero.

Dirigió su atención al archivador y sacudió los cajones cuando se negaron a abrirse. Estaban cerrados. Y eso le hizo preguntarse por qué necesitaría cerrarlos si solo vivían ellos dos en la casa. ¿No confiaba en ella? ¿O estaba ocultando algo? Se corrigió a sí misma: «¿O está ocultando algo *más*?». Ya había ocultado a una esposa, por el amor de Dios.

Se le revolvió el estómago. En realidad, en ese momento todo le daba mala espina y era incapaz de confiar en nada de lo que él le había dicho. Así de corrosiva podía ser una sola mentira. Ya tenía pruebas de que le había mentido. También sabía que él había cogido cosas que eran suyas y las había utilizado como si fueran de él, e incluso las había vendido. ¿Qué más había estado haciendo? Volvió a

sacudir los cajones del archivador, frustrada por no poder mirar dentro.

Sus ojos se posaron en la bandeja; tiró de ella hacia sí, la llevo al escritorio y la revisó a conciencia. Encima había correspondencia sobre el proyecto de Dumfries, así que no había mentido sobre eso. Al menos, existía. Había varios bocetos y planos fotocopiados, con anotaciones en los lugares en los que iba a hacer modificaciones.

Debajo había una carta relativa al permiso de obras de su propia obra. Lo hojeó y estaba a punto de pasar la página para ver el documento que había debajo cuando algo se le grabó en la cabeza y volvió a leerlo. Y una vez más. Para comprobar la fecha. La carta se había enviado hacía tres semanas. El permiso de obras para su proyecto había sido denegado. Después de una apelación.

No podían presentar otra solicitud debido a las objeciones de la Agencia de Medio Ambiente. El estudio sobre murciélagos había identificado varias especies diferentes que vivían en las ruinas de la casa y en los alrededores. También había un tejo milenario, que al parecer databa de hacía al menos quinientos años, sobre el que pesaba una orden de protección, y en la obra estaba contemplado talarlo. Era el fin, el proyecto estaba condenado, terminaría en el cubo de la basura. Hasta Emma sabía que no había nada que hacer con el tema de los murciélagos. Eran una especie protegida.

Su ira estalló en un grito estrangulado. ¿Por qué no se lo había dicho Sam? Debían haber rechazado la solicitud varios meses antes, ya que había tenido que preparar un recurso y presentarlo. Después habrían pasado varias semanas hasta recibir la resolución, y ella había estado todo ese tiempo en la inopia. Apretó los dientes y siguió mirando el resto de la pila.

Al fondo del montón, encontró un fajo de facturas grapadas, con una hoja de Excel impresa al dorso. Las hojeó y se dio cuenta de que eran facturas por trabajos realizados en la obra. La que estaba

en la parte superior correspondía a la empresa de demolición, por los trabajos de demolición y retirada de escombros de la casa. Volvió a consultar la carta del funcionario de urbanismo. No se podían realizar obras de demolición. Pero, por lo que ponía en la factura, la casa ya no estaba, la habían derribado una semana antes de que enviaran la carta. Sam debía haberse arriesgado, convencido de que ganaría la apelación.

Su corazón se aceleró al preguntarse cuál sería la multa por demoler una casa que no debías. Fuera lo que fuera a lo que Sam estaba jugando, parecía que había mucho en riesgo, empezando por la posibilidad de multas bastante elevadas. ¿Podría Sam acabar en la cárcel? Recordaba vagamente una conversación sobre cimientos y, mientras se devanaba los sesos en busca de claridad, oía su voz en sus recuerdos, animándola a mantenerse alejada de la parcela hasta que hubieran levantado la estructura:

—Para algunas personas, el proceso de una construcción nueva es muy estresante. Al principio todo está hecho un desastre y es difícil imaginarse el resultado final. No quiero desanimarte. Pero sé que, cuando las paredes estén levantadas y el tejado puesto, y hayamos despejado bien el terreno, te va a encantar. Con tus dotes artísticas, harás un trabajo fantástico con el diseño interior, infundiéndole vida a nuestro hogar. —Le sonrió y le plantó un suave beso en los labios —. No te imaginas el legado que estamos creando para nuestros hijos. Una casa construida para ellos por sus padres. Se van a sentir muy queridos.

Le levantó los pies del reposapiés, los puso en su regazo y empezó a masajearlos suavemente. Ella había cerrado los ojos, disfrutando de la sensación de su tacto, mientras pensaba en que le encantaba la idea de crear un legado para sus hijos.

—Entonces, supongo que no hace falta que vaya a la parcela de momento, ¿no?

—No hace ninguna falta. Tu prioridad es mantenerte bien, tranquila y sana para que nuestro bebé crezca como es debido. Tendrás que confiar en mí.

Ella suspiró.

—Pero se está demorando mucho. Si te soy sincera, pensé que a estas alturas ya habría algo construido.

Sus manos se deslizaban sobre su piel, aliviando suavemente los dolores y molestias.

—Te sorprenderá lo rápido que va a avanzar todo una vez que nos pongamos en marcha. Como te he dicho, deja que me ocupe yo de todo y tú prepárate para llevarte una grata sorpresa cuando nazca el bebé y puedas ir a echar un vistazo.

Le levantó los pies y se los volvió a colocar en el reposapiés.

—De acuerdo, *milady*. Duerme un poco mientras voy a preparar algo de comer.

Abrió los ojos, medio dormida ya, y le dedicó una sonrisa antes de cerrar los párpados. Iba a hacer lo que le había dicho, dejar que él se encargara de la parte arquitectónica mientras ella se concentraba en el bebé. Una perfecta asignación de funciones.

Había confiado plenamente en él. «¡Qué tonta!».

Su boca se torció al recordar su satisfacción, el amor que había sentido; ahora toda esa ilusión estaba hecha añicos. Hojeó los papeles. Facturas de obras. Entregas de hormigón. Cemento. Una factura de una empresa de tejados por unas cerchas. Placas de pizarra. Aislamiento. Y muchas más. Pero había algo en esas facturas que le molestaba. Todas estaban impresas en papel A4. Todas eran del mismo tamaño. Y todas tenían el mismo tipo de letra. Eso era muy raro. Cuando a ella le llegaban las facturas de los materiales artísticos, parecía que cada empresa usaba un sistema diferente. Nada tenía el mismo tamaño, la misma calidad de papel ni el mismo tamaño de impresión.

Se le cortó la respiración al darse cuenta de lo que estaba mirando. «¿Son facturas falsas?».

La pregunta le vino a la cabeza de la nada, pero debía tenerla en cuenta. Gracias al gran número de capítulos que había visto de *Grand Designs*, incluso ella sabía que aún no estaban listos ni para la mitad de esos materiales, que si ya estaban en la parcela significaría que la obra estaba en marcha. «A lo mejor, ni siquiera han demolido la casa…».

Miró la hoja de Excel, que sugería que se habían pagado facturas por un total de doscientas setenta y tres mil libras. Tragó saliva, sabiendo que no podía ser cierto, porque solo había ingresado cuarenta y cinco mil en la cuenta. Sam debía haber preparado la hoja con antelación, para cuando tuviera que pedirle que transfiriera más fondos. Le parecía muchísimo dinero en esa fase de la construcción, sobre todo porque sabía que los accesorios y las instalaciones solían ser los elementos más caros. Y después habría que pagar a todos los proveedores. Si se atenía a esas facturas, significaba que Sam iba a gastarse mucho más dinero del que figuraba en el presupuesto que habían acordado.

Podía oír sus respiraciones rápidas y superficiales, y sentir el latido de su corazón mientras entraba en pánico. Sam la estaba estafando.

La puerta golpeó abajo y oyó pasos y el sonido de la puerta cerrándose de nuevo. El ruido metálico de unas bolsas al caer sobre la encimera. La televisión encendida. Faith había vuelto.

Rápidamente, recogió todos los papeles, los volvió a dejar en la bandeja y la colocó en la parte superior del archivador. Ahogó un gemido mientras se apoyaba en la pared y estiró el cuello con cuidado.

Escuchó pasos subiendo por las escaleras. Había sido demasiado lenta, y antes de que pudiera salir de la habitación, Faith estaba en

la puerta. El calor le subió por el cuello mientras buscaba una excusa, una razón para estar en el lugar de trabajo de Sam.

—Supongo que no tienes ni idea de dónde habrá puesto Sam las instrucciones de montaje de la cuna, ¿verdad? He echado un vistazo, pero no las encuentro.

Faith miró a Emma, a la cuna y viceversa, y frunció el ceño.

—¿En qué demonios estás pensando? Ahora no es el momento de ponerse a montar una cuna. Venga, deja que te acompañe a la cama. Es casi la una. Debes estar destrozada después del día que has tenido.

Pasó un brazo por los hombros de Emma y la guio por el rellano hasta su dormitorio; después, la ayudó a colocar las almohadas para que su cuello estuviera cómodo. La miró, con el ceño aún fruncido.

—¿Cómo te sientes, preciosa? —Ladeó la cabeza mientras la observaba—. Estás un poco pálida. ¿Te traigo otro analgésico? Hace siglos que te tomaste el último. ¿Y te apetece un chocolate caliente u otra cosa que te ayude a dormir?

Ahora que el cuerpo de Emma se había enfriado tras el baño, se sentía hecha polvo, como si alguien hubiera aplanado cada músculo de su cuerpo con uno de esos mazos ablandadores de carne.

—Sí, por favor —murmuró, y vio cómo Faith salía a toda prisa de la habitación y volvía a bajar las escaleras. Unos minutos después reapareció con una taza humeante y un par de pastillas en la mano. Emma se las tragó con un sorbo de chocolate, contenta de que estuviera caliente. Faith tenía razón, estaba agotada, pero no esperaba poder dormir mucho después de todo lo que había descubierto.

Faith se sentó en la cama, observando su bebida, perdida en sus propios pensamientos. Cuando Emma terminó la última gota, le quitó la taza.

—Creo que ahora dormirás bien —dijo, con una pequeña sonrisa en

los labios, mientras salía de la habitación y apagaba la luz.

Emma se acomodó en la posición menos dolorosa que pudo encontrar, con la extraña expresión del rostro de Faith jugueteando en su mente. Al darse cuenta, sus ojos se abrieron de par en par. ¿Las pastillas que había ingerido eran realmente analgésicos? Pero los párpados le pesaban e, instantes después, estaba dormida.

CAPÍTULO 19

Eran más de las once cuando Emma se despertó al día siguiente. No recordaba la última vez que había dormido toda la noche, y mucho menos hasta tan tarde. Era imposible que la naturaleza le hubiera permitido dormir tanto tiempo y se preguntó qué le habría dado Faith. O eran pastillas para dormir en lugar de analgésicos, o había puesto algo en su bebida.

Oyó un murmullo de voces en la habitación de abajo y luego una sintonía que reconoció como la música del canal de noticias. Faith siempre lo tenía de fondo, aunque nunca lo veía.

Se levantó de la cama con una mueca de dolor mientras caminaba hacia el cuarto de baño. Vio su cara en el espejo: la sombra oscura de un moratón le cruzaba la frente y el puente de la nariz. Otro en su mejilla. Debía habérselos causado el airbag, pero parecía que le habían dado una paliza. Su cuerpo también lo sentía así. El collarín seguía encima del mueble del lavabo, donde lo había dejado por la noche, y se lo puso, agradecida por descargar peso del cuello.

Con cautela, bajó las escaleras, esperando que el dolor disminuyera cuando empezara a moverse un poco y sus músculos se pusieran en marcha. Faith estaba en la cocina, el olor a beicon provocó que a Emma se le hiciera la boca agua mientras la veía cascar un par de huevos en la sartén.

Sonrió a Emma.

—Buenos días, dormilona. Espero que te apetezca comer lo que te he preparado. He estado esperando a que te despertaras y me muero de hambre. Seguro que tú también.

Emma pensó que parecía contenta, justo lo contrario de como se sentía ella. Los descubrimientos del día anterior sobre Sam pesaban mucho en su mente, por no mencionar el hecho de que pensaba que Faith podría haberla drogado por la noche. «No puedes fiarte de ella», se recordó a sí misma, sin estar segura de lo que Faith sabía sobre la otra mujer de Sam o las presuntas irregularidades financieras. Pero tenía que intentar actuar con normalidad, como si no pasara nada. No iba a ser fácil. Nada fácil.

Se sentó a la mesa del comedor, donde Faith ya había puesto los cubiertos y dos vasos con zumo de naranja.

—Huele de maravilla —dijo antes de beber un buen trago de su zumo, con la esperanza de que el dulzor le proporcionara un subidón de energía rápido.

—He preparado un desayuno completo, así que podemos considerarlo un *brunch*.

Emma la observó mientras empezaba a preparar sus platos de comida, añadiendo judías, champiñones y salchichas al beicon y a los huevos. Todo un festín, y ella se moría de ganas de empezar a comer.

—Te agradezco mucho que cuides de mí, Faith. Y que vinieras a buscarme ayer. No puedo creer lo idiota que he sido.

—No es ninguna molestia y, además, eres de la familia. —Faith se acercó con los platos y se sentó a la mesa—. ¡Cómo no voy a cuidar de ti!

Comieron en silencio; Emma era incapaz de pensar en una pequeña charla para llenar el vacío. Parecía antinatural, incómodo, ya que normalmente no paraban de charlar cuando estaban juntas. Pero Faith también estaba callada, perdida en sus propios pensamientos, lo que ponía bastante nerviosa a Emma. «¿En qué estará pensando?».

Un ruido hizo que Faith se volviera hacia la cocina.

—¿Es tu teléfono?

Emma dejó de masticar y escuchó; pudo oír el tono de llamada amortiguado procedente de su bolso, que estaba donde lo había dejado la tarde anterior, en la barra de desayuno.

Faith se puso de pie.

—Yo te lo traigo.

Emma supo por el tono de llamada que era Sam. El corazón le dio un vuelco. No estaba preparada para hablar con él; aún no estaba segura de cómo quería hacer las cosas y su mente estaba aletargada.

Faith sacó el teléfono del bolso y contestó.

—Hola, Sam, ¿cómo te va? ¿Qué? Sí, bueno, no era el plan, pero hubo un pequeño… incidente. —Emma escuchaba con la mandíbula apretada—. Es mejor que Emma te lo cuente. Pero no deberías dejarla sola a estas alturas del embarazo. El bebé podría nacer en cualquier momento. —Se quedó callada un momento, asintiendo—. Sí, supongo que tienes razón en eso. Bueno, te la paso.

Emma frunció el ceño mientras cogía el teléfono de la mano extendida de Faith.

—Hola —dijo ella, incapaz de pensar en algo mejor.

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo? Parece que ha habido un pequeño problema. Te llamaba para decirte que mañana habré terminado, pero es probable que llegue tarde a casa. Ha sido un viaje terriblemente aburrido, te lo aseguro.

—¿Aburrido? ¿En serio? —espetó, y luego cerró la boca, temiendo que si volvía a hablar, soltaría todo lo que sabía en un torrente de acusaciones. Y eso la haría vulnerable.

—Entonces, ¿cuál ha sido el incidente del que hablaba Faith?

«Atente a los hechos —se dijo a sí misma—. Sé breve y concisa».

—Ayer tuve un accidente de coche. Fue una estupidez. No estaba

concentrada, di un volantazo para esquivar un camión y acabé en una zanja.

—¡Oh, Dios mío, cariño! Madre mía, ¿estás bien? ¿Se encuentra bien el bebé? —El pánico agudizó su voz, elevándola un par de octavas—. ¿Dónde estabas?

—En Northumberland.

Un silencio ensordecedor llenó sus oídos y la voz de Sam sonó dubitativa cuando volvió a hablar.

—¿Qué? ¿Por qué demonios estabas allí? —Parecía nervioso, como era de esperar.

—Pensé que me iría bien pasar el día fuera, estaba harta de estar aquí sola.

La estática irrumpió en la línea mientras él lanzaba un suspiro frustrado.

—Cariño, de verdad… Mira, voy a volver a casa ahora mismo.

A Emma se le encogió el corazón. Esperaba disponer de un poco de tiempo para procesarlo todo y poner sus pensamientos en orden antes de que él volviera. Odiaba los enfrentamientos, pero se avecinaba uno monumental. Era inevitable, y necesitaba reflexionar largo y tendido sobre el resultado que buscaba y analizar cómo sentía con todo lo que había ocurrido. No era fácil con su hijo a punto de nacer; también tenía que pensar en lo que era mejor para su bebé.

—No, no hace falta —dijo rápidamente—. No me ha pasado nada. Estoy bien. Faith está aquí cuidándome. Tú quédate en *Dumfries* y termina tu trabajo. —No pudo evitar enfatizar la palabra «Dumfries», ya que sabía que Sam no se encontraba allí. Miró a su cuñada, esperando que no se hubiera dado cuenta, pero se limitó a hacerle un gesto con el pulgar hacia arriba.

—No, vuelvo a casa. Estaré allí tan pronto como pueda.

—Vale, bueno, hasta luego.

—Necesito decirle una cosa a Faith, pásamela, por favor. Estaré allí en un par de horas como mucho, ¿vale?

Le pasó el teléfono a Faith, pensando que se había equivocado en el tono. Más irritada que encantada de que Sam volviera pronto a casa. Iba a ser duro, pero tenía que seguir fingiendo que todo era normal durante unos días más mientras se organizaba, reunía de información y elaboraba un plan B.

Tendría que haberse puesto en contacto con el banco para saber exactamente lo que había pasado con el dinero de la cuenta de la obra, en lugar de sacar conclusiones precipitadas. A lo mejor estaba equivocada. Pero era fin de semana y probablemente tendría que esperar hasta el lunes. Aun así, estaba convencida de que tenía razón. Quizá debería pedirle a Sam que abriera la aplicación del banco delante de ella para mostrarle las transacciones. Sí, eso era lo que iba a hacer.

El hecho de que la hubiera engañado no una, sino dos veces, había abierto un gran abismo entre ella y su marido. ¿Podría seguir queriéndolo después de lo que le había hecho? La había traicionado por partida doble. No podían tener ningún futuro juntos cuando la confianza se había hecho añicos. Se trataba de cómo librarse de ese lío y recuperar su dinero.

Nadie la tomaba por tonta y se salía con la suya. Nadie.

Le dolía el cuerpo por el esfuerzo de haber estado sentada a la mesa, así que se fue al sillón reclinable del salón mientras Faith terminaba su conversación con Sam. Cuando cogió el mando a distancia para apagar la televisión, se dio cuenta de algo que le hizo subir el volumen. Había un reportero en un camino embarrado. A Emma el sitio le resultaba familiar. El pie de la imagen decía: «Alnwick, Northumberland». Con un sobresalto, se dio cuenta de que había estado allí el día anterior. Miró más de cerca, reconoció la bifurcación del camino y el bloque de granito con las palabras: «The

Hollows», grabadas en él. Apenas podía respirar mientras escuchaba.

—El incendio fue notificado por un vecino. Los servicios de emergencia no tardaron en llegar y una mujer fue trasladada al hospital. —En la pantalla apareció una imagen del mismo hospital en el que había estado Emma el día anterior.

—Por desgracia —dijo el reportero—, Marcey Dubois, la mundialmente conocida empresaria de ropa y exmodelo, murió al llegar.

Su corazón dio un salto. El bebé dio una patada. Marcey estaba muerta. «Qué casualidad», pensó, mientras sus dedos retorcían el dobladillo de su jersey. Dos relaciones. Dos incendios. Un escalofrío recorrió su espalda y algo helado se deslizó por sus articulaciones, haciéndola temblar. Su cerebro se congeló en un solo pensamiento. «Supongo que soy la siguiente».

CAPÍTULO 20

Faith entró corriendo en la habitación, mirando la televisión, pero ahora había un reportaje sobre los precios del combustible.

—¿Lo has visto?

Emma asintió, todavía aturdida.

—Sam acaba de decírmelo —jadeó Faith—. Estaba viendo las noticias antes y vio el reportaje sobre el incendio en la casa de Marcey Dubois. Ya sabes, la mujer que tiene tu cuadro.

Emma se preguntó cómo esperaba Faith que reaccionara. Se aclaró la garganta, con las palmas de las manos resbaladizas de sudor mientras la idea de que estaba en peligro se alojaba en su cerebro.

—Lo he visto. No me puedo creer lo que ha pasado.

Faith cerró los ojos y se estremeció levemente.

—Qué manera tan horrible de morir.

—Es espantoso —coincidió Emma, pensando que a ella ya había estado a punto de ocurrirle lo mismo tres veces. «¿Tendrá éxito la próxima vez?». Iba a tener que pensar rápido como salir de esa situación. A la mierda el dinero, tenía que irse.

—Todavía no hay noticias sobre la causa del incendio —añadió Faith, con los ojos pegados a la pantalla por si aparecía alguna actualización.

Emma se preguntó si habría sido una vela perfumada que había prendido fuego a las cortinas, una cartera olvidada en un horno, unas tenacillas en la cama o si Sam había pensado en otra forma de provocar un incendio que no pareciera sospechosa. Algo eléctrico, sin duda, a juzgar por su propio catálogo de accidentes casi

mortales. Le sorprendió el giro de sus pensamientos. ¿De verdad pensaba que Sam era un asesino? Era un alma tan gentil, de voz tan suave y reflexiva que resultaba difícil conciliar la persona con el acto.

«A lo mejor no ha sido él —se dijo a sí misma—. No saques conclusiones precipitadas». Pero, entonces, era mejor prevenir que curar, y dadas las mentiras que ya le había contado, no se fiaba de su marido ni lo más mínimo. Estaba claro que no lo conocía, que se había dejado engañar por el personaje que había creado para ella.

Faith cogió el mando a distancia y apagó la televisión.

—No necesitas todo ese pesimismo en tu cabeza, ¿verdad? —Se giró hacia Emma—. Sé que Sam ha dicho que iba a venir a casa, pero ha habido un cambio de planes. Ha ido a ver qué pasa en casa de Marcey. —Cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño—. Ese fue su mayor logro, diseñar y construir esa casa. Quiere ver qué daños se han producido y si tus cuadros siguen allí. Le he dicho que me quedaré contigo hasta que él vuelva. Probablemente llegue mañana. —Miró hacia la puerta e hizo una mueca—. Voy a ir a casa a dar de comer al gato y coger algunas cosas; vuelvo en un rato, ¿vale?

Emma sacudió un poco la cabeza y se arrepintió al instante cuando sintió unas punzadas de dolor en el cuello. Eso lo decía todo. Le preocupaba más que su obra maestra se incendiara que el hecho de que su mujer hubiera tenido un accidente de coche. Por no hablar de la muerte de la pobre Marcey. Eso parecía no tener importancia. Su frialdad la asustaba más que cualquier otra cosa.

—Estaré bien —dijo, soltando un largo suspiro, contenta de quedarse sola para poder empezar a pensar en lo que debía hacer a continuación—. No me puedo creer lo que ha pasado.

—Lo sé. El pobre Sam está en *shock.* —Faith se apoyó contra la pared, frunciendo el ceño—. No creo que le importe que te diga esto, pero Marcey le causó muchos problemas durante y después de

la construcción, y todavía le debe una parte del dinero. Una gran cantidad. Decenas de miles de libras.

—Vaya. No mencionó nada.

—Bueno, estaba avergonzado de haber dejado que la mujer jugara con él como lo hizo. Siempre añadía algo más y decía que pagaría después. «Solo una cosa más», decía. —Ladeó la cabeza y miró a Emma—. Pero no seas demasiado dura con él. Se ha metido en un buen lío, cariño, esa es la verdad, y no ha querido disgustarte con los detalles. Ha intentado arreglarlo a su manera, pero parece que le ha salido el tiro por la culata.

—¡Qué curioso! —dijo Emma—. Qué conveniente que una mujer que te está dando problemas acabe muriendo en un incendio.

Maldijo su estúpida boca. Nunca debió haber dicho eso. Nunca debería haber expresado sus sospechas. Faith la miró extrañada, con fuego en los ojos. Tenía un aspecto bastante amenazador, y Emma se encogió en la silla, con el miedo agarrándole los hombros como si dos manos la estuvieran apretando contra el asiento, manteniéndola allí clavada.

—No especules con esas cosas —dijo Faith con voz ronca y la mandíbula apretada—. No tiene nada que ver con Sam. Esa mujer era mentalmente inestable. Lleva varios meses acosándolo. Creo que no estoy hablando fuera de lugar si te digo que sufría delirios. —Hizo una pausa—. Fui terapeuta de Marcey durante un tiempo.

Emma se quedó boquiabierta.

—¿Cómo? ¿Cuándo fuiste su terapeuta?

Faith se encogió de hombros.

—Hace ya unos años. Había roto con su marido y estaba destrozada. Tardamos un tiempo en hacer progresos; ella estaba empeñada en autodestruirse, pero al final conseguimos sacarla del pozo. Y fue gracias a la idea de que debía hacerse un nuevo hogar. Convertirse en un ave fénix que renace de sus cenizas. —Esbozó una

sonrisa triste—. Había tenido una infancia difícil, con un padre ausente, y tendía a lanzarse a los hombres. Era un poco absorbente. Esa casa era su bebé, su todo. Era más importante para ella que cualquier otra cosa en el mundo. Ella lo había hecho posible. Era una belleza, muy admirada en los círculos arquitectónicos. —Suspiró—. Por desgracia, desarrolló un apego enfermizo hacia Sam y se entregó en unas fantasías, que para ella se convirtieron en realidad. A Sam le resultaba muy difícil manejarla, y podía pasar de ser una persona encantadora y chispeante a una bruja mala y vengativa si no se salía con la suya.

Su boca se torció de lado a lado.

—Sé que estoy violando la confidencialidad de una paciente, pero tengo que contártelo. Una vez le puso un ojo morado a Sam. En otra ocasión se rompió un dedo mientras intentaba cerrarle la puerta en la mano. Así de inestable era. Y empezó a decirle a todo el mundo que era su mujer. —Soltó una carcajada sin gracia—. Te aseguro que eso no le sentó nada bien a Alice.

Emma silbó en voz baja. «Eso da una perspectiva diferente a las cosas. Entonces, ¿al final Sam no es un bígamo?».

Todo era demasiado confuso. Lo único que quería era que Faith se fuera y la dejara en paz. Darle un poco de paz y tranquilidad para que pudiera pensar.

El dolor le quemaba en el cuello y le palpitaba en el hombro, pero no se atrevía a pedir un analgésico por si Faith decidía volver a darle aquellas pastillas fulminantes. Qué difícil era estar en compañía de alguien en quien no confiabas y fingir que todo iba bien.

Pero a lo mejor lo había entendido todo mal. Tal vez proporcionarle una noche entera de sueño había sido un acto de bondad, no algo por lo que preocuparse. La verdad es que no habría dormido mucho si la hubiera dejado a su aire. En realidad, Faith siempre había sido

amable con ella, y se preguntó si no sería su cerebro el que volvía a tergiversar las cosas, haciéndole ver amenazas que no existían.

Su mente se sentía como un campo de batalla de ideas contradictorias, sin saber cuál seguir. Necesitaba un poco de tiempo a solas para analizarlo todo y decidir lo que debía creer, de lo contrario, se volvería loca.

—Mira, por favor, no te lo tomes a mal… Te agradezco que me trajeras de Northumberland y que te quedaras a cuidarme y a cocinar y todo eso. Pero… necesito espacio para dormir y recuperarme. No te enfades, pero no necesito una niñera; lo que necesito es estar sola.

Faith parecía sorprendida.

—Pero le he prometido a Sam que te iba a echar un ojo.

Emma tragó saliva y se dijo a sí misma que debía mantenerse firme. Era lo que había que hacer. De ninguna manera iba a relajarse con Faith en la casa.

—No quiero pelearme contigo, pero me gustaría estar un tiempo a solas. Sam vendrá mañana. No será por mucho tiempo. Llenó el congelador con comida preparada, así que no pasaré hambre. —Sentía cómo le latía el pulso con fuerza en la cabeza e incluso oía la vibración de su propia voz. Quería silencio. A lo mejor así conseguía encadenar una serie de pensamientos coherentes—. ¿Por qué no te vas a casa, cuidas de tu gato, pasas un buen día de relax y ya nos vemos mañana? Y si hay algún problema te llamo, ¿de acuerdo?

Faith dijo con voz incrédula:

—¿Quieres que me vaya?

Emma se levantó con dificultad, habiendo decidido que, si tenía que empujar a Faith hasta la puerta, lo haría.

—Sí, me gustaría mucho que te fueras si no te importa. Voy a tomarme un paracetamol y luego me iré a la cama.

—Yo te los doy.

—No, no, puedo arreglármelas sola. —Se dirigió a la cocina, donde había visto un paquete de analgésicos sobre la encimera.

Faith le puso una mano en el hombro, haciendo que se detuviera.

—Lo siento si te he disgustado.

Emma cedió, poniendo su mano sobre la de Faith.

—Oh, no lo has hecho. Es el *shock*. Me siento… abrumada, supongo. —Hizo una mueca—. Me duele todo y solo quiero dormir. Pero me resulta difícil conciliar el sueño durante el día si hay alguien en casa. Acabo escuchando hasta el más mínimo crujido y golpe, y no puedo relajarme.

Faith le apretó la mano y se apartó, con el rostro nublado por la preocupación.

—Lo has pasado muy mal. Entiendo perfectamente que quieras un poco de espacio. —Se puso el abrigo, cogió el bolso de la encimera y se lo colgó del hombro—. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

Emma forzó una sonrisa.

—Lo haré. Gracias.

Vio cómo Faith cerraba la puerta tras de sí y observó desde la ventana cómo se metía en el coche y se alejaba. Luego cerró la puerta con llave.

«Ahora debería estar a salvo, ¿no?».

Su teléfono emitió un pitido. Lo cogió de la encimera y su corazón dio un vuelco al ver de quién se trataba. No podía posponerlo más, tendría que responder. Un mensaje dando largas que los mantuviera contentos hasta que llegara el bebé, y entonces ella podría pensar en la situación y decidir cómo resolverla. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pero en su situación actual era una buena idea mantener abiertas sus opciones.

Empezó a teclear, manteniéndose lo más cerca posible de la verdad:

Siento mucho no haber contestado. Aquí la cobertura es una porquería. He tenido un accidente de coche y me temo que estoy un poco mal. Así que he tenido que retrasar mis planes hasta que esté en condiciones de viajar. Espero que estés bien. Hablamos pronto. Un beso, Em.

Volvió a leerlo, convencida de que era lo bastante vago, y lo envió. Al menos no tendría que preocuparse por ese tema durante un tiempo.

Sentada en un taburete de la barra de desayuno, con la barbilla entre las manos, se sintió emocionalmente agotada al pensar en el remitente del mensaje. ¿Por qué la vida era tan complicada? Siempre había cosas que creías saber, pero luego resultaba que estabas equivocada por completo. Hacías suposiciones que luego saltaban por los aires. Tomabas decisiones en base a falsas percepciones que cambiaban todo el curso de tu vida.

Por desgracia, no había vuelta atrás, no podía cambiar lo que había hecho. Hasta hacía un par de días estaba más que contenta con el camino que había elegido. Eso había sido antes de darse cuenta de que sus decisiones se basaban en mentiras. Le resultaba imposible saber qué debía hacer, teniendo en cuenta que el bebé nacería en cualquier momento. Lo único que deseaba era estar tranquila y sin preocupaciones durante unas semanas, así podría tener a su bebé y ya pensaría luego la mejor manera de seguir adelante. Soltó una carcajada burlona. «Tranquila y sin preocupaciones», como si eso fuera a ocurrir.

Había descubierto que no se podía salir de una vida para entrar en otra, aunque te mudaras a otra parte del país. Ahora todo el mundo estaba conectado digitalmente, no había forma de alejarse de lo que uno solía ser. Y las decisiones tomadas en el pasado volverían para morderte en el presente.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 21

Zach estaba cansado pero contento después de su sesión de fisioterapia. Había un nuevo miembro del personal que se había interesado especialmente por él y sabía qué decirle para motivarlo a esforzarse un poco más. Era curioso cómo una persona podía encender una chispa que te diera ganas de seguir adelante. Por supuesto, nunca volvería a andar, pero los daños sufridos en la parte superior de la columna no habían sido tan graves como se pensó en un principio y ahora, más de un año después del accidente, estaba ganando más fuerza y movimiento en los brazos.

Había mejorado hasta el punto de poder utilizar una silla de ruedas por sí solo. Tenía una eléctrica con un pequeño *joystick* como mando y, tras años jugando a videojuegos, había aprendido a usarla en cuestión de minutos. No había nada malo en su cabeza, no había sufrido ningún daño en el cerebro, gracias a que llevaba puesto el casco. Pero, en cierto modo, eso había hecho que las cosas fueran más difíciles de aceptar, ya que era consciente de que su accidente era consecuencia de los fallos de terceros. Un andamio que no se había montado correctamente. Aun así, al menos habían admitido su responsabilidad y le habían pagado la indemnización enseguida. Y había recibido una cantidad suficiente para asegurarse de que siempre podría ser atendido adecuadamente.

Tener un poco de independencia, la capacidad de moverse por sí mismo, significaba que su vida ya no estaba limitada a su dormitorio. Si quería, podía bajar al salón común, buscar a alguien con quien charlar o incluso salir a dar una vuelta por los jardines.

Había disfrutado de ese verano más que de ningún otro momento de su vida, fijándose en todas las cosas, hasta en las más insignificantes, ahora que tenía tiempo para detenerse y mirarlas bien, ya que no había ningún otro sitio al que ir ni plazos que cumplir. Había visto cómo los patitos en el estanque se hacían adultos. Se hizo amigo de pinzones y petirrojos, que acudían a las zonas de descanso en busca de migas de los almuerzos del personal.

Había observado un montón de insectos diferentes en las plantas, que correteaban por la superficie del agua, colgaban en el aire, zumbaban alrededor de su cabeza y se posaban en su piel. Y las flores. Nunca se había fijado mucho en las flores, solo las veía como estallidos de color. Ahora había estudiado la forma de los pétalos y había visto que algunos de ellos estaban decorados con delicados dibujos, como si fueran venas, y había observado la forma en que aparecía el néctar en las distintas floraciones. La naturaleza era extraordinaria y, por primera vez en su vida, la disfrutaba como era debido.

Ahora veía su accidente de otra manera y, después de un año de hablar con el psicólogo, más o menos había aceptado su nueva realidad, dejando atrás la amargura que le había carcomido al principio. Por supuesto, siempre iba a haber días buenos y días malos, pero la montaña rusa de emociones se había equilibrado mucho. En general, pensaba que lo había convertido en una persona más agradable. La arrogancia había desaparecido y había sido sustituida por la humildad y la gratitud. Sabía aguantar una broma, había aprendido a divertirse de maneras diferentes y a agradecer todos los pequeños placeres de la vida.

También había aprendido a darle espacio a Emma para que aceptara su nueva situación.

No había sido fácil, y al principio le había molestado que ella decidiera pasar tanto tiempo fuera cuando él la quería a su lado.

Pero Emma era un espíritu libre y él no podía atarla. Tenía que ser consciente de que ella también había pasado por un trauma, de que su vida había cambiado por completo. Le iba a llevar tiempo aceptar su nueva realidad.

No había prisa. Sabía que ella tenía mucho que digerir, sobre todo su decepción porque él no podía tener hijos. Cuando la conoció, ya estaba obsesionada con ser madre. De hecho, bromeaba a menudo diciendo que no era a él a quien quería, sino a sus genes. Hacía ya casi siete meses, cuando ella le dijo que quería tomarse un tiempo para viajar a la India y visitar *ashrams*, practicar yoga, meditar y refrescar la artista que llevaba dentro, él no había intentado impedírselo. Pero entonces, en ese momento, estaba prácticamente inmóvil y en una depresión. Creía que se estaba muriendo. O que estaba como muerto. Tardó un tiempo en darse cuenta de que era él quien limitaba su potencial. Con esfuerzo y determinación, su vida podía ser mucho mejor y más satisfactoria. Cuando su actitud cambió, su cuerpo empezó a responder, y ahora tenía más movilidad de la que nunca se habría imaginado.

Si echaba la vista atrás, antes del accidente era muy inmaduro. Un niño en un cuerpo de hombre. Pero ahora sentía que había crecido en muchos aspectos y se moría de ganas de que Emma volviera y viera la diferencia. Todo lo que ella solía echarle en cara lo había arreglado. Y, en ese sentido, el accidente había sido una especie de bendición. Ahora se sentía a gusto consigo mismo, en lugar de reprenderse constantemente por ser un imbécil. Se sentía tranquilo, en paz, y eso era muy agradable.

Era innegable que, en términos de tranquilidad, el pago de la indemnización había sido de mucha ayuda, porque no tenía que preocuparse por el dinero. Gracias a su mejoría, sería factible que pudieran compartir un *bungalow* adaptado a sus necesidades y aún les quedaría dinero suficiente para pagar sus cuidados. Por fin,

Emma y él volverían a estar juntos. Como marido y mujer. El pensamiento hizo que le vibrara el corazón. Era lo que más quería en el mundo y lo que lo impulsaba a seguir adelante, lo que lo hacía esforzarse más en sus ejercicios.

Esperaba que Emma se encontrara en un lugar similar de aceptación después de sus visitas a los *ashram*. Parecía que se lo estaba pasando muy bien, aunque él no tenía noticias suyas a menudo, debido a problemas de cobertura. Aunque estaba un poco preocupado, porque hacía al menos una semana que no sabía nada de ella. Él le enviaba un mensaje diario, pero sabía que ella no tenía cobertura en algunos de los lugares remotos que visitaba, así que tenía que ser paciente.

Aún no le había hablado de sus progresos físicos ni del pronóstico, que había mejorado mucho, porque quería darle una sorpresa cuando llegara. A Emma le encantaban las sorpresas y no se le ocurría ninguna mejor. Se moría de ganas de ver cómo se le iluminaba la cara. Ella seguiría pensando que otra persona le escribía los mensajes y que no podía hablar bien ni moverse mucho. La última vez que lo vio, no podía levantarse de la cama y tenían que alimentarlo y lavarlo. Tenían que hacer absolutamente todo por él.

No se iba a creer cuánto había cambiado. La excitación le resultaba casi insoportable. Podría abrazarla de nuevo, sentir sus preciosos rizos elásticos, acariciar su suave piel, besar sus labios de terciopelo.

Cuando Emma se había marchado, no estaba seguro de que los médicos esperaran que viviera mucho tiempo, ya que tenía heridas internas y externas y todo dependía del control de la infección y de lo bien que pudiera curarse su cuerpo roto. Había tantas incógnitas que su equipo médico era bastante cauto en sus predicciones.

Mirando hacia atrás, podía ver que había sido demasiado para Emma, y no podía culparla por decidir irse durante un tiempo. Una parte de él sentía que sus votos matrimoniales: «En lo bueno y en lo

malo, en la salud y en la enfermedad», sugerían en cierto modo que ella debería haberse quedado para darle el apoyo moral que necesitaba, aunque no pudiera hacer mucho en términos de cuidados prácticos. La idea de pasar el resto de sus días en una residencia especializada, por muy agradable que fuera, le había sumido en la depresión durante un tiempo.

Sin embargo, cuando recuperó la voz y empezó a mantener conversaciones más extensas con la psicóloga, encontró un rayo de esperanza. Era una persona alegre y optimista, llena de energía y positividad. También estaba llena de soluciones y palabras sabias, pues había trabajado con muchos jóvenes como él que pensaban que un accidente había acabado con su vida útil.

Le había dado un vídeo de casos prácticos, en el que salían personas con lesiones medulares que habían sabido sacar provecho de sus vidas. No podía creer todo lo que hacían, lo felices que parecían, sobre todo los que, como él, tenían acceso a un buen equipo de rehabilitación y a una silla de ruedas adecuada. ¿Quién sabía lo que sería posible para él en el futuro?

En ese momento, cansado pero satisfecho tras la sesión de fisioterapia, se tumbó en la cama y encendió su iPad. Sus ojos se abrieron de par en par. «Un mensaje de Emma». Lo abrió, leyó las pocas frases y volvió a leerlas, horrorizado al enterarse de que había tenido un accidente de coche. En un mensaje anterior, había dicho que estaba de camino a casa, aunque viajaba por tierra, por lo que no podía precisar cuándo llegaría exactamente. Por culpa de ese último contratiempo parecía que llegaría más tarde de lo que él esperaba.

No podía soportar la idea de que estuviera herida y tuviera que arreglárselas sola. Se sintió indefenso y disminuido como hombre, ya que, como su compañero de vida, se suponía que debía estar ahí cuando ella lo necesitara. Pero ¿qué podía hacer?

«Tienes cerebro —se dijo a sí mismo—. Busca una solución». Unos minutos después, tenía la respuesta. Le envió un mensaje:

> ¡Oh, cariño, es una noticia terrible! Espero que estés bien. Recuerda que tenemos un seguro de viaje que cubre el tratamiento hospitalario y la vuelta a casa. Parece que podremos estar juntos antes de lo que pensábamos. Te echo mucho de menos. Te quiero, Z.

CAPÍTULO 22

El hervidor sonó al mismo tiempo que el teléfono de Emma recibía otro mensaje. Se le encogió el corazón al leerlo. En vez de ganar tiempo contándole lo del accidente, había pasado justo lo contrario. «¡Maldito seguro!». ¿Por qué no lo había pensado? Tiró el teléfono a la encimera, disgustada. Su cerebro estaba tan sobrecargado que no había espacio para que sus pensamientos se agruparan en soluciones sensatas.

Con un profundo suspiro, preparó una taza de té y se la llevó al sillón junto con un paquete de galletas.

Era difícil escapar de su propia hipocresía. Ahí estaba ella, enviando mensajes a su marido secreto mientras le reprochaba a Sam que le hubiera ocultado cosas. ¿Cómo demonios se había metido en semejante lío? ¿Y cómo iba a salir de él? Al menos tenía un día entero para analizar sus opciones antes de que Sam llegara a casa.

La situación con Zach era culpa de un malentendido. O quizá de que no había escuchado bien. Después de su accidente, ella estaba en estado de *shock*, sin poder asimilar bien nada de lo que había ocurrido, y había un montón de médicos diferentes hablándole con una terminología que ella no entendía. Todo lo que podía ver era a su marido y sus sueños de formar una familia rotos de una manera que nunca podría ser reparada. Le habían arrebatado su futuro por culpa de la negligencia de otra persona. Fue un golpe muy duro.

Recordaba estar sentada junto a su cama, sosteniendo su mano inerte, mirando los tubos y cables que entraban y salían de su

cuerpo. Su mente se llenó de los pitidos de las máquinas, lentos y constantes, a menudo la única señal externa de que estaba vivo.

Se le acercó un hombre, el médico encargado de su cuidado. Ella escuchó mientras él la ponía al día y su frase final la hizo inclinar la cabeza y llorar.

—Esto solo va a acabar de una manera —dijo él, y ella asintió, comprendiendo en ese momento que su vida había cambiado para siempre. Su marido perfecto no iba a formar parte de su futuro.

Supuso que el médico se refería a que Zach iba a morir. Y, aunque pareció recuperarse un poco cuando lo trasladaron del hospital al centro especializado, a ella le parecía que estaba a punto de morir: tenía la piel tan pálida que era casi translúcida, dependía de las máquinas para mantenerse con vida y era incapaz de comunicarse salvo de la forma más básica.

Se afligía por él a pesar de que seguía vivo, porque no iba a tardar mucho en darle su último adiós. Mentalmente, había descendido a un lugar muy oscuro y solitario. Entonces se asustó a sí misma con pensamientos suicidas, asistió al grupo de duelo y conoció a Sam.

La conexión fue instantánea, y al principio era una distracción que hacía que se evadiese de sus visitas a su marido discapacitado. Se suponía que Sam era una diversión, no su futuro. Pero se enamoró de él con tanta fuerza que no podía pensar en otra cosa que no fuera la posibilidad de una nueva oportunidad en la vida. Sus sueños de tener una familia, de ser madre, se reavivaron de forma repentina e inesperada. Sí, había un solapamiento con Zach, pero ella pensaba que era cuestión de tiempo que la situación se solucionara por sí sola.

En cuanto se enteró de que estaba embarazada, tuvo que inventarse el viaje a la India para que nadie de la Unidad de Columna Vertebral se diera cuenta de su cambio físico. Entonces

Sam le pidió que se casara con él, y el sueño estaba allí, dispuesto para que ella lo aceptara. ¿Cómo podría resistirse?

Por supuesto que estaba mal, terriblemente mal. Pero ella amaba a Sam con todo su corazón, y él era su futuro, no Zach. Era demasiado tarde, a esas alturas, para confesar que ya estaba casada y, de todos modos, ¿qué pensaría Sam de ella si supiera la verdad?

Entonces empezó a recibir los mensajes de Zach, sus actualizaciones, y se dio cuenta de que estaba mejorando y de que ya no lo acechaba la muerte, pero para entonces ella estaba comprometida y no tenía ni idea de cómo resolver el problema. Así que no hizo nada. Se quedó de brazos cruzados, enviando mensajes con excusas por su retraso porque no podía hacer nada hasta que naciera el bebé para que no la viera embarazada. Entonces podría ir a visitarlo, evaluar la situación y sus sentimientos y pensar fríamente qué hacer.

Quería a Sam, pero primero había querido a Zach y había algo en su relación que le costaba dejar atrás por completo. Si hubiera habido una solución fácil, habría hecho algo antes, no habría dejado que la situación se alargara tanto, pero no había una forma sencilla de resolver el aprieto en el que se encontraba. Aquí estaba ella, casada con dos hombres, viviendo una doble vida y culpable de gastar parte del dinero de la indemnización de Zach en una parcela y de que el resto estuviera desapareciendo rápidamente de la cuenta. Era una criminal en más de un sentido, aunque nada de ello hubiera sido intencionado.

Ver el cuadro en la revista había sido un *shock* terrible. No podía arriesgarse a que alguien más lo viera y se lo enseñara a Zach. ¿Cómo explicaría *eso*? El cuadro que encarnaba su amor en la pared de otra persona. Zach no podía saber nada de Sam hasta que ella supiera lo que le iba a decir, y eso sucedería cuando supiera cómo

hacer que el futuro se desarrollara de la mejor manera posible para ella y su hijo.

Le vino a la cabeza la imagen de Sam con Marcey en el *pub*, la forma en que él tenía la mano en la parte baja de la espalda de ella y la mano de ella en su muslo, como si fuera lo más natural del mundo. La había llamado «cariño». No podía descartar eso como algo sin importancia. Aunque no estuvieran casados, obviamente era su novia. Tenían una relación, cualquiera que fuera la etiqueta que quisieras ponerle, y eso por sí solo era una traición.

Su mente iba de un lado a otro, recordándole que la primera esposa de Sam había muerto en un incendio, al igual que Marcey, y que ella misma había estado a punto de morir varias veces. No parecía una coincidencia.

Decidió ver si había novedades sobre la situación de Marcey. Abrió su portátil y empezó a buscar en Google. Muchas de las páginas web de noticias repetían historias sobre la vida de Marcey, pero ella ya las conocía. No había nada nuevo sobre el incendio, pero, si se trataba de una investigación en curso, supuso que la policía no revelaría nada.

A continuación, buscó de nuevo a la primera esposa de Sam. Encontró algunos artículos y fotos de edificios que había diseñado. También había visto todo eso antes. Entonces encontró algo nuevo, su esquela.

Al parecer, Alice pertenecía a una familia adinerada de la zona y sus padres habían muerto el año anterior al explotar su barco en el lago Windermere. «Una familia acosada por las tragedias», lamentaba la esquela. «Una joven vida con mucho talento extinguida demasiado pronto». Emma hizo una mueca de dolor ante las palabras elegidas. «La sobrevive su marido». Todo el patrimonio de Alice habría pasado a Sam. ¿Qué había ocurrido con todo ese dinero?

Su cerebro se aceleró. La riqueza de Alice suponía un excelente

motivo para el asesinato, ¿no? ¿Y la muerte de sus padres había sido realmente un accidente?

Siguió desplazándose por la pantalla y otro titular llamó su atención. «Marido sospechoso de asesinato en la muerte de una arquitecta local». Se le cortó la respiración. Nadie lo había mencionado, ¿verdad?

Leyó el artículo con atención. Al parecer, Alice sufría un trastorno alimenticio desde que era adolescente, y eso había arruinado sus posibilidades de tener hijos. Era propensa a la depresión. Habían interrogado a Sam varias veces, incluso lo habían retenido el máximo tiempo permitido, pero al final se vieron obligados a dejarlo marchar. No se encontraron pruebas que lo relacionasen directamente con la muerte de su mujer, y una investigación concluyó que todo apuntaba a que se había tratado de un accidente.

Emma no estaba tan segura. Sam era un hombre inteligente. Un hombre que aparentemente estaba desesperado por tener una familia. ¿Lo llevaría esa desesperación a matar a una esposa que nunca podría ser la madre de sus hijos? Parecía una reacción extrema. Indagó un poco más y encontró más información en el periódico local. Alice tenía un seguro de vida con una póliza bastante elevada. Estaba clara la razón por la que la policía había pensado que Sam tenía motivos para deshacerse de ella. Pero tenía que creer que la policía había llevado a cabo una investigación exhaustiva y que estaban satisfechos con el resultado de la misma.

«Eso no significa que no lo hiciera».

La idea la asustó tanto que sintió cómo se le ponía la piel de gallina. «¿Dónde ha ido a parar el dinero del seguro?», se preguntó. Porque Sam siempre parecía estar sin blanca. Otro enigma.

El ruido del motor de un coche hizo que mirara por la ventana. Se alarmó al ver el coche de Sam avanzando por la entrada. Jadeó,

confusa, segura de que Faith había dicho que no volvería hasta el día siguiente.

Sam saltó del asiento del conductor y se apresuró a subir por el camino, mirando por encima del hombro, como si esperara encontrar a alguien corriendo detrás de él. Sonó el pomo de la puerta y luego oyó girar la llave en la cerradura.

CAPÍTULO 23

Sam irrumpió por la puerta y la cerró tras de sí. Parecía nervioso y tenía un aspecto descuidado, con el pelo alborotado. Un olor a humo entró con él, probablemente impregnado en su ropa, pensó Emma, si había estado en el lugar del incendio.

Sus ojos se encontraron con los de ella y su expresión cambió a una de horror mientras sus maletas caían al suelo.

—¡Cariño! Pobrecita —exclamó, corriendo hacia ella, y se agachó a su lado—. Dios mío, mira tu pobre cara. Y tu cuello. —Le pasó un brazo por el hombro, inclinándose para darle un beso, que ella no le devolvió. No estaba segura de que él se hubiera dado cuenta—. ¿En qué estabas pensando, conduciendo hasta allí en tu estado?

Sus ojos se encontraron y ella apartó la mirada, sin saber qué responder.

—Yo…, es que necesitaba salir. Me estaba volviendo loca sola en casa.

Hubo un momento de silencio, incómodo y tenso, y Emma se preguntó qué le habría dicho Faith. Tenía un presentimiento terrible, una oscuridad que llenaba su mente, y con todas sus sospechas zumbando en su cabeza, no lo quería cerca de ella. Lo que quería era largarse de allí y encontrar un lugar seguro mientras decidía qué iba a hacer a continuación.

Sam se levantó, cogió una manta y la envolvió como si fuera una inválida mientras ella reflexionaba sobre su reacción ante sus heridas. La forma en que la había culpado, empujando la responsabilidad en su dirección. Si no hubiera vendido cuadros que

no le pertenecían a una mujer a la que llamaba «cariño» y con la que obviamente mantenía una relación, el accidente no habría ocurrido. No habría estado cerca de Northumberland y no habría conducido en estado de *shock*.

Pero él no sabía nada de eso, no tenía ni idea de lo que ella sabía.

Respiró hondo. Sería mejor esperar el momento justo, ver si conseguía sacarle más información antes de decir lo que pensaba. Porque una vez que empezara, todas sus sospechas se derramarían en un torrente imparable y, dijera lo que dijera en su defensa, en ese momento, ella sabía que no la escucharía. Lo que tenía que hacer era formular las preguntas y escuchar las respuestas. Entonces podría tomar una decisión racional sobre lo que debía hacer a continuación. Era posible que ese miedo que sentía revolotear en su pecho fuera irracional y estuviera basado en suposiciones que no eran correctas. Esa era su esperanza, porque la alternativa era insoportable.

Sam se quitó el abrigo y lo colgó; luego fue a la cocina, encendió el hervidor y se puso a buscar algo de comer en el congelador.

—Faith me ha dicho que vendrá más tarde con algo para comer con el té —dijo ella, incapaz de enfrentarse a la idea de otra comida preparada. Con un sobresalto, comprendió lo que eso significaba: serían dos contra una. Tragó saliva. La sensación de que estaba en peligro había vuelto con tanta fuerza que era como una presencia física en la habitación que le oprimía el pecho, haciéndola sentir acalorada e incómoda.

Sam estaba de espaldas a ella y vio cómo preparaba dos tazas de té, tomándose su tiempo, gracias a Dios. Eso le permitió disponer de un momento para sofocar sus emociones. Tenía que estar alerta, con la mente a pleno rendimiento.

—Tengo que contarte muchas cosas —dijo Sam, mientras llevaba las bebidas al salón—. No quería darte esperanzas, pero fui a ver a

Marcey para que me devolviera los cuadros. Pensé que, si la veía cara a cara, tendría más posibilidades de convencerla de que los devolviera.

Emma frunció el ceño, detectando ya un fallo en su excusa.

—Bueno, eso estuvo bien por tu parte, pero dijiste que se los habías vendido. Así que no iría a devolvértelos así por las buenas, ¿verdad? Tendrías que comprarlos. ¿O es que en realidad no se los vendiste? —Intentaba mantener la voz uniforme, pero le costaba.

Sam se sentó en el sofá, junto a su sillón, y dejó el té en el suelo.

—Bueno, es difícil… de explicar.

—Ya veo. —La ira se enroscó en el pecho de Emma como una cobra a punto de saltar. Ella lo miró a los ojos y notó el atisbo de una sonrisa en sus labios, como si se estuviera riendo de un chiste secreto.

—Os vi juntos. —Las palabras estallaron antes de que pudiera contenerse, y apretó más fuerte la manta mientras esperaba su reacción.

Él se quedó mirándola con la boca abierta. Su silencio era insoportable y la ira de Emma estaba desatada.

—El caso es que me dijiste que la persona que había contestado a tu teléfono, la que dijo que era tu mujer, era tu clienta de Dumfries. ¿Recuerdas? —Hizo una pausa—. Y eso era claramente una mentira, porque la voz de la persona que me dijo que era tu mujer sonaba igual que la de Marcey en la vida real.

—¿Nos viste? —Su voz era casi un susurro.

—Sí. Después de ir a casa de Marcey y ver tu coche en su entrada, fui al *pub* y entraste con ella.

—Dios mío. —Su nuez subió y bajó.

—Eso fue lo que pensé yo: «Dios mío, ¿por qué mi marido está llamando *cariño* a esa mujer? ¿Y por qué esa mujer me dijo que era la esposa de mi marido? ¿Y por qué está aquí y no en Dumfries,

donde dijo que estaba?». —Su voz se estaba volviendo estridente, el corazón le latía con fuerza en el pecho—. Una mentira tras otra, Sam.

—Ella. No. Es. Mi. Esposa —dijo, pronunciando cuidadosamente cada palabra—. Solo tengo una esposa, y esa eres tú.

—¡Ja! —se burló ella—. Me gustaría creerte. Pero te vas fuera todas las semanas. Siempre los mismos días, como un reloj. Creo lo que me dijo, que estabais casados. Pero ahora está muerta, así que…

—¡Basta! —gritó, poniéndose de pie de un salto, con manchas rojas floreciendo en sus mejillas—. Basta ya de tonterías.

Se paseó por la habitación, tirándose del pelo con una mano.

—Emma, no lo entiendes… Era una pesadilla tratar con Marcey. Me acostumbré a seguirle la corriente con cualquier fantasía que tuviera. Mi prioridad era construir la casa.

«Mantén la calma, sigue pensando», se dijo Emma.

—Sí, claro. Pero la casa la acabaste hace mucho tiempo. Antes de conocernos. Entonces, ¿por qué seguías viéndola?

Sus ojos se posaron en el suelo mientras caminaba.

—Sí, tienes razón, fue hace tiempo. Pero verás, el problema es… —hizo una mueca, girando la alianza de boda alrededor de su dedo— que no me dio el último pago. —Suspiró—. Es una cantidad bastante grande, porque solo pagó la mitad de la factura. Había cosas con las que no estaba contenta.

A Emma la explicación la pilló desprevenida, pero le sonaba de algo. ¿No había dicho Faith algo parecido? «Pero tampoco puedes confiar en ella».

Parpadeó y su argumento quedó atrapado en un callejón sin salida por un momento antes de que su cerebro la llevara de vuelta al punto de partida.

—Pero ¿por qué iba a decir que era tu mujer? ¿Y por qué me acusó de ser una acosadora, asegurando que se lo habías dicho tú?

Él se acercó y volvió a sentarse a su lado, con los codos apoyados en las rodillas, y dijo con voz suplicante:

—Tú no sabías cómo era, pero cualquiera que la conociera te diría que eso era típico de ella. Siempre proyectaba sus propias acciones y sentimientos en los demás. —La miró—. Te juro que ella no significaba nada para mí. Solo era una clienta que, por desgracia, tenía unos problemas de salud mental bastante graves, y yo los ignoré, porque quería conseguir el trabajo desesperadamente.

Sus ojos se cerraron por un segundo, como si no pudiera soportar estar en esa realidad y quisiera encontrarse en otro lugar. Había una nota de pesar en su voz cuando habló:

—Quería hacer realidad mi diseño. Sabía que sería impresionante. Sabía que, gracias a esa casa, mi carrera despegaría. Así que estaba dispuesto a aguantar su comportamiento perturbado. —Suspiró, con la cabeza hundida entre los hombros—. Tal vez fui un iluso al creer que podría salir bien.

Emma frunció el ceño, aún insegura sobre su versión de los hechos.

—Entonces, ¿por qué no te pagó? ¿Estaba arruinada?

Sam soltó una carcajada burlona.

—¡Qué va, no, estaba forrada! Era su forma de hacerme volver. Siempre me estaba dando largas; me decía que, si hacía una última cosa por ella, me pagaría la factura.

Emma se quedó callada, dándole vueltas a sus palabras en la cabeza. Su marido parecía tener respuestas para todo, pero parecían demasiado perfectas. «Está mintiendo. Otra vez».

CAPÍTULO 24

Su corazón latía a un ritmo alarmante y una oleada de adrenalina la estaba mareando. Se dijo a sí misma que se controlara, que no sacara conclusiones precipitadas, pero una persona normal habría llevado a Marcey a los tribunales por impago y listo.

—¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad?

La actitud de Sam cambió, levantó la cabeza y la miró con indignación.

—¿Qué? ¿Crees que me lo estoy inventando? ¿No confías en mí?

Ella dudó, no estaba segura de hasta qué punto debía acercarse a la verdad. «¿Por qué debería confiar en él?», se preguntó a sí misma. Todavía había más agravios que airear. Sobre todo, en lo que respectaba a las facturas de la casa. Y cómo había comenzado el incendio en la casa de Marcey. Dio un sorbo a su bebida, ya que necesitaba su calor.

—Me mentiste, Sam. Y han sido un par de días muy difíciles, y me duele el cuello, y el hombro, y…

Su expresión se suavizó.

—Lo siento. —Suspiró—. Sé que no he manejado bien las cosas, pero no quería agobiarte con mis preocupaciones cuando necesitas mantener bajos tus niveles de estrés y concentrarte en cuidarte a ti y a nuestro bebé.

Ella resopló.

—No puedo concentrarme en nada si pienso que estás casado con otra.

Sam se pellizcó el puente de la nariz, frustrado.

—No sé qué más puedo decir para convencerte, pero puedo enviarte copias de las facturas del dinero que me debe, por si eso te sirve de prueba. Aparte de eso… —Se encogió de hombros y dijo con un tono molesto en la voz—: No sé cómo puede alguien demostrar que no está casado con otra persona.

Emma estudió su bebida, sabiendo que, fuera lo que fuera lo que le mostrara, no creería que fuera real. No después de que ella encontrara una pila de facturas falsas de su obra. Había llegado a otro callejón sin salida.

Lo miró fijamente durante un momento, con los ojos clavados en los de él, tratando de descifrar el significado de su expresión. ¿Desafío? Estaba claro que no era arrepentimiento. Se aclaró la garganta; la voz le temblaba al hablar.

—Necesito saber… ¿Por qué volviste a casa de Marcey en vez de venir a casa conmigo?

Desvío la mirada hacia el suelo.

—Tenía que ver por mí mismo lo que había ocurrido. No me lo creía. A ver, había estado con ella un par de horas antes. No podía entender cómo había sucedido tan rápido.

—¿Y cómo estaba cuando te fuiste?

Él hizo una mueca.

—Voy a ser honesto. No estaba muy contenta conmigo. Le había pedido que me pagara la factura y ella se había negado, y le dije que iba a llevarla a los tribunales. Y también le pedí los cuadros, como parte del pago. Luego le dije que nuestra relación laboral había terminado. —Hizo un enfático movimiento de corte con la mano—. Eso fue todo. Ya estaba harto de que me manipulara.

Sonaba real y su emoción parecía genuina, pero ya le había mentido antes y ella no había sido capaz de darse cuenta. Se sentía completamente desconcertada por toda la conversación.

—¿Os peleasteis?

—Bueno, sí, supongo que se podría decir que sí.

—Y… ¿has hablado con la policía? ¿Les has dicho que estuviste con ella?

Una expresión de horror apareció en su rostro.

—Dios mío, no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque os habrán visto juntos —balbuceó ella, incapaz de entender su lógica—. Era muy conocida. Había otras personas en el *pub*.

Él frunció el ceño.

—No me conocen en la zona. Era la primera vez que íbamos al *pub*. Acaba de reabrir tras una reforma. Nadie nos reconocería a ninguno de los dos, porque ella no solía salir por la zona. —Sacudió la cabeza con desdén—. No creo que se enteren. La policía piensa que aparecí después del incendio, cuando ellos ya habían llegado. Les dije que pasaba por allí, que yo era el arquitecto y que quería ver cómo se integraba la casa en su entorno. Creo que cubrí mis huellas bien.

Ella lo miró fijamente, sus palabras despertaron de nuevo su inquietud.

—¿Por qué necesitas cubrir tus huellas?

—Porque… —Levantó las manos—. Oh, por el amor de Dios, Emma, ¿por qué me estás bombardeando a preguntas?

La fulminó con la mirada y ella se encogió en el sillón mientras en su mente se establecían conexiones no deseadas. Nadie había mencionado que el incendio de Marcey fuera provocado. «Pero tampoco han dicho que fuera un accidente. La policía obviamente no sospecha que Sam provocó el incendio, o no estaría hoy aquí. Y no habría vuelto ayer, ¿verdad?».

Sonó su teléfono y le dio la espalda mientras contestaba.

—Faith —dijo—. No, no lo hice. Sí, es cierto. Hice exactamente lo que sugeriste. ¿Qué? Sí, ya estoy en casa. —Se quedó en silencio

por un momento mientras escuchaba, luego se volvió y miró a Emma con el ceño fruncido—. Vale, sí, iré a comprobarlo.

Colgó, subió las escaleras y entró en el despacho, y de repente, Emma supo exactamente lo que Faith le había dicho. Que la había encontrado fisgoneando. En un instante, la llamada de Faith lo había cambiado todo. Durante un rato se había sentido con el control de la situación, pero ahora no tenía ni idea de cuál sería la reacción de Sam.

El miedo le oprimía el pecho, su marido ya no era una presencia benigna. Se subió la manta hasta la barbilla, segura de que todo se había estropeado. Dijera lo que dijera, diera la explicación que diera, ella no le creería. La confianza había desaparecido.

Se mordió el labio, luchando contra las lágrimas, horrorizada por la forma en que su vida se había desmoronado tan rápidamente al enterarse de que su marido le había contado una mentira tras otra. Todo lo que sabía sobre Alice y Marcey volvió a su mente, aumentando la sensación de miedo y la convicción de que estaba en peligro.

Se levantó del sillón de un salto, con el corazón palpitando y la mente despejada de repente. Tenía que llegar a un lugar seguro, y Sam acababa de darle la oportunidad de escapar. Se había dejado las llaves del coche en la encimera. Solo le quedaba coger la bolsa del hospital de la habitación, dirigirse al coche e irse.

Subió sigilosamente las escaleras y entró en el dormitorio. La bolsa con todo lo que necesitaba para el nacimiento de su hijo estaba guardada al fondo del armario.

Cuando se giró, Sam estaba de pie en la puerta.

—¿Vas a algún sitio? —dijo él, bloqueando con su cuerpo la salida.

CAPÍTULO 25

El corazón se le subió a la garganta. No podía hablar. Miró hacia la ventana, demasiado pequeña como para que una mujer embarazada pudiera colarse por ella, y supo que no había salida. Tendría que usar su ingenio para ganar algo de tiempo mientras averiguaba su siguiente movimiento.

Le dedicó una sonrisa desesperada.

—A ninguna parte. No voy a ninguna parte. —«Bueno, todavía no», pensó—. Se me ha ocurrido poner la bolsa de hospital abajo para que esté más a mano cuando la necesite. —Estaba parloteando, pero no podía parar—. ¿Sabes?, fui a la clínica y me recalcaron lo importante que es no dejar las cosas para el último momento. Mi tensión estaba por las nubes y estaban un poco preocupados por el bebé, así que pensé que debería hacer lo que me habían dicho por una vez. —Soltó una carcajada autocrítica, que se convirtió en un trago, y entonces empezó a toser y un dolor le subió por el cuello, tan agudo que la hizo gritar.

—Siéntate —le dijo Sam, cogiéndole la mano, y la llevó a la cama.

No podía negarse, no podía luchar contra él en su estado, así que decidió que lo mejor que podía hacer era seguirle la corriente por el momento. El miedo se le agolpó en el estómago al ver la expresión de su rostro, tenso y decidido, mientras se sentaba a su lado, con una frialdad en los ojos que nunca había visto antes.

—¿Has estado revisando mi bandeja de papeles? —dijo en voz baja.

Ella tragó saliva. Pensaba que se había salvado de que la pillaran,

pero sabía que con las prisas no había colocado los papeles tan ordenados como le habría gustado. Su mente se aceleró. Mentir o enfrentarse, esas eran sus dos opciones.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo ella, tratando de retrasar la inevitable conversación mientras su cerebro se ponía al día.

Él asintió con la cabeza, poniéndose de pie y mirándola desde arriba mientras ella se acobardaba en la cama.

—Vamos a hablar, sí, y puedes empezar por decirme qué hacías en mi despacho.

Había un desafío en sus ojos, sus manos se movían inquietas a los lados y sus dedos se habían cerrado formando puños. La tensión que desprendía era palpable y, por primera vez en su relación, ella se sintió nerviosa en su presencia.

—Quería saber qué pasaba con la obra y a cuánto ascendían los gastos. Pero me di cuenta de que no podía entrar en el ordenador porque no sé la contraseña y ni siquiera tengo el número de cuenta. Estuve mirando los papeles para ver si había algún extracto bancario.

Pensó que lo que había dicho sonaba razonable y, al levantar la vista, vio cómo Sam torcía la boca con fastidio.

—Pero ya te he dicho que no te preocupes por eso, yo me encargo de todo.

—Sí, bueno, es mucho dinero y me preocupa. Entonces pensé que el papeleo del banco podría estar en el archivador, pero está cerrado con llave. Y pensé: «¿Por qué lo habrá cerrado?».

Hubo una leve pausa antes de que respondiera.

—Ahí tengo información confidencial de mis clientes. Por eso lo cierro.

—Pero yo no voy a decirle nada a nadie sobre tus clientes, ¿verdad? Y hay cosas ahí que son mías, como los papeles del banco, así que necesito acceso.

Él gruñó.

—Solo tenías que pedírmelo y te habría dado lo que querías.

—Me estás ocultando cosas.

Sam se rio, con una ligereza forzada que era claramente falsa.

—No, cariño, no lo hago. Cerrar el archivador y proteger el ordenador con contraseña es una costumbre. Una práctica empresarial normal.

—De acuerdo —concedió ella—. Pero ¿qué pasa con la carta que dice que nos han denegado el permiso de obras? No has dicho ni una palabra sobre eso y está fechada hace tres semanas.

Él entrecerró los ojos y dijo con una nota defensiva en la voz:

—Lo estoy solucionando. No es ningún problema. Los comités de urbanismo a veces son muy tiquismiquis, pero a mí nunca me han denegado un permiso. Siempre hay una salida si tienes paciencia.

¿Tenía razón? Ella no lo sabía, ya que hasta ese momento no había tenido experiencia directa en el proceso de construir una casa. Empezaba a sentirse menos segura de sí misma.

—¿Qué pasa con el montón de facturas que hay en la parte inferior de la bandeja? —Sam parpadeó—. No parecen auténticas.

Él la miró fijamente. Ella le devolvió la mirada y supo que le había asestado un duro golpe porque, por una vez, él no tenía una respuesta preparada. Se pasó una mano por el pelo y apretó la mandíbula mientras se alejaba de ella. Su rostro se ensombreció.

—¿Qué quieres decir? —Había un tono duro en su voz, ira en sus ojos, y ella supo que había ido demasiado lejos.

Maldijo su estupidez. No era el momento de tener otro enfrentamiento. Era el momento de hacerle creer que todo iba bien, de hacer que se relajara y esperar a que fuera al baño para salir corriendo. Eso era lo único que tenía que hacer, pero no… se había empeñado en buscar respuestas. En el peor momento posible, sus

instintos de terrier habían impedido que hiciera lo que tenía que hacer.

Cerró los ojos y respiró hondo. La adrenalina recorrió su cuerpo, aceleró su corazón y aclaró sus pensamientos.

—Lo siento mucho, cariño. —Soltó un gran suspiro—. No me siento yo mismo. Me duele tanto el cuello que no puedo pensar con claridad. —Abrió los ojos y le dedicó una sonrisa de disculpa—. Ya sabes cómo soy. No puedo aceptar ciegamente las cosas. Nunca he sido capaz de hacerlo. Sabes que soy así, ¿verdad?

La mirada de Sam no vaciló, y ella no estaba segura de que se hubiera creído el cambio en su comportamiento. Su actuación no estaba funcionando. Se frotó las sienes, haciendo una mueca de dolor.

—Sé que has estado preocupado por el dinero y quería ver por mí misma nuestra situación financiera, por si podía hacer algo para ayudar, como transferir algo más a la cuenta de la casa, por ejemplo. —¿La mención de más dinero lo convencería? No. La mirada iracunda de su cara decía lo contrario. Cada vez se sentía más desesperada, pero no podía dejar que él se diera cuenta; tenía que seguir fingiendo—. Y quería ver cómo progresaba la casa. —Levantó las manos—. Sé que no debería haber estado hurgando en tu despacho, pero era la única forma que tenía de averiguar algo, porque tú solo me cuentas generalidades. Siempre dices que todo está bien. Pero yo sé que no lo está.

—Por el amor de Dios, Emma. —Levantó las manos en señal de frustración—. No puedo más. Este embarazo ha afectado mucho a tu razonamiento. —La señaló con el dedo—. No escuchas lo que digo y ahora me acusas de… ¿qué? Ni siquiera sé a dónde quieres llegar con todo esto. Ya me has acusado de tener otra mujer, ¿y ahora crees que te estoy *robando*?

Lo dijo como si fuera la acusación más descabellada que hubiera

podido hacer, pero era exactamente lo que pensaba.

Se dio la vuelta y salió del dormitorio, cerrando la puerta tras de sí, haciéndola dar un respingo. Oyó cómo bajaba las escaleras y, un momento después, la puerta principal se cerró de golpe.

Emma temblaba y se sentía muy nerviosa. Se acercó a la ventana; aún podía ver su coche en el camino, pero no había rastro de él. «Habrá ido a dar un paseo para despejarse», pensó.

Exhaló un suspiro, aliviada por una parte, aunque por otra tenía la sensación de que sus preocupaciones estaban justificadas. No le había dado ninguna explicación sensata sobre su relación con Marcey y ella le había pillado con lo de las facturas. No se había equivocado, eran falsas. Y su comportamiento había cambiado completamente ahora que todo estaba al descubierto. No había duda de que estaba furioso con ella y quién sabía lo que haría en ese estado.

«¡Venga, márchate!».

Con un sobresalto, se dio cuenta de que era su oportunidad. Cogió su bolsa y se apresuró a bajar las escaleras, deteniéndose solo para recoger su portátil. Todo su trabajo estaba allí, así que tenía que ir con ella si ese era el final. Si no iba a volver.

El pensamiento le provocó una oleada de emoción y lágrimas en los ojos. No debía ser así, pero no tenía sentido desear que las cosas fueran diferentes. Tenía que anteponer su seguridad y la del bebé.

Había dejado el teléfono en la encimera, pero ya no estaba allí y una mirada frenética por el salón le indicó que no estaba por ninguna parte. «Lo ha cogido él». ¿Por qué lo haría? Su mente respondió de inmediato: «Así que no puedo llamar para pedir ayuda». Su inquietud aumentó un par de grados más. Un vistazo a la cocina le dijo que no solo se había llevado sus llaves, también había cogido las de ella.

El miedo iba en aumento y la sensación de peligro dificultaba la

respiración. «Lárgate de aquí».

Agarró el pomo de la puerta y lo giró. Pero no se abría. Lo intentó de nuevo, pensando que podía estar atascado, y empezó a tirar con todas sus fuerzas hasta que se dio cuenta. La había encerrado.

Su mente se llenó de imágenes de llamas serpenteando por las cortinas, vigas de madera crepitando y escupiendo, y humo llenando sus pulmones. Golpeó la puerta con los puños, hasta que, magullada y dolorida, empezó a gritar con todas sus fuerzas. Pero lo único que pudo oír como respuesta fue el silencio.

CAPÍTULO 26

Emma dejó de gritar. No parecía que Sam fuera a responder y, de todas formas, ¿quién más iba a oírla? La casa estaba en medio de la nada y la granja más cercana, a unos cuatrocientos metros de distancia. Tenía que usar el cerebro. Era lo único que podría salvarla.

Su respiración estaba bastante agitada y su corazón latía tan rápido que su cuerpo temblaba. A pesar de sus cariñosas palabras minutos antes y su insistencia en que estaba poniendo a su familia en primer lugar, sus acciones no coincidían con esos sentimientos. Estaba convencida de que pretendía hacerle daño. ¿Por qué si no iba a encerrarla y a quitarle el teléfono? Respiró hondo varias veces y sintió que el bebé se retorcía dentro de ella, que cambiaba de posición. Fue una sensación extraña y tuvo que detenerse un momento para apoyarse en la encimera. En el silencio, oyó la voz de Sam fuera. Se acercó sigilosamente a la puerta principal y se asomó por el buzón, donde pudo verlo paseándose arriba y abajo, hablando por teléfono.

Estaba agitado, lo notaba, ya que su voz subía de tono mientras discutía con la persona que había al otro lado del teléfono.

—Mira, este no es el momento de tener una maldita discusión existencial. No me importa lo que debería o no debería haber hecho. O lo que hicimos o no acordamos. Solo podemos ocuparnos del aquí y ahora, y te necesito aquí para que me ayudes.

Sam se quedó en silencio mientras escuchaba.

—Faith, basta ya. Por favor. Por una vez deja de hacer preguntas, deja de sermonearme y ven a ayudar.

Más silencio. Más paseos.

Y murmuró:

—Gracias. Bien, ¿te veo en media hora? Y te prometo que te compensaré. Esta es la última vez. La última vez, ¿vale? —Dejó de andar—. Sí… sí. Nos vemos pronto.

Así que ya sabía que estaban juntos en *esto*, fuera lo que fuera.

Lo principal que había descubierto escuchando la conversación era que había llamado a Faith para que pedirle ayuda. También se había enterado de que no era la primera vez que ella se prestaba a echarle una mano. Quizá ella lo había ayudado a matar a Alice y a Marcey. No valía la pena pensar en ello. Se pasó la lengua por los labios resecos. Si hacían falta los dos para hacer lo que habían planeado, no podía ser nada bueno para ella, ¿verdad?

La bilis le subió por la garganta cuando le vinieron a la mente imágenes de asesinatos, y por un momento pensó que iba a vomitar. Sus manos se cerraron en un puño y los apretó contra su pecho mientras se obligaba a mantenerse fuerte. Era hora de pasar a la acción, no de desmoronarse.

De alguna manera, tenía que salir de la casa antes de que llegara Faith, encontrando una forma de persuadir a Sam para que abriera la puerta. Entonces podría encerrarlo o golpearlo y coger el coche para irse. Conducir le costaría mucho con el collarín, pero podía quitárselo durante un rato y aguantar el dolor si eso le permitía ponerse a salvo.

Le dolía todo el cuerpo después del accidente de coche; en ese momento le palpitaba el hombro, al mismo tiempo que el cuello. No iba a conseguir nada sintiéndose así; rebuscó en su bolso la caja de analgésicos y se tragó un par. No había tiempo para esperar a que funcionaran, pero con suerte harían su escapada un poco más llevadera.

El bebé volvió a retorcerse y ella se llevó la mano a la barriga.

Haría lo que fuera necesario para proteger esa vida que crecía en su interior, por mucho dolor que tuviera que pasar.

Y eso le dio una idea.

Cogió la bolsa del hospital y el bolso y los puso sobre la encimera, para que fueran lo primero que Sam viera cuando entrara. El corazón le latía tan deprisa que empezaba a marearse y a sudar.

«Sigue adelante —se dijo a sí misma—. Puedes hacerlo, sigue adelante». A pesar de sus palabras de ánimo, su corazón seguía retumbando en su pecho y su respiración era rápida e irregular. Estaba a punto de dejarse consumir por el pánico, con la mente llena de «y si…». «¿Y si no abre la puerta? ¿Y si prende fuego a la casa? ¿Y si me quema viva?». Un sollozo brotó de su garganta y, tambaleándose, se dirigió a la puerta principal y empezó a golpearla de nuevo.

—¡Sam! —gritó—. ¡Sam! El bebé está en camino.

En ese momento, se dio cuenta de que no estaba preparada y se giró, buscando un arma, algo que pudiera utilizar para derribar a su marido y así poder coger las llaves y escapar. Sus ojos se posaron en el botellero, situado en la encimera junto al frigorífico combi, y cogió una botella, la sujetó a su espalda con el brazo bueno mientras apoyaba el brazo malo en la barriga. Volvió a llamar a Sam y se agachó como si tuviera contracciones muy dolorosas.

No hubo respuesta. Obviamente no podía oírla. Se inclinó hacia el buzón y se asomó. Allí estaba, al final del camino de entrada.

—¡Sam! —gritó, tan fuerte como le permitieron sus pulmones. Él se giró y miró hacia la puerta—. ¡Sam! Estoy de parto. Ya viene el bebé. —Entonces dio un fuerte grito y lo vio correr por el camino hacia la casa.

Con rapidez, se colocó en posición, apoyada contra la pared, resoplando y jadeando mientras oía girar la llave en la cerradura y veía cómo empezaba a abrirse la puerta. En cuanto cruzó el umbral,

ella arremetió con la botella. Le había apuntado al costado de la cabeza, pero calculó mal y acabó dándole en la base del cráneo. La fuerza del golpe le hizo tambalearse hacia delante, balanceando los brazos para evitar caer. Pero tenía los pies mojados y se resbaló con las baldosas.

Lo vio tambalearse hacia delante y golpearse la cabeza contra la esquina de la barra de desayuno antes de caer al suelo con un ruido repugnante.

Se llevó las manos a la boca y contempló horrorizada el charco de sangre que empezaba a formarse alrededor de su cabeza y que crecía en el suelo de baldosas a cada segundo que pasaba. Sus ojos recorrieron el lugar donde yacía hasta la encimera donde se había golpeado la cabeza, observando una salpicadura de color carmesí, que marcaba el punto de impacto.

Se le revolvió el estómago. Eso no era lo que ella quería. Su intención había sido derribarlo, pero… Se acercó un paso, agachándose para verlo mejor. Tenía la cabeza girada hacia un lado y los ojos muy abiertos. No parpadeaba. Un hilillo de sangre salió de su nariz y llegó hasta la comisura de sus labios. No había ningún movimiento en su cuerpo. No subía ni baja el pecho. No reaccionaba.

Sam estaba muerto.

CAPÍTULO 27

Tragó saliva, casi sin poder respirar, con el cerebro paralizado. No creía lo que había pasado. No podía ser real. «¿Cómo puede estar muerto?».

Despacio, alargó una mano para tomarle el pulso, pero se dio cuenta de que no era buena idea y se la volvió a llevar al pecho. Huellas dactilares. ADN. Pruebas. Debía tener cuidado de no incriminarse a sí misma. A simple vista, parecía un accidente. Si lo encontraban en ese momento, cuando vieran las salpicaduras de sangre que había en la encimera, pensarían que había tropezado y que se había golpeado la cabeza. Y se la había golpeado de verdad. Sin intervención de terceros. Un accidente.

Esa palabra fue un bálsamo para su alma y se aferró a ella. *Un accidente.* Ella no lo había *matado*. No era una *asesina*. Sí, le había golpeado, pero el resto no era culpa suya. Si no hubiera estado paseando fuera y no hubiera entrado con los zapatos mojados y se hubiera resbalado con las baldosas, no habría ocurrido nada.

Sus ojos parecían contener una acusación y ella no pudo mirarlo ni un segundo más. Era muy difícil procesar lo que había pasado en un minuto; había entrado corriendo para ayudarla y, de repente, estaba… muerto. Un sollozo se alojó en su garganta, cogiéndola desprevenida, y antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, su cuerpo se agitaba de dolor, oleada tras oleada, brotando de ella en angustiosos aullidos. Cualesquiera que fueran las intenciones de Sam o la estafa en la que estaba metido, ella lo había amado. No podía negarlo. Durante un tiempo, ese hombre le había importado

más que cualquier otro ser humano del planeta. Él seguía siendo el padre de su bebé, seguía formando parte de lo que ella era ahora y de lo que sería en el futuro.

Las lágrimas gotearon de su nariz, se enderezó y todo empezó a dar vueltas y a arremolinarse por un momento mientras luchaba por controlar sus emociones. Sorbió por la nariz y se secó la cara con la manga. ¡Qué desastre! Estaba muy lejos de estar a salvo, ya que tenía un nuevo problema en el que pensar.

«Céntrate».

Un interruptor pareció activarse en su cerebro y pasó del modo de duelo al de huida. El pulso le zumbaba en los oídos, la adrenalina le recorría el cuerpo. «Sigue con el plan A», se dijo a sí misma. Faith podía llegar en cualquier momento. Dios mío, por un instante había olvidado que Faith estaba de camino. Le entraron otra vez las prisas.

Con cuidado, rodeó el cuerpo de Sam, volvió a colocar la botella de vino en el estante y cogió sus cosas de la encimera.

Su mirada se dirigió de nuevo hacia el cuerpo, con el estómago revuelto por el charco de sangre que aún se extendía por las baldosas.

—Oh, Dios mío —gimió—. Lo he matado. No quería matarlo.

«Ha sido un accidente —se recordó a sí misma—. Se ha resbalado, recuérdalo».

Corrió hacia la puerta. Si lograba escapar antes de que Faith llegara, no habría pruebas de que tenía algo que ver con la muerte de Sam. Solo resultaría sospechosa si seguía allí. La idea de que pudiera distanciarse de esa tragedia, de ese terrible accidente que había sufrido su marido, hizo que un nuevo torrente de adrenalina recorriera su cuerpo. Salió corriendo y el aire frío la golpeó como una bofetada en la cara. Pero el viento helado era mejor que el calor claustrofóbico de la cocina y el olor característico de la muerte.

Se había levantado un viento que agitaba las ramas de los fresnos

que rodeaban la casa, silbando a través de las ramas que se extendían hacia el cielo nocturno. No se sentía sola, tenía la idea de que la observaban y los pelos de la nuca se le erizaron.

«Aquí no hay nadie», se dijo a sí misma, mirando por encima del hombro; la luz de la puerta abierta se reflejaba en el camino. Vio el zapato de Sam, solo la puntera, pero fue suficiente para que le dieran arcadas, y se precipitó hacia el seto, incapaz de evitar el vómito.

«Sam está muerto». ¿Alguna vez sería esa realidad menos terrible?

Recordándose a sí misma que tenía que darse prisa, se limpió la boca con el dorso de la mano y se dirigió hacia el coche de Sam; intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Necesitaba las llaves. Estarían en el llavero con la llave de la casa, que se encontraba… todavía en la mano de Sam. Dentro de la casa. Probablemente estaría ya cubierta de sangre, dada la gran cantidad que goteaba de su cabeza.

Gimió con frustración y golpeó el coche con la palma de la mano. «¡Maldita sea!». Tendría que volver a entrar. La idea de tener que ver el cadáver de Sam una vez más hizo que se le revolviera el estómago de nuevo, pero era su única opción y tenía que hacerlo.

Se arrastró por la puerta, nerviosa y tensa. Era muy importante que no alterara la escena ni dejara nada que pudiera hacer pensar a la policía que no se trataba de un accidente. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Sam mientras intentaba no expulsar el contenido de su estómago, diciéndose a sí misma que podía hacerlo. Podía arrancar un juego de llaves de las manos de un hombre muerto, sin ningún problema.

Por desgracia, *sí* que iba a ser un problema, porque Sam estaba tumbado sobre la mano que sujetaba las llaves. ¡Cómo no! La ley de Murphy dictaba que tenía que ser así. Respiró hondo, se acuclilló a su lado y tanteó con cautela bajo su cuerpo en busca de su mano.

Todavía estaba caliente y apretaba las llaves con el puño. Por un momento, pensó que iba a vomitar de nuevo mientras le apartaba los dedos de la llave con cuidado, intentando no mirarlo mientras trabajaba. Era lo más horrible que había tenido que hacer en su vida.

Las llaves estaban pegajosas por la sangre, y no pudo evitar dejar una mancha en el suelo cuando tiró de ellas. Sacó un clínex del bolsillo y lo limpio a conciencia. Luego limpió también las llaves lo mejor que pudo y metió el clínex ensangrentado en el bolsillo del pantalón de Sam. No era lo más recomendable para no dejar pruebas, pero esperaba que pareciera que llevaba un pañuelo en el bolsillo cuando se cayó. No podía hacer otra cosa. Tenía que irse.

La adrenalina se disparó en sus venas mientras se apresuraba a salir de nuevo y cerraba la puerta tras de sí, consciente de que solo disponía de unos minutos para escapar. El coche de Sam era el típico coche de soltero: bajo y deportivo, muy poco práctico para la vida familiar, pero divertido de conducir. Sam había dicho que se pensaría cambiarlo, pero al final habían decidido conservarlo, ya que el suyo les serviría para las salidas familiares y a ella le gustaba salir a dar una vuelta en el deportivo de vez en cuando. Como pasajera. Nunca lo había conducido.

Abrió la puerta, dejó los bultos en el asiento del copiloto y se sentó en el del conductor, con la barriga apretada contra el volante. Tardó unos minutos en averiguar cómo poner el asiento más atrás, pero, una vez que lo hubo hecho, no podía alcanzar bien los pedales y, desde luego, no podía conducir así. Su corazón se hundió al darse cuenta de que su plan no iba a funcionar.

Salir del coche fue más difícil que entrar, ya que era demasiado bajo, y gimió de frustración mientras se tambaleaba. No podía tirar con fuerza de su brazo dañado para hacer palanca y cada movimiento le producía punzadas de dolor en el cuello. Estaba

atrapada, indefensa. Como un corcho en una botella. Lágrimas de frustración corrían por su rostro, la pesadilla se negaba a terminar.

Unos faros iluminaron el cielo y, por un momento, pensó que iban a pasar de largo. Entonces vio que se encendían las luces blancas de marcha atrás y que el vehículo entraba de culo en el camino de entrada, aparcando delante de ella y bloqueándola.

Era Faith.

CAPÍTULO 28

La mente de Emma se quedó en blanco y todo el razonamiento la abandonó cuando Faith abrió la puerta del coche y se bajó. «Ay Dios, ¿qué le voy a decir?». La principal prioridad era mantenerla fuera de la casa, para asegurarse de que no viera el cuerpo de Sam.

—¿Emma? —Faith se acercó a ella, claramente desconcertada al verla en el asiento del conductor del coche de Sam—. ¿Qué haces aquí fuera? ¿Estás bien?

Emma tenía la boca tan seca que no podía hablar, e hizo otro esfuerzo desesperado por salir del coche. Gritó de dolor al pellizcarse el hombro, y Faith se acercó, con la mano extendida.

—Dame la mano y deja que te ayude a salir de ahí.

Emma le agarró la mano y, tras un par de tirones, por fin pudo liberarse, agradecida por los segundos extra que había tenido para ordenar sus pensamientos. Se pasó la lengua por los labios secos; ya tenía claro cuál iba a ser su estrategia. Era lo único que podía funcionar, aunque las posibilidades de que lo hiciera eran remotas.

Si antes había pensado que su corazón no podía bombear más rápido, su cuerpo estaba decidido a demostrarle lo contrario, ya que estaba jadeando. Pero eso estaba bien. De hecho, era perfecto.

—Creo… Creo que estoy de parto —jadeó, agarrándose la barriga con las manos—. Ya he guardado la maleta, pero Sam no consigue arrancar el coche. Por eso estaba en el asiento del conductor, intentando que el motor arrancara mientras Sam intentaba averiguar qué le pasa. —Agarró el brazo de Faith y apretó con fuerza mientras

doblaba el torso, dejando escapar un fuerte gemido—. Gracias a Dios que estás aquí. ¿Puedes llevarme al hospital, por favor?

«¿Ha sido una mala idea?». Empezó a dudar de su instinto de alejar a Faith de la casa a toda costa; su cuerpo le recordaba el miedo que había sentido antes y la abrumadora sensación de que estaba en peligro. Pero ya era demasiado tarde. Tendría que pensar en algo una vez que estuvieran en el coche de Faith, pero, de momento, su objetivo era hacer que se diera la vuelta y se alejara de la casa.

—Dios mío. —El *shock* era evidente en los ojos de Faith. Era obvio que no se esperaba eso y Emma casi podía ver su cerebro trabajando mientras reaccionaba al cambio de plan. Faith miró hacia la casa y luego volvió a mirar a Emma, que emitió otro gemido en voz baja, con la mano apretando el brazo de Faith con tanta fuerza que la oyó jadear—. Claro… Bueno, sí. Por supuesto. Vamos. —Empezó a acompañar a Emma hacia su coche, luego dudó y miró a la casa de nuevo—. En mi coche hay espacio de sobra, no como en este juguetito. Sam puede venir con nosotras.

—¡No! —gritó Emma—. No, me dijo que te acompañara. Ha subido a la granja para ver si pueden venir a ayudarlo a cargar la batería; parece que está descargada. —Jadeó un poco, para seguir con el paripé—. De todos modos, la matrona dijo que el primer parto tarda una eternidad. Él vendrá después. No creo que tarde mucho. Hilda me ha llamado para decirme que bajarían pronto.

Faith pareció creer lo que Emma había dicho al pie de la letra y la ayudó a entrar en el lado del copiloto de su coche. Era un todoterreno muy elegante con una barra de remolque en la parte trasera. Robusto, fiable y seguro. Por qué necesitaba Faith un vehículo así era una cuestión que Emma no se habría atrevido a preguntar, pero en ese momento le parecía una bendición, ya que

podía meterse dentro sin problema. Y salir igual de fácil en caso de necesidad.

Faith le abrió la puerta del copiloto y dejó las llaves en el asiento del conductor mientras volvía al coche de Sam a por las cosas de Emma.

«No te atrevas a irte en coche con esa mujer», gritó una voz en la cabeza de Emma. Dudó entre sentarse y levantarse; no sabía si seguir adelante. Pero era la única opción, y Faith parecía más dispuesta a llevarla al hospital que a hacerle daño. Se sentó, con la mandíbula desencajada mientras cerraba la puerta, metiendo prisa en silencio a Faith para que pudieran largarse de allí cuanto antes.

—Puaj, ¿qué hay encima de tus bolsas? —dijo Faith mientras ponía el equipaje de Emma en el asiento trasero. Luego se calló, extendiendo las manos manchadas de sangre. Estaba pálida y consternada—. Dios mío, Emma, ¿estás sangrando? ¿No deberíamos llamar a una ambulancia? —Abrió la puerta y cogió el brazo de Emma, dispuesta a ayudarla a salir del coche. —Vamos, deja que te acompañe dentro.

—No, estoy bien. No pasa nada. Es normal. De todas formas, tardaremos menos en llegar al hospital en tu coche que si tenemos que esperar a que llegue una ambulancia.

—Pero yo no soy médico. ¿Y si empeoras por el camino? No tengo ni idea de lo que debo hacer. —Su voz era cada vez más alta; su discurso, más frenético; y sus ojos estaban cada vez más abiertos—. Podrías morir. El bebé podría morir. No, Emma, no voy a correr ese riesgo. —Le hizo señas para que saliera del coche—. Vamos, llamaremos a una ambulancia y esperaremos a que llegue. Al menos así podrán decirme qué debo hacer, y estarás más cómoda en casa que en el coche.

Emma reaccionó por instinto, apartando la mano ensangrentada de Faith y cerrando la puerta de golpe, pulsando luego el botón del

cierre centralizado. Faith golpeó la ventanilla mientras veía a Emma acercarse al asiento del conductor y coger las llaves.

—¿Qué estás haciendo? —chilló, con cara de horror al comprender las intenciones de Emma—. Abre la puerta.

Con muchos gruñidos y resoplidos, Emma se arrastró sobre la consola central y se sentó en el asiento del conductor. No fue una maniobra fácil debido a su enorme barriga y al collarín, pero la necesidad la empujaba a seguir adelante a pesar del dolor y las ganas de escapar consumían sus pensamientos. «No estás a salvo con ella».

Faith estaba en la parte trasera del coche, intentando abrir el maletero, cuando Emma encontró el botón de arranque. Por suerte, la posición de conducción estaba más alta en ese vehículo, y consiguió ajustar el asiento para poder colocarse detrás del volante y llegar a los pedales. Había un zumbido en su cabeza, la adrenalina corría por sus venas y su atención se centraba en una cosa y solo en una cosa: escapar.

Puso el coche en marcha y pisó a fondo el acelerador. Pero nunca había conducido un coche de ese tipo y, en lugar de avanzar, el coche salió disparado hacia atrás. Se oyó un golpe estremecedor al chocar con el coche de Sam, que estaba detrás. El coche dio una sacudida y se oyó un estruendo al romperse la ventanilla trasera en una lluvia de cristales, algunos de los cuales llegaron a golpear el reposacabezas de Emma.

El corazón le retumbaba en el pecho y las palmas de las manos le sudaban al intentar darse la vuelta para ver qué había sucedido. Pero el cuello no se lo permitió, así que, en lugar de eso, inclinó el espejo retrovisor y jadeó al ver medio cuerpo de Faith desplomado dentro de la ventanilla trasera, flácido y quieto, con las piernas colgando fuera de la vista.

Se quedó paralizada, incrédula, con la boca abierta mientras

buscaba señales de vida. Nunca había sido su intención hacerle daño. Solo quería largarse en el coche. Tenía el pecho tan tenso que apenas podía respirar y la consternación por lo ocurrido le congelaba el cerebro. Volvió a mirar para asegurarse de que no se lo estaba imaginando y retrocedió al ver el cuerpo inerte de Faith cubierto por una capa de cristales rotos.

«Dios mío, ¿qué he hecho? La he matado».

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 29

El tiempo parecía haberse detenido mientras seguía inmóvil en el asiento del conductor, con los ojos cerrados, como si no ver el resultado de sus acciones fuera a hacer que desaparecieran. Pero las imágenes se repetían en su cabeza hasta que no pudo soportarlo más. Tenía que moverse, hacer algo, cualquier cosa para dejar de ver la carnicería que había causado.

Salió del coche y se quedó de pie en el camino de entrada, preguntándose qué debía hacer. ¿Llamar a la policía y explicarles que dos personas habían muerto a causa de dos accidentes distintos? Aunque era cierto, hasta a ella le sonaba improbable. Como no había ningún testigo, obviamente sería la principal sospechosa, ¿y cómo podría demostrar su inocencia? No creía que pudiera. Además, si la policía se involucraba, había muchas posibilidades de que descubrieran que era bígama.

«Nada de policía».

El pánico revoloteó en su pecho; su respiración resultaba visible en el frío aire nocturno. Se estremeció y sus ojos se movieron entre la casa y el coche de Faith. Se dio cuenta de que su única opción era huir. Cogió las bolsas del asiento trasero y se dio la vuelta para marcharse, antes de darse cuenta de que había dejado demasiadas pruebas por todo el coche de Faith. Encontró un paquete de toallitas antibacterianas en su bolso y limpió metódicamente todas las superficies que podía haber tocado, tanto dentro como fuera del coche, manteniendo cuidadosamente la mirada apartada del cuerpo de Faith. Una vez segura de que había borrado todas las huellas,

metió el montón de toallitas usadas en la bolsa y volvió a coger su equipaje.

Por un momento, se quedó de pie en el camino de entrada, con el viento arremolinándose a su alrededor, susurrando entre los árboles como si hubiera un público de espectadores consternados murmurando sobre lo que había hecho. Acusándola. Se mordió el labio y un gemido agudo llenó sus oídos. «¿Cómo es posible que haya sucedido esto? Mira este lugar, esta preciosa casita con las luces aún encendidas». Desde fuera parecía una casa acogedora, no el escenario de un asesinato. Le subió bilis por la garganta y se la tragó. «De dos asesinatos», corrigió la voz que había en su cabeza.

Su aliento se entrecortaba en su garganta y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Era increíble cómo había cambiado todo tan drásticamente en el espacio de media hora. No parecía real. Era peor que la pesadilla más terrible que había tenido nunca. Pero *sí* que era real, y tenía que afrontarlo y decidir lo que iba a hacer a continuación. Y estar allí, en la escena de un crimen, no era una buena idea.

Respiró hondo y empezó a caminar por el sendero hacia la carretera principal. «Piensa en el bebé», se dijo a sí misma. Confesar lo que había hecho e ir a la cárcel no era la mejor opción para su hijo. Tenía que hacer lo que fuera mejor para el bien de los dos.

Lo principal era alejarse todo lo posible, y luego pensar en cómo establecer una coartada. No había tiempo para montar un robo o intentar echar la culpa a otra persona. El truco estaba en irse a otro lugar y fingir que había estado allí todo el tiempo. Lejos de la casa de campo.

En su prisa por salir de casa, no había pensado en coger el abrigo, y el aire nocturno era frío y húmedo por la llovizna. Un escalofrío la recorrió mientras avanzaba hacia la carretera, obligando a su cerebro a pensar. Lo primero que le vino a la mente fueron las

cámaras de seguridad y eso la hizo gemir. Estaban por todas partes, debía tener cuidado.

Una idea la hizo detenerse. No tenía teléfono, porque Sam se lo había quitado, pero sí su portátil. Lo sacó de la bolsa y lo abrió, aliviada al ver que aún estaba lo bastante cerca de la casa como para acceder al wifi. Pidió un Uber para que la recogiera en la plaza del mercado, en pleno centro de Appleby, para que la llevara a la estación de Penrith. Una vez allí, podría decidir su próximo movimiento. El conductor no sabría de dónde venía, ni siquiera si vivía en la zona. Era una noche oscura, y estaba segura de que no le prestaría mucha atención. Iría a Penrith, se cambiaría de ropa y quizá se aventurase a coger un tren. O tal vez no, si consideraba que el riesgo de ser descubierta era demasiado alto. «Paso a paso», se dijo a sí misma. Tendría que improvisar sobre la marcha.

Enderezó los hombros y se puso de nuevo en camino, cantando una canción de marcha que había aprendido de niña para animarse a seguir adelante y olvidarse de todo lo que había hecho. Al cabo de un kilómetro y medio, tuvo que parar a descansar, refugiándose detrás de un árbol grande, fuera de la vista de la carretera. Lo que más deseaba en el mundo era tumbarse y dormir. Anhelaba que se acabara todo.

El Uber se retrasó diez minutos y, para cuando llegó, Emma temblaba sin control. Se dio cuenta de que no había sido una idea brillante, pero no estaba segura de qué otra cosa podía haber hecho. Esperaba que el conductor no se fijara mucho en ella, pero su aspecto iba a suscitar todo tipo de preguntas. El pelo le colgaba en mechones húmedos, el jersey estaba empapado y los pies le rechinaban en las zapatillas. Al menos llevaba un calzado decente para caminar, pero, si no se calentaba pronto, acabaría con hipotermia.

La conductora era una mujer de aspecto severo, con cara cuadrada

y pelo rubio recogido en una coleta alta y desgreñada. Se bajó para meter las bolsas de Emma en el maletero, pero Emma se aferró a ellas, queriendo tenerlas cerca por si tenía que salir precipitadamente por algún motivo.

—Como quieras —le dijo la mujer, abriéndole la puerta trasera y observándola mientras entraba.

Emma se había quitado el collarín del cuello porque era demasiado llamativo, por lo que sentía la cabeza insegura y los músculos y ligamentos dañados le gritaban cada vez que se movía. Fue imposible evitar algún que otro gruñido de dolor mientras se acomodaba, con la bolsa mojada sobre el regazo.

La conductora la miró, frunciendo el ceño.

—¿Llevas mucho tiempo esperando, cielo? Estás calada. No te preocupes por la tapicería, estas fundas impermeables son maravillosas. Son antimanchas. —Se rio—. Eso sí, no me gustaría que tuvieras al bebé en el asiento trasero. —Puso una mano en el hombro de Emma y su rostro se suavizó al mirarla a través de la puerta abierta—. Vamos al hospital, ¿verdad?

La mente de Emma se detuvo en seco. Una mujer embarazada que va al hospital, ¿qué podría haber más normal que eso? Podía pedir que la llevara a la unidad de maternidad y volver a salir cuando se hubiera ido el Uber. Pero eso haría que se acordara de ella, ¿no? Y… estaban las cámaras.

—Voy a casa de una amiga que vive en Penrith —dijo, con los dientes castañeteándole tan fuerte que le costaba hablar.

—Oh, perdona. ¿Me he equivocado? —Había preocupación en los ojos de la mujer, que tenía el ceño fruncido formando una serie de ondas en su frente—. Por las muecas que hacías al entrar, he supuesto que estabas de parto.

—Es por la ciática —dijo Emma, mirando hacia delante a través del

parabrisas, esperando que eso pusiera fin a la conversación—. Aún no he salido de cuentas.

Apretó la mandíbula con fuerza, tratando de controlar el escalofrío, no dispuesta a participar más en esa conversación. Iba a acabar diciendo algo que no quería y daría una pequeña pista. Lo mejor era callarse y, con suerte, la mujer captaría la indirecta y dejaría de hacer preguntas.

La conductora cerró la puerta trasera, subió al asiento del conductor, se puso el cinturón y lo aseguró. Luego se dio la vuelta y miró a Emma.

—¿Estás segura de que estás bien, cielo? Es tarde, es invierno, llueve y estabas esperando en la calle sin abrigo. —Suspiró—. No me parece algo normal. Y menos en tu estado.

Emma apretó los labios, decidida a no hablar, pensando que no había hecho bien las cosas, pero ya era demasiado tarde. Tras un interminable minuto de silencio, la mujer sacudió un poco la cabeza, arrancó el coche y salió del aparcamiento hacia la carretera principal. Emma se metió las manos bajo las axilas, esperando que eso ayudara a despertar sus dedos entumecidos. También tenía los dedos de los pies congelados, tanto que ni siquiera podía moverlos. Los escalofríos no cesaban, solo oía el ruido de sus dientes. Estaba segura de que la conductora también podía oírlos.

—Voy a subir la calefacción, ¿vale? —Una pregunta retórica aparentemente, ya que no esperó a que Emma respondiera. Jugueteó con algunos controles y un ventilador se puso en marcha, enviando una ráfaga de aire caliente más que bienvenida a la cara de Emma.

Cerró los ojos, disfrutando del calor, con el cuerpo todavía convulsionando por ataques de escalofríos. El agua le resbalaba por el pelo y el cuello, y se dio cuenta de que no era buena idea viajar a ningún sitio en ese estado. Tenía ropa de repuesto en la bolsa del

hospital, por lo que podría cambiarse en cuanto se presentara la ocasión. Y una toalla para secarse el pelo. De hecho, podía hacerlo allí mismo.

Mientras la conductora se concentraba en la carretera, Emma se secó el pelo lo mejor que pudo, lo que supuso una gran mejora. Luego se cambió la camiseta, lo que no fue fácil con el coche en movimiento, y no pudo evitar soltar un par de gemidos de dolor al golpearse las heridas. Pero mereció la pena, y con la calefacción a tope, el aire del coche ya era agradable y cálido. Guardó las prendas mojadas en una bolsa que había metido para dejar la ropa sucia durante su estancia en el hospital y se acomodó en el asiento. Aún tenía las piernas mojadas, pero podría cambiarse de pantalones cuando encontrara un baño público.

La lluvia salpicaba las ventanillas y los neumáticos del coche chapoteaban en los charcos mientras avanzaban. Ahora caía con más fuerza y el viento era más fuerte. Se mordió el labio, preocupada por no ir bien vestida para el tiempo que parecía estar convirtiéndose en tormenta. Y, si volvía a mojarse, ya no tenía ropa seca de repuesto. Ni abrigo para protegerse del frío. En cuanto saliera del coche, sentiría la humedad. Pensar en ello le revolvía el estómago.

Diez minutos más tarde, el coche se detuvo delante de la estación de tren de Penrith. La mujer se dio la vuelta en su asiento y miró fijamente a Emma.

—Tienes un moratón muy feo en la cara, cielo. Y no he podido evitar oírte gemir mientras te cambiabas. Ese moratón no es la única herida que tienes, ¿verdad?

—Tuve un accidente de coche —dijo Emma.

—Claro —dijo la mujer; estaba claro que no la creía—. Bueno, ya hemos llegado. Aquí es donde querías que te dejara, ¿no?

Emma vaciló; la inquietud la retenía mientras miraba las láminas de

lluvia.

—¿Seguro que no quieres que te lleve al hospital para que te miren las heridas?

—No. No. —Por muy insegura que estuviera Emma sobre lo que iba a hacer a continuación, sabía que no quería ir al hospital, ya que tendría que dar su nombre y quedaría registrado que estaba allí, y eso significaba que la policía la encontraría—. No puedo. Mi… Mi marido… —Oh Dios, ¿por qué había dicho eso? Empezó a sentir náuseas y estaba segura de que iba a vomitar.

—Perdóname si lo he entendido mal —dijo la mujer, en voz baja—, pero ¿estás huyendo de tu marido? ¿Es eso lo que está pasando?

Emma esperó un momento mientras consideraba sus opciones.

—Sí —murmuró ella, porque esa era la verdad. Podría estar muerto, pero ella seguía huyendo de él y de las consecuencias de sus actos. Una imagen del cuerpo sin vida de Faith se hizo más nítida en su mente. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y un sollozo se le atascó en la garganta. Nada de lo que había ocurrido era culpa suya. Ellos habían sido los culpables. Por querer hacerle daño. Quién sabe qué habría pasado si no hubiera actuado en defensa propia. Probablemente se estaría achicharrando en ese mismo momento. Ese pensamiento hizo que sollozara con más fuerza; no soportaba la desesperanza de su situación.

La mujer sacudió la cabeza, con ira en los ojos.

—Menudo cabrón. Sabía que algo iba mal. Y sé exactamente cómo te sientes, porque yo también he pasado por lo mismo. Déjame decirte que alejarte de la escoria que abusa de una mujer, sobre todo cuando está embarazada, es la mejor decisión que has tomado nunca. —Negó con la cabeza y se frotó la frente—. Mira, ¿por qué no te llevo al refugio de mujeres? No te harán preguntas, pero te cuidarán, te darán una cama para pasar la noche y allí podrás entrar en calor. ¿Qué te parece? Así tendrás tiempo para decidir qué hacer

a continuación, y nadie sabrá que estás allí a menos que tú quieras. —Esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Son gente encantadora.

Los sollozos de Emma cesaron. Por fin, el universo le daba un respiro. Era la solución perfecta, al menos por esa noche. Al día siguiente se levantaría como nueva, seca y caliente, y pensando con claridad.

—Gracias —jadeó, secándose las lágrimas—. Muchas gracias.

El refugio estaba ubicado en un gran edificio victoriano antiguo, que no parecía haber sido redecorado en mucho tiempo. Pero era alegre y acogedor, y tenía tres sofás agrupados alrededor de una chimenea en el salón común. Había un comedor al fondo con una cocina en un lateral.

Se puso sus pantalones secos y Laura, la encargada, la envolvió en una colorida manta de punto y la sentó frente al fuego con una taza de chocolate caliente en las manos.

—Ahora tienes mucho mejor color —dijo, mientras cogía la bolsa con la ropa mojada de Emma—. La voy a meter en la lavadora, ¿de acuerdo? —Tenía el pelo castaño, grandes ojos color avellana y una sonrisa que dejaba ver que le faltaban los dientes delanteros. Emma asintió, muy agradecida de que la cuidaran. Además, le iban a lavar la ropa, y así desaparecerían las manchas de sangre, ¡qué suerte había tenido!—. Menos mal que Denise era la conductora de tu Uber —continuó Laura—. No podías quedarte ahí fuera en una noche como esta. ¿A dónde ibas a ir?

—Ha sido muy buena conmigo —dijo Emma, mirando el fuego, sintiéndose segura por primera vez desde que había encontrado aquel artículo en la clínica de obstetricia dos días antes—. Si te soy sincera, no sabía a dónde ir, pero tenía que huir. Esa era mi prioridad.

Se sentaron y charlaron un rato, hablando de bebés y embarazos y de todos los dolores y molestias asociados, hasta que ella sintió que

se le cerraban los ojos. Ya era tarde y todo el mundo parecía haberse ido a la cama. Laura la acompañó hasta una habitación del primer piso, con una cama individual, una cómoda y un cuarto de baño. Sencilla pero adecuada para la única noche que pensaba pasar allí.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —dijo—, pero ya lo hablaremos mañana. Vete a la cama, nos vemos por la mañana, ¿vale? Baja cuando quieras. Hay té y café en la esquina del comedor. Y siempre hay agua caliente en el hervidor y leche en la nevera que hay en la parte de debajo.

Una vez que Laura se hubo ido, Emma se sentó en la cama, rígida y dolorida y absolutamente dispuesta a tumbarse.

«Desaparece gente todo el tiempo», se dijo mientras se tumbaba en el colchón, intentando encontrar una postura cómoda. Era difícil encontrar a alguien que no quería ser encontrado. Miles de personas se extraviaban cada año, y ella podría ser una de ellas. Se reinventaría a sí misma.

«¿Y a cuántas de ellas las buscan por asesinato?».

Eso era diferente a simplemente desaparecer. Eso era fugarse. Incumplir sus deberes como ciudadana responsable. Lo que debería haber hecho era llamar a la policía y haberles contado lo que había ocurrido. Pero no lo había hecho y ahora era demasiado tarde. Iba a estar huyendo el resto de su vida.

Otra idea surgió en su cerebro, y asintió para sí misma mientras la dejaba desarrollarse, con una sensación de esperanza floreciendo en su pecho. «Tal vez tenga opciones después de todo».

CAPÍTULO 30

Emma se levantó temprano, incapaz de descansar en una habitación desconocida, tumbada en un colchón que ofrecía poco apoyo a su cuerpo de embarazada. La idea se le había ocurrido durante la noche, después de darle innumerables vueltas a la cabeza. No dejaba de pensar en ella y estaba convencida de que era la mejor solución posible. Fue a buscar a Laura, que estaba en el lavadero, al lado de la cocina, poniendo una colada.

—Ah, buenos días —dijo Laura con una sonrisa, mientras ponía en marcha la lavadora, y se limpió las manos en el delantal—. No has dormido muy bien, ¿verdad? —Sus ojos recorrieron el rostro de Emma—. Nadie lo hace su primera noche, pero te acostumbrarás.

Emma tiró del dobladillo de la camiseta y se la bajó hasta el vientre. Le quedaba un poco pequeña, pero era la única que se había llevado.

—He estado pensando. —Se mordió el labio, dudando de si estaba haciendo lo correcto, aunque era la única respuesta que tenía sentido. «Sé valiente», se dijo a sí misma, aclarándose la garganta para hablar—. Necesito volver para recoger algunas de mis cosas. —Volvió a tirarse de la camiseta—. Solo me he traído la bolsa del hospital.

Laura enarcó una ceja, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la encimera.

—¿Estás segura? ¿Crees que estarás a salvo? —El tono de su voz, su comportamiento, lo decía todo. Le parecía una idea terrible.

Emma apartó la mirada, incapaz de soportar el escrutinio. Sabía

que su sugerencia era contraria al sentido común. No hay muchas mujeres maltratadas que volvieran corriendo a casa después de haber encontrado un lugar seguro, pero ella sentía que tenía una excusa válida, una buena razón para tener que volver: recoger algunas cosas vitales. Se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé, pero existe la posibilidad de que no esté allí. Puede que esté en la parcela.

—¿En parcela? ¿A qué se dedica?

—Es arquitecto. Se supone que nos estamos haciendo una casa nueva. Por eso nos peleamos, porque parece que no hay ningún avance. —Puso cara de disculpa—. ¿Crees que… podría venir alguien conmigo?

Laura asintió, frunciendo el ceño.

—Vale… Supongo que no tardarás mucho si solo vas a coger algunas cosas. Tengo un par de recados que hacer por la mañana, pero, si no te importa esperar hasta la hora de comer, puedo acompañarte. Te ayudaré a coger lo que necesitas. —Hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro—. Por cierto, he metido tu ropa en la lavadora. Está en ese cesto, junto a la pared. Puedo meterla en la secadora si necesitas algo enseguida.

Emma se miró los pies descalzos, incapaz de ocultar su alivio. Su ropa y zapatos estaban limpios y todas las huellas, eliminadas.

—Me vendrían bien las zapatillas. No tengo más zapatos. Solo guardé un par de pantuflas.

—Bueno, la secadora está por allí. —Laura señaló una puerta que había detrás de ellas—. Si las metes ahora, estarán listas para cuando nos vayamos. Mientras tanto, si necesitas algo, tenemos un armario lleno de ropa en el rellano del primer piso. No creo que haya mucha ropa premamá, pero echa un vistazo si quieres. Coge algunas cosas por si cambias de opinión. —Miró a Emma con complicidad—. Puede que decidas que no estás preparada para volver a entrar en

casa cuando lleguemos. Sobre todo, si tu marido está allí. —Le puso una mano en el brazo y le dio un suave apretón—. Y no pasa nada. Tú decides. Yo también he pasado por eso. Sé que la decisión de irse es una lucha. Lo entiendo.

Emma esbozó una débil sonrisa, con los nervios a flor de piel.

—Gracias. Veré cómo me siento cuando nos acerquemos. —Apretó los ojos y suspiró con fuerza—. Sinceramente, nunca imaginé que fuera así. No cambió hasta que me quedé embarazada.

Laura resopló.

—Por desgracia, es el pan de cada día.

Emma asintió.

—Te estoy muy agradecida por lo bien que te estás portando conmigo.

—No me tienes que dar las gracias, cielo. Tenemos que cuidarnos mutuamente, ¿no? —Laura le pasó un brazo por los hombros y le dio un abrazo rápido—. A ver, ¿qué te apetece desayunar?

Emma subió a su habitación un par de tostadas y una taza de infusión de menta, evitando a las demás residentes. De ninguna manera iba a sentarse en un comedor repleto de gente, que estaría mirándola e intentaría entablar conversación con ella, haciéndole preguntas. Sería mejor permanecer en el anonimato por el momento, hasta que pudiera ver cómo se desarrollaban las cosas.

Repasó su plan mentalmente, probándolo una vez más para asegurarse de que era lo correcto. Con Laura como testigo, «descubriría» la escena del crimen por primera vez, fingiendo que no tenía ni idea de cómo había ocurrido algo tan terrible. Ella diría que Sam debía haber discutido con su hermana, y que habría habido algún tipo de altercado que había acabado de forma violenta, ya que tenían una relación bastante volátil. Luego debió resbalar al entrar y se golpeó la cabeza con la encimera. Podía señalar las pruebas, argumentar de forma convincente el escenario que había creado.

«A menos que alguien los haya encontrado primero y haya avisado a las autoridades».

En ese caso, la policía vería su conmoción y horror al descubrir lo ocurrido. Sus huellas estarían por todas partes porque vivía allí. Su relato sería convincente porque no se alejaba demasiado de la verdad, con la salvedad de culpar a Sam de atropellar a su hermana. Ninguna de las dos muertes había sido un asesinato, ambas habían sido accidentes, y seguramente los forenses llegarían a esa conclusión de todos modos. Con suerte, la hora de la muerte no estaría demasiado clara, y podría argumentar que debió ocurrir después de que ella se hubiera marchado.

¿Quién iba a creer que una mujer embarazada, con un latigazo cervical y un hombro dañado, que llevaba un collarín, podía haber causado ningún daño a nadie? Sí, era un movimiento audaz, pero confiaba en que podría salirse con la suya. Tenía que hacerlo.

La alternativa, por supuesto, era huir, pero esa idea era muy poco atractiva. Lo perdería todo. Su dinero, sus comodidades, su vida, y tendría que pasar el resto de sus días huyendo. Esa no era forma de vivir, siempre mirando por encima del hombro, con miedo de que alguien la encontrara. Tampoco era forma de criar a un niño, en constante movimiento, viviendo en una red de mentiras y engaños.

El bebé pataleó, recordándole otra razón por la que huir no era una opción. En algún momento tendría que ir al hospital a dar a luz, dar su nombre y su número de la sanidad pública. «Los culpables huyen». En cambio, volver a casa, a la escena del crimen, como si esperara que todo fuera normal, la haría parecer menos sospechosa.

Asintió para sí mientras se sentaba en el borde de la cama, mordiéndose una uña mientras esperaba. «Nunca descubrirán lo que he hecho. Nunca sabrán toda la verdad».

Cuando se pusieron en camino hacia Appleby, Emma ya llevaba puesto el collarín, no solo porque le dolía demasiado subir a un

coche sin él, sino sobre todo porque le servía de apoyo en su afirmación de que era una mujer maltratada. Por la misma razón, no había intentado disimular las manchas oscuras que tenía bajo los ojos ni hacer nada con su pelo lacio y desgreñado.

El peso de lo sucedido el día anterior parecía haberla alcanzado de lleno, haciendo que sus extremidades parecieran hechas de plomo. ¿Cómo podría vivir con la culpa, sabiendo que había muerto gente por sus acciones? Se recordaba constantemente a sí misma que se había tratado de accidentes, aunque esas palabras ahora parecían vacías y no contribuían a cambiar su ansioso estado de ánimo.

—Espero que no te importe que te lo pregunte… ¿Qué te ha pasado? —preguntó Laura cuando se pusieron en camino hacia Appleby—. Me refiero a tu cuello. ¿Te lo hizo él?

Emma se miró las manos, anudadas sobre el regazo. La pregunta la había pillado desprevenida. ¿Hasta qué punto debía acercarse a la verdad? Decidió que no se acercaría mucho, ya que hacerse daño en un accidente de coche no la convertía en una mujer maltratada. Y, si no era víctima de maltrato doméstico, no podía acogerse a la protección de Laura. Decidió no contestar y se puso a mirar por la ventana los campos y las colinas que se alzaban a lo lejos.

Laura no presionó para obtener una respuesta, sino que puso la radio para llenar el silencio, cosa que Emma agradeció.

Su mente la llevó de vuelta a la noche anterior, al terror que había sentido, a la certeza absoluta de que estaba en peligro. Había sido tan real que no había tenido más remedio que actuar para protegerse a sí misma y a su bebé. Sam la había encerrado, por el amor de Dios. Ahora nunca sabría la verdad, pero cualesquiera que fueran sus intenciones, sus acciones habían conducido a esa horrible situación. Y estaba decidida a salir de ella.

«Me lo merezco», pensó, mientras veía pasar el paisaje, los campos de vacas y ovejas, bordeados de setos y salpicados de árboles. Lo

que le había ocurrido había sido el karma, vengándose de ella por abandonar a Zach. Nunca había sido tan consciente de su propia duplicidad. Pero, por mucho que ella mereciera ser castigada, su bebé no lo merecía en absoluto. Pasara lo que pasara, tenía que ser algo bueno para su hijo.

Se estaban acercando y se preparó para la espeluznante escena que sabía que iban a encontrarse. Su pulso latía con fuerza, silbando en sus oídos, mientras imaginaba cuál sería la reacción de Laura.

«Calma, calma», repetía en silencio mientras intentaba hacer los ejercicios de respiración que había aprendido en las clases de preparación al parto.

—¿Estás bien, cielo? —Laura la miró con preocupación en los ojos —. ¿Necesitas que pare? O podemos dar la vuelta y volver a Penrith si quieres.

Emma le dedicó una sonrisa rápida.

—No. No, estoy bien, solo un poco nerviosa, pero tengo que afrontar esto. Y necesito mis cosas.

—Vale, pero en cuánto me lo digas paro, ¿de acuerdo? Podemos venir otro día si es demasiado pronto.

Emma juntó las manos, sintiendo que su valentía disminuía cada vez que Laura decía que podían dar la vuelta. «No hay marcha atrás —se dijo a sí misma—. Tienes que hacerlo».

—Gracias —murmuró, y lanzó un suspiro profundo—. Pero quiero acabar con esto de una vez por todas, así podré empezar a pensar en el futuro. Con suerte no estará en casa, y podré entrar y salir sin tener que verle la cara.

Laura extendió la mano y le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Admiro tu valentía, cielo. Yo tardé meses en pensar en volver. Eso sí, para entonces él ya había tirado todas mis cosas, así que probablemente tu estrategia sea acertada.

El camino hasta la casa estaba tranquilo. No había señales de

coches de policía. No hay ambulancias ni luces intermitentes. En general, muy poca gente utilizaba ese camino. Aparte del cartero, solo lo usaba la familia de Hilda si tenían que trasladar ovejas o hacer algo en los campos que había más allá de la casa. Había muchas posibilidades de que la escena estuviera tal como ella la había dejado.

Cerró los ojos cuando se acercaron, sin atreverse a mirar.

—¿Es aquí? —preguntó Laura, deteniendo el coche. Emma mantenía los ojos cerrados. «Solo un minuto más».

Finalmente, abrió un poco los ojos, echó un vistazo rápido y jadeó.

CAPÍTULO 31

La casa parecía completamente normal. Una bonita casita de campo rodeada de árboles, como la primera foto que había visto. El camino de entrada estaba vacío. Las luces estaban apagadas. Giró la cabeza de izquierda a derecha y viceversa para comprobar que no se le había escapado nada.

Los coches no estaban. Faith, o mejor dicho su cuerpo, se había ido. ¿Significaba eso que la policía ya había estado allí? Pero entonces… ¿no sería una escena del crimen? ¿Y habría cinta policial por todas partes, gente vestida de blanco buscando pruebas forenses? Eso era lo que esperaba ver. «Entonces, ¿qué demonios está pasando aquí?».

Se retorció las manos sobre el regazo. ¿Había ocurrido de verdad o se había vuelto loca y se lo había imaginado todo? Psicosis del embarazo. Recordaba que los síntomas incluían alucinaciones, ver cosas que no estaban ahí.

—¿Emma? —volvió a preguntar Laura.

—Sí —dijo ella, sacudiendo la cabeza para salir del torbellino de sus pensamientos—. Es aquí. —Contempló la casa, pensando que estaba demasiado extraña, tan diferente a como esperaba que estuviera que no podía comprender lo que podía haber pasado.

—No parece que haya nadie, ¿verdad? —Laura metió el coche en la entrada y se detuvo—. ¿Quieres que vaya a llamar?

—Oh, ¿no te importa? Ahora que estamos aquí, me siento un poco inestable. —Lo cual era un eufemismo. Y no quería tener que mirar el cadáver de su marido.

Aunque tal vez, solo tal vez, no había ocurrido nada.

Si los coches no estaban allí y el cuerpo de Faith tampoco, ¿había alguna posibilidad de que el cadáver de Sam tampoco estuviera dentro? Tragó saliva; no estaba segura de lo que quería encontrar. O su marido estaba muerto, o ella tenía una grave enfermedad mental. De hecho, debería hacer que Laura la llevara al hospital, explicarle que estaba imaginando cosas terribles y que necesitaba estar en un lugar seguro hasta que naciera el bebé, por el bien de ambos.

—Claro que no me importa —dijo Laura, saliendo del coche—. Enseguida vuelvo.

Subió por el camino hasta la puerta principal, tocó el timbre y se metió las manos en los bolsillos para protegerlas del viento helado. Esperó, balanceándose sobre sus talones, y luego volvió a llamar, lanzando una mirada hacia el coche.

Emma sentía que el corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. Tenía las manos tan apretadas que le dolían. No podía imaginarse cómo reaccionaría Laura cuando viera lo que se suponía que había al otro lado de la puerta. Las náuseas revolvieron de nuevo el contenido de su estómago al revivir aquellos terribles momentos de la noche anterior. El sonido de la cabeza de Sam contra la encimera, el ruido sordo cuando se golpeó contra el suelo y el rojo de la sangre que rezumaba de su herida. Sus ojos sin vida, fijos. Tragó saliva. «No pienses en ello, mantente fuerte».

Sacudió la cabeza tratando de deshacerse del recuerdo, centrándose en cambio en Laura, que estaba intentando abrir el pomo de la puerta. La puerta se estaba abriendo y, tras echar otro vistazo por encima del hombro, Laura entró.

Emma se mordía una uña mientras esperaba; el tiempo parecía haberse detenido.

Unos minutos más tarde, Laura volvió a salir y se dirigió a toda

prisa al coche, se sentó en el asiento del conductor, se frotó las manos y sopló en ellas para calentarlas.

—Por Dios, qué viento más frío. La buena noticia es que la casa está vacía. Él no está.

Emma se quedó boquiabierta. «¿Cómo es posible?».

—Vacía —repitió ella; la sospecha de la psicosis se hacía más fuerte por momentos.

Laura frunció el ceño y la miró.

—¿Seguro que estás bien, cielo? Estás un poco pálida.

Emma se quedó mirando fijamente la casa.

—Estoy bien. Solo estoy… un poco nerviosa y… bueno, ya sabes…

—Creo que no hay problema en que vayas a recoger tus cosas. Yo me quedaré junto a la puerta vigilando por si vuelve.

Emma asintió. ¿Su mente había representado algún extraño sueño paranoico? En ese caso, tal vez las cosas no estaban tan mal como ella había imaginado. Y si Sam entraba por la puerta, bueno, no sería un problema. Respiró hondo y sintió que sus hombros se relajaban. Quizá todo iba a salir bien después de todo.

Salió del coche y se dirigió a la entrada, apartándose un poco para permitir que Laura entrara primero. En la cocina, sintió el aroma cítrico del limpiador de limón que utilizaba en el suelo. Sus ojos recorrieron la habitación, observando lo impecable que parecía. Obviamente, alguien había entrado y le había dado un buen repaso al lugar. Últimamente no tenía muchas ganas de hacer las tareas domésticas y Sam no parecía darse cuenta, así que había descuidado un poco la casa, pensando que llamaría a alguien para que hiciera una limpieza a fondo en un par de semanas, antes de que naciera el bebé. Quizá Sam ya se había encargado de hacerlo.

Todo era muy confuso. Algo no cuadraba, pero le costaba averiguar qué podía ser.

—¿Va todo bien? —preguntó Laura, con el ceño fruncido mientras

observaba a Emma caminar de puntillas por la habitación.

—No… No estoy muy segura —murmuró Emma—. Está demasiado limpia, ¿verdad?

Laura se echó a reír, con una carcajada como Dios manda, y tardó unos instantes en poder parar.

—Creo que es la primera vez que me encuentro a una víctima de violencia doméstica preocupada porque su casa está demasiado limpia. —Y le dio otro ataque de risa.

Emma estaba demasiado preocupada para participar. Se detuvo al pie de las escaleras.

—¿Has subido?

—Sí, he mirado por todas partes, tampoco es tan grande, ¿no? No había ni rastro de tu marido, de verdad.

Con cautela, Emma subió las escaleras, con el cuello resintiéndose a cada paso. La puerta del dormitorio estaba abierta y Emma la empujó por si Sam estaba escondido detrás, pero la habitación estaba vacía.

Fue entonces cuando comprendió exactamente lo que le ocurría. La habitación estaba más vacía de lo que debería. La puerta del armario estaba abierta y las perchas donde estaba colgada la ropa de Sam estaban vacías. Abrió los cajones y comprobó su mesilla. Todas sus cosas habían desaparecido. No había señales de que hubiera estado nunca allí. Entró en la habitación de invitados. No estaba el ordenador, ni los papeles. Se habían llevado todo. No es que hubiera muchas cosas, solo lo mínimo, ya que muchas de sus posesiones aún estaban en el trastero.

«Qué raro. Es todo muy muy raro». Oyó sonar el teléfono de Laura, la escuchó hablar y luego el sonido de sus pies en las escaleras.

—Lo siento, cielo. Hay una pequeña emergencia. Voy a tener que irme corriendo, a ver si lo arreglo. Será mejor que vengas conmigo,

podemos volver más tarde. —Sus ojos recorrieron la habitación—. Parece que tu marido ha huido, ¿no?

—Parece que se ha ido —dijo Emma, distraída—. ¿Cuánto tardarás?

—Una hora como máximo. Pero tenemos que irnos ya.

—Creo que me voy a quedar aquí. Así podré coger todo lo que necesito y podremos irnos en cuanto vuelvas. —Le dedicó a Laura una sonrisa vacilante—. Necesito un momento para mí. Ya sabes, para asimilarlo todo y asegurarme de que no me dejo nada importante.

Laura negó con la cabeza.

—No me hace ninguna gracia dejarte sola.

—Por favor, vete. Vuelve cuando termines, yo te espero aquí. Necesito cerrar… este capítulo. Entonces podré irme para siempre.

El teléfono de Laura volvió a sonar y parecía nerviosa, desgarrada.

—Bueno, no puedo obligarte a venir conmigo, pero te aconsejo encarecidamente…

—Estaré bien si es solo una hora. Como has dicho, parece que ha cogido sus cosas y se ha ido.

Laura contestó al teléfono.

—Voy para allá —dijo, antes de girarse hacia Emma. Estaba claro por su cara que pensaba que era una mala idea—. ¿Y si vuelve?

Emma hizo una mueca y sacudió la cabeza.

—Mira a tu alrededor. —Señaló el armario, con los cajones vacíos entreabiertos—. Se ha llevado todas sus cosas. No creo que eso vaya a ocurrir.

Laura parecía nerviosa, obviamente preocupada por la persona con la que hubiera hablado por teléfono. Sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio a Emma.

—Ahí está mi número. Asegúrate de cerrar la puerta cuando me vaya, y si hay algún problema, llámame, ¿vale? —Se dio la vuelta y bajó corriendo las escaleras.

Emma oyó arrancar el motor del coche y luego se hizo el silencio.

Solo cuando Laura se fue, Emma se dio cuenta de que no podía llamar a nadie aunque quisiera. Su teléfono estaba en el cuerpo de Sam, en alguna parte. Y ni siquiera tenía el portátil, porque se lo había dejado en el albergue. Junto con su bolsa para el hospital. Tampoco podía cerrar la puerta, porque Sam le había cogido las llaves cuando la había encerrado.

Sacó una maleta del fondo del armario y empezó a coger su ropa. Fuera lo que fuese lo que había pasado, no podía quedarse allí, y esa podría ser su única oportunidad de hacer las maletas. Ya resolvería el resto más tarde.

El golpe de la puerta al cerrarse la sobresaltó. Parecía que solo habían pasado unos minutos desde que Laura se había ido. El ruido sordo de unos pies subiendo las escaleras hizo que se incorporara.

Faith estaba de pie en el umbral de la puerta, con la cara negra y azul, la nariz y los labios cubiertos de sangre y un gran chichón en la frente. Llevaba el pelo revuelto y le caían mechones de la trenza sobre la cara.

—La hija pródiga ha vuelto —dijo con una sonrisa macabra mientras entraba en la habitación, con los dientes llenos de sangre —. Creo que tenemos que ponernos al día, ¿no?

CAPÍTULO 32

Emma gritó, el *shock* de ver a Faith hizo que su corazón casi explotara fuera de su pecho. El bebé se retorció, sobresaltado por su grito. No podía hacer nada, no había forma de escapar, y se suponía que Faith estaba muerta. Sentía que le estaban apretando la cabeza con un garrote vil y, para su horror, se dio cuenta de que no podía moverse, de que su cuerpo estaba congelado.

Faith caminaba hacia ella, con una sonrisa benigna en el rostro, pero Emma sabía que no podía ser real, dadas las circunstancias. Era como la sonrisa de uno de esos muñecos de las películas de terror, fija e inmóvil, más siniestra que cualquier otra expresión que pudiera imaginar. Cogió la maleta que Emma acababa de abrir y la volvió a guardar en el armario.

—No pasa nada. No hace falta que te vayas. Lo he solucionado todo.

—No… No sé a qué te refieres —balbuceó Emma mientras su pulso latía con fuerza y sentía un sudor frío. Una cosa era estar asustada y otra muy distinta estar aterrorizada, y ahora sabía exactamente lo que eso significaba. Se arrastró hacia atrás, alejándose de Faith, hasta que su trasero chocó con la pared.

—Te has pasado un poco, ¿verdad? —dijo Faith, todavía sonriendo, lo que a Emma le pareció confuso, por no decir repugnante, dado el estado de su cara y la sangre que le rodeaba los dientes. Se apoyó en la pared y cerró los ojos, esperando estar dormida y que aquello fuera parte de una pesadilla que no había terminado. U otra alucinación, síntoma de la psicosis que seguramente padecía. Ambas

cosas serían preferibles a que Faith fuera real. No se atrevió a abrir los ojos para comprobarlo.

El toque de una mano en su hombro la hizo jadear y su pulso se disparó.

—Me engañaste con lo de que te ibas a poner de parto. —Faith soltó una extraña carcajada—. Y mira lo que me hiciste.

Emma podía sentir el calor de su aliento en la cara.

—Lo siento mucho —gimoteó, con los ojos aún cerrados con fuerza, sin intención de mirar a Faith si podía evitarlo—. No quería hacerte daño. Yo… puse el coche en la marcha equivocada y salió disparado hacia atrás antes de que pudiera parar.

No tenía ni idea de lo que Faith había planeado para ella, pero sabía que estaba indefensa, y era incapaz de alejarse aunque quisiera. «¿Es este el final?». Empezó a temblar, las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras intentaba averiguar qué hacer, cómo salvarse a sí misma y a su hijo. Su instinto fue suplicar perdón y esperar que Faith se apiadara de ella. Era su única oportunidad. Finalmente, se obligó a abrir los ojos, tratando de no mostrar su repulsión.

—Mira…, sé que fue un accidente —dijo Faith, sin apartar los ojos de Emma—. Sé que no me harías daño a propósito. Ahora somos hermanas, ¿no? —Parpadeó varias veces, se apartó el pelo de la cara y se lo colocó detrás de las orejas. En su voz se notaba que luchaba por mantener la compostura—. También sé que no querías matar a Sam. A ver, no sé bien lo que ocurrió, pero, para mí, resulta obvio que se golpeó la cabeza con la encimera. —Ladeó la cabeza—. ¿Se resbaló?

Emma se quedó casi sin aliento, apenas podía hablar. Así que *era* real. Sam de verdad *estaba* muerto. Un peso se asentó en su pecho y la emoción bloqueó su garganta mientras deseaba haber escuchado a Laura y haberse marchado cuando se lo había pedido.

Nunca había imaginado que Faith siguiera viva, ya que su cuerpo parecía roto y sin vida. «¿Por qué no lo comprobé?».

—Sé que debió resultarte todo muy perturbador y aterrador —continuó Faith—, pero no había necesidad de huir. Quiero que sepas que no te culpo. —Entonces tragó saliva; su fachada empezaba a resquebrajarse y su voz, con ella—. Podemos llorar por Sam. Debemos hacerlo. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz —. Pero no podemos olvidar que estás a punto de tener un bebé. Y tu salud y tu bienestar tienen que ser nuestra máxima prioridad. —Emitió un suspiro tembloroso—. No podemos hacer nada para traer a Sam de vuelta, pero podemos asegurarnos de que su hijo tenga el mejor comienzo posible en la vida, ¿no?

Emma tragó saliva, como si acabara de salir a la superficie después de estar bajo el agua. Estaba todo bien. Faith lo entendía. No buscaba venganza. Y quería asegurarse de que el bebé estaba a salvo. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando, Emma no sentía que su situación fuera tan precaria en ese momento.

Vio cómo Faith se acercaba a la ventana y contemplaba el camino de entrada.

—Entonces… ¿quién estaba en el coche?

Emma no sabía qué decir. ¿La verdad era la mejor opción o debía inventarse algo para intentar salir airosa de esa situación? Decidió decir la verdad. Era hora de contarla, así no tendría que seguir el rastro de una red de mentiras. Eso era muy agotador, como ella sabía muy bien, después del último año que había pasado con Sam, tratando de fingir que Zach no existía.

—Dirige el refugio de mujeres de Penrith. Va a volver pronto; de hecho, pensé que era ella cuando oí el golpe de la puerta. Se ha ido porque ha habido una emergencia y yo me he quedado aquí para recoger algunas cosas.

—¿Refugio de mujeres? —Faith se volvió, incrédula, con un

profundo surco entre las cejas—. ¿Tenías miedo de Sam?

—No, no, no directamente. Fue la conductora del Uber, que empezó a hacer suposiciones. Vio mi estado, sacó conclusiones precipitadas y me llevó al albergue. No sabía a dónde ir ni qué hacer. Estaba en estado de *shock*. Traumatizada. No pensaba con claridad, así que le seguí la corriente.

El silencio de Faith resultaba difícil de descifrar, por lo que Emma siguió parloteando.

—Nunca he acusado a Sam de nada, de verdad. Pero… me asustó. —Su barbilla temblaba y su voz vacilaba—. Había descubierto algunas cosas que me molestaban sobre la obra, y se puso muy nervioso. Nunca lo había visto tan enfadado. Salió furioso de casa y me dejó encerrada.

Faith asentía mientras hablaba.

—Ah, así que eso es lo que pasó. Anoche recibí una llamada confusa y no entendía qué estaba ocurriendo. Por eso vine. Estaba preocupada por ti, de verdad.

Emma volvió a plantearse lo que pensaba de Faith. ¿La había juzgado mal? Sin duda estaba escuchando y parecía realmente preocupada. «¿Está de mi lado?».

Emma continuó con su relato, agradeciendo la oportunidad de poder contarle a alguien lo que había sucedido. Alguien que conocía el final, pero no el principio.

—Después de que Marcey muriera en el incendio, y sabiendo que la primera mujer de Sam también había muerto en un incendio, me convencí de que iba a quemar la casa conmigo dentro.

Los ojos de Faith se abrían cada vez más mientras escuchaba y la narración de Emma se aceleraba al revivir su calvario.

—Me entró el pánico. Me dijo que había vuelto al lugar del incendio para que la policía pensara que acababa de llegar, que no había estado allí antes, y el hecho de que no fuera sincero con la policía

me asustó. Pensé que le hacía parecer culpable. Y cuando me encerró, me puse nerviosa porque sabía que no podría salir por ninguna de las ventanas en mi estado. Si prendía fuego a la casa, me quedaría atrapada dentro.

La expresión de Faith cambió entonces y vio en sus ojos la mirada de compasión que le resultaba tan familiar.

—Oh, Emma, cielo, eso debe haber sido muy aterrador para ti. Pero creo que lo has entendido todo mal. El problema con Sam es que era un pusilánime. Las mujeres hacían lo que querían con él, y eso le causaba un montón problemas. —Su voz era suave y amable; volvía a ser la mujer que Emma conocía y quería—. Pero te prometo que no tuvo nada que ver con las muertes de Alice y Marcey. Eso es cosa de tu imaginación, nada más.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Todo apunta a que fue él.

Faith levantó una mano, deteniéndola a mitad de la frase.

—Sé que no fue Sam, ¿de acuerdo? No le haría daño ni a una mosca. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Lo siento, pero no creo que revivir los errores de Sam vaya a ayudar mucho. No va a traerlo de vuelta, ¿verdad? —La emoción nubló su rostro y su barbilla comenzó a temblar. Un sollozo escapó de su garganta, luego otro, hasta que se apoyó en la pared, gimiendo, emitiendo un sonido tan visceral que hizo que Emma empezase a llorar también.

Lloraba por Sam, por el amor que había sentido por él y por la vida que deberían haber tenido juntos. Pero también lloraba desesperada por el complicado lío en que se había convertido su vida, por todos los errores que había cometido. Pasó un rato antes de que sus lágrimas se detuvieran.

Había estado tan absorta en su propia tristeza que no se había dado cuenta de que Faith había salido de la habitación. Unos minutos más tarde, reapareció con dos tazas con chocolate caliente y un paquete de galletas.

—Me siento mejor después de la llorera —dijo, con una sonrisa que parecía genuina. Se había lavado la cara, se había quitado la sangre de los dientes y parecía más triste que asustada—. ¿Y tú?

Emma asintió.

—Lo siento mucho. —Estaba totalmente fuera de lugar, pero no se le ocurrió nada más que decir.

Faith le dio una taza y se quedaron un rato sentadas en la cama, sumidas en sus propios pensamientos, sorbiendo sus bebidas y comiéndose las galletas.

—Voy a contarte un secreto —dijo Faith cuando terminó su bebida y se quitó las migas de galleta del regazo—. Ni siquiera Sam sabía la verdad. —Respiró hondo y miró a Emma directamente a los ojos—. Sam era mi hijo.

CAPÍTULO 33

Faith vio cómo Emma se quedaba con la boca abierta. Se dio cuenta de que acababa de decirle algo bastante impactante. Le dio un momento para que sus palabras calaran, para que Emma se diera cuenta de lo que ella le había hecho exactamente al mundo de Faith.

—Pero no entiendo cómo es posible. Debías ser jovencísima… —La voz de Emma se apagó mientras miraba a Faith, con la incredulidad escrita en su rostro.

—Tienes razón. Era demasiado joven para ser madre. Tenía casi quince años cuando lo tuve. —Faith agitó una mano—. Fue un error infantil, porque eso es lo que yo era en aquel momento: una niña experimentando. —Se miró las manos, luchando contra el torrente de emociones que siempre acompañaba a los recuerdos. Sería más fácil no explicarlo. No le debía nada a Emma. Pero ella quería que lo supiera. Necesitaba que Emma sintiera su dolor, que confiara en ella —. Mis padres eran católicos y totalmente contrarios al aborto, así que mi madre y yo nos marchamos los últimos meses de embarazo con la excusa de que íbamos a cuidar a un pariente anciano. Cuando volvimos, mi madre dijo que el bebé era suyo para que yo pudiera terminar el colegio.

Su cuerpo tembló mientras reprimía un sollozo.

—Mis padres dijeron que solo podría quedarme en casa si prometía no decirle nunca la verdad a Sam ni a nadie. Y no lo hice. Él pensaba que yo era su hermana, y cuanto mayor se hacía, más imposible me resultaba decírselo, incluso después de la muerte de nuestros padres. Porque eso significaría que le había mentido toda

su vida y me habría odiado. Así que —suspiró— tuve que conformarme con eso.

Entonces se le quebró la voz.

—Sin embargo, nunca pensé en él como un hermano. Siempre ha sido mi hijo. Mi único hijo. Y ahora… Ahora se ha ido.

Se levantó, no quería volver a llorar a moco tendido. Había cosas que hacer. Demasiadas cosas. Y no quedaba mucho tiempo. Recogió las tazas y se giró hacia Emma.

—Descansa, cielo. Estás muy pálida. Ha sido un *shock* muy desagradable para las dos.

Emma bostezó, pero parecía que iba a intentar luchar contra su cansancio, ya que sus ojos parpadeaban con furia. Faith sonrió mientras la observaba, ya que sabía que estaba librando una batalla perdida. En unos instantes, se desplomó sobre un costado, con los ojos cerrados. «Perfecto». Había suficientes anfetaminas trituradas en su chocolate caliente para mantenerla fuera de combate mientras Faith seguía con su larga lista de tareas.

Miró el cuerpo dormido de Emma, despreciando cada molécula de su ser. A decir verdad, nunca le había gustado demasiado, siempre había pensado que había algo en ella que no acababa de encajar. Como psicóloga y asesora de duelo, había aprendido a detectar cuándo le ocultaban cosas los pacientes, y lo había notado en Emma. Pero solo cuando encontró el teléfono de Emma en el cuerpo de Sam llegó a comprender cuál era su secreto. Tecleó el número PIN, ya que había visto a Emma ponerlo muchas veces, y lo había memorizado por si tenía que fisgonear alguna vez. Y ahí estaba, en sus mensajes. Un tipo llamado Zach profesando su amor.

Se había desplazado por cientos y cientos de mensajes, tratando de entender exactamente lo que estaba viendo, el contexto, la línea de tiempo. Y una vez que había retrocedido lo suficiente, hasta el día de su boda, la conmoción la había detenido en seco mientras su

cerebro luchaba por hacer coincidir el contenido de los mensajes con las acciones de la Emma que conocía. La Emma que se había comprometido con Sam a construir un futuro juntos y que nunca se había quitado la máscara.

¿Quién iba a sospechar que una mujer era *bígama*?

A ella nunca se le habría ocurrido; esa etiqueta se aplicaba únicamente a los hombres en las historias que había leído y oído. Se preguntó cómo no había visto las señales. Seguro que había habido pistas. Sin embargo, era una tontería culparse a sí misma. No era culpa suya que la hubiera engañado. Era culpa de Emma por ser tan retorcida.

El rostro de Emma parecía tranquilo en su sueño inducido. Estaba muy guapa, aunque su pelo rizado se había alisado con el embarazo, y su rostro se había suavizado con el peso extra que había ganado. Cuando Faith la conoció, le pareció un alma amable, y eso fue lo que le atrajo de ella. Sí, estaba un poco en las nubes, vivía en un mundo de ensueño la mitad del tiempo y era muy idealista, pero resultaba una compañía bastante agradable. Inofensiva. Esa había sido la valoración de Faith.

Ni en un millón de años la habría creído capaz de semejante engaño, de semejante traición. ¿Cómo se iba a imaginar… que tenía otro marido? No comprendía cómo había sucedido aquello, cómo no había adivinado antes que algo iba mal. Lo que ocurría era que no había estado pendiente. ¿Por qué iría Emma a un grupo de duelo si no estaba afligida?

Faith miró por la ventana mientras reflexionaba un instante, recordando el momento en el que se habían conocido, su conversación inicial. Entonces se dio cuenta de que, después de todo, tal vez era culpa suya. Había unido puntos que no existían. Emma no había dicho que su marido había muerto. Había dicho que había tenido un accidente. Su madre había muerto, al igual que su

hijo nonato, por lo que el duelo era evidente. Y supuso que, al haber sufrido su marido un accidente tan grave, probablemente también estaría de luto por la vida que había perdido.

Se enfadó consigo misma. No, no estaba enfadada, estaba furiosa. Pero ¿podía cargar con toda la culpa cuando Emma había sido una mentirosa tan consumada? No estaba dispuesta a hacerlo. Emma podría haberla corregido, haber dejado las cosas claras desde el principio, pero no lo hizo, lo que significaba que el engaño había sido deliberado.

Mientras pensaba en todo lo que su nuera dormida le había quitado, Faith quiso rodearle el cuello con las manos y quitarle la vida. En ese preciso momento. Acabar con ella. Dio un paso atrás, preocupada por si actuaba por impulso. No era el momento adecuado. Si quería sacar algo de esa situación, la paciencia era clave.

Estaba claro que había subestimado a Emma, que se había tomado muchas cosas al pie de la letra. Esa mujer era una manipuladora consumada. Había hecho creer a Faith que era algo que no era, y ahora tendría que estar en guardia para asegurarse de que no habría más engaños durante las próximas semanas. Cuando naciera el bebé, ya no tendría que tratar con ella, pero hasta entonces necesitaba que fuera obediente.

Cogió el destornillador del despacho, agarró el cerrojo que había quitado de la caseta del jardín y empezó a atornillarlo al exterior de la puerta del dormitorio, canturreando para sí misma mientras trabajaba. Una vez colocados todos los tornillos, probó a mover el perno hacia delante y hacia atrás. Encajaba perfectamente.

Emma no iría a ninguna parte si Faith no quería, pero no era necesario alertarla de las medidas de seguridad todavía. Echó el pestillo hacia atrás y abrió ligeramente la puerta para poder oír cuando se moviera. «Todavía queda mucho tiempo».

CAPÍTULO 34

Faith decidió que podía relajarse durante una hora. Se lo había ganado a pulso. Era el momento de prepararse un tentempié y decidir qué hacer a continuación.

No había casi nada en la nevera, así que tuvo que conformarse con una tostada con queso, regada con una taza de café superpotente para mantener el cerebro despierto después de una noche sin dormir. Sorprendentemente, no estaba tan cansada como había pensado que estaría, después de tanto levantar y mover cosas y de limpiar. Era increíble lo que podía hacer la adrenalina.

Se sentó en el sofá y miró por la ventana mientras comía, observando las largas ramas del fresno mecidas por el viento.

En su mente, revivió el momento en que había vuelto en sí la noche anterior, con medio cuerpo desplomado en el maletero del coche, cubierto de fragmentos de cristal, la cabeza martilleándole como si alguien le estuviera tocando la batería en la frente.

Gracias a Dios por la barra de remolque. Había golpeado el parachoques del coche de Sam y salvado sus piernas de resultar aplastadas. Y, como su coche era nuevo, tenía los elementos de seguridad más punteros, incluidos cristales que se rompían con facilidad para que las heridas de los peatones fueran menos graves en caso de accidente. Ese dinero extra que había pagado le había salvado la vida.

Con el corazón palpitando, salió casi ilesa de entre los dos vehículos, con solo moratones en los muslos y la cara, y posiblemente la nariz rota. Sabía que había sucedido algo terrible,

podía sentirlo en sus entrañas. ¿Por qué si no Emma se comportaría así? Y la sangre de la bolsa…

Tragó saliva. «¿Dónde está Sam?».

Con la esperanza de equivocarse, de encontrar la casa vacía y de que la historia de Emma de que él había subido a la granja fuera cierta, subió tambaleándose por el camino de entrada y empujó la puerta. Se le doblaron las piernas cuando lo vio: su hijo, su adorable y único hijo estaba tendido en el suelo encima de un enorme charco de sangre.

Nada podía prepararte para un momento así. La conmoción, la incredulidad, el deseo de que no fuera real, pero la terrible certeza de que lo era.

Corrió hacia él, se arrodilló a su lado y le buscó el pulso, pero no lo encontró. Tenía la cara muy pálida, la piel empezaba a enfriarse y los ojos estaban mirando al vacío. Su Sam estaba muerto. Se había ido de su lado. Nunca volvería.

Al darse cuenta, se había quedado sin aliento. Se había mareado, creía que iba a desmayarse, y había pasado un rato encorvada en el suelo, meciéndose mientras sollozaba. Mirando fijamente su cuerpo, esperando que se moviera, que se hubiera equivocado.

Al final, su instinto de supervivencia se puso en marcha. No había forma de recuperarlo y tenía que pensar en su futuro. En ese preciso momento. No había tiempo que perder. No podía dejar que todo por lo que había trabajado en su vida se alejara de ella por culpa de esa mujer.

No estaba muy segura de lo que había sucedido exactamente. Vio que se había golpeado la cabeza contra la encimera, ya que las salpicaduras de sangre marcaban el lugar. No estaba claro si había tropezado y había sido un accidente o si Emma le había golpeado.

Pero, por muy enfadada que estuviera con Emma, Faith no podía

presentar cargos. De lo que sí estaba segura era de la necesidad de mantener a la policía al margen de sus asuntos.

No podía permitir que la policía encontrara las cuentas bancarias secretas de ella y de Sam, con casi dos millones de libras. Ese había sido su objetivo y casi lo habían alcanzado. Estaban muy muy cerca. Nadie más iba a quedarse con ese dinero. Nadie.

Sam habría querido que siguiera adelante. Él querría que ella alcanzara su sueño de disfrutar de la vida sin necesidad de trabajar. Vivir en una bonita casa recién construida en las Tierras Altas de Escocia, donde nadie los molestaría y podrían estar libres de interferencias el resto de sus días. El mayor proyecto de Sam. Ella aún podía llevarlo a cabo. Tenía los diseños de la casa listos y podría construirla en su memoria. Sería su legado, algo que le recordara a él cada día mientras vivía en su maravillosa creación. Y quizá algo más, si jugaba bien sus cartas.

Arrastrando su mente de nuevo a su situación actual, se preguntó por Emma. Obviamente había huido, pero ¿iría a la policía? Si hubiera sido un accidente, Emma habría llamado a una ambulancia, no habría huido. Y, si hubiera matado a Sam, no habría vuelto. Lo que tenía que hacer era limpiar el lugar, ocultar cualquier evidencia y marcharse lo más lejos posible. Tan rápido como pudiera. Entonces podría reinventarse con un nuevo nombre que resultara apropiado para la siguiente fase de su vida.

Pero, mientras movía el cuerpo de Sam, el teléfono de Emma se había caído de su bolsillo. Y luego se había pasado media hora averiguando qué diablos pasaba con los mensajes de Zach. En ese instante, su odio hacia su nuera alcanzó cotas nuevas. Pero no podía pensar en ello. Tenía cosas que hacer y su rabia la alimentaba cuando pensaba que su cuerpo no podía más; debía eliminar todo rastro de Sam de la casa y asegurarse de que el lugar estuviera impecable.

En ese momento, mientras se terminaba su café, miraba alrededor de la habitación de abajo, orgullosa de lo que había conseguido. La mente sobre la materia. Compartimentando. Más de una persona la había llamado «zorra sin corazón» a lo largo de su vida, pero a veces eso podía ser una virtud. Solo ella conocía el dolor que tenía en el corazón, el lugar donde el amor por su hijo siempre estaría vivo.

Había escondido el cuerpo de Sam en la obra nueva. Había colocado el cuerpo de tal manera que parecía que le hubiera caído encima un montón de piedras de un muro derruido. Había visto suficientes programas de *Testigo silencioso* para saber lo que era la lividez y cómo se asentaba la sangre en un cuerpo una vez muerto, así que se aseguró de situarlo como estaba en el suelo de la cocina, colocando la piedra afilada adecuada junto a la herida de la cabeza, y luego cubriéndolo con algunas otras piedras de varios tamaños para que pareciera más realista.

En realidad, nadie tenía motivos para entrar en la parcela. Había vallas alrededor y señales advirtiendo del peligro. Pasaría algún tiempo antes de que se encontraran sus restos, si es que alguna vez se encontraban. Por supuesto, le dolía no poder darle un entierro digno, pero estaba muerto, nunca lo sabría. Lo que había dejado en ese sitio era carne humana, no su hijo. No su esencia. De todos modos, no había alternativa, así que iba a tener que vivir con ello. Tal vez podría celebrar una pequeña misa conmemorativa cuando todo terminara y se estableciera en otro lugar.

Pobre Sam. Se permitió pensar en su hijo por un momento, atesorando su recuerdo. La había amado tan completamente que ella nunca había sentido la necesidad de otra relación que la que tenía con él. Él era su orgullo, todo su universo, y había confiado en ella absolutamente, sin tomar nunca decisiones antes de pedirle consejo. Hasta que conoció a Emma. Las cosas habían cambiado

entonces y, en lugar de sentirse como si trotara por la vida sobre un fiel corcel, de repente estaba luchando por controlar un caballo rebelde que no acababa de domarse como es debido.

Olfateó, se sorbió la nariz y se secó las lágrimas de los ojos. No tenía sentido llorar por ello; eso no lo traería de vuelta. Se obligó a moverse, consciente de que, si permanecía sentada demasiado tiempo, se quedaría dormida, y aún le quedaban cosas por hacer. Había trasladado todas las pertenencias de Sam a su piso, metidas en bolsas de basura. Tenía que tirarlas en el vertedero y habría terminado. Miró la hora y resopló, enfadada porque probablemente ya no le iba a dar tiempo a hacerlo ese día.

Sus ojos se posaron en su coche destrozado, que estaba en el camino. Repararlo también era una prioridad. Pero no en esa zona. Tendría que ir más lejos. A Carlisle, tal vez. Con suerte era el tipo de trabajo que podía hacerse en el día, lo cual no era un problema ahora que podía dejar encerrada a Emma.

Bostezó y se estiró, obligándose a ir a la cocina para prepararse otra bebida. O quizá debería echarse una siesta mientras Emma dormía. Su cerebro podría funcionar un poco mejor entonces, listo para esa noche.

Una llamada a la puerta principal hizo que se tensara. Giró sobre sí misma y su corazón se aceleró cuando se abrió la puerta.

CAPÍTULO 35

Un rostro de mujer asomó por la puerta de la cocina.

—¿Hola? Emma, ¿estás ahí? —Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Faith—. Oh, lo siento mucho por entrar sin llamar, pero pensé que Emma estaba aquí sola. —Caminó hacia ella con cara de recelo, pero tendiéndole la mano—. Soy Laura, del albergue de mujeres de Penrith.

El cerebro de Faith entró en acción, la cafeína se mezcló con la adrenalina y la hizo sentir como una versión acelerada de sí misma. Le dedicó una de sus sonrisas más afectuosas y le estrechó la mano, notando que estaba sudada y caliente.

—Soy Faith. La cuñada de Emma.

Laura parecía desconcertada.

—No mencionó a ningún pariente. Dijo que compartía la casa con su marido, Sam.

—Ay, Dios mío. —Faith suspiró—. Pobre Emma, no se está tomando nada bien su muerte.

Los ojos de Laura se abrieron aún más y su voz subió una octava.

—¿Está muerto?

Faith asintió, emitiendo otro suspiro profundo.

—Así es, ha sido una desgracia. Pero creo que está en negación. A veces sabe que está muerto, y otras piensa que sigue vivo.

Laura exhaló un suspiro.

—¿Fue de repente? En ese tipo de casos, hay gente que empieza a desvariar. Es diferente si has tenido tiempo de asimilarlo un poco. —

Sacudió la cabeza con tristeza—. Pobre chica, ya me parecía que su historia no encajaba del todo.

—Y encima tuvimos un accidente de coche hace un par de días, lo que no ayudó. —Faith se señaló la cara—. Como puedes ver, ninguna de los dos salió ilesa.

—Bueno, no quería decir nada… —Laura se frotó la frente, confusa.

Faith bajó la voz, como si no quisiera que la oyeran.

—La verdad es que últimamente no ha sido ella misma. Estábamos de excursión y un camión nos sacó de la carretera. Emma sufrió un latigazo cervical y tiene un hombro magullado, pero tengo la sensación de que también podría haber sufrido una leve conmoción cerebral. Lleva un par de días comportándose de forma errática. Estaba tan preocupada cuando desapareció que me pasé toda la noche buscándola y, cuando volví, estaba dormida en la cama. —Se rio—. Si te soy sincera, me sentí muy aliviada. —Señaló hacia arriba —. Todavía sigue dormida.

Laura parecía nerviosa, miró hacia arriba y después a Faith, con el ceño fruncido y un profundo surco entre las cejas.

—Puedes subir y echar un vistazo si quieres quedarte tranquila.

Laura se sonrojó, parecía avergonzada de que Faith hubiera descubierto que no la creía.

—No, no es necesario. Me alegro de que esté a salvo y haya alguien cuidando de ella.

—Sí, voy a quedarme un tiempo, al menos hasta que nazca el bebé, así que no tienes que preocuparte. —Faith esbozó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora—. Creo que la matrona va a venir mañana para comprobar que todo va bien.

Laura pareció relajarse un poco entonces, su mano soltó las llaves del coche que había estado agarrando con fuerza y las dejó colgando de su dedo índice.

—Bueno, eso está muy bien. El caso es que… se ha dejado algo de

ropa y la bolsa del hospital en el albergue. Supongo que no podrías pasar tú a recogerlas, ¿verdad?

Faith asintió y le dedicó otra sonrisa.

—Por supuesto que sí. No hay ningún problema. De todos modos, mañana tengo que ir a Penrith a arreglar el coche. Me marcharé cuando se haya ido la matrona.

Laura estudió el rostro de Faith y luego volvió a mirar las escaleras, con la boca torcida.

—*Voy* a asomar la cabeza por su puerta si no te importa. Así podré despedirme si está despierta.

Faith se preguntaba si esa mujer se iría alguna vez. El corazón se le aceleró y tuvo que meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros para que no se notara lo mucho que temblaba.

—Como quieras. ¿Te apetece una taza de té, café u otra cosa?

—No, gracias, será mejor que me vaya. Siempre hay mucho que hacer y necesito volver.

Faith se giró y llenó la tetera mientras Laura subía las escaleras, sin apenas atreverse a respirar. ¿Estaría Emma todavía dormida? Debería estarlo, dada la cantidad de somníferos que había echado en su bebida. Cruzó los dedos y esperó.

Pasaron solo unos minutos antes de que oyera el ruido de pies en las escaleras.

—Está dormida como un tronco —dijo Laura—. Estoy segura de que no durmió bien anoche, así que la dejaré descansar. —Sonrió a Faith—. ¿Podría llamarla en otro momento? Me gustaría charlar con ella antes de cerrar su expediente.

Faith se secó las manos en un paño de cocina.

—Desde luego. Cuando quieras. Dudo que vayamos muy lejos, dado nuestro estado en este momento.

—Perfecto, bueno, me voy —dijo Laura, para alegría de Faith, que ya estaba a punto de echar a patadas a esa mujer tan pesada—. Y a

ti te veo mañana. Prepararé sus cosas y las pondré a buen recaudo en mi despacho. —Sonrió otra vez—. Me vendrá bien su habitación, ya que todo ha salido bien.

Faith se acercó a la puerta y la mantuvo abierta.

—Siento mucho que te haya molestado, y gracias por cuidar de ella. Estoy muy agradecida. Ella es la única familia que tengo ahora que mi hermano… no está.

—No pasa nada, de verdad. Emma estaba un poco alterada, pero ahora todo tiene sentido. —Laura miró al techo—. Espero que se sienta mejor cuando nazca el bebé. Al menos un pedacito de su marido vivirá en él.

—¿Él? —Faith captó la palabra inmediatamente. «¿Sería cierto?».

—Sí, dijo que acababa de enterarse de que esperaba un niño.

Faith sonrió.

—No lo sabía. ¡Qué bien! —Su corazón se hinchó de alegría. «Es perfecto». Podría llamarlo Sam y volvería a ser su niño. Por su mente pasaron imágenes de ella con el bebé, lo veía tan claro como el agua. Y, además, esta vez podría ser una madre como Dios manda. La única madre que el bebé conocería; nunca sabría que Emma había existido.

CAPÍTULO 36

Faith cerró la puerta y se apoyó en ella, enterrando la cabeza entre las manos mientras exhalaba un largo suspiro de alivio. Gracias a Dios que Emma aún dormía. Había estado muy cerca, y se acordó de que no tenía tiempo que perder. Era esencial acelerar las cosas.

Cogió su teléfono y empezó a buscar en Google formas de inducir el parto. Porque eso cambiaría las reglas del juego. En cuanto naciera el niño, podría irse de allí para siempre. Pero, hasta entonces, estaba atrapada en ese lugar tanto como Emma.

Veinte minutos más tarde, tenía preparada la lista de la compra y se apresuró a ir al pueblo para recogerlo todo antes de que Emma se despertara y cerraran las tiendas. Tenía que comprar aceite de ricino, infusión de hojas de frambuesa, aceite de onagra y chile. Se suponía que todos ellos provocaban el parto y, aunque sabía que nada estaba científicamente demostrado, confiaba en que las mujeres supieran qué podía funcionar para apresurar la llegada de su hijo al mundo. Decidió que le daría un poco de cada cosa.

Volvió sin aliento, pero satisfecha por haberlo localizado todo. De momento, iba todo bien. Rápidamente, sacó la compra y subió las escaleras, sobresaltada al principio al no ver a Emma en la cama. Entonces oyó la cisterna del baño. Esperó, pero Emma no apareció.

Dio unos golpecitos en la puerta del baño.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Me siento un poco mareada. Creo que necesito comer algo. —Emma abrió la puerta y sonrió débilmente a Faith—. Creo que el

bebé se está preparando para nacer. Se ha movido. Siento que camino con una bola de bolos entre las piernas.

Los ojos de Faith se abrieron de par en par y su corazón saltó de alegría. A lo mejor terminaba todo antes de lo que esperaba.

—¿En serio? Oh, vaya, será mejor que me expliques qué debo tener en cuenta. Así sabré cuándo llevarte al hospital. —No es que Emma fuera a ir a ningún hospital, pero ella no necesitaba saberlo.

—Faltan poco más de dos semanas para la fecha probable de parto, así que supongo que podría decidir venir en cualquier momento. —Faith pensó que Emma seguía pálida y la observó balancearse antes de agarrarse al marco de la puerta para apoyarse.

—Oye, no estás bien, ¿verdad? —Faith puso un brazo alrededor de su hombro, para que apoyase el codo—. Venga, vamos la cama; te prepararé algo de comer. Tienes que mantener las fuerzas y debe hacer siglos que no comes. Llevas horas durmiendo. —Hizo una mueca—. No hay casi nada en la nevera, pero creo que hay algunos platos preparados en el congelador.

Emma se recostó contra las almohadas y se frotó la barriga con las manos.

—Me comería cualquier cosa. No me importa lo que sea.

—De acuerdo. —Faith sonrió, acariciando su hombro—. No tardaré mucho entonces.

Se apresuró a bajar las escaleras y se dispuso a calentar la comida. Chili con carne con extra de chili, una cucharada de aceite de ricino y una pizca de aceite de onagra, regado con un té de frambuesa triple. Eso debería poner las cosas en marcha.

La bandeja estaba lista y se disponía a subirla cuando el sonido de la sintonía del telediario de la noche le hizo palpitar el corazón. Emma había puesto la televisión del dormitorio. Se apresuró a subir justo a tiempo para oír los titulares. Algo sobre inmigración. Pero lo que la hizo jadear fueron las palabras que aparecían en la parte

inferior de la pantalla: «Noticias de última hora. Muerte de Marcey Dubois, exmodelo. Las investigaciones iniciales concluyen que el incendio de la casa fue provocado».

Al captar la expresión horrorizada de Emma, dejó la bandeja en el suelo, le cogió el mando a distancia de la mano y apagó la televisión.

—No veas las noticias, cielo. Te va a dar un bajón. Necesitas ver cosas felices. ¿Por qué no lees un poco? —Vio la pila de libros que había en la mesilla de Emma y cogió uno—. Aquí tienes. Este tiene buena pinta. «Conmovedor y esperanzador», dice en la portada. Es justo lo que necesitas.

Emma la miraba con extrañeza, como si algo hubiera hecho clic en su mente. Sus ojos se entrecerraron, y Faith se revolvió tratando de fingir que no había visto un destello de sospecha en ellos. «¡Malditas noticias!». ¿Por qué no se le había ocurrido antes llevarse el mando? Había tantas cosas en las que pensar que era como hacer malabarismos.

Puso la bandeja en el regazo de Emma, se sentó en la cama y la observó mientras comía.

—¿Tú no vas a comer nada? —le preguntó Emma, después de engullir unos cuantos bocados.

—He comido mientras dormías. Lo siento, no podía esperar.

Pareció satisfecha con la respuesta y empezó a comer de nuevo, deteniéndose después de un par de bocados para beber un poco de agua.

—Vaya, no recordaba que este chile fuera tan picante. Y además tiene una especie de… regusto jabonoso. —Hizo una mueca—. No quiero ser grosera, pero no estoy segura de que pueda terminármelo.

Faith se rio y dio una palmada.

—Acabo de leer un artículo sobre eso. Lo que les pasa a tus

sentidos en las últimas etapas del embarazo. Al parecer, cuando tus papilas gustativas se vuelven un poco locas, es un indicador de que el nacimiento es inminente.

Emma la miró, y Faith se dio cuenta de que no sabía si creerla o no.

—Yo he comido exactamente lo mismo antes y no me sabía raro.

Emma vaciló y luego empezó a comer de nuevo. Faith la observó, masticando y tragando mentalmente cada bocado con ella hasta que se acabó todo. Le entregó el té.

—He pensado que te gustaría tomar algo agradable y refrescante.

Emma bebió un sorbo y asintió.

—Tiene un sabor afrutado. Está delicioso.

Estuvieron charlando un rato. Faith se esforzó por crear un ambiente de normalidad hablando de los preparativos para el parto, hasta que los ojos de Emma se cerraron por fin y volvió a sumirse en un profundo sueño inducido por las pastillas.

Faith bajó las escaleras con la bandeja mientras pensaba que podía ir a Penrith a recoger las cosas de Emma del albergue mientras dormía. Era un cabo suelto que necesitaba atar. Sin embargo, había sido un día muy largo y sus ojos se clavaron en el botellero que había junto a la nevera. Decidió que sería buena idea coger fuerzas para enfrentarse de nuevo a Laura. Esa mujer tenía una mente desconfiada, lo había notado en las miradas que le dirigía, pero supuso que se debía a su trabajo. Sacó una botella del estante, se sirvió una cantidad bastante generosa y volvió a enroscar el tapón. Iba a conducir, así que solo se tomaría una copa.

Saboreaba su deliciosa bebida, sorbo a sorbo, mientras preparaba una lista mental de todo lo que tenía que hacer, intentando ordenarlo por prioridades. El ruido de la puerta de un coche hizo que diera un respingo y derramó vino sobre su mano y sobre el suelo. «¿Y ahora qué pasa? ¿Habrá vuelto Laura?».

No había manera de que pudiera fingir que no estaba, ya que las luces estaban encendidas y su coche, aparcado en la entrada. Dejó la copa, se limpió las manos en un paño de cocina y miró por la ventana. Había un coche aparcado delante del suyo, bloqueándole el paso. Tenía una de esas antenas larguísimas, un claro indicio de que era un coche de policía.

Se le congeló el cerebro y se le erizaron todos los pelos de la nuca. «Por el amor de Dios. ¿Tenía que ser siempre todo tan complicado?».

CAPÍTULO 37

Faith corrió hacia la puerta y la abrió antes de que llamaran, ya que podrían despertar a Emma. Un hombre fornido y una mujer larguirucha estaban de pie en la entrada, observando los cristales rotos del maletero de su coche. «Dios, voy a tener que darles un montón de explicaciones». Tragó saliva y su mente buscó una tapadera lógica.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa, saliendo a su encuentro—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Se giraron y la miraron, pero ninguno de los dos le devolvió la sonrisa.

—Parece que ha tenido un pequeño accidente —dijo la mujer, mostrando una tarjeta de identificación, cuya letra era demasiado pequeña para que Faith pudiera leerla—. Soy la sargento Pamela Lamb y él es el detective Ian Brown. —Faith apenas escuchó las presentaciones, su mente trabajaba a toda velocidad en la creación de una tapadera. De todos modos, no necesitaba saber sus nombres, porque no pensaba volver a verlos.

Miró hacia el enorme fresno que había junto a la casa.

—Fue la noche de la tormenta. Estaba sacando la compra del maletero y se cayó una rama del árbol, rompió el cristal y me dio en la cara. —Sacudió la cabeza—. Voy a tener que pedirle a la casera que lo tale.

El detective Lamb estudió su rostro durante más tiempo del necesario, pero no hizo ningún comentario.

—Entonces, ¿está usted de alquiler aquí?

«Mantente lo más cerca posible de la verdad», se aconsejó a sí misma Faith. Ya tenía la tapadera pensada y estaba segura de que todo iría bien.

—No, el inquilino es mi hermano. Yo solo estoy le estoy echando un ojo porque está fuera.

—¿Y cómo se llama su hermano? —preguntó el detective.

Faith frunció el ceño y miró a ambos.

—¿De qué va todo esto?

—¿Cómo se llama su hermano? —insistió el detective.

—Sam Barclay. Es arquitecto y en este momento se encuentra trabajando en un proyecto en Dumfries.

—¿Y cuándo fue la última vez que tuvo noticias suyas? —La mujer seguía mirándola y Faith estaba empezando a ponerse nerviosa; estaba sudando y tenía un tic nervioso en la comisura de los labios.

Entornó los ojos, como si intentara recordar.

—No estoy segura. —Se golpeó la barbilla con los dedos—. A ver, creo… Parece que fue hace más tiempo, pero probablemente fue hace un par de días. Llamó para decir que había surgido un problema en el trabajo y que se quedaba un poco más para solucionarlo.

El detective estaba tomando notas. Levantó la vista.

—¿Tiene alguna idea de qué hora era cuando llamó?

—A primera hora de la tarde, creo. —Sonrió tímidamente—. ¿Me pueden decir qué ha pasado, por favor? Me están preocupando. Él está bien, ¿verdad?

La mirada fija y la falta de palabras de la sargento empezaban a ser insoportables. «Preguntad lo que queráis y marchaos», suplicó en su cabeza, desesperada por volver a entrar.

—¿Y qué impresión le dio cuando habló con él?

—Pues estaba estresado, como de costumbre. La verdad es que vive a base de adrenalina y bebidas energéticas. Le he dicho mil

veces que va a acabar sufriendo un infarto o una úlcera de estómago, pero no me escucha.

—¿Puede confirmarnos la matrícula de su coche, por favor? —El detective disparaba preguntas a diestro y siniestro, anotando las respuestas de Faith, mientras la sargento observaba.

«¿Por qué quieren saber su matrícula? —Su corazón dio un vuelco —. ¿Han encontrado su coche?». Tenía las palmas de las manos resbaladizas por el sudor y el jersey pegado a la espalda. Esperaba seguir pareciendo despreocupada mientras su mente viajaba a la noche anterior, cuando había metido el cuerpo de Sam en el maletero de su coche, había ido en él hasta la parcela y lo había aparcado en el granero abandonado donde no podía verse desde ninguna parte. No, era imposible que lo hubieran encontrado. «Mantén la calma, mantén la calma».

Hizo una mueca, contenta de no tener que mentir para responder a su pregunta.

—Ahí me han pillado. Ya me cuesta bastante recordar mi propia matrícula, no digamos la suya. Conduce un coche deportivo. Negro. Ni siquiera estoy segura de qué modelo tiene ahora. El anterior era un BMW, pero no sé si se ha comprado otro. —Les dedicó una sonrisa radiante—. ¿Quieren que le diga que lo están buscando?

El detective dio unos golpecitos con el bolígrafo en su cuaderno.

—Si pudiera darnos su número de móvil, sería de gran ayuda.

Se lo dictó y vio cómo lo anotaba.

—Siento no poder ser de más utilidad.

La sargento Lamb parecía decepcionada; tenía la boca tan apretada que parecía una arruga.

—¿Sabe el nombre y la dirección de los clientes de Dumfries, por casualidad?

Faith hizo una mueca de disculpa.

—Vaya, lo siento. Me temo que no. No me cuenta ese tipo de

detalles.

—¿Tiene su hermano alguna relación con Northumberland? —La sargento asestó el golpe mortal, y por fin Faith supo de qué iba todo. Se trataba de Marcey.

No pudo evitar que su rostro se crispase, ya que la pregunta la había pillado desprevenida, pero decidió que no había nada malo en contárselo todo. ¿Qué importaba ahora que estaba muerto? Sobre todo, si su respuesta ayudaba a proteger a los vivos.

—Pues sí. Construyó allí una casa para una clienta, por la que recibió un premio. Se llama Marcey Dubois. Es una exmodelo convertida en empresaria de la moda. Vive cerca de Alnwick.

—¿Sabía usted que esa mujer acaba de morir en un incendio? —La sargento no pestañeó.

Faith fingió sorpresa, se quedó con la boca abierta y se llevó las manos a la cara.

—¡No! ¡Qué horror, eso es terrible!

—Los bomberos creen que fue provocado.

—Entonces, ¿no se suicidó? —En cuanto lo dijo, supo que se había equivocado. Lo vio en la mirada del sargento, en el destello de una ceja levantada.

—¿Por qué cree que fue un suicidio? —Ambos la miraban fijamente, y ella sintió que se acaloraba, que le ardían las mejillas.

—Pues… creo que tenía problemas mentales. —«Cállate», se dijo a sí misma. «Cállate, cállate, cállate». Se estaba cavando su propia tumba y tenía que encontrar la manera de parar—. Me lo dijo Sam. —Se encogió de hombros—. Yo no la conocía. —Fingió que miraba el reloj—. Lo siento mucho, pero tengo que irme. Ayudo en el albergue de mujeres de Penrith y voy a llegar tarde.

Pensó que había sonado bastante natural, pero los policías la miraron y ella no fue capaz de saber lo que estaban pensando.

—Gracias por su tiempo —dijo finalmente la sargento, entregándole

una tarjeta—. Si su hermano se pone en contacto con usted, llámeme.

—Le enviaré un mensaje diciéndole que le llame.

—Gracias, eso sería de gran ayuda.

Tuvo que contenerse para no decir nada más, cerrando la boca con fuerza, deseosa de que se fueran.

La sargento Lamb se giró y le dedicó una sonrisa que la pilló desprevenida.

—Lo siento mucho, he olvidado preguntarle su nombre.

—Faith Barclay —dijo ella, instintivamente.

La sonrisa de la mujer se agrandó.

—Debería darnos su número de teléfono, así podremos mantenerla informada si no podemos localizar a su hermano. —Faith ahogó un gemido de fastidio y les dio un número ficticio. Tardarían en darse cuenta de que no era auténtico. Con suerte, el tiempo suficiente para que pudiera pasar al plan B.

El plan B, sin embargo, requeriría un poco de preparación si quería hacerlo bien.

Sentía que algo se agitaba en su interior, la excitación por lo que estaba por venir; la anticipación ya la hacía estremecerse. Sabía que estaba mal, pero también sabía que no podía evitarlo. Siempre había sido así.

CAPÍTULO 38

Faith entró corriendo, se bebió el vino de un trago y cogió su bolso. Su mente repasó todo lo que tenía que hacer. Lo primero era ir a buscar las cosas de Emma al albergue de mujeres. Luego tenía que recoger algunas cosas de su apartamento que necesitaba para el plan B.

La adrenalina corría por sus venas cuando se subió al coche y salió disparada por el camino, con la mente tan ocupada que se le pasó volando el trayecto hasta Penrith. Eran poco más de las ocho de la tarde cuando se detuvo delante del albergue. Intentó recordar el nombre de la directora y sintió pánico cuando no le vino a la mente. No importaba, se las apañaría, se tiraría un farol. Después de todo, solo tenía que recoger una bolsa, no le llevaría mucho tiempo.

Abrió la puerta una mujer menuda de pelo canoso, con cara de preocupación. La puerta tenía una cadena y ella se asomó por el hueco, dispuesta a cerrarla de golpe en cualquier momento.

—¿Sí? —dijo, bruscamente.

—Hola —dijo Faith con su voz más cálida, asegurándose de sonreír —. Quería ver a la directora. La he visto antes y tiene un bolso de mi cuñada. Estaba aquí esta mañana, pero dejó sus cosas. No sé si la habrá conocido usted, se llama Emma.

La puerta se cerró y Faith permaneció de pie en el umbral durante un tiempo que le pareció demasiado largo. Estaba a punto de volver a llamar al timbre cuando se abrió la puerta y apareció Laura.

—Lo siento, estaba segura de que habías dicho que vendrías

mañana. —No mostró signos de que fuera a dejarla entrar y Faith se rodeó con los brazos para resguardarse del frío.

—Sí, ese era mi plan, pero creemos que el bebé podría estar en camino y Emma necesita su bolsa.

Laura miró por encima del hombro de Faith.

—Vaya, vais de camino al hospital. ¿Está en el coche?

—No, no. Quiere un parto en casa.

Laura parecía desconcertada.

—¿En serio? Eso no es lo que me dijo cuando estuvo aquí. Me contó que no aguantaba bien el dolor y que lo había preparado todo para dar a luz en la Unidad de Maternidad de Penrith.

A Faith se le encogió el corazón y se miró los pies mientras se restregaba el enfado de la cara.

—Sí, bueno, parece que ha cambiado de opinión y yo tengo que cumplir sus deseos. Pero no te preocupes, he llamado a la matrona y la mantenemos al tanto de las contracciones y todo eso.

—¿La has dejado sola? —Laura sonó horrorizada, y Faith se dio cuenta de que había metido la pata.

«Por el amor de Dios». Su temperamento empezaba a crisparse. Se rio, como si Laura hubiera dicho una estupidez.

—No, no, no está sola… —Hizo una pausa, ya que se sentía en un callejón sin salida, pero, de repente, se le ocurrió una idea estupenda—. Hilda, la casera, está con ella. Tiene ocho nietos, la mitad de ellos han nacido en casa y ella estuvo presente, y además ha ayudado a nacer a un montón de corderos y terneros. —Estaba parloteando y se dijo a sí misma que dejara de decir sandeces. Parecía una loca. «Pídele la bolsa»—. ¿Puedes darme las cosas de Emma, para que pueda volver con ella, por favor?

Laura dudó, luego abrió la puerta, la dejó pasar y la condujo a un despacho bastante desordenado que había en la parte delantera de

la casa. Sacó la bolsa de Emma de detrás de su escritorio y se la entregó.

—Aquí tienes. Por favor, dile a Emma que esperamos que todo salga bien, y si no te importa, me gustaría llamarla para saber cómo está.

«El segundo nombre de esa mujer debería ser *persistente*», pensó Faith, mientras suspiraba para sus adentros.

—Gracias. Estoy segura de que estará encantada de verte. Pero dale unos días para que descanse y se acostumbre a ser madre.

—Por supuesto. —Laura esbozó una sonrisa tensa—. Buena suerte.

Faith salió del edificio, desesperada por alejarse de aquel lugar.

Solo cuando llevaba unos minutos conduciendo se dio cuenta de que había unos faros detrás de ella. «¿Me están siguiendo?». ¡La policía! Se había olvidado por completo de la policía.

Con los nervios a flor de piel, condujo al azar por Penrith hasta asegurarse de que no la seguía ningún coche, y luego se dirigió a su apartamento. Entró, cerró la puerta tras de sí y gimió al ver el montón de posesiones de Sam que llenaban su salón. Tenía que deshacerse de todo eso, pero no era lo primero que había en su lista. Su prioridad eran Emma y el bebé.

Sus ojos recorrieron la habitación. Esperaba poder revisarlo todo para coger los papeles más importantes. «De hecho…». Asintió con la cabeza mientras se le ocurría un nuevo plan. Si lo rociaba todo con gasolina y después encendía una cerilla, las pruebas desaparecerían. Ella y Sam dejarían de existir, ¿y no sería esa la solución ideal?

Le gustaba el fuego. Se deshacía tan bien de las pruebas que no hacía falta tener mucho cuidado.

La fascinaba el fuego desde que tenía uso de razón, y había habido algunos «accidentes» en casa cuando era pequeña, antes de que sus padres escondieran las cerillas y empezaran a registrar

periódicamente su habitación para asegurarse de que no ocultaba nada. Como si eso fuera a detenerla. Se había contentado con actos incendiarios aleatorios: al principio prendía fuego a contenedores y luego, a cobertizos de jardines. No lo hacía siempre, solo cuando se sentía muy estresada. La visión de un fuego parecía calmarla de alguna manera, y se deleitaba con su recuerdo durante bastante tiempo después.

Había soñado durante toda su adolescencia con quemar una casa, pero se había contentado con mantenerlo como una fantasía hasta que se enteró de la duplicidad de sus padres. De adulta se había preguntado cómo dos profesionales bien pagados —su padre era profesor y su madre, farmacéutica— eran tan pobres, pero nunca se había sentido capaz de cuestionárselo por si la echaban de casa. Habían sido muy tacaños y cutres, nunca llevaban a Faith y a Sam de excursión ni de vacaciones, y siempre estaban ahorrando; los vestían con ropa de segunda mano y los regalos de Navidad y de cumpleaños eran muy baratos. Faith lo había aceptado, creyendo que andaban escasos de dinero y que luchaban por salir adelante. Pero, cuando Sam estaba a punto de irse a la universidad, de repente tenían dinero de sobra para cruceros y reformas.

Faith estaba furiosa y, cuando descubrió exactamente cuánto tenían en el banco, su destino quedó sellado. Decidió que su fantasía se haría realidad: quemaría la casa familiar hasta los cimientos con sus padres dentro. Pero debía tener cuidado, asegurarse de que sabía lo que hacía.

Así que hizo algunas prácticas. Primero, quemó el gallinero del jardín de la casa de al lado. A continuación, el laboratorio de química del colegio de Sam, seguido de una casa de campo abandonada utilizada por los drogadictos locales. Después de asegurarse de que sabía cómo llevar su plan a cabo sin que cayeran sobre ella sospechas de incendio provocado o se prendiera fuego a sí misma,

solo tenía que esperar la oportunidad adecuada. Un momento en el que ella y Sam se encontraran fuera de casa mientras sus padres dormían en ella.

Organizó una acampada, no muy lejos, y salió a hurtadillas de la tienda mientras Sam dormía, porque él no podía saber lo que había hecho. Una vez que la casa estuvo en llamas, con los cristales rompiéndose, la madera crepitando y la densa y acre nube de humo flotando en el aire, pudo decir sinceramente que la emoción que estaba sintiendo no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Sus padres habían contratado un seguro de vida con la hipoteca, que, junto con el seguro de la casa y sus ahorros, les proporcionaría unos ahorros considerables.

Por desgracia, no había podido quedarse mucho tiempo, ya que necesitaba volver con Sam antes de que la echara de menos. Pero había habido otras oportunidades a lo largo de los años para saborear su obra. El incendio en el que murió Alice era su favorito, porque pudo esconderse detrás de un muro sin ser vista mientras observaba cómo se desarrollaba todo.

Marcey había necesitado un enfoque ligeramente diferente. Era muy susceptible a las sugestiones, y todo lo que Faith había necesitado hacer era incrustar en su mente la idea de que Sam nunca la había amado, que la despreciaba y que la estaba utilizando para construir una casa representativa de su estilo para impulsar su carrera. Tenían sesiones regulares de hipnoterapia por Zoom, y en lugar de usarlas para reforzar la confianza de Marcey, las había utilizado para minar su determinación y llevarla de vuelta al oscuro lugar donde había tenido pensamientos suicidas, reforzando todas esas terribles emociones negativas.

Ella le había implantado la idea de quemar la casa. Le había dicho a Marcey que así podría vengarse de Sam y castigarlo por casarse con

otra cuando debería haberse casado con ella. No estaba segura de que funcionara y se alegró mucho cuando lo hizo.

Ni una sola vez la habían interrogado sobre los incendios, y confiaba en poder hacer magia una vez más.

Rápidamente, fue a su escritorio y encontró la carpeta en la que estaban todos los datos bancarios, los certificados de nacimiento y su pasaporte. Lo puso en una bolsa junto con un par de fotos enmarcadas de ella y Sam. Nada más era importante. No cogió ninguno de sus títulos profesionales, porque ya no podía ser esa persona. Tendría que reinventarse. No estaba segura de cómo iba a hacerlo, pero la necesidad era la madre de la invención y estaba segura de que se le ocurriría algo.

Fue a cerrar las cortinas, ya que se sintió expuesta al ver cómo la noche negra reflejaba su imagen en el cristal. Había un coche aparcado entre las sombras de la carretera, frente al edificio. Su respiración se entrecortó en su garganta y su pulso se aceleró al darse cuenta de que algo no iba bien. Qué raro que alguien aparcara allí cuando había varias plazas libres en el aparcamiento. Corrió las cortinas, apagó la luz y se asomó por un pequeño resquicio que había dejado y que le permitía ver el exterior sin ser vista. Al cabo de unos instantes, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Vio la antena en el techo.

Era la policía.

CAPÍTULO 39

Estaba segura al noventa por ciento de que eran los mismos policías que habían hablado con ella en la casa de campo. Debían haberla seguido hasta allí, y se maldijo por no haber tenido más cuidado.

El timbre de la puerta le hizo dar un respingo y se pegó a la pared, inmóvil como una estatua. Si permanecía callada, a lo mejor se iban. A menos que tuvieran una orden de registro, por supuesto. Su corazón se agitó y el pánico se alojó en medio de su pecho. «Ahora no, por favor». Estaba tan cerca, tan sumamente cerca de tener la situación resuelta…

El timbre volvió a sonar, seguido de unos fuertes golpes.

—Abra. Policía.

Pensó que era muy poco probable que obedeciera esa orden. No podía moverse, no podía dar ninguna pista de que seguía dentro. Estaba claro que habían visto la luz encendida, pero, como las había apagado, esperaba que pensaran que se había marchado. Eso si se habían dado cuenta de que había una puerta trasera en la planta baja. Otra posibilidad era que se hubiera ido a la cama.

Por fin, su cerebro empezó a funcionar. Si volvían a llamar al timbre, significaría que no tenían una orden, porque de lo contrario habrían forzado la puerta. Su respiración empezó a calmarse. Estaba a salvo, de momento.

Al cabo de un rato, cuando la tranquilidad se había instalado a su alrededor, se acercó sigilosamente a las cortinas. El coche seguía allí. «Maldita sea». Estaba atrapada. Tendría que esperar su momento.

Cogió una pequeña maleta para meter algo de ropa. Cuando

terminó, volvió a mirar por la ventana. No había ningún cambio. Se desplomó en el sofá, tirándose del pelo con la mano, mientras se preguntaba cómo salir del piso sin que la policía se diera cuenta. No parecía posible, ya que necesitaba su coche y estaba aparcado delante del edificio.

Cerró los ojos y su mente la llevó a los momentos difíciles de su vida en los que, de la nada, no solo había salido de un lío, sino que había acumulado una riqueza considerable en el proceso.

Al principio, tras la muerte de sus padres, había sido una insensata y había malgastado el dinero en lujos que no necesitaba, solo porque podía hacerlo. Era chocante lo rápido que había desaparecido el dinero, pero Sam y ella viajaron por el mundo y vivieron tantas experiencias maravillosas que no se arrepentía de nada. Sin embargo, una vez que le cogió el gusto al lujo, ya no pudo dejarlo. Cuando Sam estaba a punto de obtener el título de arquitecto, ya se habían gastado todo su legado y ella tuvo que ponerse creativa.

Sam empezó la primera estafa a pequeña escala, con gente que quería solicitudes de licencias urbanísticas. Cobraba, conseguía el trabajo y se largaba sin hacerlo. La estafa era *online*, resultaba poco arriesgada, y era bastante fácil desaparecer y aparecer como una nueva empresa de forma regular. A lo largo de los años, cuando los grandes proyectos se agotaban, recurrían a esa actividad.

Entonces Alice entró en su vida, y él se enamoró perdidamente de ella, arrastrado por su enfoque ético de la vid y su visión ecológica. De repente, ya no le apetecía hacer estafas. Para entonces habían ganado lo suficiente como para tener un buen colchón para cada uno, pero eso no era suficiente para Faith. Y compartir a su hijo con otra mujer tampoco iba a funcionar.

El estrés de haber sido apartada de su vida había reavivado su piromanía. Volar por los aires el barco de los padres de Alice fue un

soplo de aire fresco y pensó que le apetecía repetirlo en el futuro porque era muy… dramático. Pero todo había pasado en un santiamén, así que la satisfacción no fue tan fuerte como la que obtenía incendiando una casa. Aun así, era un medio para conseguir un fin. Todo formaba parte del plan. Con Alice, jugó un juego bastante largo, dejando que se acumulara primero el dinero de su herencia antes de deshacerse de ella, sabiendo que al final lo recibiría Sam.

Había funcionado a las mil maravillas. Después, aunque había sufrido al ver a Sam tan angustiado y destrozado, su relación había salido reforzada. Era más fuerte. Ella estaba allí para consolarlo, para recomponerlo, para apoyarlo después de todos esos interminables interrogatorios policiales y de las acusaciones.

Sam volvió a ella y juró que nunca olvidaría a Alice, por lo que Faith estaba feliz de que no fuera a interponerse nunca nadie más entre los dos.

Fue entonces cuando Faith empezó a dedicarse al asesoramiento en casos de duelo. Esas personas que habían sufrido tanto suponían una clientela muy maleable. Había un montón de potencial si conseguía que Sam trabajara con ella. Se le había ocurrido una idea para una nueva estafa. Una oportunidad mucho mayor que aceleraría el avance hacia su objetivo.

Esa gente adinerada que iba a las reuniones tenía más dinero que sentido común, y le parecía que estaban en un momento anímico tan bajo que probablemente podría convencerlos de cualquier cosa. El truco estaba en elegir a las personas adecuadas, aquellas que no tuvieran familia que pudiera cuestionar e interferir en sus decisiones.

En el primer proyecto, Sam cobró de más por los servicios y los materiales, inventándose problemas que hubo que resolver y que encarecieron el precio. La mujer no se había dado cuenta porque no tenía ni idea de administrar las finanzas. Su difunto marido se

ocupaba de todo eso. Aceptó la idea de mudarse a un *bungalow* de nueva construcción con gusto y le encantó el producto final, así que se quedó contenta mientras Faith y Sam aumentaban sus ahorros considerablemente. «No hubo ningún daño real, ¿verdad?».

Su segundo proyecto fue Marcey, que llegó hasta Faith tras la ruptura de su matrimonio y la muerte de su padre. Estaba en un estado lamentable y era un blanco perfecto, tan susceptible a la sugestión que era un sueño hecho realidad. Faith decidió aumentar la estafa. Después de todo, era una casa mucho más grande, y Marcey estaba en las nubes la mitad del tiempo. Se la podía convencer de que había aceptado todo tipo de cosas, cuando en realidad no era así.

Por alguna razón, Sam parecía sentirse atraído por las mujeres tontas que ella elegía para sus estafas. Aun así, eso había funcionado a su favor con Alice, así que no tomó ninguna medida cuando ocurrió también con Marcey. Todo parecía formar parte del proceso para él. Era como si el cliente y la construcción se convirtieran en una sola entidad. Estaba obsesionado con su diseño para la casa de Marcey, soñaba con ganar premios y recibir grandes elogios del mundo de la arquitectura por su trabajo. Sam era muy vanidoso, y ella había jugado con ello para lograr su objetivo de conseguir tener un par de millones en el banco. Después, pararían. Así se lo había prometido a sí misma, aunque había descubierto que el proceso era bastante adictivo.

Si Marcey hubiera pagado la última factura, su objetivo habría estado al alcance de la mano. Pero había resultado ser un reto mayor de lo que Faith había pensado; el dinero no llegaba y ella había pasado al siguiente proyecto.

Emma parecía una buena presa. Lo suficientemente estúpida y dispuesta a correr riesgos en lo que a dinero se refería. Era ideal. Hasta que reveló que estaba embarazada. Entonces Sam le propuso

matrimonio. Se suponía que ninguna de las dos cosas tenía que ocurrir, y eso había desconcertado a Faith durante un tiempo hasta que encontró una solución.

En cuanto Sam se dio cuenta de que no le iban a dar el permiso de obras, Faith lo animó a que empezara a desviar el dinero. Lo habían transferido todo a una cuenta bancaria que tenían en el extranjero, a través de una serie de empresas fantasma. Pero debería haber habido más, mucho más. Por desgracia, Sam se había vuelto contra ella. Le dijo que no quería que eso fuera una estafa. Quería una vida con Emma, quería construir una casa para ella y formar una familia juntos. No quería seguir con el plan.

Fue entonces cuando supo que tenía que tomar el control. Forzar la situación.

Hinchó las mejillas, cansada más allá de las palabras, pero no podía permitirse dormir estando la policía fuera. Volvió a acercarse sigilosamente a la ventana y su corazón dio un vuelco de alivio cuando vio que se habían ido.

Tenía que salir ya, antes de que decidieran volver.

Pero primero tenía que hacer algo para mantenerlos ocupados. Sacó el bidón de gasolina de debajo del fregadero, lo esparció por todo el piso, con cuidado de no salpicarse a sí misma, fabricó una mecha con una sábana y le prendió fuego, cerrando la puerta tras de sí.

Bajó las escaleras a toda prisa, con la mandíbula desencajada mientras pensaba en Emma y en el bebé y en cómo iba a resolver aquel pequeño dilema. Menos mal que no era aprensiva.

CAPÍTULO 40

Cuando Emma despertó, la casa estaba en silencio y la luz de la luna se filtraba por los bordes de las cortinas. Tenía el estómago revuelto, así que corrió al baño y se hundió agradecida en el asiento. Lo que Faith le había dado de comer estaba limpiando su sistema digestivo. Tras diez incómodos minutos preguntándose si se atrevería a levantarse del retrete, decidió arriesgarse y se arrastró hasta la cama, donde se dejó caer completamente agotada.

Se le tensó el estómago de una forma muy extraña que la hizo jadear y apretó las sábanas con fuerza mientras contenía la respiración. Después, sus músculos volvieron a relajarse.

«¿Ha sido una contracción?». Se recostó contra las almohadas y notó sudor en la frente. Tenía mucho calor de repente. La pierna del bebé le dio una patada, alcanzándola debajo las costillas. Definitivamente estaba en una posición diferente, y era el primer movimiento que sentía desde hacía un rato. Respiraba agitada, presa del pánico, y trató de calmarse.

Recordó la última clase de preparación al parto a la que había asistido, que consistió en una sesión de preguntas y respuestas sobre el parto y lo que cabía esperar. Algunas compañeras contaron historias de amigas que habían tardado días en dar a luz y otras hablaron de partos tan rápidos que los bebés habían nacido en la parte trasera de un taxi, al borde de la carretera o en los baños de un supermercado.

—No existen los partos normales —había dicho la matrona que

dirigía la clase—. Cada madre es diferente y cada bebé es diferente. —Sonrió con complicidad—. Tenéis que esperar lo inesperado.

Por eso tener al primer bebé era tan duro, porque no tenías ni la más remota idea de la realidad. Que te dijeran las cosas estaba muy lejos de sentirlas por ti misma. Y su cuerpo ya había recibido una paliza. ¿Cómo iba a soportarlo? ¿Cuánto dolor iba a sufrir? Su corazón se aceleró y su mente saboteó todos sus intentos de mantener la calma.

—¡Faith! —llamó. Escuchó, pero no pudo oír ninguna respuesta ni ningún movimiento—. ¡Faith! —gritó tan fuerte como pudo—. ¡Faith! —La última llamada fue un grito estrangulado, cortado cuando sintió que empezaba otra contracción un poco más fuerte que la anterior.

Jadeó hasta que se le pasó. ¿Cuánto había durado? Debía contar la duración de las contracciones y el tiempo que había entre ellas, ¿no? Poco a poco, su respiración volvió a la normalidad. Quizá Faith estaba profundamente dormida. Después de todo, había tenido un día bastante ajetreado; suponía que había sido Faith la que se había llevado a Sam y todas sus pertenencias, y eso no era moco de pavo para una persona sola.

Al pensar en ello, se dio cuenta por primera vez de que era un poco raro. Sam era el *hijo* de Faith. Si eso era verdad, ¿se desharía de su cuerpo? Lo más normal sería llamar a la policía, y que se resolviera todo de forma oficial para poder organizar un entierro como es debido.

A menos que tuvieras algo muy importante que ocultar. Algo que te preocupaba más que enterrar a tu propio hijo.

Emma no pensaba con claridad la noche anterior, ya que estaba trastornada por la culpa. Pero parecía que Faith tenía sus propios secretos, y eso confirmaba la conclusión a la que había llegado Emma: que ella y Sam la estaban estafando. Por eso Faith no quería

que la policía se involucrara, porque no quería que encontraran pruebas.

Entonces se dio cuenta. «¿Yo también soy una prueba?».

Era extraño que Faith no hubiera respondido a sus llamadas; se bajó de la cama y miró fuera. El coche de Faith no estaba en la entrada. Había dejado a Emma sola.

Se tambaleó hasta la puerta del dormitorio y tiró del picaporte, pero no se abrió. Lo intentó de nuevo, haciendo que retumbara contra el marco, pero pronto quedó claro que la puerta iba a permanecer cerrada. No había cerradura, así que no podía averiguar lo que pasaba. A menos que… Se asomó por la rendija que había entre la puerta y el marco, y vio una barra que la atravesaba. «Qué raro». Entonces se dio cuenta de lo que era.

Un perno.

El corazón le dio un vuelco. No había ningún cerrojo en el exterior de la puerta. Debía de ser obra de Faith. «Me ha encerrado».

Golpeó la puerta y volvió a gritar el nombre de Faith, pero siguió sin obtener respuesta y, al cabo de unos minutos, tuvo que rendirse porque empezó otra contracción. Cuando por fin se calmó, una pregunta estalló en su mente:

«¿Planea Faith borrarme del mapa? ¿Por eso me ha encerrado en el dormitorio?». Empezó a pensar en Marcey y en Alice. Casi podía oír el crepitar del fuego; miró hacia abajo para asegurarse de que no se colaba humo por la puerta.

«No, ella no lo haría». Faith nunca le haría eso, ¿verdad?

Su mente ordenó todo lo que había averiguado sobre Alice y Marcey, recordando la rotunda negación de Faith de que Sam hubiera tenido algo que ver con sus muertes. Entonces… si Sam no las había matado, a lo mejor habían sido accidentes. Tal vez, su imaginación se la estaba jugando otra vez.

O, tal vez, lo había hecho Faith.

¿Estaría celosa de las mujeres próximas a Sam? Emma sintió un escalofrío involuntario y otra contracción en su interior. Ojalá hubiera asistido a más clases de preparación al parto y ojalá tuviera más confianza en lo que tenía que hacer. «La respiración es lo más importante».

Resopló a pesar del dolor; no estaba segura de estar haciéndolo bien, pero al menos así tenía algo en lo que concentrarse. Cuando la contracción remitió, supo que había sido más fuerte y más larga que la anterior.

Inquieta, se paseaba arriba y abajo, con un dolor sordo en la base de la columna, preguntándose si Faith volvería o si se habría ido para siempre.

No, seguro que no. No encerraría a Emma y luego la abandonaría. ¿Qué sentido tendría? «Para hacerme sufrir. En venganza por matar a su hijo».

De su garganta brotó un sollozo y, luego, una oleada de náuseas mientras otra contracción empezaba a crecer en su interior. Su bebé estaba en camino y parecía que iba a dar a luz sola, sin alivio para el dolor y con muy poca idea de qué hacer.

Había mujeres que morían al dar a luz. También morían algunos bebés. Dar a luz no era un proceso exento de riesgos, y solo en ese momento comprendió la cruda realidad de su situación. El peligro que corría. «El peligro que corremos los dos».

El miedo se apoderó de ella, cada vez con más fuerza, hasta que no pudo soportarlo más.

Gritó y gritó, con la esperanza de que la oyera alguien.

En ese momento, rompió aguas. El bebé estaba definitivamente en camino.

CAPÍTULO 41

Al día siguiente, Laura estaba en Appleby, ayudando a una mujer que se mudaba del albergue a una nueva vivienda. Decidió ignorar lo que Faith había dicho e ir a ver a Emma. No necesitaba estar mucho tiempo, solo lo suficiente para tranquilizarse, porque tenía un mal presentimiento. La noche anterior, Faith se había mostrado cautelosa y esquiva en sus respuestas, y Laura había aprendido con los años a confiar en su instinto.

Entró en la floristería para comprar unas flores para Emma y estaba pagando cuando oyó una conversación entre dos mujeres que habían entrado detrás de ella.

—Ha salido en las noticias locales esta mañana. Estoy en *shock*. La casa de Hilda Gregson. Ya sabes, esa casa de vacaciones que alquila en la cima de Battlebarrow. Ardió en llamas y nadie se enteró de nada hasta esta mañana. Por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde. El techo se había derrumbado y solo quedaban las paredes.

Laura giró sobre sus talones, con la sorpresa atenazándole el pecho.

—Lo siento, no quiero entrometerme, pero no he podido evitar oír… lo del incendio. —Tragó saliva; apenas podía soportar pensar en lo que podría haber pasado—. Creo que conozco a la inquilina que vivía allí, Emma. ¿Dijeron si había supervivientes?

Las mujeres se miraron y se encogieron de hombros.

—De eso no sé nada —dijo la que había dado la noticia—. Solo dijeron que la casa se había quemado.

Laura salió corriendo de la tienda y se metió en el coche, con la esperanza de que la mujer estuviera equivocada y estuviera hablando de otra casa. Pero, al acercarse, vio un control de carretera vigilado por un agente de policía. Se le hizo un nudo en la garganta. Al parecer, era verdad.

Se detuvo y bajó la ventanilla mientras el agente se acercaba y se presentaba.

—La señora que vivía aquí, Emma, vino al albergue hace un par de noches. Quería asegurarme de que está bien.

El agente frunció el ceño.

—¿Seguro que estaba aquí? La casera dedujo que los inquilinos debían estar fuera, porque ninguno de sus coches estaba en la entrada. Ha dicho que la inquilina estaba a punto de dar a luz. Estamos comprobando a qué hospital podría haber ido.

Laura pensó en lo que le había dicho durante un momento, sabiendo que algo no iba bien. Faith había dicho que Emma se había puesto de parto, así que era posible que hubiera cambiado de idea sobre tener un parto en casa y se hubieran marchado al hospital. Pero… Faith también había dicho que Hilda estaba con Emma, cuidándola mientras Faith iba a recoger su bolsa. Si eso hubiera sido cierto, Hilda sabría con certeza a dónde había ido Emma.

Faith había mentido.

—No creo que las cosas fueran como parecían en aquella casa —dijo. Le contó toda la historia al agente, y él sacó su cuaderno y anotó los puntos principales—. Tuve un presentimiento sobre Faith, la cuñada. Parecía nerviosa y no estaba siendo sincera conmigo. —Podía ver nubes de humo en el aire, el viento empujándolo en su dirección, el olor acre en la parte posterior de su garganta.

—Gracias —dijo el agente, guardándose el cuaderno en el bolsillo —. Pasaré su información a los compañeros para que busquen un cuerpo. —Hizo una mueca—. Aunque el fuego ya estaba en pleno

apogeo cuando dieron el aviso. Solo quedaban un montón de escombros. Va a llevar bastante tiempo examinar los restos, por lo que…

No terminó la frase, pero su significado estaba claro. No iba a haber mucho en términos de evidencia física.

CAPÍTULO 42

El bebé no paraba de llorar. Llevaba mucho tiempo deseando criar a un hijo, pero nunca pensó que le resultaría tan difícil arreglárselas sola. Era una pesadilla intentar llegar a cualquier sitio con él gritando a pleno pulmón. ¿Tenía hambre, hacía viento o había que cambiarle los pañales? Era imposible saberlo, pero el llanto era incesante.

Intentó cantar, conducir más rápido, conducir más despacio. Paró para cogerlo en brazos y lo meció, pero los gritos no cesaban y lloraba en una frecuencia de sonido que hacía que todos sus sentidos se centraran solo en él. No podía concentrarse en conducir ni pensar con claridad. Por supuesto, eso era lo que la naturaleza pretendía, pero estaba muy lejos de ser la situación ideal cuando ibas por una autopista, y decir que estaba estresada sería quedarse corta.

Sin embargo, su viaje era urgente. La policía debía estar pisándole los talones, así que intentó seguir adelante, pero era más necesario que el bebé se tranquilizara para que pudiera conducir. Después de abastecerse en Penrith, se dirigió al norte tras decidir que el vacío de Escocia le brindaría una buena oportunidad para desaparecer.

Le parecía que habían pasado varias horas desde que había salido de Penrith, aunque en realidad habían pasado menos de treinta minutos, cuando las señales de una estación de servicio la hicieron jadear de alivio. Salió de la autopista y entró en el aparcamiento. Escudriñó su entorno durante un momento, buscando cámaras de videovigilancia y observando el terreno. Había aparcado marcha atrás hasta pegarse a un seto, en un rincón alejado, de tal forma

que el cristal dañado no se veía —o, por lo menos, pasaba más desapercibido— y había tenido la precaución de llenar de barro las matrículas antes de salir para que las cámaras de reconocimiento automático no la detectaran tan fácilmente.

Se había comprado un pañuelo en Penrith para cubrirse la cabeza y la cara y que no se le vieran los moratones más feos, pero la ponía nerviosa mezclarse con la gente. Por desgracia, iba a tener que mantenerse alejada del edificio principal, por mucho que deseara tomarse un café para seguir adelante.

Los gemidos del bebé se intensificaron; lo desenganchó de la sillita y lo estrechó contra su pecho, moviéndolo de arriba abajo y haciéndolo callar. Menos mal que Sam había tomado la iniciativa y había comprado todo lo necesario para el bebé hacía unas semanas, incluido un fular portabebés. Pobre Sam, no se merecía lo que le había pasado. Pero al menos tenía al bebé, una parte viva de Sam a la que podía considerar suya.

Se puso el fular, introdujo al bebé en él y comenzó a caminar a paso ligero por el perímetro del aparcamiento. Al cabo de unos minutos, sus gritos se convirtieron en gemidos y, por fin, ella pudo deleitarse con la dichosa quietud.

Sin la distracción del llanto incesante, notó cómo le dolía cada músculo del cuerpo y lo agotada que se sentía después de tantas horas de esfuerzo sin dormir. Nunca había trabajado tanto en su vida. Pero había merecido la pena. Se había escapado con el bebé y Emma estaba muerta. Al final todo había salido bien.

Era increíble el poder de la adrenalina para mantenerte en marcha, pero en ese momento se sentía como si estuviera funcionando a medio gas. Solo pensar que tenía que seguir conduciendo le provocó angustia y la hizo llorar. No podía más, no se sentía segura conduciendo y, si hubiera una alternativa, la cogería del tirón.

Asegurarse de que no la podían rastrear estaba resultando más

complicado de lo que había imaginado. Se deshizo de la tarjeta de crédito después de sacar todo lo que pudo del cajero. Así tendrían una forma menos de rastrearla, pero ya no podía usar esa cuenta. Se mordía una uña mientras seguía caminando, sumando mentalmente el precio del combustible, los kilómetros que podría recorrer, las pernoctaciones, las comidas y los posibles gastos en ferris.

Repasando una y otra vez las cifras, se dio cuenta de que había cometido un error terrible. En aquel momento pensó que sacando una cantidad modesta no saltarían las alarmas bancarias por comportamiento inusual, pero ahora se daba cuenta de que no había pensado con claridad. El cansancio había podido con ella. Que en el banco se pusieran nerviosos era el menor de sus problemas después de haber prendido fuego a la casa de campo. Debería haber sacado el máximo posible. Ahora solo tenía dinero suficiente para un par de semanas como mucho.

Descorazonada, regresó al coche, pero no pudo evitar ver un minibús aparcado no muy lejos. Varias personas charlaban y reían junto a él, con sus oscuras túnicas ondeando al soplo de la brisa. No era habitual ver un grupo de monjas en estos tiempos. De niña, había asistido a un colegio católico y las monjas habían formado parte de su vida cotidiana. En la actualidad, sin embargo, estaban recluidas y parecían una especie en peligro de extinción.

Al acercarse, pudo leer lo que había escrito en el lateral del vehículo: «Convento carmelita de Dysart, Kirkcaldy, Fife». Debían estar volviendo a la costa este de Escocia.

Para recluirse.

Una idea surgió en su cerebro y, antes de que le diera tiempo a disuadirse a sí misma, rodeó su coche como si nada y se dirigió a toda prisa hacia el grupo.

—Disculpen, siento mucho interrumpir, pero me preguntaba si… —

Respiró hondo, empujándose más allá del punto de no retorno—. ¿Podrían ayudarme, por favor? —Miró hacia el edificio principal y se soltó el pañuelo de la cara para que se vieran los moratones—. Mi marido… —Tragó saliva—. He tardado mucho en encontrar una oportunidad como esta. Tengo que alejarme de él.

Siete caras se volvieron hacia ella y Faith vio en ellas desde la carne rolliza de una chica de veintitantos años hasta la piel marchita de la vejez. Todas tenían la misma expresión de asombro, pero instintivamente se apiñaron a su alrededor, ocultándola de la vista, mientras sus ojos la estudiaban.

—Él fue el que me hizo esto.

—Oh, querida —dijo una monja de mediana edad, que parecía ser la única dispuesta a hablar. O tal vez ella era la que mandaba y las demás esperaban sus indicaciones—. ¿En qué podemos ayudarla?

—Necesito ir con ustedes. —Juntó las manos en señal de oración—. Por favor, por favor, llévenme con ustedes —suplicó—. No solo estoy yo en peligro, también lo está mi bebé.

Ellas se miraron, claramente inseguras.

—Solo serán un par de semanas. Hasta que encuentre una solución a largo plazo —tropezó con sus palabras en su prisa por intentar convencerlas—. Siempre acaba encontrándome en los albergues para mujeres. No sé cómo lo hace, pero me encuentra. Nunca se le ocurriría buscarme en un convento.

La monja dio un fuerte suspiro.

—Nuestro convento es un lugar de paz y contemplación. Nos estamos haciendo mayores y me temo que no podemos ofrecer la ayuda que prestábamos cuando éramos más jóvenes y más numerosas.

Sabía que era la mejor oportunidad que tendría de escapar, de esconderse donde nadie pensara en buscarla hasta que las cosas se calmaran. Tenía que esforzarse más.

—Fui a un colegio de monjas. Me gustaría tener tiempo para reflexionar y reencontrarme con Dios —dijo con voz llorosa—. Quiero pedir perdón y orientación al Señor. Quiero que mi hijo tenga una vida mejor. Que conozca a Dios por sí mismo.

Entonces se derrumbó, cubriéndose la cara mientras sollozaba. Una mano le tocó la espalda, luego otra y otra. Detrás de ella se oía una conversación en voz baja, pero no podía escuchar lo que decían.

Finalmente, oyó a la monja aclararse la garganta.

—Querida, podemos ofrecerte refugio temporal si no te importa vivir entre muebles humildes y comodidades básicas.

—Ayudaré —dijo, mareada de alivio—. Ayudaré en todo lo que pueda. Estoy tan agradecida que no sé cómo decírselo. —Y era verdad, no podía expresar con palabras lo que sentía. Parecía que había encontrado el escondite perfecto por intervención divina. Y eso confirmaba que había hecho lo correcto alejando al bebé de aquella espantosa mujer que no lo merecía.

—Soy la hermana Ruth —dijo la monja—, la abadesa de Dysart. —Inclinó la cabeza, con una sonrisa amable en la cara y preocupación en los ojos—. ¿Tú cómo te llamas, querida?

Hubo un momento de silencio mientras su cerebro intentaba encontrar la mejor respuesta, y su boca quiso formar automáticamente una «F». Tragó saliva, diciéndose a sí misma que estaba en un capítulo nuevo de su vida.

—Hope —dijo con una sonrisa rápida—. Me llamo Hope. Y mi bebé se llama Sam.

Subió al minibús, con una sonrisa de agradecimiento que reflejaba sus sentimientos. Esas monjas tan amables no necesitaban saber los detalles. Lo único que importaba era que estaban a salvo, que Emma había desaparecido de sus vidas y que por fin podía disfrutar de ser madre.

QUINTA PARTE

CAPÍTULO 43

DOS DÍAS ANTES

Zach comprobó sus mensajes. No había ninguno de Emma. Volvió a tirar el iPad sobre la cama con un gruñido de insatisfacción.

Nina, la enfermera que estaba organizando su medicación matutina, le dirigió una mirada comprensiva.

—¿No hay noticias?

Aún no conocía a Emma, pero él le había hablado mucho de su mujer, la gran artista que era y lo mucho que había luchado después de su accidente para asimilarlo todo. Le ayudaba hablar de ella, mirar sus fotos. Así parecía un poco menos ausente.

Le gustaba Nina. De hecho, era su favorita. Siempre tenía tiempo para él y se preocupaba por su bienestar mental más que el resto del personal: le preguntaba cómo se sentía y sabía cuándo necesitaba un paseo, una broma o una compañera para sentarse y charlar un rato.

Suspiró, sintiéndose frustrado y desanimado y más solo de lo que había estado en mucho tiempo. Fue el hecho de que ella dijera que estaba de camino lo que había causado el problema, ya que se había creado un montón de esperanzas y expectativas, que habían quedado frustradas por su último mensaje. Y desde entonces solo había habido silencio.

—No. Nada de nada. Podría haberme escrito, ¿no crees?

Nina asintió.

—Sé que estás preocupado por ella. —Le dio un recipiente con

pastillas y un vaso de agua, y lo observó mientras se las tragaba una a una.

Zach se dejó caer sobre las almohadas.

—Por supuesto que estoy preocupado. Dijo que había tenido un accidente de coche. ¿Y si está malherida? ¿Y si está sola en alguna parte y no puede conseguir ayuda? Ni siquiera sé en qué parte del mundo está en este momento. —Podía sentir cómo le subía la tensión y el ruido sordo de un dolor de cabeza detrás de los ojos.

Nina le puso una mano en el hombro y el calor de su tacto fue tan reconfortante que cerró los ojos para poder saborearlo un momento. Eso era lo que echaba de menos. El contacto humano. Era diferente a cuando las enfermeras lo ayudaban a lavarse y vestirse y a acostarse y levantarse de la cama. El tacto de Nina era suave y comprensivo, y provocó una respuesta emocional que él no esperaba. Una lágrima rodó por su mejilla, seguida rápidamente por otra. Su mandíbula se tensó. La mano de ella se quedó donde estaba y él la estrechó entre las suyas un momento antes de soltarla y que ella se alejara.

—Estaba pensando —dijo Nina, mientras guardaba el medicamento en el pequeño armario que había en la pared antes de cerrarlo— que, si quieres saber dónde está exactamente, hay aplicaciones que te lo dicen. Sé que te gustan los productos de Apple, así que se me ha ocurrido que, si ella tiene un iPhone o un iPad, a lo mejor la encontramos de esa manera.

Zach la miró fijamente, sorprendido de que no se le hubiera ocurrido a él. Una descarga de excitación le recorrió el cuerpo, cogió de nuevo el iPad y lo abrió.

—He intentado llamar, pero dice que el teléfono no está en uso, así que debe haberse comprado uno nuevo. Aunque compartimos un portátil. Un MacBook. Lo compré para mi trabajo, pero ella también lo usaba. ¿Se lo llevaría al viaje?

—Solo funcionará si está ya configurado —advirtió Nina.

Él se rio.

—Sí, tuve que hacerlo. Me distraigo tanto cuando trabajo en un proyecto que lo dejaba en cualquier sitio. Por suerte, siempre lo recuperaba.

Nina se encaramó a la cama mientras él abría la aplicación.

Él frunció el ceño.

—Vaya, qué raro.

—¿Qué pasa?

Zach alzó la cabeza y la miró.

—Mi portátil aparece en Penrith, Cumbria. Tiene que haber algo mal, ¿verdad?

Le pasó el iPhone y ella hizo una mueca, claramente tan desconcertada como él.

—Tienes razón. Haz *zoom* para que podamos ver dónde está exactamente. —Le devolvió el móvil—. Eden House.

Zach se quedó mirando la pantalla, incapaz de entender lo que veía, mientras su cerebro intentaba averiguar lo que significaba.

—Está en el Reino Unido. No me lo puedo creer. ¿Por qué no me lo ha dicho?

La presión crecía detrás de sus ojos, el dolor se intensificaba. Le había dicho que volvía de la India, estaba seguro. Abrió sus mensajes y se desplazó por ellos, releyendo el contenido. Había algo raro, se dio cuenta de que las respuestas de Emma eran bastante vagas. «Voy hacia el norte», había dicho. No mencionaba lugares ni personas en concreto, solo generalidades sobre la práctica del yoga y la meditación. También le decía que lo echaba mucho de menos y esperaba que se encontrara mejor. A veces había tenido que esperar varios días para que ella respondiera a un mensaje y otras veces solo escribía un par de líneas, incluso cuando él había escrito el equivalente a un ensayo.

No podía fingir que no le dolía, pero siempre le había dado el beneficio de la duda, siempre supo que era difícil esperar que lo quisiera estando tan malherido. Pero ella había prometido estar ahí para él. En eso consistían los votos matrimoniales, ¿no? En la salud y en la enfermedad. Había prometido que volvería. Pero ya no sabía qué creer.

La mano de Nina volvió a apretarle el hombro.

—No te alteres por esto. A ver… no sabes si es ella. A lo mejor le han robado el MacBook, se lo ha prestado a un amigo o lo ha vendido. Pueden haber pasado un millón de cosas. No es bueno sacar conclusiones basadas en un solo dato.

Claro, Nina tenía razón. Zach respiró hondo, aliviado de que pudiera haber una explicación sencilla. Una distinta a que su mujer le había estado mintiendo.

—¿Por qué no investigas sobre Eden House? —sugirió ella—. Puede que sea una casa de huéspedes o algo parecido. ¿Por qué no llamas? Así tendrás información de primera mano.

Su cerebro se puso en acción, contento de tener algo que lo mantuviera ocupado, que le impidiera inventar escenarios sin base real.

—Buena idea. Y también voy a mandarle un mensaje a Emma pregúntale dónde está ahora.

—Espero que le hayas dicho que el médico cree que podrás irte a casa pronto.

Zach puso mala cara, preguntándose si debería haberlo hecho.

—No, no lo hice. Quiero que sea una sorpresa y que le guste. O eso espero. Yo estaba destrozado cuando se fue.

Nina parecía insegura.

—A lo mejor tienes que decirle lo que puedes hacer ahora. ¿No crees que el hecho de que estés casi preparado para irte de aquí podría ayudar a traerla de vuelta?

Zach se lo pensó un momento.

—O a lo mejor consigo espantarla. Puede que no me quiera en casa. A lo mejor es demasiado para ella. —Esa era su verdadera preocupación, aunque nunca había hablado de ello hasta ese momento.

Nina le dio un suave apretón en el brazo.

—Ya te he dicho antes que no te preocupes por cosas que quizá nunca ocurran. —Se levantó—. Bueno, lo siento, pero tengo cosas que hacer. Volveré en un rato para ver cómo te va.

Le sonrió.

—Gracias. Estaba a punto de derrumbarme y tú me has animado. —Sus miradas se cruzaron—. Siempre lo haces, y te lo agradezco mucho.

Ella se rio.

—Es parte de mi trabajo —dijo, y se fue.

Zach se apoyó en las almohadas y escribió un mensaje a Emma:

> Hola, cariño. Te echo muchísimo de menos, como siempre. ¿Cómo te encuentras hoy? Espero que las cosas vayan un poco mejor y puedas continuar tu viaje de vuelta a casa. ¿Dónde estás ahora y cuánto crees que tardarás en llegar? La espera me está matando. No veo la hora de volver a tenerte entre mis brazos. Te quiero mucho, Zach.

Oyó el silbido mientras el mensaje se alejaba en el vacío. Le había dado una pista de que estaba mejor de lo que ella pensaba, de que realmente sería capaz de abrazarla; algo que parecía imposible cuando Emma se había marchado.

Sintiéndose más feliz, tecleó Eden House en la barra de búsqueda de Google y se dispuso a averiguar lo que pudiera sobre ese lugar.

CAPÍTULO 44

Zach se despertó un par de horas más tarde por un codazo de Nina; tenía su iPad en el regazo.

—Durmiendo en el trabajo, ¿eh? —bromeó ella—. ¿Qué tal te ha ido? ¿Has encontrado algo útil?

Zach bostezó.

—Mi pobre cerebro está falto de práctica.

—Es bueno que tengas proyectos, te hace pensar por ti mismo otra vez. ¿Le enviaste un mensaje a Emma?

—Lo hice. —Reactivó su iPad, emocionado al ver que había recibido una respuesta:

> Estoy bien, un poco dolorida. Sin embargo, no puedo decirte cuándo voy a llegar.

Eso era todo. Corto y contundente, sin palabras de cariño, sin besos y sin ni siquiera una despedida. Era muy extraño. Ella siempre firmaba como «Em».

Nina frunció el ceño.

—Oye, ¿qué pasa? Te has puesto triste de repente. —Se inclinó, miró el mensaje y puso mala cara—. Bonito y conciso.

—Sin embargo, no es bonito, ¿verdad? —Exhaló un suspiro—. Parece un mensaje por cumplir. No me ha dado detalles ni esperanza.

—Mmm, me pregunto si no habrás sido un poco parco en palabras. Tienes que dejarle claro lo muchísimo que has mejorado.

Volvió a leer su mensaje y le pareció que Nina tenía razón, así que

empezó a redactar uno nuevo.

> ¿Estás bien, cariño? No pareces tú. Me lo guardaba como sorpresa, pero, si te anima a volver antes, creo que es mejor que te lo diga ahora. Estoy mucho mejor que la última vez que me viste. Y con mucho mejor me refiero a infinitamente mejor. Ahora me desplazo en una silla de ruedas, puedo usar los brazos, puedo hablar bien y he vuelto a pintar. También me he convertido en un fanático del gimnasio. Ahora más que nunca, quiero que construyamos una vida juntos. Sé que será diferente a la vida que habíamos planeado, pero te quiero mucho y espero que puedas aprender a querer a un Zach diferente. Un Zach mejor. Por favor, dime que estarás pronto en casa. La espera me está matando. Con todo mi amor, Zach.

Lo leyó de cabo a rabo, contento de que no hubiera ambigüedades. Si eso no provocaba una respuesta adecuada, entonces sabría con certeza lo que ya sospechaba.

Más tarde, esa misma noche, estaba sentado junto a la ventana en su silla, con la cabeza entre las manos, cuando Nina entró para darle su medicación.

Sintió su mano en la espalda.

—Hola, colega. ¿Estás bien?

—Tengo la sensación de que no va a volver —murmuró. Si era sincero consigo mismo, hacía tiempo que tenía esa idea en la cabeza. Especialmente con la sucesión de retrasos y los mensajes cada vez más cortos y distantes. No eran los mensajes de una esposa enamorada—. Me ha estado mintiendo.

Nina frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he confirmado que está en el Reino Unido.

Hubo un momento de silencio antes de que Nina volviera a hablar.

—A lo mejor acaba de llegar.

Zach dejó caer las manos y la miró.

—No creo. Puedes dejar de intentar darle un giro positivo a las cosas. —Soltó un resoplido burlón—. Resulta que Eden House es un albergue para mujeres. —Nina se quedó boquiabierta, como Zach cuando se había enterado—. Los llamé y tuve una conversación muy extraña con la directora, una mujer llamada Laura.

Agarró la manta que tenía en las rodillas; no quería ver la lástima en los ojos de Nina.

—Fue bastante cauta, porque está ahí para proteger a las mujeres que tiene a su cargo, así que no quiso confirmar ni desmentir nada. Yo fui el que más habló, para explicarle lo que había pasado y por qué había llamado. —Suspiró al recordar su forzada conversación—. Parecía un poco desconcertada. Ya sabes, hubo muchos silencios incómodos. Y me hizo algunas preguntas bastante raras. —Se pellizcó el puente de la nariz, para decirse a sí mismo que debía ser fuerte—. Resumiendo… me dio la impresión de que Emma había estado allí. Pero Laura hablaba en pasado, así que creo que ya se ha ido.

—Entonces, ¿dejó su portátil allí?

Zach asintió.

—Creo que eso es lo que ha pasado. Seguí tu consejo y le escribí un segundo mensaje contándole todo, con el corazón en la mano, y ella lo leyó, pero no ha contestado.

Nina se sentó a su lado en una silla y le cogió la mano. No podía mirarla mientras parpadeaba con fuerza, no quería que viera lo disgustado que estaba.

—Lo siento mucho, Zach.

Él apretó los ojos, dispuesto a no llorar, pero, cuando habló, su voz

estaba cargada de emoción.

—En cierto modo sabía que la estaba perdiendo. A ver, esa falta de comunicación era una pista bastante grande, ¿no? Pero opté por hacer caso omiso, manteniendo la esperanza. Poniendo todo tipo de excusas. La cosa es que Emma siempre escribe mensajes larguísimos. Contando un montón de cosas. Siempre nos hemos comunicado así. Después de que se marchara, los mensajes se hicieron cada vez más cortos y a veces no respondía hasta que pasaban varios días. —Soltó una carcajada vacía—. Me he estado engañando a mí mismo. Si ha estado en el albergue de mujeres, eso implica que ha tenido una relación con otra persona. Alguien que no la ha tratado bien. —Su voz sonaba como se sentía, derrotado.

Miró la mano de Nina, que sostenía entre las suyas, y tuvo un momento de lucidez.

—La idea de volver a estar con Emma, de poder abrazarla y quererla, de intentar recuperar algo de nuestra antigua vida, fue lo que me motivó a hacer fisioterapia, a poner todo mi empeño en mejorar y ponerme lo mejor posible. Funcionó, de verdad. Pero parece que perseguía un sueño que no era real. —Soltó una carcajada—. Siempre bromeaba con ella diciéndole que solo quería mi esperma, no a mí, porque estaba obsesionada con tener un bebé. Entonces tuvo un aborto involuntario y estaba devastada. Poco después, tuve el accidente. —Se volvió hacia Nina y la mirada de compasión de sus ojos hizo brotar nuevas lágrimas de los suyos. Le temblaba la barbilla—. Creo que siempre supe que nunca sería suficiente para ella si no podía darle un hijo.

Se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Creo que me ha dejado y no me lo ha dicho. Creo que se fue hace meses. —Frunció el ceño—. De hecho, ¿habrá ido de verdad a la India? Suena a tapadera, ¿no? —Su puño golpeó el brazo de su silla de ruedas—. Me siento un estúpido por creerla. Por animarla a

ir. Y todos esos ridículos mensajes que le envié, que obviamente no le interesaban. —Su voz sonaba endurecida por la ira—. ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo ha sido capaz de hacerme eso y no tener la decencia de ser sincera conmigo? ¿No he perdido ya bastantes cosas?

Nina le cogió la mano un poco más fuerte.

—Creo que… Bueno, me parece que estás haciendo algunas suposiciones bastante grandes. Puede que no tengas razón. Pero… —Ella lo miró a los ojos y debió ver que él no estaba para palabras pacificadoras, porque cambió de registro—. Vale… tienes razón. A mí también me parece que su mensaje no es nada cariñoso y que no es una respuesta adecuada al tuyo, así que podrías tener razón. Pero no lo sabes con certeza. —Los ojos de Zach se apartaron de los de Nina y su mano se soltó de su agarre. Nina se puso de pie—. ¿Quieres que te deje en paz? ¿Para que puedas procesar las cosas durante un rato?

Él soltó un bufido, totalmente irritado.

—No, no, he tenido mucho tiempo para procesarlo. He tenido todo el año para pensar en lo que podía ocurrir, pero siempre he esperado lo mejor. —Se acarició la barba, tenía las ideas muy claras—. Creo que ahora sé cuál es la situación. Obviamente me considera una carga desde el accidente. Algo que quiere olvidar. —Asintió con rotundidad, seguro de lo que iba a hacer—. Voy a pedirle el divorcio. Así será libre de vivir la vida que quiera y yo no me sentiré culpable por no poder darle el hijo que tanto desea. Eso siempre sería una barrera entre nosotros, y no quiero vivir mi vida consumido por la culpa. Ya me he sentido bastante culpable desde el accidente.

¿Era alivio lo que sentía? Sería maravilloso no tener que cargar con el peso de saber que no era suficiente, y se había sentido desgarrado durante mucho tiempo. Añorando a su mujer, al tiempo que reconocía que el accidente también había sido muy duro para

ella. Ambos habían sufrido. Tal vez sería más feliz él solo. Sin duda, había recuperado la alegría en los últimos meses, aceptando sus limitaciones, pero esperanzado en el futuro. Sin embargo, no podía fingir que no estaba decepcionado por la forma en que Emma se había comportado. Quizá no la conocía tan bien como creía.

Forzó una sonrisa.

—He decidido lo que voy a hacer. Voy a utilizar el dinero de mi indemnización para comprar una casa, adaptarla a mis necesidades y seguir adelante con mi vida.

Nina le sonrió.

—Buen chico. Siempre he pensado que Emma había hecho muy mal dejándote solo cuando necesitabas apoyo. Bueno, en realidad, lo pensábamos todos. Te mereces a alguien mucho mejor. —Le brillaron los ojos y se acercó para alborotarle el pelo—. Una mujer mucho mejor que ella se va a enamorar de ti, porque eres un tío cojonudo.

—Vamos, no te dejes llevar. —Se rio, sintiéndose más ligero por momentos. Toda esa incertidumbre, ese miedo al rechazo había sido un derroche de energía. Tenía amigos, conocía a mucha gente encantadora. Volvía a pintar y a disfrutar de su vida—. Supongo que no puedes ayudarme a hablar con un ser humano de carne y hueso en el banco, ¿verdad? Necesito saber en qué situación están mis finanzas para poder empezar a mirar propiedades.

La situación con Emma había sido un *shock*, un duro despertar, pero significaba que tenía que enfrentarse a la realidad. Estaba claro que su mujer ya no lo quería. Pero ahora, para su sorpresa, descubrió que él tampoco la quería a ella. No si eso significaba que tenía que vivir con la culpa de no darle lo que ella anhelaba tanto. La dejaría ser libre si eso era lo que ella quería. Así era el dicho, ¿no? «Si amas a alguien, libéralo». Y, si se va, querrá decir que nunca fue tuyo.

CAPÍTULO 45

Zach se dio cuenta de que esperar a Emma, suspirar por ella, anhelar su amor cuando ella obviamente no estaba dispuesta a dárselo, le había hecho sentirse indigno y menos hombre.

Como señaló su psicólogo, había estado dejando que ella dictara sus sentimientos de autoestima, y no tenía por qué hacerlo. Estaba tomando las riendas de su vida en lugar de esperar a que ella acudiera a cuidar de él, y era un paso adelante muy positivo. Daba miedo, pero podía sentir una emoción que creía perdida desde hacía tiempo.

—Me alegro por ti, colega —le dijo el fisio con una enorme sonrisa, estrechándole la mano cuando Zach le contó que había decidido irse a vivir solo—. El hecho de estar en una silla de ruedas no debe impedirte hacer cosas. Donde hay voluntad hay un camino y todo eso. —Se dio un golpecito en la cabeza—. Aquí es donde reside el poder, no en tu cuerpo.

Zach se sintió animado por la positividad de todos y se esforzó aún más en sus ejercicios de rehabilitación. Más tarde ese mismo día, el médico jefe fue a hablar con él acompañado de la coordinadora de vida independiente, Kerry, y empezaron a planificar su marcha, explicándole el tipo de cuidados que podría necesitar en casa y de los costes.

—Todavía te faltan unos meses —dijo Kerry, tratando de moderar sus expectativas.

Zach asintió.

—Lo sé. Y tendré que adaptar la vivienda. Eso si puedo encontrar

una adecuada.

—Sí, pero debes saber a qué aspiras para asegurarte de que tu presupuesto te lo permite.

—Hablando de presupuestos, aún no he hablado con nadie del banco.

—Ah, sí —dijo Kerry—. Creo viene a un empleado a verte. Insistimos en que vinieran aquí, para que pueda estar alguien en la reunión contigo.

Zach frunció el ceño.

—¿Crees que no podré apañármelas yo solo?

—Bueno, parece un tema algo… complejo. Y no puede hacer ningún daño. Dos mentes son mejor que una, como siempre me dice mi madre. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Es una forma de asegurarnos de que no haya malentendidos, eso es todo. —Apartó la mirada y apuntó algo en su cuaderno—. Puedo empezar a buscar casas si quieres. Te vas a quedar en Manchester, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Pues… todavía no lo he pensado. Pero creo que al principio me gustaría estar cerca de aquí. Así no me parecerá un paso demasiado grande.

La emoción se apoderó de su pecho, y Zach salió a dar una vuelta por los jardines mientras se planteaba dónde quería vivir y cómo quería que fuera el siguiente capítulo de su vida. Tenía suerte de contar con tanta ayuda y con el dinero suficiente para pagar lo que necesitaba. Daba gracias a Dios por la indemnización.

Aquella tarde, una vez que el gestor de clientes del banco le hubo explicado la situación, quedó claro que sus expectativas tendrían que apuntar mucho más bajo. Se alegró mucho de que Kerry estuviera en la reunión con él, porque la información era difícil de comprender e impactante.

—Entonces, ¿su mujer se ha gastado un tercio del dinero? —dijo

Kerry, atónita.

—Yo diría que lo ha invertido —dijo el gestor de clientes, a la defensiva—. Está construyendo una propiedad a medida adecuada a las necesidades de Zach.

Zach resopló.

—No, es imposible. Me ha dejado. Hace meses que no la veo.

El gestor de clientes miró sus notas, nervioso.

—Bueno, ha estado participando activamente en la construcción. Destinó una parte del dinero a la compra de la parcela y otra, a cubrir los costes iniciales de la construcción. La obra debe estar ya muy avanzada.

—¿Y dónde está exactamente esa propiedad? —preguntó Zach, indignado porque a Emma se le hubiera permitido utilizar tantos fondos sin consultarle. Furioso por su traición. Entendía que, cuando se abrió la cuenta, no estaban seguros de si tenía daño cerebral o incluso de si iba a vivir, por lo que le habían dado un poder legal total a Emma para que actuara en su nombre. Y, al parecer, ella había aprovechado al máximo ese estatus.

—Está a las afueras de Appleby —dijo el gestor de clientes, hojeando su carpeta de notas—. En Cumbria, cerca de Penrith, creo.

Cuando terminó la reunión, el ambiente estaba triste, ya que todas las esperanzas de Zach se habían hecho pedazos.

Por mucho que quisiera creer que Emma estaba construyendo una casa para él, no podía. Había sido demasiado esquiva, demasiado distante. Si estuviera haciendo algo tan maravilloso para él, la habría entusiasmado que él lo supiera. No, lo que fuera que estaba construyendo, no era para Zach. Era para otra persona. Apretó los dientes. Ella le había mentido y le había robado su dinero.

CAPÍTULO 46

Cinco días después de que Zach presentara su denuncia a la policía e iniciara un proceso contra Emma para recuperar su dinero, el sargento Mark Meadows fue a verlo con su ayudante, la agente Sharon Wright, que parecía recién salida de la academia, ya que tenía los ojos brillantes y estaba ansiosa.

Zach estaba en el gimnasio; acababa de terminar una sesión de fisioterapia y se estaba secando el sudor de la cara con una toalla. Había entrenado a tope y tenía los músculos tan cansados que le temblaban los brazos.

—Me temo que traigo malas noticias —dijo Mark, acercando dos sillas para sentarse a su lado. Era delgado como un palo y parecía estar llegando a la edad de jubilación, con la cara arrugada en un ceño permanente.

Ambos agentes tenían un aspecto sombrío y Zach dejó caer la toalla sobre su regazo, preparándose para oír que no le iban a devolver el dinero.

—Siento tener que decirle… —El sargento hizo una pausa y parpadeó un par de veces—. Tenemos razones para creer que su mujer ha muerto en un incendio.

Zach lanzó un grito ahogado y el corazón le dio un vuelco; la crudeza de la noticia cayó como un golpe físico en su pecho.

—¿Qué? ¿Muerta? —dijo con voz incrédula—. No puede estar muerta.

—Por desgracia, la situación es más compleja de lo que habíamos pensado en un principio. Nuestros colegas de Northumberland y de

Appleby se pusieron en contacto con nosotros cuando emitimos una alerta por su mujer. Han estado investigando un caso diferente y parece que el nuestro está solapado. Habían empezado a atar cabos, con la ayuda de una testigo del albergue local de acogida de mujeres.

—¿Laura? —preguntó Zach—. ¿Se refiere a Laura? Yo también hablé con ella. —Ahora empezaba a comprender el motivo de su confusión. «Pero Em no puede estar realmente muerta. Es imposible». Se sentía mareado, flotando, sin estar del todo en la habitación mientras se esforzaba por comprender lo que le habían dicho.

—Parece que su mujer estaba llevando una doble vida. Se había vuelto a casar y vivía en Appleby con su marido, Sam Barclay, que era arquitecto. —El oficial se removió en su silla—. Aquí es donde la cosa se complica un poco más. Su cuerpo ha aparecido en el lugar donde estaban construyendo una casa nueva. No voy a entrar en detalles, pero el forense cree que lo asesinaron.

—¿Qué? —Zach apenas podía creer lo que estaba oyendo. «¿Un asesinato?». Todo se estaba volviendo bastante surrealista, más parecido a un culebrón televisivo que a su vida.

—También creemos que la muerte de su mujer es sospechosa, y también se está tratando como una investigación de asesinato. Los bomberos han informado de que su análisis inicial sugiere que se utilizó un acelerante para iniciar el fuego.

La cabeza de Zach colgaba entre sus hombros, con las manos cubriéndole la cara. Las noticias empeoraban por momentos y eran demasiado terribles para asimilarlas. «Emma, asesinada». Y le había mandado varios mensajes hacía solo unos días. No parecía posible que estuviera muerta.

—La policía de Northumberland está buscando a Faith Barclay, la hermana de Sam, como principal sospechosa, pero le han perdido el

rastro. Utilizó sus tarjetas de crédito en Penrith la mañana después del incendio, y encontraron su coche en una estación de servicio en la M6 cerca de Carlisle, pero no ha habido ninguna señal de ella desde entonces.

Zach se sentía entumecido. Por supuesto, él no estaba nada contento con las decisiones de Emma y su aparente engaño, pero ni en un millón de años habría anticipado lo que había ocurrido. Era demasiado fuerte, y aunque Mark continuó hablando, las palabras no calaron hasta después de un rato.

«Emma está muerta».

Sintió como si una pequeña parte de sí mismo hubiera muerto con ella. Su impredecible y talentosa alma gemela. Efervescente y llena de vida. Adictiva, eso era lo que había sido. Una estrella que brillaba con luz propia, que lo deslumbró el día que se conocieron y que lo había tenido cautivado desde entonces. Por mucho que había tratado de ocultar el dolor que sentía por su abandono, su amor por ella seguía ahí, en su corazón.

«Te dejó, te engañó, cogió tu dinero y se casó con otro, por el amor de Dios». Pero, aun así, la tristeza no se iba.

—Siento ser portador de tan malas noticias —dijo el sargento Meadows—. Creo que debería saber una cosa más. Un testigo que vio a Emma en los días previos a su muerte nos dijo que estaba muy cerca de dar a luz. Creemos que el bebé pereció con ella.

Era demasiado para asimilarlo. Zach se quedó mirando al agente y, a pesar de su incredulidad, sintió una punzada de compasión por Emma; nunca tuvo el bebé que tanto deseaba.

—Pero puedo asegurarle que la investigación sigue su curso y, en cuanto tenga más noticias, le prometo que se las comunicaré.

—Entonces… ¿qué pasa con el funeral?

La agente agachó la cabeza y Zach comprendió que había algo más que no le estaban contando.

—Le avisaré cuando podamos devolverle los… restos de su mujer —dijo el sargento Meadows, poniéndose de pie—. Y si tiene alguna pregunta o información que considere útil, no dude en llamar. —Se aclaró la garganta—. Obviamente hay más detalles si quiere conocerlos, pero creo ya es suficiente por hoy.

Zach asintió, ya que no quería oír nada más. Los observó salir del gimnasio, sintiéndose hundido y vacío, y luego volvió a su habitación, ya que necesitaba estar a solas con sus pensamientos.

Junto con sus fotografías, lo único que le quedaba de Emma eran sus mensajes. Tenía que atesorar cada palabra, porque ya no le iba a decir ninguna más. Incluso buscó la ubicación de su portátil, desesperado por una conexión con la mujer que había amado. Pero ya no emitía señal. Debía haber muerto en el incendio junto con Emma.

CAPÍTULO 47

CINCO MESES DESPUÉS

El personal se apiñó alrededor del coche mientras ayudaban a Zach a sentarse y Nina saltaba a su lado. Era un nuevo comienzo, emocionante y abrumador a partes iguales.

—Oh, Dios, podría llorar —le susurró a Nina, que lo cogió de la mano y se inclinó para darle un beso.

—Estarás bien. —Sonrió—. *Estaremos* bien. Ahora dispondrás de una enfermera para ti solo. —Le apretó la mano—. No tendrás que preocuparte por nada.

—¿Tienes las llaves?

Ella rebuscó en su bolsillo y las levantó.

—Sí que las tengo.

Le recorrió un escalofrío de expectación. Por fin estaba ocurriendo.

—Va a ser genial, ¿verdad? Los obreros han hecho un trabajo brillante con las adaptaciones. No puedo creer la suerte que hemos tenido de conseguir el último *bungalow*.

—Ah, ha sido el destino. —Ella volvió a besarlo y él la miró, con el amor llenándole el corazón. Nina era muy especial. Ella veía quién era, no su cuerpo roto. Era el tipo de mujer capaz de enfrentarse a cualquier problema, y él la quería más de lo que había querido a nadie en su vida. Era curioso cómo habían salido las cosas.

Veinte minutos después, se detuvieron delante de la casa nueva. Había globos y pancartas que decían: «Bienvenidos a casa» y una pequeña pandilla de amigos que habían ido a recibirlos. Eso era lo

más raro de todo. Ahora tenía un grupo de amigos genial. No eran sus amigos de la universidad o los que había conocido a través de Emma. Esas personas habían estado con él en todo momento en su viaje hacia la recuperación.

Había un par de compañeros de trabajo y su antiguo jefe, que desde el accidente iba a visitarlo con regularidad. El fisioterapeuta, que se había convertido en un amigo para toda la vida, y el médico que le había atendido durante el último año y estaba tan orgulloso de su recuperación como si Zach fuera su propio hijo. Zach sentía que lo habían adoptado en secreto, pero estaba feliz con ello. Nunca olvidaría a su maravillosa madre y estaba seguro de que a ella también le habría encantado el doctor. Por último, estaban las enfermeras que habían compartido casa con Nina.

Parpadeó y se le saltaron las lágrimas al contemplar su nuevo hogar, agradecido de hubiera habido dinero de sobra para comprarlo. Tenía esperanzas de que le devolvieran el resto de la indemnización, aunque le habían dicho que tardaría algún tiempo en solucionarse todo. Al menos, ahora que había salido del hospital, los costes de su atención se iban a reducir drásticamente. Se había vuelto más o menos independiente en los últimos meses, y Nina podía ayudarlo con las pocas cosas que no podía hacer por sí mismo. Ella lo miró y a él le dio un vuelco el corazón. Un nuevo comienzo, un nuevo futuro, y sabía que lo harían funcionar.

Un mes después, ya se habían acostumbrado a su nueva vida. Zach estaba empezando un proyecto artístico basado en la espiritualidad, un interés que se había desarrollado desde su accidente. Estaba buscando imágenes en Internet cuando le llamó la atención un artículo. Se trataba de una colección de obras de arte moderno que reinterpretaban antiguos clásicos cristianos, y en la parte superior de la primera página había un cuadro sorprendente, una réplica de *La Virgen y el Niño,* de Botticelli. Vio algo que le hizo ampliar la imagen

para estudiarla más de cerca, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. «No puede ser, ¿verdad?». Reconoció el rostro de la Virgen, la nariz, el pelo y la sonrisa secreta. Parecía improbable, pero estaba seguro. «Es Emma».

Amplió aún más la imagen, preguntándose si sus ojos lo engañaban. Sacó su teléfono, encontró la foto más reciente que tenía de su mujer y la comparó con el cuadro; sus ojos pasaban de una imagen a la otra. Si no era ella, era extrañamente similar. Miró aún más de cerca, estudiando la composición, las pinceladas y la paleta de colores utilizada.

Ahora estaba convencido de que Emma no solo era la mujer del cuadro, que posaba junto a un niño regordete de pelo oscuro, sino también la artista. Cada artista tenía elementos únicos en su estilo pictórico, y él era capaz de reconocer su obra en cualquier parte. Ver su trabajo impreso fue como un *shock* físico que envió un torrente de recuerdos a través de su mente. Debía ser un retrato que ella había hecho años atrás, antes de que se conocieran. Fue entonces cuando se fijó en el nombre que había al pie del cuadro. «Hope McKenzie». Por alguna razón se sintió desinflado. No era Emma después de todo.

Desconcertado, estudió de nuevo el cuadro, intentando averiguar cómo era posible que se hubiera equivocado. Curioso por saber más, leyó el artículo, averiguó dónde se encontraba el cuadro y, unos minutos después, tenía un número de teléfono al que llamar.

Respondió una voz prudente, con un nítido acento escocés.

—Hola, monasterio carmelita de Dysart. Soy la hermana Ruth. ¿En qué puedo ayudarle?

Zach se presentó y explicó el motivo de su llamada, su curiosidad por el cuadro.

—Es maravilloso, ¿verdad? Ni se imagina la de gente que ha

llamado interesada desde que salió ese artículo. Pero no está a la venta. Fue un regalo.

—Oh, no quiero comprarlo, pero me gustaría saber cómo llegaron a tenerlo. Pensé que podría conocer al artista.

—¿A Hope? Si le soy sincera, no sé mucho sobre su pasado. De hecho, no sabíamos lo buena artista que era hasta que nos dio el cuadro como regalo de despedida. Es un autorretrato, de ella y de su bebé. —En su voz se percibía un afecto genuino y él se dio cuenta de que la artista le había causado un gran impacto—. Lo pintó como agradecimiento por dejarla quedarse unos meses mientras pensaba en su futuro. La verdad es que a todas nos dio mucha pena que se fuera.

—Ah, ya entiendo. Entonces, ¿era su bebé?

—Así es. El pequeño Sam.

«Sam». El nombre se quedó atascado en su cerebro y, al cabo de un momento, comprendió por qué. Era el nombre del marido muerto de Emma. Qué coincidencia tan extraña. De hecho, toda la explicación le dejó inquieto e intranquilo.

Dio las gracias a la hermana Ruth y colgó, dándose golpecitos en la barbilla con el borde del teléfono mientras pensaba. Volvió a analizar el cuadro. Quizá Hope se parecía mucho a Emma. Con el velo sobre la cabeza, que ocultaba su cabello salvo algunos rizos que se habían escapado, supuso que era difícil saberlo. Aunque… no mucha gente tenía el pelo tan rizado como Emma. Era una de las cosas que le habían atraído de ella cuando la conoció. ¿Era demasiada coincidencia que la artista se pareciera a ella *y* que pintara como ella?

Suspiró y cerró el artículo. Quizá estaba viendo cosas que quería ver, haciendo que cuadraran cosas que no cuadraban. Emma y su bebé estaban muertos. Quería olvidarlo todo, pero su mente seguía

haciéndose preguntas. ¿Era posible que estuviera todavía viva? ¿O es que a él todavía le resultaba difícil dejarla ir?

CAPÍTULO 48

Hope se estremeció con el aire fresco de la noche y se inclinó para besar la nariz del bebé, que la miraba desde su cochecito. Cada vez que lo miraba y veía lo mucho que se parecía a su padre, la carcomía la culpa.

Era mediados de junio y aún había luz, aunque ya se era bastante tarde. Habría sido mejor esperar a que oscureciese, pero no pudo esperar una vez que encontró su dirección. Desde su posición, oculta tras el tronco de un árbol, observó cómo Zach entraba con su silla de ruedas en el salón. La sorpresa de verlo de nuevo la dejó sin aliento; su pelo rojo brillaba con el resplandor del sol poniente. Sus ojos recorrieron su cuerpo. Su torso musculoso, sus hombros anchos y sus brazos fuertes. Cerró los ojos y recordó la sensación de su abrazo, su olor y su sabor en los labios.

«Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo». El dolor se intensificó en su corazón y supo que nunca había deseado tanto a una persona en su vida.

Abrió los ojos, porque necesitaba deleitarse con su visión, absorber cada pequeño detalle y grabarlo en la memoria para disfrutarlo con tranquilidad cuando volviera al albergue. Zach empezó a girar sobre sí mismo en su silla; había el leve zumbido de un bajo en el aire, y ella se dio cuenta de que estaba bailando. Siempre le había gustado bailar, y Emma sonrió al recordar lo bien que se lo pasaban cuando empezaron a salir juntos. Parecía feliz solo.

«Será más feliz conmigo».

Sin embargo, ¿podría volver a su antigua vida ahora que tenía al

bebé de Sam?

Lo había pensado muchas veces y se le habían ocurrido un par de explicaciones plausibles para la existencia de su hijo. Un romance de vacaciones. O un polvo de una noche de borrachera cuando se sentía triste. Él sabía lo mucho que ella anhelaba tener un hijo, pero ¿estaría dispuesto a aceptar al bebé de Sam como propio?

Le daría a su relación un enfoque positivo, pero ¿podría su amor sobrevivir a la traición de ella? Solo si no decía la verdad. El bebé tenía el color de piel de Sam y su pelo oscuro. Pensó que colaría si le contaba una historia sobre una aventura loca en el extranjero, si era imprecisa sobre la edad del bebé y él no le daba demasiadas a vueltas al momento en el que había ocurrido. ¿La castigaría por un error? ¿O recibiría con los brazos abiertos a un bebé en su vida, sabiendo que el niño no era producto de una relación duradera?

Iba a ser más difícil explicar el hecho de que no hubiera muerto en el incendio, cuando había dejado un montón de pistas para que pareciera lo contrario. No tenía ni idea de cómo iba a justificar eso.

Había vivido de su ingenio durante los últimos seis meses, pero era bastante agotador y difícil encontrar lugares decentes donde alojarse. Había llegado al final de ese camino y estaba desesperada por encontrar un lugar permanente donde vivir con su hijo. Por eso había vuelto. Una vida con Zach era de lejos su mejor opción.

Mientras lo observaba, apareció otra figura. Una mujer con uniforme de enfermera. Debía haber ido a ayudarlo con su rutina nocturna. Pero entonces se inclinó hacia Zach y lo besó en los labios, y la mano de él subió y le acarició el cuello mientras el beso se hacía más intenso.

Emma retrocedió, horrorizada. «¡No, no, no!». Se suponía que no iba a pasar eso. «Él es mío». Qué poco profesional por parte de la enfermera. Sacó su teléfono del bolsillo e hizo un par de fotos.

Cuando las mandara a la agencia en la que trabajara la mujer, la despedirían y se la quitaría de en medio.

La enfermera se apartó y desapareció, dejando a Zach como centro de atención de Emma una vez más. Pero diez minutos más tarde, regresó, envuelta solo en una toalla, con el pelo mojado colgándole por la espalda. «¡Dios mío!». Emma se quedó con la boca abierta. No era lo que pensaba. Esa mujer estaba *viviendo* con Zach. Tenían una *relación*. Se dio cuenta de que había chocado contra un muro y se quedó aturdida e incrédula.

Ni por un momento se había planteado que Zach pudiera haber pasado página. Nunca jamás se le había pasado por la cabeza ese pensamiento.

Apretó los dientes y los puños. Su barbilla sobresalía hacia delante. Si tenía que luchar por él, lo haría. Ella sabía exactamente lo que era una lucha por la supervivencia después de su pelea con Faith. Era increíble la fuerza que podías reunir cuando se trataba de un auténtico caso de vida o muerte. Incluso cuando acababas de dar a luz. Se había convertido en un animal, un ser salvaje que gruñía, mordía, arañaba y desgarraba. Cogió la lámpara de la mesilla y golpeó a Faith con toda la fuerza que su cuerpo pudo reunir hasta que quedó inmóvil en el suelo.

Por supuesto, el elemento sorpresa había ayudado, ya que estaba escondida detrás de la puerta cuando Faith la abrió y había dejado al bebé Sam tumbado en la cama, envuelto en una toalla, como cebo para atraerla. No le había gustado nada tener que utilizar a su hijo así, pero tenía que ponerlos a ambos a salvo.

Su instinto inicial había sido coger sus cosas y marcharse tan rápido como pudiera, encerrando a Faith en el dormitorio. Pero, cuando vio el bidón de gasolina que Faith había dejado al lado de la puerta, junto con una sábana anudada para que sirviera de mecha, se dio cuenta de que podía reinventarse por completo si parecía que

habían muerto. Se sacudió el resto de las imágenes de la cabeza. No había necesidad de volver allí. No estaba orgullosa de sus actos, pero había sido una cuestión de supervivencia, para asegurarse de que su hijo tuviera una oportunidad en la vida.

Encontrar a las monjas había sido un golpe de suerte increíble, y se habían volcado con ella y con Sam, encantadas de tener un bebé en el convento. Una de ellas había estudiado Enfermería y revisó a Emma cuando llegaron, observándola durante unos días para asegurarse de que no le pasaba nada. Sabía que había tenido mucha suerte de no haber sufrido complicaciones médicas. Por supuesto, habían surgido complicaciones de otro tipo. Como la falta de papeles, porque eso significaba que no podía registrar el nacimiento de Sam. Y la falta de dinero, ya que había tenido que dejar atrás sus tarjetas de crédito y las de Faith. Pero, como dice el refrán: la necesidad es la madre de la invención. Y ella estaba segura de que, con el tiempo, lo solucionaría todo. Mientras tanto, había mendigado, robado y pedido prestado desde Escocia hasta Manchester, cuando las monjas empezaron a hacerle demasiadas preguntas y tuvo que marcharse.

La atracción hacia Zach había sido demasiado fuerte para resistirse.

Sus ojos se posaron en su marido y en la sonrisa que iluminaba su rostro mientras contemplaba a la mujer semidesnuda. Quería que esa sonrisa fuera para ella y solo para ella, como lo había sido no hacía mucho tiempo. Respiró hondo. Oh, sí, definitivamente, estaba lista para luchar.

«Donde hay voluntad, hay un camino», se recordó a sí misma. Una vez que Zach supiera que estaba viva, no habría contienda. Ella lo era todo para él, estaba segura. Solo había que ver sus últimos mensajes, llenos de amor hacia ella, a pesar de que llevaba meses fuera. Era suyo, seguían casados, y tendría que hacerle entender a esa mujer que no había lugar para ella en la vida de Zach.

Una vez que Emma se hubiera mudado, Zach estaría embelesado por ella y por el bebé, y nadie tendría por qué conocer los detalles.

Asintió para sí misma, observando la complexión delgada de la mujer. Su mente se puso a trabajar. La vida era peligrosa. Continuamente ocurrían accidentes en los lugares más extraños.

Sonrió, miró a su hijo y luego a Zach.

Al menos tenía el factor sorpresa de su lado. No le llevaría mucho tiempo.

UNA CARTA DE RONA

Estimado lector:

Quiero agradecerte enormemente que hayas elegido leer *Bigamia*. Si te ha gustado, y quieres estar al día de mis últimas publicaciones, solo tienes que suscribirte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/rona-halsall

La idea de este libro surgió de una conversación con mi anterior editora, Isobel Akenhead. Estábamos lanzando ideas y cotilleando (cómo no), y un fragmento de la conversación me hizo aguzar el oído. Una idea echó raíces. Como de costumbre, la idea original evolucionó, se transformó y acabó siendo una historia en forma de montaña rusa, porque así es como funciona mi cerebro. Creo que el tema es bastante interesante. ¿Quién no quiere saber cómo y por qué alguien se convierte en bígamo? Después de investigar sobre el tema, vi que es una situación más común de lo que cabría imaginarse, aunque se condena a poca gente. Hay personas bígamas ahí fuera y puede que conozcas a alguna…

Mi objetivo es entretener a mis lectores, y espero haber dado en el clavo con este libro. Fue muy divertido escribirlo, pero me llevó bastante tiempo encontrar la mejor manera de contar la historia.

Espero que te haya encantado *Bigamia*; si es así, te agradecería mucho que escribieras una reseña. Me encantaría conocer tu

opinión, y es muy importante para mí que me ayudes a que otros lectores descubran uno de mis libros por primera vez.

Me encanta recibir noticias de mis lectores: puedes ponerte en contacto conmigo a través de Facebook, Twitter, Instagram o en mi página web.

Gracias,

Rona Halsall

ronahalsall.com
facebook.com/RonaHalsallAuthor
twitter.com/RonaHalsallAuth instagram.com/ronahalsall

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, mis libros no serían nada sin mis lectores, cuyos comentarios y entusiasmo por mis historias me hacen seguir adelante con el siguiente. Gracias a todos por animarme.

Como de costumbre, hay mucha gente a la que agradecer la creación de este libro. Aunque es mi décimo libro, y se podría pensar que ya le he cogido el truco a esto de escribir, este en concreto ha resultado ser un hueso duro de roer.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi editora, Isobel Akenhead, que ha estado conmigo en los diez libros, por sus ediciones iniciales y por darme la idea. Luego debo dar las gracias a mi nueva editora, Maisie Lawrence, que ha recogido el testigo a mitad de camino. Ha sido fabulosa, y su perspicaz segunda ronda de correcciones hizo que este libro se convirtiera en la historia que merecía ser.

Muchas gracias también a mi maravillosa agente, Hayley Steed, de Madeleine Milburn Film, TV and Literary Agency, que siempre me cubre las espaldas. Este libro lo escribí durante un momento personal difícil y Hayley siempre está ahí para ayudarme cuando lo necesito.

Gracias a mi equipo de lectores beta (Carla, Mark, Wendy, Chloe, Sandra, Alice, Kerry-Ann y Gill), que recibieron un primer borrador que no era perfecto y me dieron unos comentarios fantásticos que han mejorado mucho la historia.

Me gustaría dar las gracias a todo el equipo de Bookouture: *marketing*, publicidad, producción de audio y a todos los que han

trabajado en mi libro entre bastidores. ¡Sois increíbles! Muchas gracias a la brillante diseñadora, Lisa Horton, por crear una maravillosa portada para *Bigamia*. Puede que sea mi portada favorita de todas las que me ha hecho en los últimos cinco años, ¡aunque todas son muy especiales!

Tengo que dar las gracias a algunos amigos encantadores que me han ayudado a seguir adelante en tiempos difíciles: mención especial a Susan O'Hanlon, Audrey Corrin, Beryl Baker, Kerry-Ann Mitchell, Sandra Henderson y Alan Pye por su cariño y amabilidad, que tanto aprecio.

Por último, gracias a mis hijos, John, Amy, Oscar y mi hijastra Kate, a quienes quiero con todo mi corazón y siempre me apoyan. Y luego está mi marido, David, mi mayor fan y mi único amor.

¡Me he olvidado del perro! Maid, mi loca perrita *collie*, que es mi compañera de escritura y se encarga de que me mantenga en forma, asegurándose de que salgo haga el tiempo que haga y de que me levanto al alba. Todos… los… días…